José María Rivarola Matto

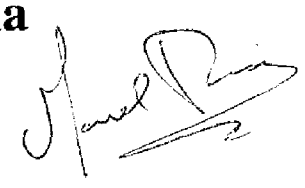
LA SUELA

ARANDURÃ
EDITORIAL

José María Rivarola Matto

LA SUELA

Novela



ARANDURÁ
EDITORIAL

© Manuel Rivarola Mernes
@ Arandurã Editorial
Tte. Fariña 1074.
Telefax: 214 295
e-mail: arandura@telesurf.com.py
Asunción-Paraguay

ilustraciones: Andrés Guevara

Agradecimientos:

Mis reconocimientos a Lucy Mendonça de Spinzi, por la fatigosa tarea de hacer correcciones indispensables a una obra inconclusa de un autor ausente; a José Vicente Peiró Barco, por su valentía en aceptar incluir una obra entonces inédita en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; a Raúl Amaral, su amigo de juventud y depositario de su memoria e ideales; al Prof. Hugo Rodríguez-Alcalá por sus valiosas enseñanzas; a mis talentosas compañeras del Taller de Cuento Breve, por su constante estímulo e inapreciable compartir; a la editora Arandurá, siempre dispuesta a publicar lo nuestro. A todos ellos, y en especial a mi madre: María Emilia Mernes Vda. de Rivarola, quien me entregó el baúl con los manuscritos, junto con palabras cargadas de fe.

Manuel Rivarola Mernes

CONSIDERACIONES PREVIAS

"Tengo también los borradores de una larga novela: **"La suela"**, pero dudo que me atreva a guerrear con esos papelotes a no ser que me jubile – no tengo cargos públicos, pocos privados – o vaya preso y me consientan el uso de alguna maquinita."

Esa fue la primera referencia escrita que obtuve sobre la existencia de esta novela. José M. Rivarola Matto (mi padre) la incluyó en un resumen autobiográfico en 1983. Anteriormente, la habría citado en breves comentarios con íntimos amigos, sin aclaraciones, como si de algo reservado se tratara.

Meses después de su muerte (setiembre de 1998), encontré en el fondo del baúl de los recuerdos, ése que siempre estuvo bajo llave, varias carpetas conteniendo papeles amarillentos y quebradizos escritos a máquina. Hojeé tembloroso una de ellas, la más gruesa, hasta que di con el título escrito a lápiz: *La Suela.*

No se sabe cuándo la comenzó. En la solapa de la edición de 1965 de *El fin de Chipí González* ya se la alude, aunque no se la nombra. Aparentemente, su génesis precede a esta comedia (1954), que la creó a pedido de su amigo Ernesto Báez, dejando de lado lo que estaba haciendo. El éxito de "Chipí" en todo el Río de la Plata le impulsó a seguir escribiendo dramas. Fue así como hacia 1965 ya tenía esbozados *Cuando el amor llega tarde* y *Los pilares caídos,* que se publicaron finalmente con los nombres de *La Cabra y la Flor* y *La encrucijada del espíritu Santo.*

Por lo tanto, puede afirmarse que *La Suela* estaba destinada a ser su segunda novela, luego de *Follaje en los ojos* y fue comenzada en la década de los 50... y nunca terminada.

¿Por qué no fue terminada y publicada? ¿Por qué fue tan tímidamente anunciada? ¿Por qué fue abandonada? ¿He hecho bien en publicarla? ¿Esta exhumación no tendrá trazas de profanación? Trataré de explicar estas cuestiones.

Leídos estos "papelotes" se puede pensar que el tono era tan irreverente hacia todas las categorías sociales y políticas, incluso religiosas, que el autor no se atrevía a darlos a luz. Esta hipótesis aparenta ser válida. En esos tiempos de oscurantismo intelectual, por mucho menos, cualquiera iba a parar con sus huesos al calabozo. Y él fue una docena de veces, las más, sólo por figurar en la lista de "incorregibles".

Sin embargo, bien podría haber sido otra la causa: *La Suela* también era irreverente con las formas "graves" de la literatura de entonces. Su primera novela – *Follaje en los ojos* (1952) – guarda ese tono. Las que surgieron casi al mismo tiempo: *La Babosa* (1952) de Gabriel Casaccia Bibolini, de una mordaz sátira, o *El trueno entre las hojas* (1953) de Augusto Roa Bastos, con fondo de denuncia social y política, hasta cierto punto, también respetaron esas formas. Los referentes principales del "boom" latinoamericano, que rompen modelos y enriquecen el uso del lenguaje, aún no habían surgido, sino ya comenzada la década de los 60.

En *La Suela*, Rivarola Matto se muestra desnudo de su coraza intelectual. Todo su temperamento – pleno de traviesa ironía – está explícito. Con un lenguaje festivo, picante y audaz, trata el drama o la tragedia de la sociedad paraguaya, logrando con creces la dicotomía trágico - cómica entre el fondo y la forma.

Pienso que la sospecha de haberse excedido en esta apostasía – y no el temor a la represión oficial – fue la que debilitó el impulso de publicarla.

Terminadas sus cinco obras de teatro, se dedicó a escribir ensayos sobre temas relacionados con la metafísica o la ética. Aparecieron *Qué es la libertad*, *Hipótesis física del tiempo*, *La no existencia física del tiempo* y *Reflexión sobre la violencia*. Su necesidad por desentrañar el mundo mediante su escalpelo intelectual pudo más que su pasión estética. No quería aceptar a la ficción como instrumento igualmente válido. Así fue como su segunda novela fue quedando para más adelante...

Esa actitud explica porqué toda su producción literaria tiene sustrato filosófico. La idea de la libertad está presente desde *El fin de Chipí González* en adelante. No como concepto o ente puramente abstracto, concebido por la mente humana. Rivarola quería averiguar si ésta era un principio cosmológico.

En *El fin de Chipí González* la libertad se presenta como limitación del poder divino, como fuerza que ni la Providencia puede controlar. *La Cabra y la Flor* plantea la ausencia de leyes morales universales y la presencia del azar – no de la justicia – en los desenlaces de los dramas humanos.

En *La Suela* la libertad es la única alternativa válida ante el misterio, cuando un personaje expresa: "...si es cierto que estamos sumergidos en el misterio, si todo es incógnito en nosotros mismos, entonces la única respuesta es la libertad."

En esta novela el autor mide el poder de esa libertad como impulso creador. Un inmigrante se opone al determinismo de fuerzas atávicas de la sociedad paraguaya. Éstas lo van amoldando, domesticando, deshojado de sus viejas ilusiones, que creyó poder alcanzar con trabajo duro, hasta quedar de pie sobre la "suela": lo último.

Respetamos el título garrapateado a lápiz en el original. Título evidentemente aun no decidido, para un libro aparente o intencionalmente no terminado de pulir, madera bruta, pero por ello mismo, de gran autenticidad. *La Suela* no es solamente el nombre del almacén donde se desarrolla parte de la trama, sino el

último nivel de resistencia. Hay algo que sustenta todo peso, que está más bajo, lo que ya no se podrá romper sin quebrar la vida: el límite.

"Al misterio se puede responder únicamente con libertad" Es la respuesta, la frase clave que decidió la publicación de esta novela, ante la inapelable ausencia del autor, para que lograse su destino en la conciencia de los lectores. Ese es su lugar, y no el baúl de los recuerdos.

Ellos y la crítica juzguen mi proceder.

Manuel Rivarola Mernes

22 de Julio de 2001

PRÓLOGO

Alguien dijo que la realidad es rebelde. Y lo es. Cada individuo, hasta el más simple, tiene su plan privado de cómo deberían ser las cosas. Pero nadie puede someter los acontecimientos a su talante.

Buscando camino marítimo para llegar a la India, Colón descubrió lo inesperado. Así, cada cual busca de modo inmediato lo que supone será lo mejor, pero los hechos no siempre obedecen. Es lo fascinante y desesperante de la condición humana.

Quienes consideran los sucesos como síntomas de fuerzas subyacentes, suelen generar el hábito de inquirir, sin pretensiones de modificar. El intento de entender los contradictorios resultados que siguen a los esfuerzos por dominar las circunstancias, enriquece la inteligencia mediante la práctica de la objetividad. Es un entretenimiento intelectual gratificante, además de útil, para aprender a no forzar las cosas, a no presionar torpemente las voluntades, y a aceptar la esquiva realidad con cierto equilibrio indispensable a fin de evitar la tentación del fanatismo.

Los que aceptan estos postulados, encontrarán en la novela La Suela de José María Rivarola Matto, todos los elementos para el disfrute incomparable del pensamiento unido a la emoción estética. La ironía, eterno componente de lo humano, con sus múltiples vertientes –amargas, grotescas, tiernas, ingenuas, encantadoras o cínicas – está siempre presente, con lo que el autor logra con cre-

ces plasmar en la personalidad de sus personajes y en sus tribulaciones, una verosimilitud más que posible. En la riquísima gama de sentimientos eternos, presentados en un medio primitivo como el Paraguay de hace cuarenta y más años, el autor presenta, sin habérselo propuesto, una retrospectiva que da luz al presente, ya que sus esquemas culturales no han cambiado sustancialmente en un mundo de dinamismo vertiginoso.

"Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente". Así dijo el Maestro en Mateo 9: 16 y 17, y se opine lo que se opine de las Sagradas Escrituras, la enseñanza es válida. Los Jesuitas levantaron un imperio hermoso según esquemas políticos que comenzaban a perimir. El Dr. Francia, los López y los que siguieron y siguen hasta hoy, continúan insistiendo en remendar lo viejo con exigencias nuevas.

El protagonista de La Suela se encuentra con un panorama dèsconocido y para él incongruente. Sus sueños y tribulaciones constituyen la trama sencilla, llena de humanidad y desbordante de matices. Ni la pena, ni la risa, ni la sonrisa están ausentes. El tratamiento del tema, la bella pintura costumbrista, la filosofía amarga de los personajes locales, la vigencia de modelos culturales anacrónicos dentro de una ambiciosa y pretendida política de actualidad, conducen al lector lúcido a un enorme panorama para la meditación, el análisis, la analogía y el contraste, y sobre todo, para la ternura y la risa. Es una partitura reveladora con tantas aristas deliciosas, que las variaciones sobre el mismo tema son inagotables.

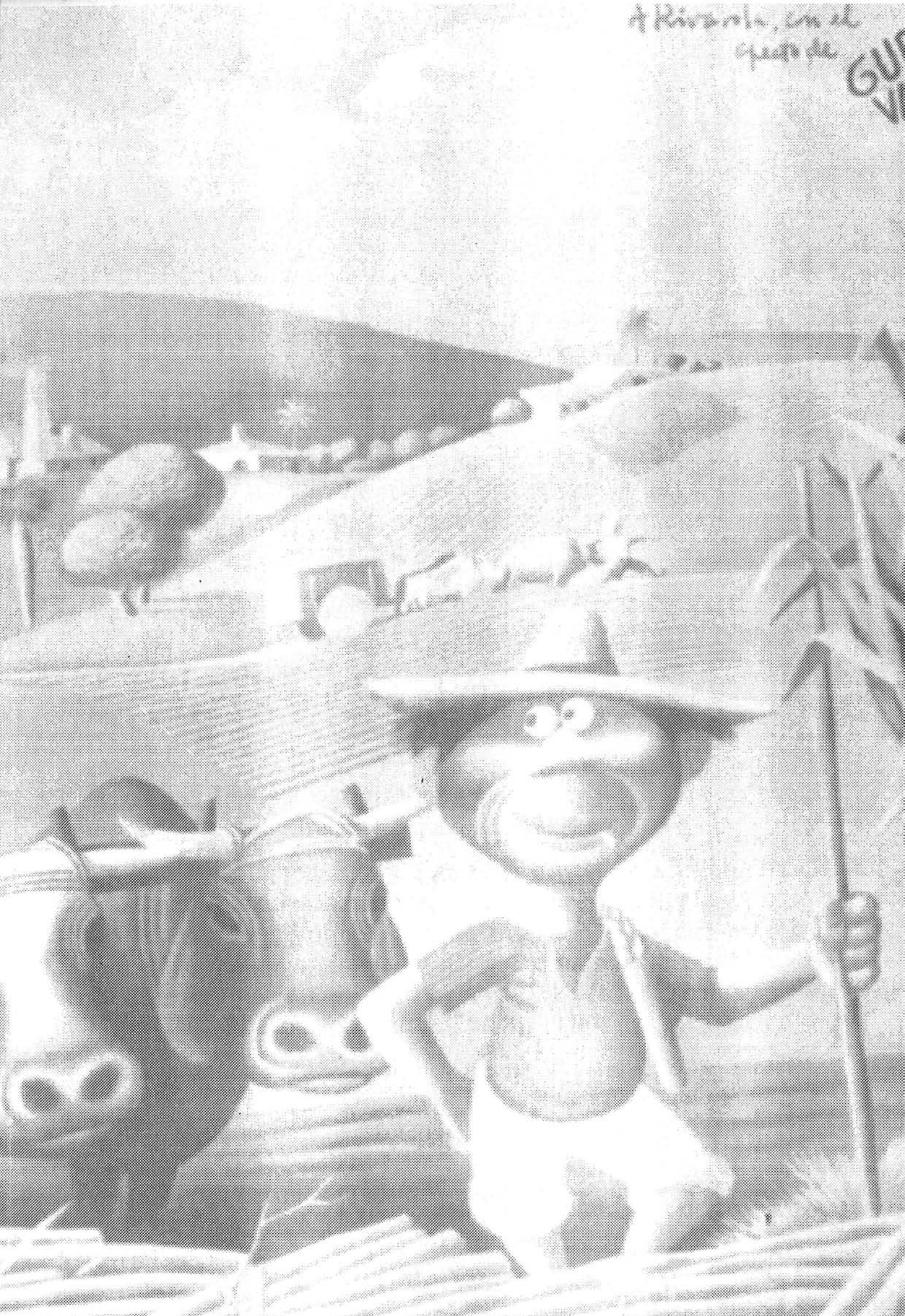
Pero La Suela, con la crueldad del escalpelo, no perdona ningún tejido cultural ni social. **Es una autopsia de todo lo muerto que arrastramos, sin encontrar la senda para enterrar con hono-**

res póstumos lo que fue, y ya solamente constituye lastre para los vivos.

Es éste el punto con el cual tropezará más de uno, aferrado a sus cadáveres patrios. No importa la delicadeza, ni tampoco el virtuosismo del tratamiento literario y conceptual del autor: el exhumar cadáveres es siempre tarea ingrata. Y a despecho de toda la exquisitez artística de que hace gala el autor, la amargura de la tenaz realidad paraguaya será para muchos un obstáculo difícil de salvar; a no ser que exista la disposición previa del ánimo, para reverlo todo y objetivar lo que a los paraguayos sigue carcomiendo y malogrando en su convivencia y en su inserción en el presente.

Si cuando la novela fue escrita su autor no pudo publicarla, es providencial que ahora pueda ser presentada al público, pues es el momento preciso. No solamente porque su lectura es una delicia, sino porque, en la perspectiva de cuatro décadas, puede ser aprovechada por aquellos capaces de disfrutarla estéticamente, además de extraer de ella invalorables conclusiones de actualidad, necesarias para comprender el marasmo colectivo en que están inmersos los paraguayos. Es La Suela una joya literaria con todos los requisitos para el regocijo, pero también un valioso punto de partida para la meditación inteligente del anacronismo paraguayo.

Por Lucy Mendonça de Spinzi
Setiembre de 2000



PARTE I

Don Cayetano lo supo antes de que nadie se lo viniera a decir. Una extraña soledad estaba detenida sobre el pulso de aquella mañana fría. La huella arenosa y colorada que se retorcía sobre la baja gramilla de la calle, permanecía desierta. No pasaba nadie, ni se oía que nadie trajinara aún a lo lejos. Largas pausas de motores entre las verdeantes colinas, hasta que de pronto una trepidación precipitada gritaba urgencia, apremio, no el constante esfuerzo del trabajo.

– ¡Se pelea en Asunción!

Algunas mujeres pasaban con bultos de comestibles apresuradamente logrados en previsión de alguna probable escasez; los hombres cruzaban la calle para ir a comentar y hacer conjeturas con el próximo vecino, formando pequeños corrillos que no se extendían porque nadie quería alejarse a más de cincuenta pasos de su casa. Había temor, amenaza incierta; en algún lugar se había quebrado la costra de miedo que oculta el odio.

Cuando le contaron a don Cayetano que su hijo estaba en el combate, no le dijeron por qué, ni por quién, ni cuál era su bando. Lo veía con su uniforme blanco de marinero, el cabello obscuro, requemado el cutis, tirante la piel sobre músculos comprimidos como resortes; la salud, la potencia y la gracia unidas para realizar la armoniosa buena voluntad de Dios.

Lo mataron en la calle. Lo sacaron al combate y allí lo abandonaron. Se concertó la tregua sin tener en cuenta su cadáver. ¿Para qué pensar en la sangre derramada si nadie la quiso derramar? Sin intención, no hay delito; que cada cual se lleve a sus muertos, cuánta pena, pero los vivos no queden reprochados, pues ha sido una desgracia, nada más.

Don Cayetano supo que su hijo estaba muerto, tirado en una calle, secándosele una imagen en los ojos abiertos. Corrió desesperadamente; diez veces quisieron atajarlo, hacerle volver, diciéndole que aun no estaba libre el paso, que ya llamarían para entregarle su deudo, después. ¿Mas acaso es posible proponer esperas a quien siente quebrársele el soporte de la vida?

– Prohibido pasar.

– Han matado a Héctor.

– No se puede pasar.

– Mi hijo está muerto allí en la calle.

Hasta el más endurecido combatiente veía en esa cara contorsionada, de ojos desorbitados, los asaltos de un tumulto pavoroso de dolor.

– Vaya por acá.

Pero pocos pasos más allá:

– ¡Alto!... ¿adónde va Ud.?

– Mi hijo está muerto, allí.

– ¿Es tu hijo?

– Sí, es mi hijo, ¡Héctor!

– Mi teniente, este "bringo" quiere buscar el cadáver de su hijo.

Una atenta mirada lo recorrió desde los zapatos embarrados, el pantalón azul caído, hasta el viejo saco tropical sobre la muy usada camisa que tenía puesta en el momento de salir. El aspecto de hombre maduro, un poco carnoso, con esas manos fuertes, de trabajo, inspiraba confianza.

– Vaya, pero tenga cuidado, le pueden pegar un tiro.

A lo largo de la calle y en algunas secciones laterales, los soldados aún guardaban una relajada actitud de apresto en su línea de combate. Si bien la lucha general había cesado, todavía se

escuchaban en secciones distantes airadas escaramuzas de grupos en retirada que trataban de escapar hacia el río. Un sargento tosco y duro que comandaba una patrulla, lo dirigió mejor.

– Mire allí, sobre la calle Colón.

Al doblar una esquina, se encontró de golpe en medio de los vencidos despojos. Estaban esparcidos en diversos sitios de la calzada a lo largo de la calle, en la misma disparatada actitud que dejó en ellos el convulsivo beso de la muerte.

– ¿Aquél?

Corrió torpemente empujado por el propio desequilibrio. No, no era éste. Sobre un cordón de la acera, varios: los fue mirando con nerviosa prisa, incapaz de darse tregua para sentir horror, ni extender siquiera una humana compasión. Al acercarse a uno, éste lo observó con el ceño fruncido como si fuera a hacerle un reproche o a pedirle cuenta. Para asegurarse, venciendo súbito terror irracional, debió volver la cara ante otro.

Siguió caminando torpemente de muerto a muerto, intoxicado de dolor, anestesiado de espanto. No tenía ideas, no coordinaba una protesta, no lograba distinguir sentimientos, sino punción de quiebra, caída, intolerable ansiedad. Hacia frío y él sentía el rostro chorreado de sudor, tenía los carnosos labios del color amarillo de pintas moradas como la pálida piel, los ojos perdidos, buscando, buscando.

De pronto lo vio, sí, era él, no podía ser otro, lo supo, aunque nunca hubiera podido explicar el por qué. Tendido, reposaba la cabeza sobre la raíz de un árbol. Se arrojó sobre él:

– ¡Mio figlio!

Era un cadáver tranquilo que se había juntado con la muerte sin haberla pensado sino muy lejana, como acudiendo a otra cita cualquiera. Había quedado una pálida somnolencia en la mirada y una sonrisa vaga no podía escapar de aquellos labios ya vedados a la alegría. Un infinito hilo de sangre había manado de la herida del

pecho, y allá se había corrido por la pendiente para ir a morir a un albañal. ¡Dios mío, era todo lo que quedaba de este ser radiante, cristal de la esperanza, nacido para hacer fluir amor!

Un tío lo trajo a la América de doce años, rescatándolo del abandono en que había quedado el «bambino» Cayetano como consecuencia de una tragedia familiar que flotaba turbia en su recuerdo con insinuación de pecado vergonzoso, allá en la lejana infancia de aldea italiana, donde nunca conoció ni a sus padres ni la tibia normalidad del afecto hogareño, sino otorgada por residuos, como regateado rescate de la debida misericordia.

Sin embargo, no tenía amargura en el alma, sino carencia, escasez de algo; no se había logrado corromper la simpleza de su corazón haciéndole conocer el odio. También desde esa misma tierna infancia tenía un recuerdo de bondadoso amparo: su profunda devoción por San Antonio. Una beata lateral de la familia le había transmitido su gran fórmula de abrigo contra la soledad y su helado compañero el miedo: un santo amistoso cuyo valimiento se lograba con asiduo culto y confianza. Un santo que lo comprendía todo porque era muy sabio, que conocía todo lo de la vida porque había muerto viejo y que siempre estaba dispuesto a la ayuda porque era muy bueno. "Cualquier cosa le puedes pedir a San Antonio, ah, es tan bueno; ¡un Santo verdaderamente bueno!".

También estaba tío César, así se llamaba; era un hombre joven, alegre, con un sentido liviano de la responsabilidad. Se hacía querer porque todo lo tenía a flor de labios: la sonrisa, la palabra amistosa y también la rendida excusa por lo que había dejado de hacer. No era posible tomarle a mal, ni tomarlo en serio, "¡es tan gracioso, si es un niño!". Pasados los años muchas veces se había preguntado si tío César quiso por sí mismo traerlo o si se lo habían cargado

como una encomienda molesta dirigida a las tierras del milagro y la aventura, donde se viene sin pasado a mirar el porvenir. Tal vez así habría sido, tal vez no, pero a poco de llegar a Buenos Aires, el buen tío lo dejó encargado provisoriamente a una familia de paisanos; partió por poco tiempo en busca de un lugar para establecerse y nunca volvió.

Esta vez la soledad era abandono y en un ambiente completamente extraño, donde todos estaban muy apresurados en dar con la tecla de la fortuna para compadecerse de sus penurias, aunque alguno de paso, le ponía en evidencia la conclusión moral de sus tropiezos: "eso te pasa para que aprendas".

Debió soportar los primeros años sirviendo para comer y aprendiendo a evitar los golpes. Cuando un paisano le ofreció embarcarlo en su balandro para correr en el transporte de la fruta, trepó la borda ansioso de escapar del amargo rincón donde tenía que enfrentar a la fortuna, y se llenó el alma de paisajes murmurantes al ascender la onda inmensa del Paraná y su lujosa cabellera.

Conoció el Paraguay por Villeta, el puerto naranjero, donde aguardando el turno de la carga podía darse a las noches tibias de serenatas, guitarras, mujeres, caña en la fácil tolerancia de los puertos donde nadie le cuestionaba su juventud si tenía cómo pagar la juerga.

Andando el tiempo, allí por primera vez una linda china le llamó "amigo", y aunque no dejaba de mercarse con él, también podía forjarle la quimera de que la relación era distinta. Era de más edad que "su Cayé" – como apocopaba su nombre siguiendo el uso local – pero tenía una forma tan dulce de ponerse bajo su protección los pocos días, y a veces las pocas horas que estaba en tierra, que el marinero huérfano, sentía que esta dudosa mujer rescataba para él una pequeña propia estimación como ser viviente.

Se sentía cada vez más enamorado de estas colinas y bosques tan solitarios, ¡casi desiertos! Esta era la América virgen que desde

Europa se venía a conquistar. ¡Espacio, luz! Él, que había vivido siempre en cuchitriles, en rincones sucios y apretados, en la última de las cuchetas, sentía la ebriedad de la página en blanco en el momento en que las venas se le llenaban del jugo nuevo de la juventud, mezclada del misterioso elixir portador de la potencia creadora.

– ¿De dónde traen la fruta?

– Del monte.

– ¿Allí las plantan?

– Allí crecen solas – le informaba su china apretándosele al pecho en tanto que él contemplaba admirado los dorados montones.

– Y todas estas tierras vacías, ¿de quién son?

– No sé, pero hay muchas más... atrás del monte, y campos y ríos. ¿No querés hacer un rancho para nosotros, cerca de una isla, con un arroyo que pase entre los árboles para bañarnos a la tarde?

– ¿Te vas a venir conmigo?

– ¡Sí, Cayé de mi vida! – Y se le ceñía aún más acariciándole con insinuante intimidad.

Ella ponía dulzura a la promesa, y él quería soñar; ¿qué otro requisito hace falta a la fe que mueve a los hombres?

No le había prometido venir de nuevo por ella, mas al terminar esa estación de la fruta, cuando el balandro hizo la última descarga en puerto de destino, Cayetano, en lugar de entregarse al raspado, la limpieza y la nueva pintura, pidió su desenganche.

– ¿Adónde vas? – Le preguntó el patrón.

– Voy al Paraguay; allí todavía puede empezar un hombre pobre que quiera trabajar.

– ¿Por qué decís eso?

– Todo está vacío... han tenido guerras, revoluciones, y todo está

vacío... – reiteró con la imagen de aquellas armoniosas colinas ceñidas por el río, cuya sombra tenía un secreto hechizo juvenil de mujer.

– Está muy bien, ¿pero no te preguntaste si por qué tienen tantas guerras y revoluciones?

No, no se había preguntado. Era algo demasiado profundo para su especulación simple de marinero enamoriscado. El patrón lo miró un rato con sus ojos astutos de genovés. Tomó un porrón de buen vino que se reservaba para él solo y llenó dos vasos sobre la mesa.

– ¡Andá, muchacho!, todos vinimos a América a probar fortuna... ¡hay que hacer entonces la prueba! – empujó un vaso hacia su lado indicándole que lo cogiera –, siento perderte, ¡pero andá, andá!, siempre hay tiempo para ser marinero – levantó el vaso –, ¡salud paisano!, ¡buena suerte!

Vaciaron el buen trago, y aún otros; le liquidaron la paga y con otros billetes que había aprendido a esconder para atajar los malos golpes, consiguió embarcarse en un carguero que pasaba por el lugar donde debía empezar su conquista de la tierra nueva.

Cuando lo bajaron en Villeta se encontró con su primera desilusión. Al fin de la estación de la fruta, su dulce china había regresado, le decían, a su pueblito del interior. No hubo pues ensoñadora espera en noches de luna que hubiese cuajado la soledad en su recuerdo, aunque tal vez... Para ser sincero, ¿le pidió él que lo esperase? No; no lo hizo. Creyó que allí la encontraría simplemente porque allí la había visto la primera vez y siempre. De este modo la perdió sin haberla conocido nunca, tomando del amor sólo el aroma para un recuerdo bello y triste de la juventud.

Era un hombre en busca de su empresa, joven, decidido y fuerte, pero poco inclinado a dejarse tentar por brotes caprichosos de entusiasmo. Había aprendido recibiendo golpes y estaba en su misma naturaleza la particular disposición de meditarlos. La instrucción que le dieron fue rudimentaria, y todo el conocimiento después adquirido, era un cuadro desordenado de la experiencia

ajena relatada a trazos ligeros en libros baratos y periódicos.

Caía bien en el ambiente su ansioso deseo de trabajar; los nativos estaban tan ocupados en las rivalidades políticas, con tanta saña se perseguían, que los pocos inmigrantes que llegaban eran disputados para los trabajos requeridores de constancia y dedicación.

La dolorosa firmeza con que cerraba la boca, aquellos ojos jóvenes y serios, le empujaron a su primera oportunidad.

En Asunción se instaló instintivamente en un hotel barato cercano al puerto.

Un hombre maduro, curtido, con traje de ciudad, pero con evidentes maneras campesinas, desde el mismo día de su llegada trató de hacer amistad con él.

– ¿Viene a quedarse?

– Sí.

– ¿Tiene algún trabajo?

– Estoy hablando con algunos paisanos para orientarme.

– Aquí hay pocos ramos: madera, hacienda, yerba o naranja. Todo lo demás es pichuleo. – Se le quedó mirando, tomándole el calibre a su disposición.

– ¿No hay más?

– Sí, pero derivados. No entre en un ramo chico; Ud. es joven, si le va bien tiene cómo hacer fortuna.

– Pero yo no tengo dinero.

– No hace falta. Hay que trabajar al principio para otro, y ganar experiencia. Que su experiencia la pague otro.

– ¿Ud. me quiere proponer algo, verdad?

– Sí. Tengo un obraje al norte. Si le gusta, en dos años puede estar trabajando solo. Maderas hay para mil años, y si Ud. demuestra que es guapo, cualquiera le adelanta dinero.

A los dos años estaba metido en una selva inconmensurable, tratando de sacar enormes rollos por primitivas trochas, con alzaprimas hundidas hasta el *mazo*; las yuntas de seis, ocho, doce bueyes obligadas a tirar a pura picana y despiadado látigo. Trabajo salvaje en el cual el hombre lucha primitivamente contra todas las potestades de la naturaleza: lluvia, viento, frío, calor, sabandijas, culebras, fieras, hambre y enfermedades.

– ¡Juerza, juerza!, ¡neique, vamos, Negro! ¡Guampa!, ¡dale ujha, jha, jha, jha! ¡Juerza, jha, jha, jha!... – Y el látigo como herramienta infatigable de trabajo.

No, esto no era para él, no porque se sintiese acobardado, sino porque la brega se hacía a un nivel que no satisfacía su temperamento. Además, los inconvenientes habían menudeado por todos lados; unos eran los cálculos de las utilidades, y otros los resultados obtenidos en el azar de las circunstancias. Las sumas y *cubicajes* nerviosamente comprobados daban escuálidos saldos. Un par de lluvias más o se le escapaban algunos peones con mucha deuda y tendría que salir pagando su propia experiencia con sus pocos billetes trabajosamente ahorrados o con una o dos balas en el cuerpo.

Ante esta situación crítica, en el miserable ranchito de pindó, Cayetano pasaba de sus cálculos a mirar el cielo, y no precisamente para estudiar el tiempo sino para rogar a su abogado, San Antonio, que lo sacara de tal apremio. Y fue tan efectiva la ayuda de su Santo, y tan poco ceñida a las ñoñerías de una justicia pedestre, que desde entonces su fe en él adquirió categoría de verdadera devoción.

San Antonio lo ayudó en efectivo, teniendo en cuenta la razón según el alto punto de vista de los cielos, pues sus medios no fueron

en verdad muy ortodoxos. En efecto, un recibidor, luego de algunos rodeos, le propuso que por cada palo medido se agregara otro palito en la planilla, de manera que al fin de la jornada ambos, él y él, tuviesen una pequeña planchadita entre los dos.

– ¿Controlar?, no se preocupe – le tranquilizó el sujeto escupiendo las palabras por el costado de la boca gomosa de tabaco mascado, con los ojos atentos a los intersticios de las próximas ramazones –, Ud. se va, viene la lluvia, el monte crece, todo lo tapa, piques y rollos, vaya tranquilo.

Tanto como tranquilo, no se fue, pero se reconfortaba con la idea de que si había trabajado duro, justo era sacar algún provecho, y luego, si San Antonio le extendía una ayuda, era porque reconocía su derecho en la instancia final.

Sin embargo, como solamente él era intérprete de la voluntad de su abogado y no se atrevía a solicitar opinión de una mejor autoridad para su respaldo, creyó oportuno hacer participar de sus beneficios a los pobres, tratando de acallar por este medio las enojosas cuestiones que se le oponían desde un sector rebelde de la conciencia. Lo resuelto fue definitivo. Apartó drásticamente un porcentaje del uno por ciento de lo que estaba dudosamente logrado, y se lo puso en el bolsillo izquierdo para irlo dando como caridad a los pobrecitos de Dios.

Salió con indudable experiencia del obraje. Un conocimiento que le aconsejaba no volver a meterse en ese tipo de trabajo en el cual la apuesta se hacía contra todos, hombres, animales y elementos. Para apostar así, había que estar en condiciones de dispersar los riesgos poniendo varias paradas en manos de otros más chicos jugadores y aún poder jugar de nuevo una y otra vez. Quien no tenía el dinero apostaba simplemente su vida, las fuerzas de su juventud, su derecho a la dulce alegría de vivir.

Averiguó si habría manera de hacer pastar un pequeño hato en esas grandes praderas vacías y le dijeron que podía intentarlo clandestinamente o pedir permiso a los dueños que tenían su

residencia en el exterior. Como su dinero era escaso para la empresa, adquirió un pequeño plantel y se lo encomendó a otro mientras fuera tomando importancia. Entre tanto él se dedicaría a comprar partidas chicas para proveer de hacienda los pequeños mercados del interior.

Los hábitos locales lo iban transformando. Aprendía rápidamente locuciones en guaraní, aunque hiciera reír su pronunciación *agringada*. Por el vestido y el porte, nadie podría distinguirlo: la piel quemada y curtida era la de todos, y los ojos azules sólo llamaban en un primer momento la atención. Trajinaba por los primitivos caminos del país, asociado con un mulato sumamente experto, haciendo pacientes negocios que le permitían ir soñando con el crecimiento de su manada.

Trabajaba duro, con una natural tendencia al sistema, a la seriedad en los tratos, al orden, y por cierto esta característica le ocasionaba sus disgustos con la gente. Por instinto desdeñaba vivir como un ser más de la naturaleza; su vieja sangre civilizadora quería transformar.

Conoció a Francisca en una categoría indeterminada de criada y pariente de los dueños de un pequeño establecimiento que por sus buenas aguadas y potreros solía tocar de paso. El amo, su mujer y unos pocos peones vivían en un mismo nivel de rústica igualdad, en un rancho de paja y barro desnudo de comodidades, cuyo gran vestíbulo servía para todos los menesteres cotidianos y guardaba desordenadamente los utensilios de la hacienda. A ambos lados, dos o tres piecitas y una amplia cocina ennegrecida de humo, en cuyo centro radicaba, a ras de tierra, un fogón.

Era una trigueña fina bien formada que estaba llegando a su "tiempo" como lo decían los de la casa con toda naturalidad,

esperando que de un momento a otro encontraría su hombre o que simplemente alguno la haría madre, "por haber llegado el tiempo". Ella se mostraba arisca rehuyendo el contacto de algunos requeridores peones, pero con eso no lograba disuadir gran cosa, pues cada vez que soltaba una risotada o cometía una torpeza, el patrón, un hombre encanecido, hablando por debajo del bigote ralo y lacio, movía sentenciosamente la cabeza para asegurar:

– Le hace falta macho.

Ella no sabía si qué cosa le faltaba, pero sentía el acosamiento de todos los del lugar, y más de una noche, una tibia mano palpadora trató de hacerse sitio debajo de su mosquitero. Una vez gritó, pero al día siguiente encontró sonrisas y bromas por todas partes; otra noche mordió con violencia de animal aterrorizado, y ahora, con el permiso de su madrina, la mujer del patrón, se atrancaba en la despensa a pesar del calor, con un puñalito debajo de la almohada.

– Se hace – decían los que pasaban por entendidos.

Pero no se hacía, sino que Francisca estaba completamente enamorada de don Cayé, como ahora llamaban al gringo tropero. ¿Lo sabía él? Imposible dejar de saberlo porque aquellos ojos negros eran suficientemente bellos como para no pasar desapercibidos, y hablaban dolorosamente, porque su solicitud era rendida y la voz se aterciopelaba, se estremecía cuando tenía que decirle unas pocas palabras en esforzado castellano mezclado con substancia guaraní.

Sin embargo, un individuo llamado Onésimo, más conocido por el marcante "*Taguató*", que pretendía con insistencia a la muchacha y estaba decidido a hacerla suya, también advirtió que las venidas del gringo alteraban el brillo de los ojos, los colores, el peinado, el vestido y hasta el calzado de la morena que durante la permanencia del viajero se tenía heroicamente con los zapatos puestos: indudable prueba de amor. Para peor el picado Onésimo creyó advertir reciprocidad, lo cual le hacía suponer inminente un desenlace, como todos lo esperaban, apenas Francisca encontrase al hombre de su

agrado. ¡Se iría con él! ¿Qué otra vuelta había que darle al asunto?

Entonces el *"Taguató"* resolvió actuar. Esa misma noche tomando mate alrededor del fogón, mientras Cayetano esperaba a unos compañeros que se habían demorado para encerrar ciertos animales huidos, empezó a soltar palabritas burlonas con el ánimo evidente de buscar pendencia. Estaba sentado sobre una banqueta baja, fogón de por medio con el tropero, y cerrándole la salida. Adelante, debajo de la mano, tenía el mango de un largo cuchillo, colocado así con el propósito de ahorrar fracciones de segundo en la acción.

– El *"bringo"* se hace gaucho, ¿no?

Y como alguien respondiese que sí, el Onésimo continuó con un tonito burlón:

– Con las vacas... hay que ver si también es gaucho con los cristianos. – Y le agregó una risita de infinita duda.

Cayetano tenía suficiente experiencia como para saber que el individuo traía propósito y que en el trance se jugaba la vida. No había parlamento posible; sólo al moverse le saltaría encima. Era hombre joven, fuerte, con unos ojitos de víbora que le estaban vigilando hasta la dirección posible de la mirada. En realidad lo tenía cazado: había una vibración metálica de trampa en esa mirada, y un cruel esbozo de triunfo en aquella sonrisa endurecida que surgía de un fondo de apresto total. Lo tenía atrapado; su posición en la banqueta había adquirido la presión de un resorte y mantenía la mano ligeramente abierta sobre el mango del puñal.

El fuego hacía bailotear las sombras; dos individuos más permanecían quietos, serios, neutros, alejando la vista de las llamas para no encandilarse, viéndolo todo, dispuestos a ver actuar a la muerte, sin mezclarse innecesariamente en su faena.

Lo que hacía endiabladamente grave su situación era el revólver que tenía colgado al costado izquierdo. Sería en extremo difícil que lo pudiera usar con tiempo; prácticamente le resultaba inútil; además, su enemigo no podía permitirle que se moviese un

milímetro para tentar otra defensa, justamente porque allí tenía el arma inútil. "Hacer trabajar la cabeza", de esta saldría entero, sólo si podía imaginar algo eficaz. Tirarse atrás y levantar la pierna mientras sacaba el arma, sí, lo podía probar, pero eso era justamente lo que el otro esperaba que hiciese. Tendría preparada la contrarréplica. Sí, la tenía.

Cuando le pasaron el mate, lo cogió con la mano izquierda. La sonrisa de Taguató hizo un leve parpadeo de burla... Tensión máxima, golpes duros y netos de corazón, uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡ya! En lugar de tirarse hacia atrás lo hizo hacia delante, a un costado y con la mano derecha levantó un leño ardiente contra la cara del contendor. El cuchillo le pasó zumbando al lado de la cabeza esgrimido con tremenda fuerza y decisión. Sólo un ruido de aire expulsado súbitamente, después una maldición de despecho y rabia; el Onésimo se revolvía con agilidad felina tentando otros golpes con el cuchillo, pero estaba ciego; la brasa le había estallado contra la cara. Un golpe con el mismo leño le hizo perder el arma y colgar inútil el brazo. Estaba a su merced. Lo agarró del cuello hundiéndole el caño del revólver en el cuerpo con presión intolerable.

– Desgraciado, ¿quién te mandó matarme? – como no hubo respuesta, urgió con furioso tono –, ¡contestáme, miserable!

– Nadie.

– ¡Y por qué me querías matar vos, *aña memby*! –. Agregó escupiéndole el guaraní.

– Porque le queré llevar a Francisca.

Siguió un silencio en el cual se erguía la sorpresa.

– Bueno... si ella quiere la llevo, y no sos vos el que me va a atajar – dijo empujando violentamente al maltrecho atacante, que rodó por el suelo.

Unos cuantos se hicieron cargo del herido. Con él se juntaron otros, además de sus compañeros que llegaban, con lo cual la situación

estaba decidida a su favor.

A la madrugada siguiente, era muy obscuro todavía cuando percibió suaves pisadas de pie descalzo aproximándose al costado de su mosquitero tendido sobre el apero de montar. Se puso en guardia, pero luego se anunció con voz baja y temblorosa:

– Don Cayé... don Cayé... aquí te traigo el mate.

Era Francisca.

Tomó el mate y lo abandonó arrimado a la cabecera del recado. Tendió la mano y estiró suavemente a la estremecida joven hasta acostarla a su lado, debajo de su manta. Y buscaron juntos el camino del amor en una noche cualquiera que se hizo inesperadamente eterna porque "en su tiempo", ingenua y honradamente se cumplía con el deseo de vivir.

– ¿La vas a llevar? –. Le preguntó al día siguiente la mujer del amo.

– Ahora no, pero voy a venir a buscarla.

Y cuando después vino a cumplir lo prometido y se la llevaba consigo montada en el caballo malacara, manso y de buen andar, que para ella paquetonamente había ensillado, tuvo la sensación de que esta frágil mujer que le miraba con adoración rendida, mucho más que sus empresas, más que sus compañeros, más que cualquiera otra mujer que hubiese conocido, hacía que se le durmiera allá en el alma su vieja agonía de soledad.

A la dulce Francisca le encontró reparo en la casa de un campesino amigo que vivía en un pequeño pueblito por donde frecuentemente solía pasar en procura de los establecimientos ganaderos que le vendían la hacienda para su tráfico. Hasta ese momento toda la

aventura tenía sabor de improvisación, de sorpresa, con engañoso matiz de sueño. Un sitio discreto para guardar una amante, eso era lo que creía que tenía que encontrar; no se imaginaba que en verdad su vida errante había hundido en tierra una raíz.

Haciéndole un alegre guiño de entendimiento a la suerte, él siguió sus largos viajes, pero ahora iban adquiriendo una acentuada convergencia hacia el punto de presunta interinidad. La codicia perdía su tosca sencillez para mezclarse con una imponderable apetencia de felicidad.

Descansaba de un viaje lleno de trastornos acurrucado a la sombra de una restauradora molicie en su pueblito fijado como sitio de refugio, cuando una mañana, la dueña de casa se vino con la importante noticia de que según lo contara una muchacha que vivía en la casa del almacenero don Basilio Centeno, ese día el patrón había escuchado por radio que importantes dificultades políticas estaban ocurriendo en la capital.

En realidad la noticia venía por inferencias de inferencias, pues el mismo don Basilio, con los acumuladores muy descargados, metiéndose el receptor por el oído, apenas había sacado en limpio fracciones de la proclama de un movimiento que se proponía el saneamiento e inmediata reconstrucción de la República.

Decían que don Centeno no había podido saber bien si la radio captada era de Asunción, La Paz o Buenos Aires, pero como era hombre fogueado, tomó ciertas disposiciones para resguardar sus mercaderías produciendo una razonable, prudente y rendidora escasez.

En fin, indicios y dudas había, y para comprobar la especie en un sentido u otro, la buena señora hizo una visita mañanera, de paso, sin cumplido, a doña Rosaria, la mujer del Comisario.

De la exuberante crónica de las cosas que positivamente había visto y de aquellas que presumía, su tranquilo compañero don Toribio, encanecido, quemado y calloso campesino, profundo en

el conocimiento de su concubina y lleno de verificada experiencia, había logrado destacar los siguientes hechos: primero, que el Comisario bien temprano se hizo ensillar su montado y se fue hacia un establecimiento donde positivamente tenían una decente instalación de radio; segundo, que había un visible aire de apremio en las disposiciones de la casa, como ser empaque de bombillas, mates y aperos chapeados o de plata, ocultación de aros y anillos de oro, crisólita y coral que solían ser de uso constante y cotidiano de la primera dama de la localidad: y como simple elemento adicional de juicio, se advertía una notoria ansiedad en las manifestaciones amistosas de la mujer examinada, así como una pérdida completa de la usual altanería; y por último, había que computar como elemento de corroboración general el oleaje de preguntas que había asaltado a la portadora de estas observaciones desde todas las casas y patios, en su excitante trayecto de cuatro cuadras hasta aquí, su propio domicilio.

– No hay nada que hacer, se está peleando en la Asunción – dictaminó don Toribio, confirmándose a sí mismo con un pausado movimiento de cabeza.

Poco después de mediodía, todo el pueblo que había suspendido el trabajo ordinario para ponerse a la observación y al acecho, vio pasar al galope al esforzado caballo de la policía, montado por un conscripto de confianza. Todos salieron a mirar y hasta algunos le preguntaron a gritos si de dónde venía. No contestó nada, seguramente por tenerlo terminantemente prohibido, pero cuando en lugar de parar frente a la comisaría siguió una cuadra más allá, directamente hasta la residencia privada de la autoridad, todos los mirones de la calle se espiaron recíprocamente volviendo a un lado y otro la cabeza, y con un gesto se expresaron concordancia y comprensión.

– Pinta mal para el gobierno – comentó don Toribio resumiendo con prudencia el común pensar.

Poco rato después el mismo abnegado soldado y otro, evidentemente obedeciendo instrucciones portadas, iniciaron el transporte a pulso de una máquina de coser a la casa de un compadre opositor, serio, considerado buena persona, serena y no vengativa. Después siguieron otros líos y cajas. La gente ahora ya miraba sin guardar ninguna clase de disimulo; se había aproximado a formar corrillo en el mismo camino del acarreo para juzgar por las apariencias si qué "requechos" se ponían a salvo.

– No hay nada que hacer – volvió a hablar don Toribio –, el gobierno recula y están ganando los revolucionarios.

Todos los que le oyeron, recostados a los horcones o trepados a las barandas de las aceras asintieron silenciosamente. El sol furioso pegaba en la calle y se levantaba reverberando como bandadas de pálidas mariposas celestes. Desde un mandiocal que crecía en un patio se oían gritos y corridas por expulsar unos cerdos que se habían colado en la chacra a favor de la distracción general. De pronto un disparo de escopeta, y el chillido del chancho herido flameó en la tarde, áspero y agudo.

Esto recordó a mucha gente que había lecheras por ordeñar, caballos por racionar, terneros por traer del campo, plantas que debían ser regadas, y en fin, la fuerza de la naturaleza que sigue sin consideraciones políticas. Cada persona ordenó a su próximo subalterno que se hiciera cargo de la obligación, y estos a sus inmediatos inferiores, de manera que ese día sólo se ocuparon de trabajar los más infelices, los últimos de los últimos en la escala de la servidumbre social.

No llegaban noticias concretas, todo era murmullos, conjeturas, nada de ninguna fuente insospechable, no se podía saber ni aún si quién se había levantado; la radio de don Basilio Centeno requerida hasta el último amperio, después de malgastarse toda la mañana martirizando a los ansiosos oyentes con desvanecidas polcas provenientes de una estación local, ahora sólo podía meter en su parlante apagados estruendos de una emisora brasileña que parecía

relatar algo de fútbol, pues de vez en cuando podía distinguirse una voz estentórea gritando como: «¡goooolll!". ¡Desconcertante, torturador! "Don Centeno" había declarado y volvía a gritarlo cada vez que le acometía la cólera, que ninguna de sus hijas, ni su mujer, ni nadie, volvería a tocar la radio para escuchar "macanas"; en adelante el aparato quedaría bajo su propio control únicamente para las ocasiones importantes, como para "estos casos", decía bufando. De ahí se extendió el comentario de que la radio de don Basilio funcionaría únicamente en oportunidades de levantamientos, y muchos manifestaban concordancia y conformidad.

Algunos habían intentado hacer como que pasaban por el establecimiento donde escuchaba las noticias el propio Comisario, pero éste había dado instrucciones terminantes para que no se recibiera a nadie que fuera a intranquilizar después a la población esparciendo falsos rumores; individuos hipócritas, interesados en inhumar nada menos que su propio querido cadáver.

Ya las gallinas daban sus pesados saltos por las altas arboledas, los terneros encerrados se despedían, balando, de sus apenadas madres que acostadas en la tranquila calle les rumiarían el desayuno; ya las bandadas de barullentos loros pasaban a dormir en las grandes islas cercanas y los *caraya* se aclaraban la ronca garganta, cuando en el silencioso y olvidado pueblecito aún no se había logrado una noticia concreta que disipase la incertidumbre. La autoridad todavía se sostenía... pero el hecho tenía un valor casi neutro, un puro efecto de inercia. En la comisaría a un cabo, un soldado y cuatro presos ni se les ocurría discutir la autoridad de la autoridad, y hasta el momento ella, sin disputa correspondía al señor Comisario. Claro que en ciertas conversaciones se había deslizado la insinuación de tomar la comisaría, hacer correr al cabo, con el objeto de plegarse y apoyar el alzamiento, mas prevalecía la opinión de los prudentes: «¿y después, si gana el gobierno?» No, era mejor esperar que la cosa pintase más clara.

Inevitablemente llegaba la noche, y aún sin ninguna decisión, cuando fue entrando al pueblo un carretero que venía de un puesto lejano, de un paraje desierto, para llevar algunas provisiones. Su procedencia era del lado del monte, nadie suponía que tuviese nada que contar, pero de todos modos, como siguiendo el ritual del saludo, un mozo sentado en la baranda de la casa de don Toribio, le preguntó:

– ¿Hay alguna novedad por tu valle?

– Silencio... – contestó como todos lo esperaban, y después agregó lo sensacional: – mi «Comí» solamente vi que se iba...

– ¿El Comisario? ¿A dónde se iba? ¡¿Dónde?!

– Y... cuando yo venía se iba entrando al galope por la picada del Boquerón.

El dato ocasionó gran revuelo y de inmediato fueron a contárselo a don Toribio, quien salió a confirmarlo con el carretero; después pausadamente dictaminó:

– No hay nada que hacer, el gobierno ya corrió a la Argentina... a Clorinda.

Poco después un grupo de abnegados vecinos se hacía cargo de la Comisaría para garantizar el orden, y se decía que un tal Napoleón Martínez había logrado deslizarse disimuladamente del pueblo para ir hasta el próximo puesto del telégrafo, que quedaba a una porción de leguas del lugar, con el objeto de ser el primero en enviar un telegrama de apoyo incondicional al nuevo presidente provisorio, haciendo votos por su larga permanencia en el poder.

Mientras las instituciones carecían de mando y corría la ambición tras el nuevo poder con paso de farsa, las viejas tensiones sociales rompían trágicamente las normas de convivencia. Aquellos que sufrían opresión secular, para quienes las leyes eran trampas, nunca ayuda ni amparo; las autoridades, verdugos de humillación y tortura, encontraban que por un momento la exigida sumisión era mal vista, que los comisarios estaban prófugos o entraban en los

calabozos y que la ley del momento era subvertir. ¡Aprovechar antes que se reorganice el sistema! Eso aconsejaba la experiencia. Salieron a cazar vacas y terneras de pella sólo para comerse la preferida presa, y darse el gusto de dañar y quebrantar la ley.

Otros se llevaban una pequeña manada; había quienes saldaban antiguas disputas con una rápida grieta de sangre, otros calmaban agravios con eficaces golpes de odio y algunas bandas redistribuían la riqueza mediante torpes saqueos; pero las grandes causas – el latifundio, la ignorancia -, seguían impasibles desde ahora elaborando disimulados motivos para las próximas empurpuradas riñas del porvenir.

La pequeña manada de Cayetano, que ya empezaba a ser «don» por su madurez y la cuantía de su hacienda, salió de la revolución reducida a una mala mitad. Ya sea porque estuviese más a mano, menos guardada, o porque su propietario fuese un extranjero reputado inhábil para una eficaz venganza, la gente parecía haberse cebado en el fruto de sus años de duro y paciente trabajo. Fue un golpe terrible para sus proyectos, pero había juventud; sacudió la cabeza y siguió adelante a pesar que unas líneas profundas se le marcaron en la frente, se le ralearon los cabellos y le salieron las primeras canas.

Resolvió esta vez rehacerse con algo que tuviese más positivamente bajo sus manos. No seguiría tras líneas tan amplias, pondría límites visibles al porvenir, e iría cambiando ambición por seguridad.

Así fue a dar con una propiedad bastante extensa que estaba bien pegada a las costillas de un pueblo cercano a la capital. Pueblo chato, polvoriento, viejo, pero que había logrado adquirir una primaria normalidad de funciones; tenía su iglesia en adelantada construcción que culminaba lentamente; había una sañuda

comisaría, escueta y trajinada, con su viruela de tiros al frente, cicatrices de ataques y defensas del sagrado poder; un juzgado de paz harapiento con su larga clientela de pobres en procura de justicia; una municipalidad que lidiaba con los burros, las carretas y las vacas que se permitían circular sin patente, que había amonestado al camionero por correr a más de diez kilómetros por el centro, con excesivo estruendo y polvareda, y que en fin, tenía escuelas, un colegio de monjas, un pequeño centro comercial, estación de ferrocarril, club de fútbol, y todas las ambiciones que se pueden formular de palabra para irse a la cama después.

Cayetano lo pensó cuidadosamente. Tenía fe en América, en estos países jóvenes, limpios y vacíos; en algún momento, de golpe, se habían de llenar y levantar. Más gente vendría de Europa, los pueblos crecerían y entonces... ¡esta propiedad valdría una fortuna! Bien loteadita, vendida a plazos, para que el inmigrante pudiera construir en tierra propia su soñado hogar. Sí, esto era ponerse justamente en el camino del progreso.

La propiedad estaba allí mismo, a sólo cuatro cuadras del centro, para más empezaba con una vieja casa que si bien era la última a un costado del pueblo, aún estaba en el municipio. Haciendo las cosas aún mejores, el propietario en el exilio la daba por cualquier suma que le permitiese afrontar los rigores de una súbita expatriación.

La compró decidido a hacerse granjero mientras llegaba la gran oportunidad. Las mejores vacas del hato quedaron reservadas de la venta, para hacer de ellas lecheras, y vino a instalarse trayendo a Francisca; pero antes, en un pueblito cualquiera, ante un juez de paz admirado de la simplicidad de «estos bringos» y un cura muy económico en la ceremonia, se casó con ella, porque ahora, además de una casa, estaba dispuesto a constituir un hogar, y no deseaba que ningún vecino pusiese tacha a su dulce compañera.

Poco después tenía su premio: le nacía Héctor, deseado y bello como el amanecer de la buenaventura. Ahora tenía todo un fin

preciso y el mismo egoísmo su dignificación. Siete años después nacía una niña a quien llamó Ester. No hubo mucho tiempo para festejarla, pues como consecuencia del parto, la madre quedó herida, como si hubiese entregado algo de su propia consistencia al dar el ser.

Empezó un lento y amargo deambular en pos de médicos sin otro resultado que muchos gastos, un mayor dolor y una ensombrecida esperanza.

– Francisca, ¿cómo te sentís? – Le preguntaba Cayetano lleno de contenida ansiedad.

– Bien – respondía sonriendo con su heredada mansedumbre.

– ¿No te duele nada?

– Sí, un poco – contestaba disminuyendo aún la importancia de la respuesta con el tono trivial de la voz.

Pero no era así, él lo sabía perfectamente. De noche al despertarse la encontraba dolorosamente acurrucada, con los ojos abiertos, fijos en la obscuridad, o se había levantado silenciosamente para ir a cocinarse alguno de los yuyos en los cuales, por tradición, confiaba más que en las odiosas pastillas de la farmacia.

– Te vas a sanar – le decía Cayetano sonriendo de dientes para fuera. – ¡Te vas a sanar, sos una muchacha del campo, fuerte, criada con leche y aire puro! ¡Te vas a poner buena!... ¿Te acordás cuando yo llegaba a tu casa allá en la estancia?... Yo creía que no me ibas a querer.

Ella no contestaba, pero empezaba a reírse mirando a lo lejos desde el fondo de su actual melancolía.

– No me animaba a decirte nada, ni siquiera que eras muy linda porque me iba a salir mal en guaraní... – Ella asentía riendo.– Pero una mañana, una mañana... – dejaba maliciosamente en suspenso lo que había pasado, hasta que ella abriendo mucho los ojos, sin dejar de reír, preguntaba:

– ¿Qué pasó? – Con la punta de una tímida travesura.

– Vi que me mirabas desde atrás de una enramada.

– ¿Sí?... – seguía riendo, y los ojos se le ponían brillantes, las mejillas le revivían con parches de color.– ¿Eso no más?

– Me di cuenta de que no te importaba que fuera gringo.

– ¡Sí, me importaba!

– Pero igual me ibas a querer.

Ella volvía a reír, pero aquel júbilo no venía de ese cuerpo de piel transparente y seca, sino de algún fondo aún intacto de fe y de juventud.

– ¿Por qué te reís tanto?

– ¡Ay, porque entonces ya era sin remedio!

– ¿Qué cosa?

– Que seas gringo, tuerto o... con cara de p*ombero*. – Terminaba tapándose la boca como para sofrenar la audacia que se le escapaba, y después volvía a reírse con genuina alegría.

Esa vez se le acercó fluente de ternura para abrazarla muy suave, como era manso, profundo y triste el sentimiento en presencia de esta mujercita dulce que se le quería morir.

– Francisca... – le miraba a los ojos, sin revelar ningún excesivo afán – nunca entre nosotros hubo un solo disgusto...

– No.

– Ni una sola palabra dura...

– Ni una...

– Nada que yo te hubiera pedido, ni que vos me hubieras pedido a mí, nos hemos negado.

– Nada.

Ahora la miró larga y profundamente queriendo trasmitirle su fe.

– Esposa... quiero que te sanes. Quiero que pongas toda tu voluntad en recobrar tu salud, ¡esposa mía!

Sintió en ella un estremecimiento como la vibración de una intocada cuerda profunda y muy tensa. Cerró los ojos un momento, al abrirlos estaban llenos de lágrimas, nunca le había hablado con tal anhelo y solemnidad.

A la mañana siguiente, apenas pudo evitar la mirada de su marido que se fue hacia el fondo de la finca, ella salió a pedir la ayuda de una curandera que unía a sus recetas la suficiente hechicería para sustentar el ánimo ante lo desconocido. Para el diagnóstico llevaba una botella de su orina, que revelaría el secreto del mal.

Una decaída mujer de ojos turbios, cabello canoso alborotado, que escribía epilépticamente trazos absurdos sobre un manoseado cuaderno, le ordenó que rezara una oración. La vieja concitó espíritus y miró la orina al trasluz:

– Tenés una grave enfermedad en tu interior – se expresó en guaraní. Agitó la botella: – Pero te vas a curar... – oró extraviadamente haciendo signos ininteligibles en el aire frente a una pared llena de estampas de santos. Había un fuerte olor a sebo de vela, tabaco y perfume barato en el rancho.

– San Roque dice que tenés que purgarte tres días seguidos y ponerte lavativas de aloja... hay que limpiar.

Murió antes de la semana y cualquiera querría hacer una relación de causa a efecto entre los tales remedios y la muerte. ¿Sería ello justo? Tal vez, sí; tal vez, no, pues no hay que olvidar que ante el misterio de la vida sólo hay leves diferencias de grado en la magnitud de la ignorancia.

Cayetano sintió no solamente el golpe sentimental, sino que la seguridad con que contemplaba el porvenir sufrió una grieta. Hasta entonces no había sentido la contingencia de la muerte. No pensaba

en ella, vivía rechazándola, empujando su imagen más allá del horizonte. Ahora la muerte se manifestaba más que próxima, en su mismo interior, había entrado en él. Poco a poco iría después tomando cuerpo, y apareciendo envuelta en extraños sentimientos.

La casa debió de ser reconstituida. Para sostenerla andando vino a hacerse cargo de las tareas una mujer de nombre Iluminada, ser amorfo, silencioso y neutro que empezó a desplazarse sin inspiración ni voluntad propia, pero con la invariabilidad y constancia de un mueble viejo. Tenía la virtud de estar siempre donde se la había dejado.

Se hizo cargo de la niña pequeña, en quien don Cayetano no podía dejar de ver la causa de la muerte de la madre. Su crianza resultaba simple para tal mujer, era cuestión de alimentarla y de evitar que se cayera al fogón. Héctor constituía un problema más difícil puesto que había que mandarlo a la escuela, pero tampoco la cosa era para tanto. Limpiarlo un poco, y así descalcito, con un bolsón para los útiles, ya estaba bien.

La vieja casa de inmensas paredes de adobe, techo de tejas, tacuarillas e imputrecibles tirantes de *caranda'y*, a pesar del piso irregular de ladrillos desgastados y las paredes que en algunas partes descascaraban, se podía mantener limpia con facilidad. Tres piezas sobre la calle, una detrás a cada costado y un vestíbulo abierto en el medio. Seguían un cuarto para baño y la cocina. Hacia el frente un corredor sobre la calle que a la tarde se ponía muy acogedor por la sombra que a su lado se iba prolongando. Gozaban del lujo campesino del espacio, pues la casa les quedaba inmensa. Al frente la habitación del señor, y atrás, nada, una hamaca para la siesta. En la del centro una mesa para comer, y en el vestíbulo contiguo otra mesa donde también se podía comer. Después el dormitorio de los dos chicos, atrás la pieza vacía donde la Iluminada tendía su catre. Un gran patio, con árboles naturalmente, y a una distancia de unos cincuenta metros, otros galpones donde se ordeñaban las vacas, dormían peones y en general, se hacía el trabajo de la granja.

La muerte de Francisca trajo varios efectos inmediatos en la vida del granjero. El más visible fue que después de un tiempo de heroicas apreturas, debió de sacrificar una sección importante del predio para hacer frente a las deudas que había contraído con motivo de la fatal enfermedad de su mujer; luego siguió un pronunciado relajamiento de su entusiasmo en los trabajos, como consecuencia de estas adversas circunstancias, y el tercer efecto fue de carácter íntimo: la muerte volvió a aproximarlo más a su antiguo abogado San Antonio.

En su misma habitación, su difunta esposa, al lado de una estampita de la Virgen de Caacupé, había instalado un pequeño busto del Santo, porque conocía la devoción de su marido. La verdad, ella misma nunca le había concedido mayor importancia, ya que era obvio que al lado de la Virgencita el tal abogado no tenía nada que hacer, pero como mujer respetuosa y dócil, estaba muy dispuesta a consentir callada los caprichos del hombre, tanto más si estos no alteraban el sentido simple de su fe.

En la pequeña repisa siempre había unas flores recogidas de las enredaderas, o las que el tiempo daba como el correspondiente adorno de la tierra, pero como elemento decorativo permanente, había comprado otras artificiales aparatosamente abiertas a pleno color, bien tiesas en floreros con arena. A medida que pasaba el tiempo, Cayetano iba sintiendo más estrecho afecto por este pequeño busto de su Santo amigo y protector, y en verdad, a fuerza de mirarlo manifestándole amorosa devoción, respeto con familiaridad, intimidad a cierta distancia, por la representación que se hacía de la imagen cada vez que formulaba un pedido, iba atribuyéndole más omnipotencia, más caracteres de divinidad, pero tan llanamente humanizada que sus sentimientos venían a contradecirse, sin que ello ni le preocupase, ni le llamara la atención. Era una mezcla rara que nunca se había ocupado de discriminar. Dios es abstracto, difícil de amar y de pensar; San Antonio es concreto, fácil de recordar y de querer. Pero él no había pensado esto, y estaba lejos de problematizar estas cuestiones, se limitaba

a dejar fluir su fe tal como se la habían sugerido allá en la niñez y como se fue desarrollando luego sin la ayuda de nadie, por la influencia del medio en que vivió y por la sugestión surgida de los íntimos contactos con su abogado al empuje de los apremios de la vida.

Sabía perfectamente que podía pedirle ayuda en todos sus trances, pero también entendía que algo por su parte estaba obligado a dar. Nunca se le ocurrió que ello podía arreglarse con unas oraciones, unas velas u otros más económicos subterfugios. Nada; para dar, había que dar dinero. Ahora bien, ¿cómo podría hacer para enviar dinero al cielo, la residencia permanente de su abogado? Esto le hizo meditar; pero con esa gran facilidad que tiene el dinero para ir a cualquier parte, muy pronto encontró que el problema ya había sido resuelto antes por otros, y que si él entregaba las sumas destinadas al Santo, aquí, a sus pobres, se lograba un buen arreglo, pues hasta se evitaba los cargos e inconvenientes de la transferencia.

Al principio fue poniendo pequeñas sumas al pie de la imagen y después se las daba a un pobre cuando éste se presentaba a pedir limosna. El tipo de relación con su abogado se establecía más o menos en la siguiente forma: «San Antonio bendito, si la cría de la mocha overa sale vaquilla, cinco para vos». Esto significaba que si el Santo tenía la voluntad y la eficacia suficiente para conceder lo deseado, se hacía acreedor de la suma prometida, cuyo importe era depositado escrupulosamente al pie de la imagen del dormitorio. Claro que había mucha rudeza primitiva en este tipo de transacción, pero la espiritualidad de don Cayetano se salvaba por la completa inocencia y buena fe de sus proposiciones. Todos saben que las cosas del cielo no se compran, pero si esta verdad se distorsiona, queda convertida en un precepto de ahorro para uso de egoístas, amarretes y otros miserables. Si no se compra el cielo, verdad es que hay que merecerlo, y mérito también se hace con dinero dado con buena intención, limpio corazón, para aplicarlo a mitigar el gran dolor esparcido entre los hombres.

Ahora bien, como en esa época se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, en la chacra, o cumpliendo diligencias, amontonábanse pequeñas cantidades antes de que algún pobrecito llegase a hacer el reclamo con oportunidad. Pero cuando alguno de ellos recogía el regalo de la fortuna, se daba a merodear a toda hora, de siesta, de noche, por si volvía a repetirse, requiriendo al devoto don Cayetano con toda inoportunidad. ¡Ah, los pobres en concreto, pobrecitos, suelen ser estupendamente fastidiosos!

De esta suerte, por la experiencia adquirida, Don Cayetano creyó facilitar las cosas destinando el bolsillo izquierdo del pantalón como alcancía y caja de caudales al servicio de su patrono. Y así, con sentido práctico, solía decir: «Si llueve de aquí al jueves, San Antonio, diez a tu bolsillo». ¿Llovía? Pues diez pesos, y después diez guaraníes en cambio menudo, iban a dar al sagrado bolsillo del Santo. Y no se vaya a creer que Cayetano hiciera trampas, ¿eh? ¡De ninguna manera! Lo que iba al bolsillo izquierdo allí se quedaba; no volvía a salir ni siquiera en préstamo; sólo y muy rara vez para conseguir algún cambio, billetes chicos, en cuyo caso se substituía con el mayor, y si no había completa equivalencia, mala suerte, pues con los favores que le hacía San Antonio, no era el caso de andarse reclamando la fracción de un vuelto.

Y cuando se encontraba con algún familiar del Santo le entregaba sin vacilaciones lo correspondiente. Si eran dos, se paraba y hacía la distribución con toda seriedad y a satisfacción de las partes. Como algunos pobrecitos le quisieran echar las flores de los méritos, agradecimientos y buenos deseos, él, honestamente rectificaba de inmediato:

– No me agradezca a mí, esta es plata de San Antonio.

A la inversa, cuando no había nada en el bolsillo y algún beneficiario del Santo le salía a requerir, él se palpaba ruidosamente la pierna izquierda del pantalón, lisa y plana:

– Nada, San Antonio está seco. – Con lo cual daba por terminado el asunto.

Pero cuando cierta vez un mendigo, tal vez más apremiado, tal vez más sinvergüenza, insistiese insinuando que él le adelantase algo al Santo, don Cayetano fríamente respondió:

– Después, si no me devuelve, yo pierdo la plata, y pierdo el amigo.
– Y desechó el pedido.

Mas no vaya a creerse que el bueno de Cayetano hacía únicamente legítimos pedidos al cielo, no; eso sería ponerle alas de ángel, que no tenía. También, y hasta frecuentemente, cuando alguno se le atravesaba en el camino, con un coágulo de humor maligno subiéndole a la garganta, solía pedir de todo corazón:

– Mandále a ese la viruela, San Antonio – y añadía – ¡infeliz!

Tampoco el negocio de la granja le hizo prosperar. Le dejaba comer y mantenerse pobremente, como todos, nada más. No lograba emerger del medio general porque cualquier cosa era tremendamente difícil de hacer y cada experiencia tenía que afrontarla por sí mismo. Si uno buscaba un huevo de tal raza, tenía que ir a ver poner a la gallina, pues de no proceder así, corría el riesgo de empollar un pavo o un gallo de riña; si se necesitaba insecticida para proteger un sembrado, había que anticiparse a comprarlo cuando lo hubiese porque a lo mejor, en el momento preciso, no se conseguía pizca de él; si se trataba del arado, ¡no había rejas o faltaban azadas, machetes y hasta semillas! Se vivía librado a la buena voluntad de Dios, sin nadie en el mundo a quien recurrir. Se daba cuenta de por qué la gente decía: «Vaya a plantar mandioca», como indicando la última de las profesiones posibles.

Comprendía también una causa de la general indolencia, y se explicaba que el pueblo, cuyo progreso había de darle la fortuna, no creciese del alto y del tamaño de los pies, como lo hubiera deseado, sino que se fuera haciendo viejo con juanete y reumatismo,

sin haber logrado lozanía de juventud. La naturaleza le daba lo que quería, el clima bueno, regular y sano, pero la organización social para trabajar esa bonanza, era sencillamente absurda. Por eso había pasado necesidades, teniendo todo lo esencial a su favor. Sobrevenían largos períodos en los cuales la vida de relación bajaba casi hasta el nivel del trueque. En esos casos había que pasarlo en casa, encerrado entre los propios elementos, en espera de mejores tiempos.

Pero a él no le era posible conformarse con ese crecimiento vegetal hacia la tumba, y después estaba Héctor que se iba poniendo grande, había que enviarlo al colegio, a la capital. Para remediar esta situación, siguiendo el consejo de algunos paisanos, se compró una máquina de aparar usada, con el objeto de formar en su misma casa un pequeño taller de zapatería, de suerte que no estuviese únicamente pendiente de las irregularidades de su granja.

En los malos momentos se sentía mordido por su viejo sentimiento de abandono, soledad, y desde un rincón obscuro del alma empezaba a formarse otra amenaza: la derrota. De vez en cuando debía rechazar la idea de que estaba cada vez más retrasado con respecto a sus originales planes. La soñada América no se le entregaba y por el contrario lo iba domando, sobreponiéndose a su energía, operando en él cada vez más drásticos achicamientos de la ambición.

A medida que estos amargos pensamientos se iban presentando con más reiterada frecuencia en sus momentos de íntima retracción y se repetían con las enfermizas lunas del insomnio, un miedo cósmico de acabamiento total le mordía la entraña. ¡Ni siquiera un hogar! A él y a estas criaturas que crecían a su lado les estaba faltando la caricia común de la mano femenina que juntase el pliegue de la cotidiana convivencia en una suave unción de familia, única, constituida, solidaria, amante.

Se acentuaba su preferencia por Héctor, y en ello entrada la inconfesada admisión de su fracaso. Un hijo varón es el portador

de un nombre, de una continuidad que no se pierde y que aspira a una pequeña eternidad. Decidió hacer que este hijo suyo tuviese las ventajas que él no había tenido: que estudiase, que pudiese aplicarse a su cultivo para afrontar victoriosamente la vida.

Con tal mira fue incrementada la importancia de su pequeño taller de confeccionar calzado, tomando pedidos que le aseguraban una entrada regular. Por último le pareció también oportuno vender al detalle, modestamente, a las pocas personas a quienes se les ocurriese venir a comprar. Total, allí estaba, y con el tiempo... ¡vamos, algún día se había de extender este maldito pueblo! Trasladó pues su dormitorio a la pieza de atrás y el taller pasó adelante. Cuando consiguió un mostrador viejo y unas estanterías, ya surgió el problema de abrir el negocio con ambición y carácter, y de ponerle un nombre.

Aunque parezca mentira esto del nombre le hizo meditar. Lo primero que se le ocurrió fue buscar uno bonito, atractivo, como zapatería «La Primavera», pero lo desechó porque podía caer en el ridículo. En las orillas del pueblo como estaba, no podía permitirse esos preciosismos. Por eso también desechó «La Moda», porque no faltaría algún chusco que agregase: «La Moda del Yuyal» o «La Moda *Cachiáin*» o cualquier otra lindeza. Buscó algo sustancial, algo que relacionado con el calzado fuera inseparable de su esencia, algo que mentado, hiciese relación inmediata con él ¿Qué cosa era pues esencial y primaria con respecto al zapato?

¿Los Cordones?, ¡No!, ¿La Capellada?, No; ¿La Suela?... Pues claro, ¡La Suela! Ni el más atrevido diseñador podría suprimir la suela en un calzado. Todo lo demás se podía quitar, achicar o estilizar de un modo u otro, pero la suela es lo que está debajo, lo que soporta, sufre y constituye. Resolvió pues llamar a su casa comercial: Zapatería La Suela, porque aun estando en el suburbio nadie se podría burlar y porque todo el que viese el letrero desde cualquier ángulo, no podría ponerse a pensar en flores, ni en el corte de su camisa, sino justa y necesariamente en sus zapatos. Al día siguiente pintó y clavó el nombre bajo el corredor, frente a la

puerta del salón de ventas y taller, bien visible para alguna alma de Dios a la que se le ocurriese pasar por esta perdida calle.

Héctor iba al colegio bien temprano para llegar siempre a hora, para que en ningún caso faltase, pues este muchacho era su nuevo secreto empeño en la vida, y algún día había de ser un doctor. Personalmente se levantaba a prepararle el desayuno tomando pausadamente unos mates mientras el estudiante iba disponiendo los útiles necesarios. Cuidaba de vestir su trajecito de poco precio pero decoroso, las medias de tres cuartos y los mejores botines de «La Suela». El muchacho tenía aspecto saludable, carnosa la boca, inocentes los ojos, las mejillas sonrosadas, con las primeras sombras de vello naciente, el pelo lustroso y ensortijado como el regocijo de un aura joven que viene jugando sobre las cuchillas de un campo perfumado y verde.

Iba al colegio en el tempranero tren de los empleados y obreros con toda la cantidad de estudiantes que en guardapolvos blancos alegraban el fresco trajín de la mañana. Viajaban muchachos y jovencitas que trabajosamente establecían las apariencias de una simple familiaridad. ¡Las apariencias! Porque las ruborosas intriguillas corrían de coche a coche sonrojando o empalideciendo los tímidos y apasionados sueños de la pubertad.

Volvía excitado de la mañana de traqueteo mental, luego de haber tomado contacto con inesperados horizontes cuyo reconocimiento era una aventura juvenil algunas veces, y otras agria fatiga de jornalero urgido.

Don Cayetano solía pasmarse secretamente del tamaño y el peso de algunos libros. Había algunos de botánica y anatomía que parecían sumamente serios, con dibujitos que abochornaban. No se atrevía a hacer comentarios con su hijo sobre estos temas. Le

producía asombro verlo manosear el material, subrayar y hacer notas sobre el texto con toda soltura, pasando por alto palabras aturdidoras como «protozoarios», y otras que no le quedaban, pero que también tenían sugestiva forma de bicho monstruoso. Ante el chico no admitía su estupor, no, no era cosa de ir a perder paternal prestigio. Y apenas surgía una leve disputa sobre si en el partido del domingo iba a ganar Olimpia o Nacional, don Cayetano aprovechaba para sacar a relucir su argumento:

– No vayas a creer que todo está en los libros – y se le quedaba vigilando desde arriba porque allá en el fondo, en presencia de aquellos imponentes volúmenes, desconfiaba de todo lo que quería decir –. No señor, tenés mucho que aprender de la vida, pero mucho que aprender... – Y se quedaba con el dedo en plena predicación, arriba, pues el sentido implícito que deseaba hacer entender era el siguiente: «Tienes mucho que aprender de mí, porque yo quisiera transmitirte mi experiencia con amor».

Y si ganaba el club de don Cayetano, entonces no podía dejar de sacar partido de la ventaja:

– ¿No te dije?... ¿Qué estaba en el libro, que ganaba Olimpia o Nacional?

– No estaba nada, papá.

– Ya ves, y, sin embargo, vivimos de esas cosas que no son nada para los libros. Si nació el ternero, si ganamos en el fútbol, si están sanos los hijos, una palabra de aliento, una sonrisa, la insinuación de alguna esperanza. Vivimos picoteando las migajas que caen de una supuesta felicidad.

No, no le entendía. El lenguaje no era suficiente. Pero iría pasando el tiempo y acaso recordara estas palabras, cuando la madurez le revelase su sentido. Tal vez fueran como una botella, con un mensaje, lanzada al mar de la contingencia.

Pero cuando la admiración le estaba ahogando y a duras penas podía contenerse, para no envanecer excesivamente al muchacho,

así en camiseta y zapatillas como estaba, se ponía un sombrero de paja y se corría a la vuelta, hasta la sastrería «La Tijera», de propiedad de un boliviano llamado Quispe. Éste era sujeto permanentemente accesible a la charla. Como se pasaba el día dándole a la costura, tenía todo su tiempo disponible para comentarios, brindando una suprema ventaja sobre todos los otros charlatanes del pueblo: Quispe jamás se movía de su silla. Es decir, que el interesado venía, comentaba, y agotado el tema, volvía al trabajo, sin ahogos ni peligros de que nadie se fuera tras él, ni aun que lo retuviese con inmoderadas insinuaciones. El boliviano era obscuro y tosco, pero sabía escuchar con preguntas oportunas, o gruñidos expresivos, si tenía un puñado de alfileres en la boca, y en los momentos supremos, aun suspendía en el aire una puntada, demostrando, así, que hasta el vuelo de una aguja podría perturbar el interés del desenlace.

Llegó abanicándose con el sombrero y Quispe le indicó una silla.

– ¡Las cosas que tiene que estudiar ese muchacho!

– ¡No me diga! ¿Muy difícil?

– ¡Muy difícil, muy difícil! Yo muchas veces digo si no le ha de hacer daño, si no ha de ser perjudicial para la salud...

– ¡Epa, qué cosa bárbara!

– ¡Sí, hombre, fíjese que ahora les obligan a sumar con letras!... A más B, igual a X, multiplicado por Z, dividido por M. ¿Entiende Ud.?

– ¡Puaf, ni medio!

– Bueno, eso tiene que estudiar.

– ¿Eso?

– Sí, se llama la matemática.

– ¡La pelota! ¿Y él sabe eso?

– ¡Sabe! ¡Si Ud. lo viera, amigo, llenando el pizarrón de sumas y

restas de letras! Hay que romperse la cabeza en estos tiempos si uno quiere ser algo.

– ¿Y Ud. no le ayuda?

– ¿Yo, y cómo?. Bueno... yo le alimento. Le hago traer unos pedazos de costillita de pella, le hago traer hígado, frutas y huevos y ensalada en abundancia, leche de la casa y cada vez que tengo tiempo los domingos, le cocino unos fideos, ¡con unas salsas de chuparse los dedos, je, je, je!... ¡Y se los chupa, se los chupa! Eso sí, está bien alimentado para que aguante el traqueteo. Bueno, Quispe, me voy...

– ¿Se va tan pronto? ¿Sabe que Deogracias le dio una zurra a su mujer y parece que tuvo un aborto?

– ¡No me diga, qué bárbaro, ahora esta tarde me cuenta! Pasaba casualmente por aquí y le quería contar...

– ¡Hay que cuidar a ese muchacho, don Cayetano! ¡La pelota, estudia y vale!

– Vale, eso sí, y estudia. Hasta luego, amigo Quispe, tengo un trabajo apurado. Cuando cocine unos fideos le mando un plato. Hasta luego.

Y Quispe seguía impasible dándole a la aguja, acaso en secreto consciente de que también puede hacerse un beneficio aguantando al prójimo un clavo para que se rasque el corazón.

Pues estaba decidido que su hijo Héctor sería un doctor, ni más ni menos, con chapa de bronce brillante, doctor. Se acabarían los problemas de la granja y de «La Suela», se ingresaría en una nueva categoría social, todos los personajes importantes vendrían a consultarle; automóvil, ¡desde luego! Un matrimonio afortunado para el doctor y también para Estercita, y el éxito, el triunfo que ahora había de venir por un caminito más demorado.

No todo era entrega, resignación, fracaso, si se podía educar a un hijo que llevase en depósito la ambición sagrada. No había de morir

él mientras viviese su proyección en el mundo; aquí quedaba consignada su fe, la suma purificada de su esfuerzo, el callado y constante temor a la muerte, el instintivo apego a la vida, el impulso de ser, sin límite imaginable.

Allá en sus sueños secretos hasta pensaba que alguna vez aún le sería posible volver a su aldea nativa de donde había salido siendo un niño.

Quizá se paseara por las estrechas y pedregosas calles vestido con toda la elegancia de un viajero distinguido.

– Yo soy Cayetano, que se fue cuando era un bambino.

– ¿Cayetano?... ¿que vivía en la casa de su tía, que se fue con César?... Nunca se supo más de él. – Lo comentaría algún anciano después de ayudarle con muchos datos y recuerdos.

– Bueno, ese Cayetano, soy yo.

– Ah, ¿ése mismo? ¿Y se hizo rico?

– ¿Rico?... no. Pero tengo un hijo doctor. Un hijo que es persona muy importante allá en América, en su país. ¡Uf, muy importante!

Y don Cayetano sonreía en su lecho solitario de viudo. Algunas veces caminando en puntas de pies se había llegado hasta el mismo borde de la cama de su muchacho a contemplarle en su sueño reposado y profundo. Más de una vez había tenido la tentación furiosa de darle un beso, pero algo le detenía y terminaba conformándose con pasarle sólo la cariñosa mano por la cabeza; no, era demasiado hombre. Había una barrera de masculinidad que enervaba la caricia; entre ellos el afecto se transmitía envuelto en una malla de viril orgullo.

Tampoco se sentía solo, a pesar de haber conservado constante su viudez. Éste era también un homenaje a estos muchachos que crecían, pero principalmente al futuro doctor cuya categoría social no quería comprometer casándose o «acompañándose» con la Eleuteria. Pues la cosa con ella había empezado mal, había seguido peor y hasta llegó a esos tumbos que destruyen el respeto y la fe, soportes principales del amor en convivencia.

Una vieja muy arreglada y de maneras serviciales, halagadoras palabras y maliciosa mirada, había entrado en «La Suela» pidiendo estilos y hormas especiales para salvaguardar su delicado pie expuesto a grandes fatigas. Y estando en tratos encontró la oportunidad de manifestar su verdadera intención:

– Le voy a pagar bien, don Cayetano. ¡Yo tengo unas amigas que son muñecas!

– ¿Sí?

– Ud. anda muy solo, eso hace mal... Cuando quiera que le presente alguna... mi casa queda a tres cuadras de la estación. Ud. pregunta por Ña Candé, y enseguida le van a decir. – Y luego de estudiar el efecto de las primeras palabras: – Tengo una amiga que le va a gustar, estoy segura. ¡Cómo quisiera que la conozca! – Y daba a los ojos unos revuelos encendidos para fijarlos después mansos, llenos de una enternecida y amistosa sinceridad.

Cuando fue una tarde, buscando con inquietud pasar desapercibido, se encontró con una cálida mujer morena de sonrisa perfecta, labios apasionados y ojos que lo escudriñaban con cierta mezcla de atrevimiento y vergüenza por el convenido propósito de la primera cita. Pero al ver que gustaba, que el hombre le pasaba suavemente la mano por los brazos duros, espléndidamente formados como todo aquel cuerpo prieto y flexible, sus maneras se fueron haciendo confiadas, cada vez más audaces. Sin muchas palabras previas se juntaron poniendo de cada parte una insospechada violencia que agrietaba la piel brillante de sudor y espasmos. Había elemental barbarie en el ímpetu de aquella mujer, un frenesí que parecía buscar

olvido o la propia destrucción quemándose en el vértigo. Un mordisco salvaje en un hombro le hizo retorcerse como una víbora pisoteada en pleno estallido de placer.

– ¿Cómo te llamás? – Le preguntó después.

– Eleuteria.

– ¿Cuantos años tenés?

– Veintidós.

– ¿Dónde queda tu casa?

– ¿Para qué querés saber?

– Para conocerte.

– Ya me conocés.

Ella sonrió con un dejo de burla y le dio la espalda con un brusco movimiento, mostrándole de atrás las curvas firmes de su cuerpo desnudo.

Le puso en la cartera la cantidad convenida previamente con Ña Candé, y para la muchacha, por sus servicios, dejó otro billete sobre la mesa de luz.

– ¿Cuándo nos encontramos otra vez? – se acercó a preguntarle estrechándosele con todo el cuerpo.

Él estaba conforme con la tarde, pero solamente en el plano en que ella había sido concertada; no se hallaba dispuesto a dar más pasos, y menos en ese momento en que el rompimiento de la emoción lo dejaba en la saciedad de sí, la mujer y el acto.

– Te voy a avisar – se despegó de ella rápido y salió de la casa en un momento en que no pasaba nadie.

Pero desde esa noche empezó a recordar nítidamente las características de algunas sensaciones que tenían matices de instintivo refinamiento: toscos y profundos, extrañamente oportunos, valuadamente reiterados; abismo de mar con belleza

de velamen, ímpetu de río despeñado, con lánguido rodar de ola fatigada.

Al otro día el recuerdo empezaba a ser obsesivo, mas con el propósito de no precipitarse, de no dar la sensación de un entusiasmo que aún quería moderar, dejó transcurrir una agitada noche todavía. Después fue a casa de Ña Candé, con los nervios apremiantes, todo lleno de avidez, a concertar la nueva cita. Quedó para la tarde; fue, la Eleuteria hizo decir que no vendría, ¡una hora después del momento convenido! Cuando regresó a su casa era un resto de humillación y apremio.

Al nuevo encuentro acudió rendido y rogó humildemente por un entendimiento más estrecho, un trato constante que le permitiera amarla, darle amparo e irla haciendo suya. La Eleuteria a todo prestó acuerdo y conformidad, pero juró que la única manera de encontrarla era por medio de la servicial Ña Candelaria.

Así empezó una relación dolorosa, sucia, llena de complejos, celos y atracción. La Eleuteria mentía descaradamente, lo hacía con un aplomo absoluto, como quien no teme perder, como quien supiera que su dominio no era cuestión de palabras ni de fe. Imposible creer en el amor de esta mujer, pero cada vez que tomaba en firme el propósito de dejarla, ella lo perseguía con una tenacidad inexplicable, enviando esquela tras esquela, esperándolo por las esquinas, llegándose al negocio como una compradora que exigía una atención.

– ¿No te he prohibido que vengas aquí?

Sí, pero eso cuando andábamos juntos. Ahora que no tenemos más nada que ver, vengo a comprar zapatos.

– ¡San Antonio, qué mujer, andáte!

– Zapatos número 36.

– ¡Andáte, mala mujer!

– Si me jurás que vas a ir a verme.

– No juro nada, ¡váyase! – Y miraba hacia el interior de la casa porque en verdad tenía reparo de sus hijos que ya podrían entender.

– ¿Por qué no me prueba el 36 negro? – insistía Eleuteria, tenaz, imperturbable.

– Bueno, ahora voy a ir.

– Juráme por San Antonio.

– Sí, andáte.

Y por ese medio u otro, al fin lograba una frenética reconciliación en la cual todos los juramentos se renovaban reforzándose con nuevas y más sagradas fórmulas. Pero nada; volvía a mentir, simplemente, con absoluta tranquilidad. Tal vez no viera culpa en su conducta; posiblemente consintiese en las promesas como una parte del contentamiento que daba, así como sus contradictorias caricias, vibración intensa de carne, que por algún defecto de mecanismo, no tocaba el resorte de la espiritualidad.

Como no podía prescindir de ella, ni hacerla suya más que hasta un límite intolerable para su codicia de captación, inconscientemente fue desarrollando un cinismo acomodaticio y amargo que le salvaba del drama y la ridiculez.

– Vea Quispe – decía al sastre –, nosotros formamos una cooperativa.

Pero como el otro estaba en condiciones de comprender por dónde y por qué le hacía la dolorosa gracia, trataba de calmar los efectos.

– Ud. exagera, don Cayetano. No le digo que sea una santita, pero más o menos como todas.

– Vea Quispe – respondía sonriendo, recubierto con su cinismo –, yo no me acuesto con la fidelidad.

Lo malo era que lo decía sin convicción alguna, pues él no podía prescindir del peso de la idea y su réplica la infidelidad, real y viva que como una fibra ardiente iba en la trama de toda caricia,

quemando los brotes de captación absoluta: el hambre y la sed del amante.

Pero, al pasar el tiempo, la Eleuteria fue morigerando la turbulencia de sus costumbres, tal vez acosada por el principio de una rápida decadencia cuyas primeras señales advertía. Se hacía más constante de este gringo fácil, que si le había soportado las malas, tal vez ahora admitiese la conversión. A don Cayetano le satisfizo el cambio, pero cuando la otra quiso hacerle dar el paso siguiente, insinuándole que se la llevase a casa, aún al simple uso del país, por acuerdo verbal entre las partes, él respondió:

– Ya es tarde.

– ¿Por qué?

– Mis hijos están grandes, van a oír hablar de vos. El próximo año mi hijo Héctor tiene que servir a la patria.

A él no le hubiera costado mucho perdonarle, olvidar toda la amargura que le había hecho sufrir, porque al fin y al cabo era la mujer que le gustaba, era la que tenía el hechizo que le encendía la sangre, y el ritmo para su profundo ser; pero Héctor ya podía juzgarlo, y lo peor, sin entender todavía, dejándose llevar por palabras cuyo significado profundo sólo se revela con el transcurso del vivir.

Ester estaba terminando su escuela primaria, y después podría continuar en el mismo colegio de las hermanas aprendiendo labores, costuras y a rezar rosarios para pedir a Dios la buenaventura y un buen matrimonio. En casa la Iluminada seguía haciéndole de mamá, con gran adhesión y muy poca luz de inteligencia. Para su padre la niña constituía un lindo juguete que se podía acariciar y querer libremente, sin exigirle nada, ni esperar de ella nada al fin.

Héctor crecía no sólo como una promesa, sino como un premio. Hermoso, fuerte, alegre, lúcido, intuyendo que transportaba una esperanza y tomando sobre sí la apuesta con una sonrisa confiada. Había brillo en sus ojos y empeño en el corte generoso y firme de

su boca. El primer día que vino al pueblo con su uniforme blanco de marinero, don Cayetano lo tomó del brazo y salió a exhibirlo. Paseó por el centro deteniéndose a hablar con todos los tenderos, amigos y conocidos.

– Sí, éste es mi hijo, ya está hecho un hombre, ¡todo un hombre!

– Qué suerte tiene Ud. don Cayetano, tan lindo mozo...

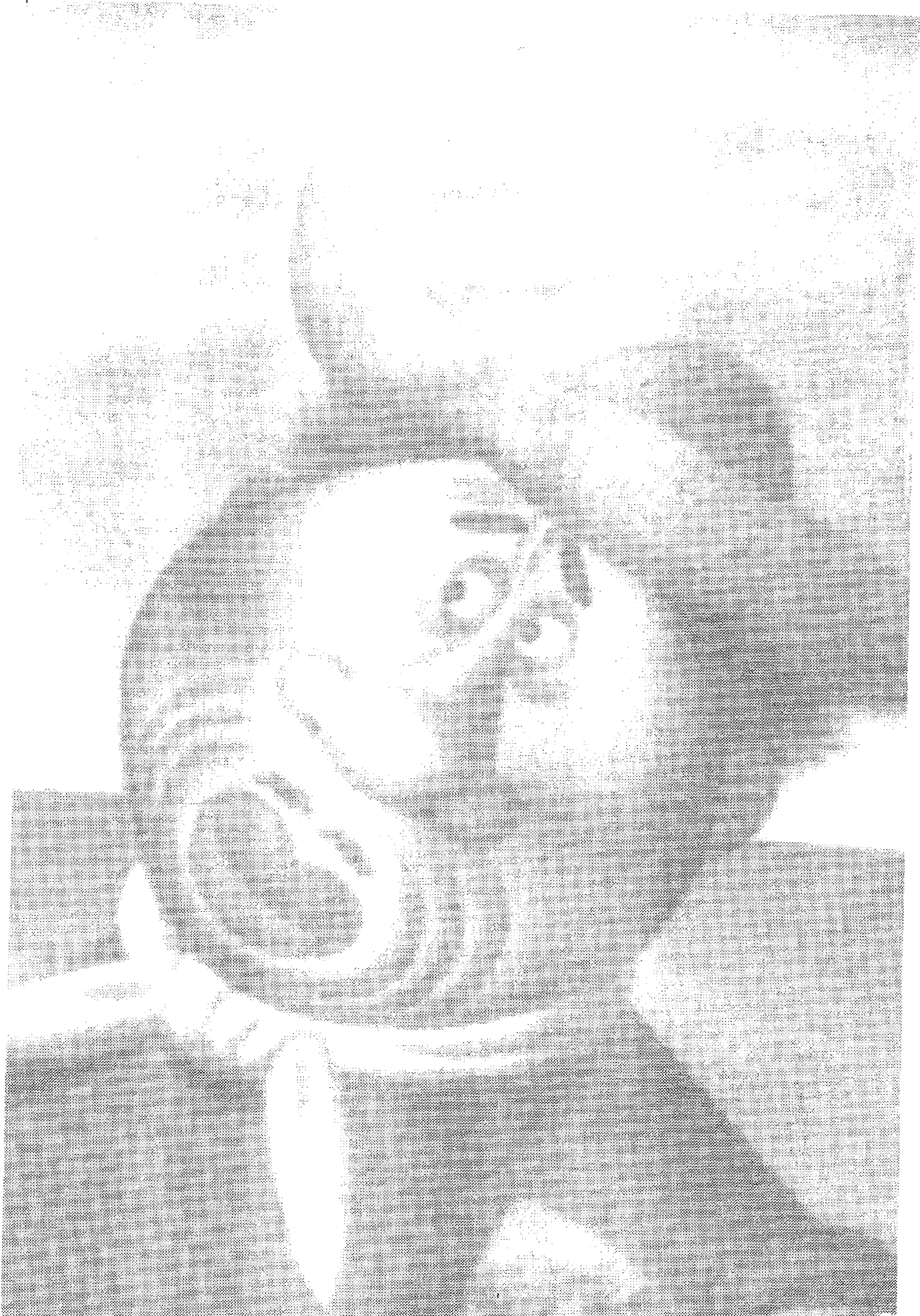
– Sí, guapo, y también inteligente. No es porque sea mi hijo, amigo, ¡es la pura verdad!

Y como pasasen unas jovencitas que saludaron con su tono de coquetería al flamante marinero, el padre le confió al amigo:

– Va a tener mujeres a elegir; ¡ahora mismo, viera Ud. cómo le buscan!

Pasó por la farmacia de don Salustio, por el almacén de suelas de don Primo, a Quispe le dijo que le hacía falta un traje sólo para que le palpara el cuerpo duro, con músculos tensos como cuerdas de guitarra, como los de ellas, listos para ser vibrados a la melodía del brinco en la alegría, el esfuerzo y el deleite de vivir. ¡Don Cayetano podía vender y repartir y regalar orgullo!

Ahora sin saber por qué ni para qué lo traía en sus brazos, muerto, frío, ¡muerto, rígido, muerto!... ¡muerto! Lo tenía en sus brazos y se había ido con toda la esperanza, con su depósito sagrado de recuerdos, juventud. ¡Francisca!; una densidad de sentimiento vivo atrapada en la indiferente máquina del siempre, jamás. Siempre – nunca; ignoto compás de la eternidad.



PARTE II

El impacto lo había empujado en poco tiempo hacia una franca decadencia. Su cuerpo se degradaba al faltarle alimento sentimental y al percibir desbaratada la orientación de su voluntad que había perdido la noción de su último fin. La creencia de que la derrota era definitiva le empujaba sin gusto por la vida, con una marcada indolencia, modo anticipado de la mayor quietud. Estaba calvo; la frente se le hacía cada vez más tersa y profunda hacia atrás y más cuadriculada de arrugas por delante. Los pelos de las cejas tendían a levantarse tumultuosos, acentuando la honda posición de aquellos ojos celestes que ahora tenían su rasgo de asombro y miedo, como si estuvieran esperando a cada instante el sorpresivo golpe de la vida. Las mejillas le empezaban a colgar y los labios se le hacían excesivos para el corte de la boca que fuera equilibrada. Se estaba poniendo grueso. Su trabajo se había encerrado cada vez más en el pequeño taller, y raras veces salía a vigilar la granja, reducida a unos cuantos animales, restos de los anteriores planteles que al momento le daban insignificante provecho.

Pasado el primer efecto de pasmo y dolores estridentes, en largos intervalos de silencio, o dando la vuelta a su mesa de trabajo, no había cesado de hacer secretos esfuerzos por encontrar alguna especie de fundamento racional al hecho inconcebible de la muerte de su hijo. ¿Por qué había muerto Héctor? Ésta era la cuestión. Tal vez, buscando pacientemente pudiera encontrar un leve indicio que diese sentido comprensible a esta faz absurda del destino.

Había un juego de explicaciones de una simplicidad tosca que no le satisfacía: murió porque le pegaron un tiro, le pegaron un tiro porque había combate, había combate porque las tropas eran sacadas a combatir...

Por ese lado iba encontrado causas que no le interesaban directamente; las respuestas, si sabía darlas, se alejaban más y más de su persona e interés.

Descubrió otra dirección más atrevida, acaso temeraria, pero de mayor, íntima relación. Si él estaba sintiendo la muerte como un dolor, era muy posible que se tratase de un castigo. ¿Castigo a quién? ¿A Héctor? Absurdo, puesto que su vida era limpia como un copo de nube levantada sobre el mar.

Luego, el castigo era para él. Mas no encontraba en su propia conducta algo que mereciese un golpe tan brutal... Su relación con la Eleuteria no era santa, pero tampoco escandalosa, y en todo caso él la hubiese normalizado de haber tenido un resquicio de honorable oportunidad.

Si esa conducta recibía castigo tan severo, la población de este país quedaría aniquilada. ¡No! Eran conocidos otros hombres en el mismo pueblo que ostentaban la depravación, y con los cuales el infortunio se mostraba indolente, en razón discorde con los famosos hechos. Esta evidencia revelaba en su caso un ensañamiento particular, la aplicación de una pena desproporcionada, inmerecida. Y si él recibía un castigo injusto, súbito e irreparable, entonces, ¿de qué servía su abogado? Esta tremenda pregunta la veía escrita en su taller, sobre la mesa de trabajo, en la penumbra de sus insomnios y le subía al corazón, amarga, con el rompimiento de los sollozos.

Sus cavilaciones le pusieron ante las siguientes situaciones posibles: San Antonio no pudo evitar la desgracia; San Antonio quiso castigarlo, o simplemente el Santo lo olvidó; ya no tenía interés en su persona.

La primera hipótesis era la menos probable; no se podía concebir que un gran abogado, de fama universal no tuviese la necesaria pericia para contener o enervar una sentencia tan inmerecida, inadecuada y caprichosa. No se trataba de salvar a un viejo decrépito con algún laborioso milagro, ni de sanar a un enfermo

roído por tenaces bacterias, ni de restaurar un miembro lisiado, sino simplemente de ejercer la voluntad para que el proyectil se desviara unos centímetros, ¡unos míseros centímetros tan sólo!

Tampoco se persuadía de que hubiese ofendido al Santo hasta el punto de que él mismo le enviase semejante aniquiladora calamidad. Siempre había cumplido sus promesas, había entregado el dinero a los pobres. Cierto que en su intimidad con él, algunas veces era poco respetuoso, pero esas pequeñas familiaridades se arreglaban con mandarle, como máximo, ¡un firme dolor de muelas!

Sólo quedaba la tercera hipótesis: ¡el Santo lo había abandonado! No mantenía sobre él sus ojos protectores. Pero ¿por qué? Esa era la cuestión, y después de volver a revisar su lista de pecados, convenía en que tal vez estuviese harto de verlo rodar con la Eleuteria, al fin y al cabo, ya sin el justificativo de una gran tentación. Pues sus relaciones con ella, y aún desde antes de la muerte de su hijo, se reflejaban en la siguiente esquela que tenía en las manos:

"Querido Cayetano: ayer conseguí un hermoso pedazo de carne vieja, hoy compré tocino, chorizos, morcilla y con maíz elegido ¡te estoy preparando un locro riquísimo! Para la siesta ya está colgada tu hamaca en la parte más fresca de la enramada. Traé una botella de vino. No vengas tarde. Eleu"

Prolija enumeración de gástricos placeres, en contraste con aquellas otras lacónicas, pero que le encendían la sangre con frenética sed:

"Esta noche. E."

Ello se había ido pareciendo a una pura inercia, una costumbre, una comodidad. Esta mujer de belleza ordinaria se deterioraba con rapidez. No podía conservar el encanto de sus facciones llenas de carácter, se le hacían duras. El cuerpo, de un estado de prieta opulencia, caía en flacidez. Ya entonces no era la misma... ¡así como ahora ya no era el mismo él! Eso lo sabía con toda seguridad. Desde aquel día que levantó en sus brazos el cadáver de su hijo, había quedado baldado para siempre.

Esas consideraciones eran muchas veces llevadas hasta la sutileza en largas horas de pesaroso retraimiento, que ahora constituían su modo característico de vivir. Tomando mates en la cocina, medio oculto en las penumbras del gran patio, o trabajando silenciosamente seguía con sus obsesivos pensamientos. No buscaba distraerse, ni compañía, y algo como un infinito cansancio le hacía desear como el mayor bien la soledad. Hubiera querido terminar con la Eleuteria y romper también con el Santo que no le demostraba afecto, ni le daba protección. Pero en el estado de apocamiento en el que había caído, su voluntad no tenía el ánimo necesario para ser definitiva. Prefería la paz, aunque estuviera llena de amarguras, pero a la mujer dejaba todo el cargo de tenerlo a su rastra: él se dejaba conducir, y en cuanto al Santo, alguna vez le daba algunos pequeños vueltos poniéndoselos en el bolsillo izquierdo, para que los mendigos no saliesen a propagar que las relaciones se habían interrumpido, y lo peor, a conjeturar razones. Pero él no le pedía más nada, y aun cuando dormían y amanecían juntos en la misma pieza, muchas veces don Cayetano – por semanas – se hacía el distraído al levantarse, no miraba la repisa donde estaba su abogado envuelto en polvo y telarañas, para no verse obligado a saludar.

Mientras don Cayetano había seguido su disputa con el cielo, y se dejaba enervar por la desgracia, el pueblo, el buen pueblo en el cual vivía, continuaba su vegetativo camino hacia alguna cosa que podría llamarse crecimiento. Mas su actividad no tenía impulso en una dirección, sino que se entrecruzaba en complicados círculos, corrientes y contracorrientes, individuales o de pequeños grupos, con el resultado general de que el conjunto saltaba o se estremecía, pero sin ir a ninguna parte, como una bolsa cerrada en cuyo interior hubiese una buena cantidad de gatos. Pero esto no significa que la

vida se detuviese; de ninguna manera, la vida seguía brotando, aunque de modo desordenado y rudo, a pura contingencia del azar, que se moderaba a los topetazos de unas cuantas leyes, órdenes, gritos y cárceles, originados en otra categoría del mismo azar.

El pueblo había crecido desde los días lejanos de la llegada de don Cayetano, había crecido lentamente, por lo bajo, como una mancha de humedad. Más gente pobre se había hecho de un lotecito y levantado rancho o algún heroico frente de azotea, desnudo y feo, como la ostentación en la indigencia. Alambradas, cercas, muchas plantas y árboles dejados como reparo del sol, buscando desahogo de techos bajos, humo, y paredes calientes. En las sombras se tendían idílicas hamacas, dulce invención de la pereza tropical. Las calles de tierra y barro, con barrancos e islotes de yuyales en que los chicos gozaban con sus juegos; las menos transitadas se cubrían de hermoso césped bajo, que el ganado suelto conservaba terso, limpio. El pueblo en el centro, igual, los mismos vecinos, las mismas casas, con alguna que otra pared que hacía dudar si era nueva o blanqueada últimamente. Casas de piezas enormes; aquí el espacio es el lujo; desnudez de muebles por escasez y para ventilarse; rejas en las ventanas para tenerlas abiertas a la noche, invitando al viento a colarse por aquí y a salir por la última abertura del otro lado.

Con dos nuevos surtidores de nafta, se probaba que el progreso automotor había irrumpido. Pavimento de firmes piedras en algunas vías conectadas con el camino de acceso. Aceras desiguales, y todo idéntico, muy adecuado para que los viejos pudieran rememorar la infancia, o los inefables amores de la primera juventud. Lo único que solía cambiarse precipitadamente era el juego de las autoridades; se estrenaba un nuevo ajuar, y la cosa volvía a tomar su ritmo lento, perezoso, acomodado a la única esperanza posible, razonable, que permitía soportar todos los pesares... que una buena revolución trajese la fortuna, el dulce desquite, y con el mando, una pletórica copa del embriagador vino de la libertad.

La calle sobre la cual cotidianamente se abría "La Suela", también se había extendido. Jamás llegó el provechoso loteo que debió hacer rico a don Cayetano, pero algo se vendió, y de todo ello, aún quedaban esperanzas de cobrar los saldos tardíos poco a poco, ahora sí, en moneda de mucha fantasía. Sin embargo, como indicio de que alguna vez el barrio tendría desarrollo comercial, a dos cuadras de la zapatería, camino al centro, se instaló un almacén que para atraer clientela, se bautizó a sí mismo con el demagógico nombre: "El obrero". Y a dos cuadras hacia el límite del municipio, como prueba de pujanza industrial, funcionaba un trapiche de propiedad de persona influyente, que no tenía nombre, pero que ciertos individuos agitadores denominaban "La gota", y otros más exaltados "La caña".

A la vuelta, Quispe ya no era un ser solitario; se había enredado con una china que le paría hijos de a dos.

– Para que Ud. vea, ¡la pelota! – Decía extinguiendo agujas a puntadas –, si hubiera buscado vaca para lechera, ¡me salía machorra!

Era pesado para Quispe, pero el barrio se enternecía con los berridos de los angelitos, y, además, acosado por la necesidad, el sastre aguzaba el ingenio para vender trajes en cómodas cuotas, con sorteos mensuales de liberación a modo de estímulo. Lo anunciaba en cada nueva época del periódico local, ¡y eso le daba mucha jerarquía!

La demás gente sin clasificación especial, entraba en la categoría folklórica, lo cual permitía decir cosas encantadoras a propósito de sus penas y miserias. Había, además, un pintor de brocha gorda y albañil; un carpintero y músico según como cayera; un latero emprendedor que recorría las calles con sus elementos de soldar; empleados y otras personas que recién iniciadas en el duro camino del conchabo mensual, vivían tímidamente entre los árboles del patio, aduciendo que sólo por el calor no se ponían camisa, y que por idéntica razón almorzaban *tereré*.

En fin, la verdad era que el tiempo había pasado y hasta en "La Suela" se iba notando una mayor actividad, un auspicioso incremento de las ventas en el ramo de zapatos para varón.

Don Cayetano, que había perdido la alegría, a medida que realizaba sin interés sus tareas cotidianas, dejaba escapar grandes suspiros por donde salía la presión acumulada por sus penosos pensamientos. Sin embargo, en una forma instintiva, tal vez por hábito del trabajo o por traerlo en la combinación nuclear de los humores, mantenía siempre funcionando en una sección del cerebro, una eficiente máquina registradora que le daba detallados saldos de su movimiento comercial. Las operaciones le salían sin esfuerzo, como al poeta le fluye rimado el pensamiento.

Y esta máquina le indicaba que la gente masculina ligada con "La Suela" andaba caminando más.

Don Primo, que le vendía la materia prima, se quejaba de los tiempos; don Mario, que le encargaba los trabajos para su negocio, no hacía sino llorar la crisis; don Prisco decía que la gente andaba desnuda y descalza por culpa del gobierno, en fin, por todas partes mala atmósfera, pero su caja abriéndose y cerrándose con alegre retintín.

– ¡Estercita!

– ¿Papá?...

– Aquí el joven quiere ver unos zapatos.

Eso ocurría a la tarde, cuando la chica estaba en casa, ya que de mañana iba al colegio a seguir sus prácticas de la costura, el bordado, y "todas esas cosas de mujeres", como lo llamaba la opinión.

– ¿Qué clase de zapato quiere? – entró preguntando Ester, retorciéndose ella misma y la punta del delantal para esconder la risa que le bailoteaba por el cuerpo, desde los ojos hasta los dedos de los pies.

– Este... y... no sé... ¡je, je! – informó el cliente, un muchacho grandote de unos diecinueve años, alto, desgarbado, lleno de ángulos y con una barbita de días que le sombreaba los labios temblorosos, forzados a una sonrisa. Por debajo de la piel curtida por el sol, le subió el rubor hasta la misma mata de los cabellos negros.

– Sentáte muchacho, allí – recomendó don Cayetano para darle pausa y tranquilidad en la tarde de bochorno. El mozo le tenía cara conocida... bueno, no sería extraño, en pueblo chico.

– ¿Querés un zapato fuerte, para el trabajo, o uno para ir a los bailes, o para ver a la novia?

– Uno para el trabajo – informó precipitadamente el mozo tartajeando.

– Bueno, mostrále de esos, Estercita.

– ¿Se prueba estos?

– Bueno... sí.

– ¿O estos?

– Claro, ¡lo que le parezca, je, je!

– Estos le van a quedar bien.

– Sí, claro.

El parroquiano adelantándose con precipitación a un movimiento de la vendedora, se sacó los zapatos viejos dejando ver una media de fuertes colores, flamante, aún con etiqueta en la punta, y hasta perfume, podría ser. Removió los dedos dentro del tejido elástico y empezó a forcejear para la prueba. Aquí, ella le tendió el calzador y él lo cogió con la punta de los dedos, suavemente, como si fuera una frágil prenda.

– ¿Le quedan bien?

– Sí... claro.

– ¿No le aprietan?

– Sí... digo, no, ¡claro! – No sacaba los ojos de la vendedora, mientras ella no le mirase, pero apenas los levantaba, el cliente volvía a sus zapatos con tremendos oleajes de rubor.

Se tuvo que comprar los recios botines que le deparó el destino, y al alejarse unos pasos del negocio, los acariciaba como un juguete delicioso, deseado. ¡Era el tercer par que se compraba sólo en este mes!

Y don Cayetano, que había observado los trajines de la venta por entre los pelos de sus embravecidas cejas, simulando mucha ocupación, tuvo al fin indicios de la razón del incremento de las ventas, pues estaba muy seguro de que parroquianos de esta clase, sin contar los otros, había por lo menos cinco, seis.

Después de haberse ido el cliente, don Cayetano continuó trabajando silenciosamente, si bien prestaba una insignificante atención a lo que hacía, tanto que siguió el corte de una devastadora cantidad de capelladas para la inmensa horma cuarenta y cuatro. Cuando se percató del grave perjuicio que se había inferido, se dijo dos o tres cosas graves, pero sin equivalente reacción interior, pues su descubrimiento le preocupaba de modo más intenso cada vez.

– ¡Pero si es una chiquilina!... ¡Si no tiene más de catorce años! – exclamó, arguyendo consigo mismo. Pero le acometió la duda. – ¿Catorce?... porque catorce, no podía ser... – Ella había nacido el mismo año de la muerte de Francisca. ¿Pero, cuánto hacía que había muerto su pobre mujer?

Aquí engranaba la máquina registradora del cerebro; no podía contar el tiempo porque las unidades no eran uniformes. El

crecimiento de su hija se había realizado a su lado deslizándose silencioso como un manantial que nace y crece acostado sobre arena, disimulado entre la hierba baja, sin una sola piedra que lo hiciera murmurar y oír. Otros hechos más dramáticos e intensos habían hecho olvidar muchas veces, y hasta por largos períodos, la existencia simple y cotidiana del agua que fluía.

Pero al fin, no era eso lo más importante, sino que esta chica estaba atrayendo a su alrededor todo un enjambre de moscardones... – A ver, a ver – se puso a pasar lista de sospechosos, tomando como referencia los más asiduos clientes de "La Suela": – el de esta tarde, no sé cómo se llama; después, ayer vino Críspulo, el del surtidor; también ese Regalado, el telegrafista... Pastor González que vive al lado de la escuela; ese morocho que usa botitas... ¡Y ha de haber otros que no compran aquí! – convino disgustado – "¡pero cómo es posible, si es una niña!" – volvió a repetir, mas a poco su buen sentido le advirtió que si todos estos galanes se surtían en su casa, no sería por sentir ternura por la partida de nacimiento.

Suspendió el trabajo y casi subrepticiamente se asomó a la puerta del comedor sobre cuya mesa Ester cortaba moldes para un vestido. Al instante se dio cuenta de que estaba atrasado, muy por detrás del cambiante sentido de la realidad; ¡aquí había mucho más que una criatura, por Dios! Descubrió los cabellos rubios y opulentos que recogidos al descuido atrás, daban al corte de cara un acento clásico. La frente saliente, recta, sobre cejas pintadas con un trazo firme; la nariz, de exquisita forma, al terminar recogiendo un poco la opulencia del labio superior. La boca carnosa y equilibrada, no sensual, pero profunda, capaz de expresar todo el secreto femenino hasta agotar la castidad; la barbilla redondeada, dejando completamente definida la conformación del generoso labio inferior. Los ojos eran verdes, inmensos, brillantes, de pestañas muy visibles. Las formas, aún bajo el vestido casero de cuatro costurones sobre género duro, se presentaban largas y curvadas, no completamente llenas, pero en plena pujanza hacia su perfección. Y para más, ¡había gracia! Una escondida sonrisa

apenas dibujada, le bajaba de los ojos a la comisura de los labios, y de allí muchas veces parecía revolotearle entre las manos. No iba a haber en ella nada de la fragilidad de su madre, sino una lozanía completa que lograba trascender hacia una encantadora seguridad y audacia.

Don Cayetano quedó asombrado, sin querer se le abría la boca de dientes ennegrecidos, con deterioros, y el anteojo ordinario de montura de plata se le resbalaba hacia la punta de la nariz. ¿Sería posible que uno pudiera cerrarse el alma entre fantasmas y quedar ciego ante tan estupenda realidad?

– Belleza – dijo suavemente por lo bajo, y lo decía con toda la sensibilidad de su fulgente mundo de origen, de refinamiento estético multisecular. – No, criatura no es... ¡Cierto, qué cabeza! Si nació siete años después que Héctor; ahora tiene dieciséis.

Volvió a su taller; no quería admitirlo, pero se acordaba de su propia experiencia: "le llega su tiempo". Sí, había que afrontar la realidad. Claro que él no iba a dejar que las cosas sucediesen a la buena de Dios, mas si quería evitarlo, tendría que intervenir pronto, dando eficaces pasos. La chica era aún joven, podía esperar; pero esperar actuando, pues el sol, la lluvia, la tierra y los ojos de los hombres, estaban llevando a su perfección este fruto de la naturaleza, y no había manera de hacer caminar la máquina hacia atrás. Éste era el hecho, y don Cayetano, según su hábito se lo puso a rumiar.

Nunca se había hecho proyectos ni acariciado ilusiones sobre el porvenir de su hija. Conocía el destino sacrificado y opaco de las mujeres en este país: casarse y tener hijos, el mejor de ellos; no se podía esperar que una mujer tuviese triunfos en otra suerte de actividad. Ni los había buscado, en su caso, pues la chica estaba justamente preparada para acompañar a un hombre común, no exigente, nada más.

Pero si bien era cierto que nunca formó proyectos acerca del matrimonio de su hija, ahora, ante la nueva situación, ni se le ocurrió pensar que debía mantenerse apartado, tener quietas las manos, ni

mucho menos los ojos. ¡De ninguna manera! A pesar de todos sus malos humores, de su actual inercia y pesimismo, comprendía su responsabilidad, y más aún considerando que no podría pedir ayuda a los cielos, dado el enfriamiento de sus relaciones con San Antonio.

Estercita había ido a la escuela, y a los doce años se le acabaron los grados. La Iluminada preguntó a la niña:

– ¿Qué vas a hacer ahora?

– No sé – contestó, como era de esperar.

La buena mujer se sintió desconcertada. Jamás había tenido un problema de esta clase; para ella la vida se reducía a hacer justamente lo que había hecho el día anterior, conformarse, dar hijos, sufrir abandono, y seguir viviendo. ¿Cómo? Pues estando ahí, un poco apartada del camino del peligro visible e inminente, y si fuera posible, también del dolor.

Fueron pasando los días y Ester quedaba ociosa en casa en las sagradas horas destinadas a la escuela. La Iluminada no pudo soportar esta alteración de las costumbres y una mañana fue a plantársele al patrón, con las manos cruzadas, frente al mostrador de trabajo. Él la miró dos o tres veces esperando el habitual pedido de dinero para los gastos de la casa, que solía comenzar en esta forma. Por principio jamás tomaba la iniciativa para dar dinero, quien necesitaba debía pedir; pero esta vez la mujer no abría la boca, no decía: "la plata para el mercado", ni "la plata para el almacén", permanecía callada; sentía la perturbación, pero no sabía cómo explicarla. Por fin, viendo que ello se hacía largo, don Cayetano preguntó:

– ¿Qué querés?

– Nada.

Alivio del amo, mas la conocía. Siguió preguntando:

– ¿Qué pasa?

– Estercita.

– ¿Qué le sucede a Estercita?

– No se va a la escuela.

– ¿Por qué?

– Porque ya salvó todo.

– ¡Ah, cierto! – Frunció las cejas sorprendido por el problema. Después agregó sencillamente: – ¿Por qué no va al colegio para aprender esas costuras y esas cosas que enseñan?

– ¿Se va a ir allí?

– Sí, que vaya.

– Está bien.

Y sin dudar un segundo, al día siguiente por la mañana Ester fue mandada de nuevo al colegio, donde la Hermana Superiora viéndola así, tan sola, linda y dispuesta, la tomó bajo su protección.

Así intervenía don Cayetano en la educación de su hija, y por su parte la Iluminada se mantenía firme en la rutina. Como resultado de esta combinación, la niña crecía según su propia voluntad, con espíritu de gran independencia. Las compañeras con las cuales se trataba, que tenían un hogar mejor constituido, le envidiaban su libertad, aunque la influencia educativa que ellas mismas recibían no fuera de calidad muy diferente.

En el colegio, las buenas hermanas trataban de tenerlas ocupadas las manos y, con menos éxito, alguna parte del pensamiento, en esta complicada época de la pubertad en que nuevas características buscan su equilibrio. Había abundancia de consejos, amenazas de irrevocables infiernos, pero todo ello apenas comprendido pues

las palabras suenan mucho, pero significan poco en la juventud. Puntadas, oraciones, cantos, disciplina, penitencias y una traviesa vena de malicia que alteraba el sentido de la más santa intención.

Por lo general, ese era el ambiente en el cual crecía Ester buena y libre, no inocente, pero limpia; voluntariosa, no aturdida, inteligente, sabiendo de la vida mucho más de lo que pudiera hacer suponer su edad. Aprendía a defenderse sola, porque llegó a entender que si recibía un golpe, la buena Iluminada le traería una aspirina, y la dejaría llorar en paz.

De todas maneras, su extraña belleza muy pronto le puso adoradores en el camino, aunque no le presentó la suerte ninguno que llegara a conmover sus sentimientos, y tal vez esta fue su salvación. El primero que se hizo notorio fue un muchacho llamado Tito, granujiento y de voz en pleno templar y cambio. A la hora de su regreso del colegio, invariablemente estaba jugando con una pelota de trapo entre arcos que se marcaban en las aceras. Pero lo singular era que Tito, para este inocente y barato juego entre vecinos pobres, generalmente rotosos y descalzos, se ponía camiseta del Olimpia y zapatos de fútbol cuyas taquillas chispeaban contra las piedras. Al ver tomar la calle a la colegiala, súbitamente parecía descontrolado pegando unos "tapones" y llevando avances que atemorizaban a los compañeros. Al pasar ella, todo se interrumpía:

– Adiós – saludaba.

– Adiós – le contestaban los jugadores, y en ese momento Tito, pálido a pesar de su agitación, se quedaba de piedra, y si osaba decir algo, le salía la voz en dúo, hablando su hermanito y su papá.

Pero un día ella oyó que uno de los muchachos decía: "Es la chica de Tito", y no le gustó. No sólo porque Tito tuviese pantalón corto, muchos granos y le saliera el habla en dos tonos, sino porque le sublevaba que la hicieran "de" alguien. Así, cuando al fin un día el pobre muchacho pudo persuadir a su madre que le pusiera unos pasables pantalones largos, una camisa de colores contrastados, y desde el fondo de su alma extrajo el saludo: "¡adiós!", ella no le

contestó, y todavía lo miró fríamente con sus grandes ojos verdes, que enojados, se hacían grises con reflejos de metal. El pobre Tito cayó en la desesperación, por largo tiempo dejó la pelota, y ¡¡se hizo poeta!!

Aún antes de tener el incidente con el librero don Nicario, se destacó otro admirador en el conscripto Celedonio Estigarribia, alias Celé, que ejercía su servicio militar como auxiliar del Juzgado de Paz por ser hijo de un caudillo de los cercanos andurriales. El tal Celé como ya tenía experiencia con las campesinas de su padre, demostraba más atrevimiento en sus empeños de conquista, y a pesar de que le habían dado un uniforme dos o tres números menor que aquél correspondiente, además de que no hacía mucho le habían rapado la cabeza, se paraba frente a la puerta de su oficina con un cigarrillo en la boca a saludarla con tono insinuante. Le echaba flores, le decía: "cómo quisiera ser tu cartera, para estar en tu mano", "cómo quisiera ser tu hebilla, para tocarte el pelo", pero cuando un día le dijo: "cómo quisiera ser tu media..." ella se paró en seco y le contestó:

– Si querés ser mi media, andá a bañarte porque yo no me pongo media sucia.

El pobre Celé quedó corrido, y empezó a decir que ella era una engreída, una mala, ingrata, pero al poco tiempo, a pedido de Su Señoría, lo enviaron a una guarnición más estricta pues el conscripto del Juzgado se hacía difícil de tratar. Empezó a rondar bailongos, boliches, y como consecuencia, a cobrar precipitadas costas, "aceites" y a mal vender su influencia con el señor Juez, además de su propio saber jurídico.

Decididamente Estercita entraba en la vida hiriendo jóvenes corazones. Pero estas eran consecuencias involuntarias del hecho de ser hermosa; de ocasionar un daño, no lo quería inferir. No era igual la intención con que la trataban: varias veces había sentido sobre sí una garra más artera, la de aquellas personas mayores que buscaban simplemente su perversión.

En algunas tiendas le ofrecían inesperadas rebajas, facilidades para el pago, dar por un metro tres, pagar lo que tuviera, o lo que quisiera, por ser ella, "sin interés", sólo por tener una cliente tan requetelinda.

Hasta el viejito don Nicario, dueño de modesto bazar y librería, tenía con ella paternales condescendencias. Solía darle consejos, le regalaba revistas y le hablaba con una dosificada mezcla de ternura y protección: "Yo puedo decirte estas cosas Estercita porque tanto cariño te tengo, que me considero un poco tu papá, y hasta podría ser tu abuelo... ¿verdad mi hijita linda?". Y a medida que le decía estas cosas, le acariciaba "el brazo de terciopelo", "la mejilla de seda", conteniendo a duras penas los chillidos de su asma que se le excitaba con la emoción.

Pero una tarde cuando ella estaba sentada, mirando un figurín, don Nicario se le aproximó de atrás a sumar sus comentarios.

– ¡Qué lindo este vestidito, Estercita... qué bien te quedaría con esta figura que vos tenés! Así, con el talle ajustado y el corpiño con estos adornos que resaltan la feminidad... – el viejito le arrimaba la cara; con una mano señalaba el modelo y con la otra indicaba por donde caería la confección. – ¡Cuando uno tiene lo que tiene, hay que hacerlo valer je, je, je!...

Ella, que ya venía sospechando de los revuelos de su amistad, se sintió irritada por la treta. Sin pensarlo dos veces, le tomó suavemente la palpadora mano y le mordió un dedo con tal sorpresiva fuerza que el viejito pegó un grito y un salto que casi lo desvencija.

– ¡Qué hacés criatura! – Se lamentó mirándose el índice reciamente machucado y tratando de recomponerse las sacudidas articulaciones.

Ella no contestó, sino que salió de la casa con una sombra de enojo y burla que don Nicario tuvo el buen sentido de aceptar para siempre.

Después le decía:

– ¿Estercita, no me vas a morder más el dedo?

– ¡Cómo le voy a morder, don Nicario, si Ud. no me lo acerca! – Le respondía apretando los labios para no reír.

– ¡Je, je... qué criatura más traviesa! – Terminaba el viejito acariciándose el dedo que ya no le dolía, sino por el vago signo marcado en él, de negación definitiva, de helado "nunca más".

Entre todos esos seres conmovidos por la hermosa niña había un muchacho verdulero que le dedicaba una adoración silenciosa y tímida, dolorosamente constante, como ese follaje duro que resiste el invierno. Distribuía los productos de la pequeña granja de su anciano padre en un carrito de altas ruedas y techo, que andaba tirado por un fuerte, bien cuidado y hasta pretensioso mulo, llamado Atilano. De la granja vendía principalmente verduras, alguna fruta, huevos, aves y leche, pero como hacía sus viajes diarios a la ciudad, agregaba compras de lo que allá le pedían, con lo cual diversificaba su carga, llevando desde tierno vegetal, hasta algún barullento lechón destinado a las fauces de bodas o cumpleaños.

No alcanzaba los veinte de edad; para su altura de un metro ochenta y pico, y a aquellos grandes huesos le faltaban urgentemente carnes. Su madre decía que estaba en las puertas de la tuberculosis, pero todo se debía al trabajo fuerte, al sol que tostaba secándole las grasas, a su alimentación de vitaminas y al amor sorbido en grandes dosis. De todas maneras no carecía de colores, ni fuerza, ni energía para el trabajo, lo que según los conceptos morales del padre, era lo principal. No había hecho el servicio militar porque tenía una fractura doble en un brazo, como consecuencia del vuelco de su carro durante una emocionante carrera con un carrito panadero,

con cuyo conductor se habían desafiado como en un circo romano. El perjuicio para el negocio fue grave, pero al fin, al ser examinado para la conscripción, el accidente le dio derecho a quedarse en casa, con gran contento de los afligidos padres.

Cuando la madrugada estaba aún en su más negro pozo de tinieblas y frío, él se levantaba a uncir su carro y a emprender el viaje para llegar antes de la salida del sol a los puestos de venta, y hacer después un recorrido por las casas y hoteles que le habían pedido servicio especial. A media mañana llegaba de regreso luego de una escondida jornada de labor, que en sí misma no era muy dura, pero sí irrevocable; había que ir todos los días de Dios, así lloviese o resbalase el carro sobre escarcha, cualquiera fuese el ánimo o el problema.

Mas, pese a su rigor, la jornada tenía su lado de regalo por el buen espacio de tiempo que dejaba para ir soñando en las cosas más lindas que tiene la vida. Atilano conocía tan perfectamente el camino que no tenía para qué preocuparse en conducirlo: diestramente evitaba los baches, conservaba su lado y en caso de obstáculo difícil, se paraba a tomarse un filosófico descanso hasta que el amo asumiese la responsabilidad. Pasado el inconveniente volvía a un trotecito igual y constante, y Pedrito, envuelto en la obscuridad familiar de la ruta conocida, se daba al prosaico ronquido, o últimamente, a soñar las inefables venturas del amor.

Y en el centro de estas delicias, de una manera idolátrica, siempre estaba Ester condescendiendo de algún modo cautivante a sus rendidos requerimientos y rehusando airada, con desprecio, aquellos otros que venían de parte de odiados rivales.

En estos soñados episodios, el bueno de Pedrito actuaba como un ser arrogante, decidido, lleno de seguridad y aplomo: daba aquí la mano, allá ofrecía una flor, más allá – pirotecnia de placer y ondas de mágica laxitud le corrían por los nervios – requería con fortuna una caricia. ¡Hechizos y perfumes, ebriedad de color y armonía, miradas llenas de potencia e infinito, dulzura, ilusión, eternidad!

¿Era la madrugada, hacía frío, por dónde iba el carrito de verdura, hacia el mercado? Eso tal vez lo sabría el pedestre mulo, pero su dueño y presunto conductor sólo podía sentir inenarrable deleite en su vapor de felicidad.

Mas también soñaba el caso en que llegaba en el preciso momento en que un atrevido se propasaba con Ester. Pues allí mismo caía un huracán de puñetazos y puntapiés sobre el desgraciado y a medida que se hacía la demolición, el mulo que la sufría en sus lomos se daba al camino en una carrera furiosa poniendo al carro y su carga en tremendo peligro de terminar en pedazos disgregados.

– ¡Quieto, Atilano!... ¡No seas animal! – gritaba tirando las riendas, en tanto que él salía de los últimos trances de su heroica intervención.

De todas maneras, Atilano ya había aprendido a hacer su propia composición de lugar, y así, cuando en el parpadeo de la madrugada advertía que el amo, en lugar de estarse suave, quieto y suspirando, empezaba a dar tirones, a contorsionarse y acaso a decir: "¡Retírese Ud. de acá!" o "¿Por qué Ud. molesta a la señorita?... o invirtiendo términos: "¿Le molesta este individuo, Estercita?". Cuando oía algunas de estas irritadas expresiones, el talentoso mulo salía de estampía porque la experiencia le enseñaba lo que venía después, y, además, llegó a observar que el único método posible de evitarlo, era dar una drástica sacudida al soñador.

Pero el solo ser que escuchaba las palabras dulces o soportaba las iras del amor de Pedrito, era el bueno de Atilano. La real inspiradora de las fantasías, el hada de los suspiros, tenía muy poca parte en las apasionadas expansiones que se producían en el secreto de las albas. El ardido amante pocas veces se atrevió a acercarse a menos de un ancho de calle, ni hasta ese momento atinó a cambiar una mirada, ni la mitad de una palabra significativa; al estar frente a sus ojos, su voluntad se quebrantaba, ya no era el batallador Pedrito que empuñaba el látigo para vapulear atrevidos, era un ser que se agotaba en adoración, abrumado por su inmenso apetito de amor.

Cuando llegaba de vuelta al hogar, desenganchaba el mulo, le daba su ganado pienso e iba a su pequeña habitación después de rendir brevemente cuentas del dinero recogido. Antes de ahora, solía limpiarse y comer algo fuerte para iniciar una prolongada siesta que le compensase el madrugón, pero sus hábitos cambiaban. Desde hacía un tiempo, de vuelta del trabajo, en lugar de reposar durmiendo, se encerraba en su cuarto, tomaba de debajo de la cama un paquete cuidadosamente liado y oculto, miraba acá y allá para asegurarse de que nadie estuviese atisbando y con la mayor devoción se ponía frente a su tesoro: ¡cuatro pares de zapatos! Recordaba enternecido las emociones de cada una de sus compras, cada uno tenía historia peculiar; eran los dramáticos momentos en que había osado acercarse más a su idolatrada Estercita, aunque, preciso era admitirlo, de un modo completamente profesional.

Mas, continuar en esta forma era estar metido en un callejón sin salida, eso lo sabía perfectamente bien: la congoja de su incapacidad le dolía, pero no daba con medio alguno que la remediase. De la dulce contemplación de los zapatos sacaba alientos, nuevas fuerzas y se hacía la firme resolución de que debía ocurrir alguna cosa. Después, sin darse el descanso habitual, buscaba un justificativo aceptable para llegarse hasta el pueblo. Se vestía con el mayor decoro compatible con el día y la hora de trabajo, y desde mucho antes, fuera de la vista de los de la casa, tenía escondido el más primoroso par de "La Suela" para lucirlo en la ocasión.

Ya en el pueblo, cualquiera fuese la supuesta faena o diligencia, la principal de todas era esperar la salida de las niñas del colegio. Se apostaba en la acera opuesta tratando de moderar la creciente nerviosidad a medida que la hora se aproximaba. Las manos se le ponían destructoras: le retorcían el sombrero, empujaban como para desfondar los bolsillos, se sobaban frenéticamente o apuñaban un árbol, una cercana pared; hasta los zapatos, por una razón incomprensible, estando quieto, ¡se le ponían a chillar!

Al sonar la campana y empezar la salida de las niñas, él ya estaba agotado por aquella agitación, hasta que de repente, todo parecía

calmarse y concentrarse alrededor de una fuerza incontrastable que le hacía ir, alejarse del encuentro inminente. Aparentaba caminar despreocupado para acallar ante sí mismo su protesta ante la ingobernable timidez. Sabía que obraba mal retrocediendo, aún sabía que en otros casos había tenido más audacia, ¡pero todas puras palabras! Iba a resguardarse tras un árbol de paraíso que daba sombra a la vereda, y desde allí la veía venir: el lujo de sus cabellos y cejas pintadas sobre el cutis blanco, ¡y aquellos ojos que se hacían puro brillo y color de luz mezclada con hojas frescas! La miraba con mansedumbre y después bajaba los ojos. Repetía el éxtasis todas las veces que no arriesgase un encuentro de la mirada. El delantal y los zapatos blancos la presentaban alegre, pero la aniñaban. No había aprendido a destacar lo que tenía como se lo había aconsejado el viejito don Nicario, pero de todas maneras, no era atracción lo que le iba a faltar. La contemplaba arrobado, aunque lleno de temor por aquella vaga sonrisa que en cualquier momento podría adquirir su quemante matiz de burla.

La seguía de lejos arrastrado y sintiéndose también su protector. Allá en el fondo tenía la secretísima esperanza de que le sucediera alguna cosa que le permitiese acudir en su ayuda con el mismo frenético ardor que ensayaba con Atilano en las madrugadas. Veía con odio la forma descarada con que algunos se atrevían a mirarla, y las exclamaciones, los gestos, la mímica muchas veces cargada de impudicia.

La verdad, dos veces pasó de la intención al hecho, aunque sin manifestar el motivo encubierto. Cierta mañana de bochorno le fue imposible soportar la vista de un árabe peludo y sensual que se la estaba desvistiendo con los ojos. Mascullaba palabras ininteligibles, las pupilas encendidas, las manos que trazaban formas; parecía que la estuviera pidiendo para su concubina al comprensivo Alá. Lo volvió sorpresivamente de un manotazo, al tiempo que le empujaba el vientre con un puñalito mordedor y ácido. El otro le vio tal fiera determinación en la actitud que se zambulló en su tienda de un salto descomunal arrastrando consigo

cortes, confecciones, piezas y chirriantes vitrinas. Sólo cuando se sintió más seguro se puso a gritar primero en árabe y después a traducir al castellano y guaraní que un borracho había intentado asesinarlo.

– ¡Bárbaro, bara qué bebe si no sabe beber!

La otra vez de hecho ocurrió en una cancha de fútbol. Por una pequeña diferencia deportiva se produjo una gresca fenomenal entre el público que deseaba ver de una manera u otra lo que había sucedido. Al principio la cosa tuvo ordenado desarrollo: los de una tesis embestían contra los de la otra, intercambiando recias verdades, pero al terciar la policía los frentes se desordenaron y confundieron, y la refriega perdió su primitiva alta contraposición para caer en una riña "Paraguay" de todos contra todos.

Pedrito se había limitado a permanecer en grupos de remolinos, empujones y zafarranchos hasta que ya bastante enardecido a gritos, ejemplos y pisotones, vio aproximarse a un sujeto larguirucho, sumamente caradura, que de un modo insistente molestaba a Ester diciéndole cosas que, desde lejos, le causaban a él gran enojo, y que de ninguna manera podría ser conveniente para los castos oídos de la niña, según lo tenía decidido.

¡Pues ésta era la suya! El individuo venía revolviéndose aquí y allá para cubrir todos los frentes, manteniendo a pleno grito encendidos insultos de aplicación poco discriminativa. Se puso pues más o menos en la trayectoria calculada y en son de guerra le gritó:

– ¡Viva el Clú!

Y sin darle tiempo de hacer otras indagaciones le aplicó un golpe brutal por debajo de las costillas que le sacó hasta la última burbuja de aire a toda presión. Mucho antes de que volviera a recobrar compostura de combate, Pedrito le estaba aplicando un correctivo de gran calidad y ello hubiera seguido quién sabe hasta dónde, si

un amigo no lo hubiese sujetado firmemente de atrás, al tiempo que le decía:

– ¡No seas salvaje, si ese es vocal de nuestro Clú!

Él creía que todo quedaba enterrado en su corazón, que nadie en el mundo se podría imaginar que se estaba sublimando en secretos suspiros. Vivía ocultándolo todo, y aun cuando concediese a su mulo categoría racional, no iba a sospechar que propagase indiscreciones.

Pero eso era pura simplicidad. Desde el primer día una atención alerta lo había advertido, creándose la incógnita: "¿Por quién vendrá?". Y muy pronto las chicas lo calaron: "Es por Ester", pues no se fijaba en otra.

Todas lo miraban libremente, sin riesgo de ser vistas puesto que el candidato se encerraba en sí mismo, poniendo los ojos en tierra, como un culpable avergonzado. La única que se guardaba, y sólo para no alentar al pretendiente, era Ester, mas no por ello dejaba de estar informada de sus movimientos.

– ¿Está? – Preguntaba a su amiga Lolita, una morena insignificante y vivaracha.

– Sí, atrás del árbol, se le ve el sombrero y el zapato colorado.

– ¡Qué tonto! – Y sonreía divertida.

¿Por qué tonto? Pues porque la amaba profundamente desde antes que ella lo hubiese computado en su percepción de seres inteligibles. Pero sólo por eso, pues su falta de osadía, lejos de perjudicarle, lo ponía fuera de su alcance; como no pedía absolutamente nada, como no hacía nada que requiriese una

respuesta, no había modo de hacerle desistir. Hace falta ser muy cruel o tener una determinación muy precisa para herir a quien se entrega sin condiciones. Ella no era de esas, y al cabo de algún tiempo, sin pensarlo, ya estaba diciendo:

– ¿Qué le habrá pasado que no vino hoy?

Se sentía halagada, divertida y excitada cuando veía hacia un lado del árbol las firmes puntas de los zapatos, hasta un ojo y el ala del sombrero, y por el otro, la curvatura de la espalda. Había llegado a saber de un modo tan indudable que su verdulerito no se atrevería a salirle al paso, que las miradas, al principio subrepticias, fueron derivando hacia un completo desenfado. Y de éstas, pasaban ahora a un juego: con la amiga Lolita cruzaban sorpresivamente a la otra vereda para divertirse con las contorsiones de Pedrito sacado atolondradamente de su refugio.

De ese modo vino a consentirse un estado: Pedrito era número en muchas andanzas de Ester, su no pedida escolta, y aunque ella no se consideraba en lo mínimo obligada por una devoción no requerida ni aceptada, sin motivo legítimo, no lo iba a hacer sufrir.

El mundo de Ester era un poco más amplio; chico y simple, pero, aún así, adecuado para que viva en él una muchacha de pueblo en quien las tentaciones no se habían complicado con los refinamientos del lujo. Tenía sus amistades de la edad, las compañeras del colegio con su círculo de reglas más ingenuas que la otra presidida por los mayores, no tan interesados en divertirse, como satisfacer una ambición.

Se reunían con motivo de fiestas de familia, y los hermanos y primos con acceso, hablaban de fútbol, de los viajes a la capital o de chismes políticos, para eludir los contactos muy prolongados con las niñas, quienes por su parte hacían lo propio permaneciendo

juntas, y comunicándose con disimuladas señas el tono de picardía especial. De estas algunas ya iban a bailes "oficiales" – aquellos que realiza el pueblo con motivo de las grandes fechas – y seguramente Ester ya hubiera debido estar entre éstas de haber tenido una madre que se ocupara de ello. Pero la Iluminada, ¿cómo la iba a presentar en sociedad? De todas maneras, tenía el natural encanto de animar las reuniones y se ayudaba con una guitarra apretando cuerdas aquí y allá, para acompañarse alguna cosa que quisiera cantar.

Por su parte Pedrito sabía que estaba en un remanso. De la contemplación de los zapatos y de los ensueños de la madrugada, emergía urgiéndose a hacer alguna cosa; su relación no progresaba, se parecía a esos árboles que han tomado una faja de tierra estéril, y allí se están, sin morir ni crecer; viendo gozar de la vida a los otros.

Pero le era mortalmente imposible; algo se le cortaba en la orden del cerebro al músculo y a poco sentía la vergüenza del fracaso. Le quedaba sólo esperar que sucediese alguna cosa, que otro poder hiciera lo que el brazo no podía. Una casualidad benevolente... Cada fracción del mundo en su andar apetecía algo ocasionando una anarquía de tensiones, de resultados inesperados, absurdos. En una de esas podría surgir la deseada solución. Pero ni se imaginaba que el resultado adverso también era posible, y por ello no pudo entender cómo, de pronto, vino a caer en el más negro infortunio. El pobre estaba sumergido en un mar que ebullía a presión de tantas influencias que resultaba impracticable predecir.

Hasta ese momento Ester nunca había concurrido a la gran peregrinación de Caacupé, pero ciertas familias del mismo pueblo hacían su especial celebración, y hasta algunas sostenían que la imagen venerada en el propio domicilio tenía alguna suerte de poder delegado con facultades milagrosas.

La gente de Lolita, la pequeña compañera de Ester, era justamente una de esas. Custodiaba en casa una imagen de la venerada

Virgencita en un buen nicho con campana de cristal y naftalina para evitar iconoclastas interferencias del bichaje. La imagen tenía su alcancía donde los dueños de casa y otros piadosos vecinos depositaban sus óbolos, cuya suma global se disipaba en un alegre convite el 8 de diciembre, día de la Virgen de Caacupé.

Lolita había insistido siempre pidiendo a Ester que concurriera a esta fiesta. Desde mucho antes ya hablaba de los preparativos: del arreglo de la enramada, del cerdo que engordaba en el chiquero, de los pollos calculados, de los músicos fervorosos que tocarían gratis, o cuando menos por precio moderado, y en fin, si quién sería la *rezadora*, quién la *despertadora* de la Virgen en ese santo día.

Mas, inesperadamente todo el programa se vino abajo por culpa del sujeto Casiano Chaves, un negrazo de evidente origen *guaicurú*, completamente degenerado por la bebida. Habitaba en la vecindad de la familia Cáceres, a la cual pertenecía Lolita, en una calle suburbana, cubierta de zanjas y arenales, donde había mucha mezcla en la categoría social y moral de los habitantes.

No se podía decir del Chaves que fuera de constantes malos hábitos; más bien era sujeto silencioso y triste que vivía aislado en un ranchito lleno de averías, con una mujercita de porte también aindiado. Trabajaba de peón en las chacras y muchas veces quedaba a dormir por allí dos o tres noches seguidas haciéndose olvidar hasta de los inmediatos vecinos. Pero cuando se ponía a beber enloquecía. Toda su habitual humildad y sufrida mansedumbre era sobrepujada por un ser arbitrario, agresivo, aunque, en última instancia, no valeroso.

Pues esta vez le había dado la locura contra la devota familia de los Cáceres, que justamente ultimaba los preparativos para la gran solemnidad de la Virgen y que en modo alguno hubiera deseado conflictos en las proximidades de la gran ocasión. Así pues, apenas pasaba la mañana y ardía el sol en un cielo gris metálico, cuando el Chaves, reverberando caña, sin sombrero, el pelo duro espinoso,

vestido con una vieja camiseta manchada de agujeros, el pantalón corrido hasta debajo del vientre, salía a desafiar a gritos a los varones de la casa de la Virgen, los devotos Cáceres: el canoso padre de Lolita, y el hermano de veinte y pocos años pleno de ardores juveniles. El borracho, descalzo, chorreando sudor, con los ojos desorbitados, empuñaba un cuchillito – no tan chico – y gritaba el desafío:

– Que salgan aquí los Cáceres, ¡la añá memby!... ¡Que salgan aquí si son hombres!

Así vociferaba plantado en la calle calcinada de vegetación amarillenta y arenas ardientes. Los aludidos guardaban un silencio abnegado y tolerante.

– ¡Cáceres!... vení pue, ¡*ndé añá memby*! – Volvía a bramar el Chaves dándole una asentada a su luciente puñalito contra la blanca palma de la mano.

Los Cáceres tascaban el freno entre pacíficos y prudentes, pues, con un indio de esta clase, ¡vaya uno a saber! Entonces, el otro, envalentonado, se llegaba hasta la misma entrada de la casa, y seguía gritando:

– ¡Ya pues Cáceres! ¡Jha, jha! – Y volvía a pulir el filo contra el poste del portón.

Como se mezquinaba la respuesta, Chaves, jadeando con dificultad como una bestia atontada, tenía, sin embargo, juicio para maquinar un inaudito insulto: cortaba una generosa astilla de madera del propio portón de los Cáceres y se ponía a labrar un palillo de dientes para uso y agasajo de su misma boca que les escupía los insultos. Pero aunque de hecho refinaba la actitud, no por ello moderaba la lengua, que en jerga horrenda de castellano y guaraní babeado, enunciaba el miserable concepto que le merecía la familia, sobre todo en cuanto a decisión y valentía.

Al principio el padre y el hijo se dejaron persuadir por las mujeres de que lo soportaran todo con resignación, puesto que el individuo

era un borracho. Y ya que sus vías de hecho nunca pasaban de la entrada, cuando urgía salir de casa, padre o hijo, por turnos transitaban por el fondo, a través del patio de un vecino. Mas como la cosa se iba poniendo larga y Chaves daba ahora en grabar figuras obscenas en los lugares más visibles del portón, el padre se presentó a la comisaría a hacer la denuncia y a pedir "garantías".

Allí le dijeron que harían citar a Chaves, pero parece que los agentes andaban escasos o muy ocupados, lo cierto es que el borracho seguía frenético, proporcionando diversión a los *ligadores* y envidiosos de la calle que esperaban cada día con mayor suspensión el espectáculo pues a la larga era fatal que se llegase a un desenlace.

En efecto, los Cáceres, hombres devotos y pacíficos, al sentirse sin protección legal, resolvieron buscarse sus propios yuyos medicinales. Con ese objeto, de entre un enorme montón de leña destinado a la venta por metros en la ciudad, escogieron con gran conciencia un par de estacas fuertes, con algo de nudos hacia una parte, de madera fibrosa, resistente y algo flexible. Con ellas se fueron dispuestos a conseguirse, si no una enmienda, por lo menos un desagravio de aquellos que lavan y curten.

El Chaves al verlos venir sañudos y decididos, allí no más se dio un reculón hasta la entrada de la propia casa, pues todavía medio atontado por el alcohol, juzgó prudente tener a mano la retirada. Pero, aún así, le faltó consejo, pues allí donde estaba persistió en la actitud de zafarrancho y desafío, pretendiendo tal vez una transacción: ceder la entrada del domicilio ajeno, pero conservarse en posición de perdonavidas.

– ¡Cáceres, no entres en tu casa como mujer!, ¡vení aquí, jiiipu!

Los aludidos, bien concertados y dispuestos, allí se fueron. El borracho apenas tuvo ocasión de hacer con el arma un par de amagos cuando ya tenía en la cabeza un garrotazo capaz de hacer recapacitar a un buey. Por los pelos duros le caía la sangre, e instintivamente retrocedió hasta el propio alero. Los Cáceres, a pesar de ser devotos, no se contuvieron. Ignorando los gritos de la

mujer del indio, se le metieron atrás y siguieron con la faena. Con tanta eficacia, que cuando Cáceres, padre, dijo: "Bueno, dejálo, ya está bien", el pobre Chaves estaba positivamente mal.

Al volverse se encontraron con una calle moteada de mirones, algunas mujeres con sus sombrillas para mayor comodidad. Pero, ¡oh mundo incomprensible, en aquellos ojos había censura! Algo en la zurra había ofendido la sensibilidad del pueblo, y al retirarse los vindicadores para reponerse con un refrigerio, los vecinos se dieron a la asistencia del molido Chaves y de su afligida china para expresarles solidaridad.

Apenas se estaban sosegando los fatigados Cáceres, cuando un par de agentes de policía vino a confirmarles el general disgusto urgiéndoles con la culata y la trompetilla a marchar con ellos. El comisario se mostró indignado.

– ¡Qué bárbaro, garrotear de esa manera a un pobre borracho... y en su propia casa! Qué joder, ¡aquí no hay má garantías!

Cuando ellos se pusieron a explicarle lo de la denuncia previa, las provocaciones, los gritos, las "llamadas" y desafíos, de actitud, de palabra, la destrucción del portón convertido en materia prima de escarbadientes, el Comisario desechó razones:

– No me vengan con *macanada*, Chave es un borracho güeno, que apoya a la autoridá.

Fueron condenados a pagar todos los gastos de reparación, reconstitución y engorde. Soportaron dos registros, en los cuales se encontraron apetecibles y sospechosos un reloj despertador, un machete, tres pantalones, una hamaca, dos ponchos y una bombilla de plata, como elementos relacionados de cerca o de lejos con el delito y, por tanto, presa de los detectives. Y lo peor, ¡no hubo permiso para hacer la fiesta a Nuestra Señora!

En este aluvión de desgracias, la familia consideró de la mayor importancia esta última, porque interrumpía la tradición, porque afectaba el prestigio de la Sagrada Imagen, porque en medio de la

caída, éste hubiera sido un medio de rescate, y porque era la quiebra del único lujo y boato que podían lograr para esa profundidad del alma que alienta la propia estima, en ciertos casos, mal llamada vanidad.

Para salvar esta situación, y para conformar a los vecinos que presumían cierto derecho por óbolos sobre la fiesta, recurrieron a un compadre de posición no tan afligida para pedirle en préstamo un local. No hubo inconvenientes, salvo que la casa quedaba a un buen par de kilómetros fuera de la población. Venciendo dificultades, la familia Cáceres realizó los mayores esfuerzos porque todo fuera un éxito y que la concurrencia fuese a la vez numerosa y calificada.

La amiga Lolita insistió en que Ester no faltase y todos los obstáculos de ida y vuelta, los permisos y horarios fueron empeñosamente arreglados por ella. Cuando estuvo en el lugar, se vio en una función de categoría. Bajo una enramada generosamente embanderillada con papeles de color, y contando con los amplios corredores de la casa, sobre el piso de tierra reiteradamente regado se bailaba con lentitud pausadas guaranias y polcas, y aún más pausados boleros y tangos. Una orquesta con violín, acordeón, guitarra y batería hacía oír a regular distancia el aplomado golpe del bombo como compás maestro y punto de cita de los demás extraviados instrumentos. Y cuando el violín o acordeón al fantasear por sus melodías iban demasiado lejos, y si el bombo no lograba convocarlos a reunión, entonces intervenía el platillo que con dos o tres restallantes chasquidos, lo incluía todo en su bruñido seno. Pero tampoco había que exagerar la importancia del compás; cuando las parejas habían progresado en entendimiento, acaso apoyando cabeza contra cabeza, o flácida mano corrida hasta la cadera, entonces resultaba indiferente una marcha militar o alguna suave serenata; los interesados hacían por su cuenta la función.

Alrededor de las pistas, sentadas en recias tablas de madera, reposaban pacíficamente las matronas que habían aportado la flor

del elemento femenino al baile. Algunas fumaban en estado de abstracción enérgicos pog*uazús* por sí solos suficientes para eliminar del mundo a los hijos no viriles. De vez en cuando un galán desprendido les hacía llegar unas roscas de buen *chipá* que se comían chupando con la boca desdentada, o un puñado de caramelos que iban al amplio almacén del seno para aprovechar poco a poco del regalo. A ratos un jarro de lata bien cargado alegraba el ruedo, inspirando un amplio *clocleo* de satisfacción; una que no podía tener tranquilo a su nene, se tomó unos tragos, y después dio de mamar al inocente. No volvió a incomodarse el angelito. El lugar en que se realizaba la función daba a la concurrencia gran heterogeneidad puesto que asistían desde el adusto peón de chacra, de pie descalzo, sombrero de paja y pañuelo negro en el cuello, hasta la última edición del *cajetillo* rural, con zapato de taquito alto, pantalón estrecho y camisas de *nylon* transparentes que dejaban ver ceñidas camisetas, o una maraña de pelos en el pecho. Con las mujeres ocurría algo igual: chinas de uñas pintadas, peinados *permanentes* y estrechas faldas, y también las anticuadas de trenza, blusa, polleras amplias y una flor en el pelo. Y así como el bombo reunía en su seno acogedor las anarquías de la orquesta, así la Virgencita reunía a la variada gente del valle que no había ido a Caacupé, cualquiera fuese la condición de su pelaje.

La sagrada Imagen era la dueña de casa. Ocupaba, muy *paqueta*, con manto nuevo y limpia la corona de crisólito, un pequeño altar arreglado sobre una mesa, en una habitación contigua a la pista de baile. Un mantel blanquísimo y muchas flores constituían el fondo; las velas estaban encendidas en forma de íntima oración, y al frente, una bandeja grande recordaba a los visitantes piadosos que la Virgencita esperaba un voluntario y espontáneo aporte para el mejor lucimiento de su celebración.

Ester, Lolita y otras compañeras de la edad, que no estaban en su ambiente, se mantenían haciendo grupo bajo los árboles, mirando la pista de baile, ayudando los trajines de la dueña de casa, sirviendo

y bebiendo refrescos, caloríferos y estimulantes en caprichosa proporción. Unos cuantos jovencitos hablaban con ellas y uno o dos ya pasados hacían por mezclarse con la juventud.

Había transcurrido alegremente la hora de comer a costa de una mansa oveja y de un cerdo gordo que cubrían la necesidad; pasó la siesta con cara de sueño, congestión de rostros, grasa en los labios y un palillo en la boca para postre final; llegó la tarde con su reanimación de nuevas visitas, nuevos aportes; la pista se regaba y se regaba para aplacar el polvo, los bailarines sudaban sobre todo en los *chopís*; el perfume Luna Olorosa, Juventud Florida e Inquietud de Amor resultaban completamente ineficaces para competir con los vahos humanos agriados con el alcohol, lo cual daba de nuevo la razón a las sabias fumadoras de *poguazú*.

Ya obscurecía, las jovencitas tenían que volver a sus hogares trajinando en grupo por las complicadas sendas y pasos por entre alambradas; ya se anunciaban los preparativos, para ellas el día estaba terminando, cuando se produjo el revuelo: recostado a un horcón de la casa, con sus zapatos colorados cubiertos de polvo y barro, los pantalones llenos de sucias salpicaduras y la camisa empapada de sudor y tierra, y aún más, con el ceño agriamente fruncido, allí estaba él, un Pedrito agresivo, retobado, ¡desconocido!

Para llegar hasta el horcón al cual estaba recostado había recorrido también un caminito cruzado por multitud de fuerzas que actuaban caprichosamente. A la vuelta del reparto quedó sin saber qué hacer. Como el día era de gran solemnidad, no había colegio, luego, no podía esperar la salida de las niñas. Quiso ocuparse de trabajos habituales, pero su madre se opuso pidiendo descanso y respeto a la religión.

La gente en grandes grupos había ido al santuario de Caacupé; por esa misma razón se habían suspendido los partidos de fútbol; ni el cine "Porvenir" ni "El Adelanto" tendrían secciones hasta después de haberse puesto el sol; la feria de *calesita*, loterías, bolos, la chica y la grande, suerte y etc., había emigrado con la multitud peregrinante.

A la siesta, ¡oh juventud!, le picaba la impaciencia en la planta de los pies, y meticulosamente vestido, se fue a dar una vuelta para ver si la casualidad o el instinto lo ponían donde en realidad quería ir. En algunos patios, bajo los árboles se habían organizado barullentas partidas de truco, mas el pueblo estaba triste y vacío, despojado de su actividad habitual, aún sin las organizadas formas del tedio dominguero.

En una casa lo invitaron con un cordial vaso de cerveza, pero todo para tratar de lanzarlo a un trascuarto caluroso y chico donde se tallaba al "monte". Como no era eso lo que buscaba salió de allí, sin entrever las esperanzas de un encuentro afortunado. Decididamente el día no iba a tener su cuota de felicidad... por eso, ya descorazonado, se dejó llevar por un grupo de muchachones de una compañía cercana a quienes había conocido en encuentros y excursiones deportivas. Le invitaron a presenciar un sensacional combate entre un gallito venido de Tembetary y otro famoso m*batará*, de mucha reputación en el valle, que sin sufrir mayor avería se había pasado por la espuela como a dieciséis rivales del lugar.

– Vamo, Pedrito, *riña jycueva*. Hay plata a ponchada por el *mbatará*.

– ¿Cuál te gusta a vos?

– ¡Eh!, El *mbatará* de don Domingue.

– Seguro, el gallo del pueblo.

– Pero dice que también el otro es formidable, *châ*... – Comentó uno bajito desdentado, con sombrero de fieltro molde espoleta. – Dice que es seguro y que salta muy bien.

– ¡*Na hombréna*, Lembú, y quién le va a ganar a don Domingue! – Proclamó un arrierito pálido, de bigote ralo como siembra de seca.

– No, eso ya se sabe, don Domingue campeón. ¿Pero qué va a remediar también si le matan al *mbatará*?

– Güeno, si le matan, ya está grave... pero vo no le conocé a don Domingue, si le sopla atrá y le reza a lo mejor se levanta otra ve.

Ya serían más de las tres cuando salieron del pueblo para meterse en complicadas sendas por entre chacras y cercos, apaciguando enfurecidos perros que irrumpían desde ranchos bajos y ocultos en los vericuetos. Cuando iban llegando encontraban otros pequeños grupos de dos o tres individuos que entraban en fila para seguir el sendero. Algunos de ellos sudando la gota gorda, iban de riguroso poncho bajo el tremendo sol de Diciembre. Los entendidos se hacían señales de complicidad pues sabían que estos prójimos pasaban su pequeño infierno para disimular el ejemplar de gallo fino que iba para el combate. Debían ir por estos caminos llevando el animal debajo del poncho porque nunca faltaba "un infelí que se entremete con la diversión del pueblo".

Cuando llegaron al lugar, bajo una plantación de frondosos mangos, había una concurrencia casi totalmente masculina de hasta doscientos individuos, llenos de risa, alegres, comentando excitadamente las anécdotas de la afición, la mayoría de ellos campesinos, gente ruda, de epidermis gruesa, que no se emociona con trucos de celuloide. Vestían el traje limpio de los feriados y aunque muchos iban descalzos y en *sombrero pirí*, todos traían los últimos patacones para ponerlos debajo de las espuelas de sus favoritos. Estaban también los otros, los más pudientes que habían concurrido a caballo, con la ropa, apero y montado correspondientes a la propia importancia y oportunidad. Posados en los antebrazos, sobre la mano, los hombros, por todas partes lucían estilizados gallos de pura raza de riña, largos, delgados, de ágiles músculos y criminales espuelas aguzadas con alevosía, completamente inhábiles para otra cosa que no fuera riña, algunos tuertos o con

tremendos desgarrones en las crestas y peladuras de plumaje, pero todos arrogantes con un orgullo que les llevaba sin más motivos hasta la muerte.

Para garantizar el delito y a sus participantes, allí también estaba de incógnito la autoridad. De todo su normal atuendo se le conocía apenas por el pantalón color de uniforme, y el descomunal trabuco que osaba bajo el saquito pijama; pero, había que reconocerlo, actuaba con mucha moderación. A pesar de que varios individuos hacían correr cuartos y cuartos de caña comprados de una derrengada camioneta que hacía de cantina rodante, cuando alguno se propasaba, no venía la explosión del trueno:

– Eh, julano, ¡hij'una gran, respete la autoridá!

Sino, mucho más suave, como comprensivos compañeros inclinados por la misma debilidad:

– ¡No me comprometa pué, *châ*!

Pero pocas cosas salían de la línea normal que todos esperaban pues nadie se iba a atrever a faltar al respeto al poderoso caudillo, padre y compadre de la mitad de la comarca, el mentado don Ramón de la Cruz Domínguez, allí presente por ser su gallo el *mbatará*.

Hombre de proporciones gruesas, de unos cincuenta años, ciento diez kilos de peso, y bajo. Por lo tanto rellenadito, no con exceso, sin preocuparse por tonterías de cebo de más o de menos, comía feliz, pues siempre tenía a mano quien le prendiera los zapatos y le calzase las espuelas. El sol le ponía colorado el cutis, pero no le obscurecía las redondeadas mejillas; la boca ancha y carnosa ya perdía su forma a pesar de hallarse sostenida por un amplio cerco de pulidos postizos, y cuando echaba la cabeza para atrás para dar salida a grandes carcajadas, dejaba entrever la sólida construcción de puentes, coronas y otros decorados en la completa y eficaz armazón de muelas. Llevaba puesto un sombrero de fieltro castaño, medio alerudo, que empujaba para atrás exhibiendo una poca frente tersa y blanca y un par de sagaces ojos azules. Al cuello un pañuelo

de seda blanco, pues él, aunque indoblegable caudillo de partido, se permitía libertades y tolerancias. Vestía un saco listado, liviano, de buena seda, pantalones rectos, a pesar de haber venido a caballo, y los pies en botines con firmes espuelas.

Estaba sentado en una amplia silla de cuero especialmente traída para él, e instalada al borde mismo del ruedo. Una porción de individuos le rodeaban, proponiéndole lances, consultándole sobre propuestas recibidas e, incluso, insinuando cuestiones completamente alejadas de la ocasión.

– ¿Sabe alguna cosa del asunto de mi hermano, don Domingue?

– Ya va a salir en libertá. Mandáme eso que sabemos.

Un mozo largo y limpio, de cutis claro, ondulada cabellera, se abrió camino hasta él. Se le puso enfrente sosteniendo un gallo posado sobre el antebrazo, y descubierto, con el sombrero de paja entre ambas encallecidas manos, pidió la bendición.

– ¡Eh!, cómo estás, mi hijo – exclamó don Ramón al verle, terminando con una chupada y chupaditas el contenido de un lujoso mate que sostenía en la mano regordeta, enjoyada con anillos de variado porte. Y sin más, con la misma mano, concedió rápidamente un esquema de bendición. – ¿Cómo está tu mamá, mi hijo? – preguntó en guaraní.

– Bien, *paíno*. Le hace decir si por qué hace tanto tiempo que no va más a visitarla.

– Sí, por ahora ando muy ocupado... – e insertó un agregado obsceno en guaraní que tuvo su ruidoso festejo – pero decíle a tu mamá que me tenga lista una chinita entre 15 y 16, que estos días me voy a ir –. Terminó riendo alegremente con el corro, dejando la cosa en un malicioso estado de incertidumbre.

Pero el ahijado no lo quiso dejar así, y con una definitiva cara de estupidez, continuó en guaraní:

– Dice mamá que no te ha de haber gustado la que te puso la otra vez por que apenas una sola vez la usaste.

Esto hizo explotar la carcajada. Hasta los gallos aletearon alarmados tomando disposiciones para el salto pues sus dueños se contorsionaban convulsivamente.

– ¡Se descubrió don Ramón! ¡Se pilló todo!

Si la cosa era broma, podría ser completa verdad, y la mayoría no dudaba que lo fuera. El ahijado también reía, pero como contagiado por la risa general, con un aire de cretinismo, que no confirmaba ningún sentido.

Don Ramón no se corrió de ningún modo, lo festejaba con gran alegría haciendo saltar la barriguita.

– ¡Sos un jodido, Manu... un gran mentiroso! Seguro que *compai* Quelé te enseñó ese cuento –. Y reía echando la cabeza para atrás contra el respaldo de la guapa silla que crujía, mostrando los metálicos encajes de sus trituradoras, hacia el fondo sonoro y negro de la garganta. – ¿Qué tal anda tu quemado? – preguntó cuando pudo sosegarse.

– ¡De primera, *paíno*! – Lo afirmó poniendo más a la vista el gallo objeto de la consulta.

Don Ramón lo sopesó con ojos astutos y expertos:

– Podemos ponerle con ese gallíto negro de Toma-í, el otro Domingo.

El aludido, también ahijado de don Ramón, no opuso objeción. Una riña en familia, de poca "polla", tal vez con topes en las espuelas para que el daño no sea mayor.

Don Ramón se levantó de su privilegiado sitial para ir a vigilar los últimos detalles del gran encuentro. Había mucha plata de por medio; la afición de todo el pueblo, todos sus hijos, ahijados y compadres apostaban por él. El gallo podía ser o no bueno, la verdad

es que esas consideraciones quedaban a cargo exclusivo de don Ramón. La fe y la seguridad estaban depositadas en él. No se concebía que "don Domingue" fuera a meterse con su familia en un negocio de resultado incierto. En los días anteriores habían ido a preguntarle los más allegados.

– ¿Cómo está nuestro gallo, compadre?

– Jugále hasta el calzoncillo–. Les había respondido con la esquina próxima de la boca, dejando caer el dato en forma confidencial.

Por eso el riñero clandestino estaba lleno de gente adicta: amigos, parientes, hasta media docena larga de los hijos desparramados en la región, quienes tenían instrucciones de echar el resto. Los contrarios estaban completamente sobrepasados, apabullados. Los del pueblo les fregaban los billetes por las narices "llamándoles" para más apuestas, pero, o ya estaban en seco o esperaban que a último momento los más aturdidos mejorasen las condiciones.

– ¡Tre a uno por el crédito del pueblo, la *aña memby*! – Decía uno levantando un puñado de billetes agresivamente exhibidos.

– ¡Pelada la cría del Tembetary! ¡Puro tocoroó!

Los visitantes que no serían más de cincuenta, unos pocos mejor vestidos y otros en camperas o raídos trajes de ciudad, se sabían en corral ajeno y con menos posibilidades. Pero astutamente lo reconocían, achicándose humildes a medida que los otros crecían en número y excitación.

– No, ya se sabe que el *mbatará* tiene más plata – decía alguno de ellos. – ¡Nosotro no tenemo padrino como don Domingue!... ¡Si nosotro tuviéramo uno que juera la mitá de don Domingue, entonce hubiéramo venido con banda y cohete para traer nuestro gallo!

– No, don Domingue, ya se sabe...

– Don Domingue é don Domingue, no hay en treinta legua a la redonda uno que tiene que salir por él... ni poniendo todo eso

cajetillo de la Asunción. Eso ministro *mimí*, le trae su señora para que le conozca y su hijo para que le arce, para ser su compadre.

Entre tanto don Ramón, seguido por media docena de asistentes, algunos de ellos con ostensibles armas en la cintura, había estado dando los últimos toques. Fue a mirar su gallo mantenido a distancia del gentío para evitarle incomodidades, dentro de una amplia jaula, con buena sombra, ventilación y silencio, guardado por un par de individuos dispuestos a cortar el paso a quién quiera fuese a perturbar, sea hombre, mujer o gallina. Informaron que el animal estaba en perfecto estado.

– Durmió bien, compadre. Cantó dos vece: la primera cuando entró la luna, y la otra cuando subió sobre el alero del rancho la estrella del alba. Güena seña. Comió bien, a la medida, y hizo bien su necesidá, de güén color y de güén olor... ¿Queré *pa* ver, compadre? Aquí guardé para mostrarte.

Don Ramón sonrió satisfecho. Estaba de primera su animal. Le pasó despacio un dedo por la punta afilada, lustrada de la espuela y sintió esa suave atracción que produce el filo cuando penetra más de lo que la vista advierte. El pico perfecto, recio, la mirada dura y atenta. La corta cresta con heridas cicatrizadas, como prueba de su experiencia de gladiador. Le gustó su gallo.

– Está bien, *compai*. Si todo sale bien, la vaquillona malacara servida por mi toro mocho, es para vos.

Tomó del bolsillo dinero y se lo entregó a uno de sus acompañantes para que hiciera más apuestas, si aún se podía. Se paró en el camino para servirse de un mate que le alcanzaba la chiquilina que le servía siguiéndolo por todas partes, y después de rematarlo con varios chupetones, fue a conversar con los adversarios para nombrar juez y llevar a cabo la riña. No hubo dificultad; todo se hacía siguiendo sus rápidas y oportunas disposiciones. Con un medio limón, a la vista del Juez, el público y las partes, se limpió las espuelas y el pico de cada uno de los gallos. Lo que quedaba de la fruta, bien resobada y sucia, se exprimió en la boca de los dueños, para

evidenciar de ese modo que no había veneno untado. Por don Ramón se tomó el amargo trago uno que le había hecho compadre de todos sus siete hijos, es decir, un pariente muy allegado.

– ¡Careo! – Ordenó el Juez, y los padrinos pusieron sus gallos pico a pico, listos para la pelea. Se cruzaron las últimas apuestas y a la voz del Juez, largaron los animales que de inmediato se embistieron con saña mortal.

Todo prometía ser grande, excitante y bravo. El público inmediato al ruedo, estaba sentado en troncos, piedras, sillas o sencillamente, sobre los talones. Venían luego dos o más filas de pie y el resto subido a una especie de gradería hecha de costaneras o en tablones tendidos sobre tambores, y los que conservaban aún algo de agilidad, se habían trepado a los inmediatos árboles formando racimos humanos sobre crujientes ramas. Todos gritaban en confusión haciendo fuerza para inspirar a sus predilectas aves.

Y así, al principio, en forma inesperada, súbita, cuando por definición aún se estaba en las primeras fintas y prolegómenos, con los animales frescos; cuando nada era de presumir y los ánimos empezaban a enardecerse, el gallo visitante de un salto feliz atravesó la cabeza al mbatará de un soberbio espolazo que resonó crujiente como un huevo que se parte.

Creció un silencio helado. Ni aún los mismos ganadores podían reponerse de la sorpresa. Don Ramón y sus parciales, de pie, estaban absorbiendo la noción de que ocurría una catástrofe. Pasmada, la gente se miraba sin atinar lo qué iría a suceder. En ese momento, don Ramón, solemnemente rompió el silencio para dirigirse al Juez:

– Señor Juez, esperamos el fallo.

El Juez se puso lívido. Miró ansiosamente al caudillo todopoderoso, implorando que le dispensase de dictar esta sentencia; los labios le temblaban y el sudor le moteó las facciones espasmódicamente contraídas.

Pero don Ramón se mostró inflexible:

– El fallo, señor Juez.

Para entonces, ya algunos por puro instinto gregario, se ponían a gritar: "¡el fallo, el fallo! ¡Na pue, señor Jué!". En el ruedo, ahí estaban el animal muerto y su matador.

Entonces el Juez, un individuo larguirucho y enclenque, evidentemente empujado por los de atrás, se adelantó un paso, y tratando de dominar el pánico, sentenció gritando con voz ascendente quebrada por un gallo:

– ¡Ganó el muerto!

Se produjo un momento de vacilación, tal vez nadie esperaba una sentencia tan categórica. Don Ramón, con astucia, salvó el instante recurriendo al nacionalismo como última reserva frente al desastre. Levantó el sombrero y gritó con fuerza: "¡Tres hurra a los hijos del pueblo... jip, jip!...", y tonificó a su gente desconcertada. El Juez inició un solapado movimiento para situarse en medio de la facción beneficiada cuando una garra poderosa se le clavó en la cintura recogiendo en una piel, cinto, camisa y calzón. Lanzó un aterrorizado chillido de rata pues ya anticipaba la fría sensación del hierro entre las costillas, cuando otras manos acudieron en su ayuda tironeándolo en sentido contrario con brutal fuerza y sin contemplaciones, para zafarlo de la ruda sentencia que ahora pesaba sobre él.

Cuando la gresca general era evidente, cada cual tomaba posición de apronte, y en el zafarrancho habían cedido estrepitosamente dos tablones de las graderías con su secuela de caídos, revueltos, pisoteados; y la gente trepada a los árboles se lanzaba a tierra sin consideraciones para evitar ser cogida en lo alto por un tiroteo, y los gallos espantados volaban sobre la concurrencia tratando de salvarse de los fieros manotazos y apretujones, don Ramón, de pié sobre su silla, puso en juego toda su autoridad.

– ¡Alto, quieto todo el mundo!... ¡Cállese Ud.!, Ceferino, ¡guarde esa arma, carajo!

Calmó el tumulto y habló el patriarca:

– No hay que ser bruto – empezó sentenciando con notable sabiduría – ¡Por cualquier zoncera Uds. ya se van a pelear!...

– No es cualquier cosa, don Domingue, es la acción puerca...

– Uds. los de Tembetary, no se vayan a hacer los t*obá-taby*, no sean tontos... de aquí van a salir picadillo si no se sujetan... – rugió amenazante, lo cual fue corroborado por un bufido colectivo y gritos de fea significación.

– Pero nosotro...

– ¡Silencio!... – atajó autoritariamente don Ramón. – Aquí, en primer lugar, hay que respetar el fallo de aquí, el señor Juez... – Y señaló con la mano la bola informe, desgarrada, pateada y escupida que representaba la majestad de la justicia. – El señor Juez es la máxima autoridá de la riña... – siguió sentenciando. – Pero – insinuó y dejó correr un refrigerio – los hombres pueden fallar. El fallo es irrevocable, pero eso no quiere decir que no pueda ser una falla. – Perplejidad, admiración, esperanzas. – Por eso, para transar, y para que no haya queja, que las apuestas se devuelvan y, sin desconocer el fallo del señor Juez, nosotros los ganadores declaramos la pelea *puesta* en homenaje a los visitantes.

– Qué hacemo con el gallo muerto, don... – gritó uno.

– Se lo lleva de mi parte a la que te parió, ¡*hij'una gran*!

Y para corroborar el dicho, alguien le tiró el animal muerto a la cara.

Los visitantes obraron con juicio. Con paciencia aceptaron la restitución del dinero y ya se volvían con sus desengaños y maquinaciones de venganzas, cuando el cantinero de la camioneta vino a reclamar apuestas en especie, tomadas y consumidas, que ahora resultaba imposible devolver.

Uno de ellos, más afectado, viendo al tipejo argüir ruidosamente, sin hacerse cargo de la situación que él alegaba no afectarle y que le importaba un pito, acaso con la buena intención de demostrarle lo contrario, le aplicó un revés que lo puso patas arriba. Otro remató la acción con un par de puntapiés que estarían destinados por lo menos al señor Juez. Los del pueblo relajaron la tensión festejando también con carcajadas los revolcones del acreedor común, y a poco, unos y otros, se unieron para el fraternal despojo y rápido y eficaz saqueo de las mercaderías sobrantes de la consumición. Unos se alzaban alegremente con dos o tres botellas de caña, con gruesas de cigarros o cigarrillos, aquél con fósforos y salchichones, éste con una tibia cerveza o pastillas de menta y anís.

Pedrito, que en todo este excitante lío, había actuado de entretenido mirón, de pronto fue urgido por sus compañeros para escapar rápidamente.

Tomaron un caminito entre mandiocales, posturas de maíz y otras zonas aradas y en barbecho. De pronto uno de ellos descubrió la razón de la huida. Habían logrado en la acción unas botellas y comestibles que traían apenas disimulados entre las ropas. Ya seguros, alguien propuso llegarse hasta la casa de un conocido para comerse alegremente los *requechos*.

Concertados echaron por una senda hasta salir a un ranchito de paja y barro metido entre una arboleda. El amigo los recibió afable, después que hubieron pasado una fogosa avanzada de perros, y mucho más cuando advirtió el avío. El Lembú hasta distribuyó pastillas entre los desnudos chiquilines y a la mujer regaló una robusta media salchicha para animarla a soportar las molestias de la hospitalidad.

Tomaron asiento alrededor de una desvencijada mesa, donde la abundancia de bebida imponía unos tragos como cuestión de prestigio, pues jóvenes como eran, no habían adquirido aún el deseo de beber. Se destapó una botella y el huésped y su mujer pidieron más detalles del reciente acontecimiento.

– Pero ese don Domingue, ¡es formidable, te dije luego! Nunca va a perder, es de varde que se quieren poner por él...

– Cierto, si no te convence a la güena, te convence con la mala.

– O en úrtimo caso, cuando ya va demasiado mal, ha de empatar; pero perder, eso nunca.

– ¡Cierto, nadie le gana en *po–caré*, es formidable!

– Pero así *co* es – dijo la mujer con la boca deteriorada y aspecto obscuro por raído, sucio, más que por el pelo, acercándose con un plato de mandioca para acompañar el fiambre – con razón la gente quiere su cría... ¡Sálai, Jitler!... – gritó a un perro más apremiado que ponía el anhelante hocico a una distancia tremendamente peligrosa del salchichón. – ¡Pero esto perro, ello si que se presentan!

– ¿Quién anda queriendo su cría por acá? – Preguntó uno pegándole una dentellada demoledora al pedazo de fiambre que empuñaba, empujándose después un trozo de mandioca hasta completar la hornada.

– Ña Eme.

– ¿Quién *e'esa*, Ña?

– Ña Emeteria, allí donde hay junción de la Virgen.

Intervino Lembú con la boca atascada levantando en cada mano trozos de comida, pero las palabras se le quedaron entre los inflados carrillos.

– ¿Cómo sabé que quiere la cría de don Domingue?

– Porque dijo aquí cuando vino a buscar mi yuyo para la sangre y el *tacurú*. Dijo que a su compadre Cácere le perseguían de varde, por una zoncerita que le hizo a un borracho zafado, pero que a ella no le han de hacer eso porque va poner una de su familia para tener la sangre de don Domingue.

– Tiene que hacerle pasar nomá – comentó uno riendo.

Por fin Lembú consiguió desembarazar el paso.

– ¿Porqué no vamo a esa junción de la Virgen?

Ya los árboles aumentaban su sombra en el día anchuroso de insectos, fatiga y polvo, cuando los alegres compañeros, con unos cuantos tragos no asimilados, tomaban en fila los vericuetos y atajos que habría de llevarlos al lugar del homenaje a Nuestra Señora de Caacupé.

Con la sucesión de tragos al pacífico Pedrito se le iba levantando la gasificación de la sangre hasta puntos de efervescencia. Ya no era un ser pasivo en el conjunto, se le desataba la parla y la gana de aventuras. A una gran distancia, el bombo hacía vibrar el renaciente espíritu de la tarde, apaciguada de ardores con la suave extensión de las sombras. Iban sumidos en un paisaje llano y corto, interrumpido por cercas y la baja vegetación de los matorrales. Los árboles mayores quedaban solitarios como un último lujo de la tierra forzada a desnudarse. Había polvo suspendido, hojas y flores cansadas, vueltas sobre sí mismas después de un día de vibrante connubio con un exceso de luz. Cuando llegaron, seguía con gran animación el baile.

Pedrito estaba lleno de brío, pero, aún así, no se atrevió más adentro del primer horcón que se le ofreció para su apoyo. Allí se detuvo a mirar, desde una discreta retaguardia, si cómo se desarrollaba la diversión. No tenía un propósito, ni quería nada: pero estaba animado, contento de ver gente contenta, y si alguien le miraba con una sonrisa, era probable que se atreviera a dar salida a la alegría del corazón.

Pero en lugar de encontrarse con algo de su gusto que lo alentara a seguir la fiesta, allí, a pocos pasos, vio repentinamente a Estercita,

a su propia Estercita, rodeada de gente indeseable, sudorosos arrieros, flacos *cajetillos*, ¡gente de mala traza y mala cara, en vergonzosa y desaprensiva promiscuidad! ¡El alma se le cayó a la pista de tierra, patas y escupitajos!

No se le ocurrió que ésta sería la oportunidad de aproximarse a ella, porque él tenía a diario estas ocasiones. Lo que pensó, con malhumor de propietario, fue que su diáfana Estercita, el ser ideal que flotaba en la nube de sus sueños, había dado un paso peligroso, poco recomendable. No le gustó, y como tenía sus tragos encima, dejó llegar la reprobación hasta quedar bien patente en la actitud y el rostro.

Hasta aquí eran puras metamórfosis, sin consecuencias, pero el cambio de situación se produjo cuando en una de esas, alguien del grupo se percató e hizo el revuelo. Ester miró, y pudo verlo de cuerpo entero, a este lado del horcón, sin rehuirle la mirada. ¡Fue una agradable sorpresa! No se esperaba que pusiese tanto afán y éxito en dar con ella; se imaginó que el pobrecito al no encontrarla en el pueblo se había lanzado a una acuciosa búsqueda, ¡oh, vanidad! Se sintió dispuesta y tentada a concederle un premio; alguna sonrisa, o un saludo muy especial... Pero el galán sostuvo y devolvió la mirada con el ceño fruncido, gesto de reproche y evidente enojo. ¡Nunca se había visto nada igual!

"¿Ajá, conque está enojado ese estúpido... y conmigo, por qué?... pues ahora lo va a ver". Y allí mismo decidió jugársela mal, hacerle sufrir el atrevimiento, la insolencia de manifestarle una censura. Sin pensarlo dos veces, ni comunicárselo a nadie, se aproximó a la esforzada orquesta, pidió la guitarra al hastiado guitarrista y sin tomar en cuenta tonos, ni concertar partidas, sin más trámites se puso a cantar:

Ya soy una mujercita
a quien la gente la mira.
No me opongo, no me enojo,
si no viene tan cerquita.

Que me miren con los ojos,
no me miren con las manos.
Con luz son ciegas las manos,
de noche cierre los ojos.

Tengo el cuerpo con curvas
lomitas y sus bajadas.
Compito con las aguadas
donde se bebe el amor.

No se arrime Ud. señor
ni me regale más chipas,
con lo visto Ud. ya tiene
lo que tiene que tener.

Cada palabra llevaba subrayada la intención con toda esa cantidad de gracia que le había dado Dios, sumada a la sabiduría que tienen las mujeres para hacer sufrir al infeliz que está enamorado de ellas. Cuando dejó el canto y la guitarra, había un nuevo nivel de animación y regocijo.

– ¡Que cante, que cante otra!

Iba a hacerlo, pero se le aproximó un hombre decidido, quien sin pararse en venias ni chirimbolos, le puso un brazo de hachero alrededor de la cintura y se la llevó a bailar con la misma fuerza irresistible de un golpe de mar sobre un barquito de papel.

– Pero yo no bailo... – empezó a protestar cuando estaba por recorrer toda la pista.

El otro, sin cuidarse de esa minucia que le importaba un cuerno, empezó de inmediato su tarea: "Virgencita, desde que te vi ya no tengo luego ni un poco de sosiego en mi corazón; esos tus canto me parecían luego de un ángel del cielo que estaba cantando; esa tu boquita con esos diente tan blanco y esa tu voz que me entraba por el oído como jugo de azúcar y miel, y esos tus ojos *pará*, ¡mi color luego, chichúlina!... Desde ahora ya no voy a vivir tranquilo, ya se acabó, pobrecito, todo mi sosiego, ahora solamente ya puedo pensar en vos, mi palomita..."

Ester no comprendía bien lo que estaba pasando. El sujeto este no le daba tiempo de reponerse de su sorpresa; le seguía soltando cosas y más cosas en el oído en tanto que la arrastraba irrevocablemente en sus vueltas, empinándose sobre ella como si se estuviera cayendo y obligándola a adoptar una postura desde la cual le era completamente imposible resistir. Nada de preguntas; nada de dar pie a una respuesta o una conversación. Él estaba en tren de *monguetá*, y su camino era decir cosas... Después le contaron que se trataba nada menos que de Cachí, el más dulce galanteador de la comarca, con palabra de gusto a caramelo, sujeto que derretía corazones con sólo hablar y hablar.

E indudablemente tenía su don, Ester lo reconocía avergonzándose en secreto. Las cositas que había oído, en cierto momento la habían llevado a través de una embriaguez ligera y agradable. Tanto, que sólo cuando se soltaron las parejas ella se percató de que había roto sus resoluciones previas de mantenerse al margen de la fiesta.

Y apenas volvió a sonar el primer bombazo, media docena de pretendientes le pasaron la mano, haciendo el medio quiebro característico. Se fue con uno menos eficaz en el galanteo, pero no por eso con más torpeza para ceñirla; ese usaba del tacto para enamorar. Le pasaba la mano muy suavemente por la cintura. No era grosero, por el contrario discreto y disimulado, pero bastante, bastante intencionado.

¿Y Pedrito? ¡Pobre Pedrito! Siguió mostrándose bravo durante una o dos piezas, pero como era evidente que no le dedicaban la mitad de una mirada, y que los sólidos puñetazos que daba al horcón no ablandaban el corazón a la ingrata, empezó a ponerse cada vez más pálido. Todo ocurrió por grados: primero enojo, luego seriedad, y de aquí fue cayendo más y más hasta una mortal agonía que lo enajenaba aislándolo en sí mismo de todos con su tremendo drama. Los compañeros que habían venido con él, seguían el ritmo alegre de la borrachera y con las botellas aportadas ampliaban el círculo de las amistades.

– ¡Vení a meterle un trago! – Le urgió Lembú colgándosele con todo el peso de su precario equilibrio.

– Enseguida, enseguida.

– No, vamo pué ahora.

– Esperá un poco... aquí está un arriero que no me gusta.

– ¿Tu contrario – preguntó el otro muy interesado –, estás amenazado?

– No... quiero ver una cosa no más – contestó sin ofrecer otra información.

Eso de ver "una cosa" en un arriero desconcertó completamente a Lembú. ¡Todavía si estuviera pendiente una buena amenaza de muerte! Se volvió, salivó abundante y copiosamente, y se tambaleó como todo un hombre: haciendo fuerza por disimular.

– Está bien, si hace falta *compí*, me avisá. Avisáme no má – y antes de irse a trastabillazos, lo miró intensamente para trasmitirle parte de la heroica fe que se tenía.

Había un sujeto rubio y pecoso que insistía con notable falta de vergüenza. Cualquier ciudadano de respeto, deja a la dama en su asiento y se retira a los sitios donde se agrupan los demás, hasta que suene el primer golpe indicador de que la orquesta de nuevo

vuelve a romper. En ese momento todos tienen una oportunidad igual para invitar a una pareja; es cuestión de recorrer la distancia e ir a ofrecer graciosamente la mano, luego el brazo para unos pasos iniciales, hasta empezar. ¡Pero este individuo no tenía reparo en quedar a mitad de camino, en medio de la pista, y aún del mismo lado de "la mujer"! Con su procedimiento rompía todas las reglas del juego limpio, era un vulgar ventajero, un "p*o-caré*".

Cierto que hablaba poco y tomaba a la compañera muy fino, empleando sólo el índice y el pulgar de cada mano, con ambos meñiques y los adyacentes de largas uñas, irrevocablemente izados; pero de todas maneras tenía tendencia a los firuletes muy sospechosos. Por suerte otros hacían señas a la muchacha desde lejos... caso contrario el rubio agringado se la acaparaba.

En una de esas en que le falló el programa, vino a quedar cerca del horcón que sostenía a Pedrito. Miraba solitario el baile, sin juntarse con ningún amigo, dando largas chupadas a un jarrito de aluminio que parecía contener una mezcla especial que no se dignó convidar a los circundantes, haciendo correr el trago, como es lo correcto y habitual. Por el contrario, cuando debió volver para reiniciar su juego, escondió el jarrito sobre la viga del alero para reservárselo en exclusividad.

Pedrito ya lo odiaba con encarnizamiento, pero no veía cómo hacérselo saber. En cuanto a *poderle*, tal vez al sujeto le *podría* si actuaba rápido, sin darle tiempo de disponer de la energía de sus firmes músculos. Todo eso lo calculaba sintiéndose desvalido, amparado únicamente por la consistencia lampiña del horcón. Pero de pronto, como iluminado, con rara decisión fue a pedirle prestado su fuego a una ancha vieja deteriorada, que mantenía a un costado de la boca un pucho *cortón* de rabo bien mascado. La otra se lo dio con toda buena fe, esperando que usado le devolviese, mas el mozo, sin gastar inútiles palabras, trajo el cigarro y lo tiró en el jarrito del alero.

– ¡Josú, dónde poné mi cigarro, *che memby*! – Se quejó en alta voz la anciana, mas advirtiendo que el otro se le escurría, escupió en la pista levantando polvareda y sacándose del seno otro cigarro negro, nudoso y tremendo, lo encendió con todas las señas de la delectación.

La noche ya anidaba por debajo de los árboles y del sol quedaba apenas un trazo rojo en el poniente. Había nuevos llegados, pero muchos se disponían a volver a sus hogares y entre estos Estercita, toda arrebolada del último sacudimiento de la aventura. Regresaban en grupo y pronto se perdieron alegremente en las vueltas del camino, alejándose de la nube de polvo en cuyo blando seno se veneraba a Nuestra Señora. A cincuenta pasos detrás, caminaba cabizbajo el simple de Pedrito, quien por causas completamente extrañas e independientes había llegado a encontrar esa tarde a su dulce amada, y le había fruncido el ceño con estúpida osadía, en lugar de rendirle las cándidas flores de su timidez, cuyo suave perfume le halagaba el sentimiento.

Después de haber meditado varias noches y de haberse dado unos preocupados martillazos en el dedo, don Cayetano llegó a comprender que su responsabilidad le imponía una más activa atención hacia su hija que estaba llegando a la crítica edad en que se escoge marido. Hasta aquí no había mayor cambio en los planes admitidos desde siempre: alguna vez la chica se había de casar. La novedad radicaba en el paso siguiente: se había de casar con el mejor candidato posible. Nunca fue ambicioso para con el destino de su hija; desde temprano la resignó a la tarea de criar una familia, con algún compañero honesto y sin aspiraciones que se aviniese a tomar por esposa a la hija de un inmigrante pobre.

Pero ahora surgía una novedad que alteraba la equivalencia de las fuerzas, y ésta era la belleza esplendorosa de Estercita. La belleza es una fuerza que afecta el mismo centro del poder, el corazón, y bien administrada, dirigida, podía aún ser más eficaz que el mismo título del malogrado Héctor y acaso llevarle por un camino extraño a la realización de su acallado anhelo de triunfar, de ser y alcanzar alguna cosa perdurable en la vida; no acabarse en el olvido: constituirse en cimiento, tronco de una agradecida posteridad.

Admitido esto, no se le ocurrió ni por un momento que los Epifanios, lecheros, Tanís, jornaleros, ni Cipriano o Teófilo, o el otro verdulero podrían ser admitidos como pretendientes, ¡puf, de ninguna manera! Ahora él estaba de nuevo en situación de escalar, y había que hacerlo con inteligencia y resolución, sin detenerse a considerar el sufrimiento que podría causar a los voluntariosos clientes de "La Suela".

Y decidido a buscar y encontrar un buen novio para su hija, creyó que en este trance era esencial mejorar sus estropeadas relaciones con San Antonio. Así, desde el mismo día en que lo hubo resuelto, empezó a saludar de nuevo con creciente cortesía a su santo patrono, que en verdad estaba hecho una lástima de telarañas, decadencia y polvo. Cada vez lo agasajaba más sonriente, pero guardando aún cierto recelo, ¡caramba, le tenía vergüenza por eso de volver a él justamente en trance de necesidad! Pero al último, venciendo escrúpulos, se le plantó y le dijo:

– ¡Pero San Antonio!... cómo estás de arruinado y sucio... ¡pero esta Iluminada no es capaz de pasarte nunca el plumero!

Decidido a reparar la falta de su fámula, trajo una silla, bajó la imagen y se dedicó a efectuar en ella una prolija limpieza, lustre y adorno que le hiciera tolerar los años en que la había relegado a un intencionado olvido, en coincidencia con su largo periodo de depresiva desesperación. Y apenas se había conseguido reconstituir el decoro en la oficina del letrado, cuando rápidamente, y sin mediar promesa alguna, sólo a título de buena voluntad desinteresada, le

puso cincuenta guaraníes en su bolsillo izquierdo que por largas temporadas no había conocido más que pálidos níqueles o algún resobado billete de un guaraní.

Puesto ya en trance de reiniciar sus vínculos con el cielo, encontró que desde arriba siempre podrían objetarle los restos de sus relaciones con la Eleuteria. Pero aún dispuesto a dar el paso de rompimiento definitivo, le pareció absurdo creer a su santo abogado tan fanático e incomprensivo. En efecto, hubiera sido sólo crueldad terminar con ella; sus amores ya estaban en la mera faz del recuerdo y de los trabajosos disimulos, puesto que ni la morena ni el gringo lograban encenderse recíprocamente la inspiración. Plantado pues frente a la imagen, le preguntó:

– ¿Querés de veras que la deje?

Y San Antonio no le respondió nada en su intimidad. Por lo cual la Eleuteria siguió cocinando esmerados platos para alimentar los últimos rescoldos de lo que fue un tumultuoso amor.

Adoptadas las resoluciones previas, decidió que la niña había de lograr algunos retoques y refinamientos que la hicieran apta para actuar en círculos más elevados. En el pueblo, un colegio mejor no había, y como sus relaciones eran sumamente populares, resultaba difícil resolver este problema. Determinado a lograr lo que pudiese, esa misma tarde, sin consultarlo con la interesada, fue a ver a Madame, una austríaca viuda que tenía en el pueblo una academia de canto, anexa a otra academia de corte y confección. Embutido en su viejo traje de paño de las grandes ocasiones, golpeó la sección canto en la pausa de un par de escalas de alumnos soñadores.

Lo recibió Madame, una rubia flaca y encorvada, pura llama, que evidentemente, a su pesar, hubo de transar con la olla aviniéndose al pedestre anexo de corte y confección. En un pequeño vestíbulo con esquemáticas y duras sillas pintadas, se realizó la conferencia.

– ¿En qué puedo servir al señor?

– Madame, yo tengo una hija a quien le gusta cantar, pero no tiene ningún conocimiento de buena música...

– ¡Oh!

– Quisiera que le enseñe un poco... música y canto, que conozca otra cosa que no sea solamente boleros, tangos y polcas.

– ¡Oh, ta, ta, ta! El canto popular tiene espontaneidad, pero no tiene profundidad... gusta cuando es nuevo, como un sombrero, un vestido, o una mujer joven, pero la música, la música, ¡oh, ésa gusta siempre!

– Claro, y yo quiero que la chica aprenda como un adorno, Ud. sabe...

– Oh, señor, la música no hay que aprender para adorno, eso está mal. El arte es la forma más alta de expresar el sentimiento. Con el arte una persona puede revelar su alma –. Sentenció aparatosamente con un artístico movimiento de las manos flacas que se posaron sobre el pecho plano reordenando el cierre del escote. Una voz masculina lanzó un rugido de carrero torturado en una habitación contigua. Madame no tomó en cuenta esos sentimientos y siguió preguntando impasible con precisión profesional:

– ¿La pequeña nunca ha estudiado?

– No.

– Bueno, que venga desde mañana; si es su hija, con sangre de Italia, ha de saber naturalmente...

– Desgraciadamente, yo nunca pude cantar, Madame... Antes, cuando joven, un poquito...

– Oh, ya le decía yo.

– Pero muy poquito. El tabaco, uno anda trabajando por todas partes, no puede cuidarse. Para cantar, hay que trabajar duro.

– ¡Oh!

Y todo quedó concertado.

El próximo paso le atemorizaba más. Anochecía rápidamente y las voluntariosas luces de la calle, con su aureola de insectos, ya estaban pálidamente encendidas. La gente caminaba sin prisa por las desiguales veredas, la mayoría bañadita y perfumada con jabón de olor en busca del encuentro romántico, o la charla amistosa en las aceras pobladas de tertulias. El desvencijado altoparlante de la *calesita* seguía llamando a la gente para participar en la inocente lotería familiar con premios especiales al *ambo* y sus combinaciones. Un locutor de dicción bilingüe recomendaba jugar y consumir caña "Piribebuy" como fórmula de salud y felicidad.

– Buenas tardes, don Nicanor.

– Buenas tardes, don Cayetano.

– ¿Cómo anda Ud.?

– Bien de salud.

– ¿Y de lo otro?

– Ya se imagina Ud.

O al cruzar una puerta, a cuyo frente la familia había sacado todas las sillas de la casa para tomar el fresco que venía galopando alegre por las calles desde los sembrados adyacentes, decía:

– Permiso.

– Acción tiene –. Contestaban en coro, pero no dejaban al viandante más que una senda entre la sillita de la nena, el caballo de palo, la botella, la jarra o el *tereré* de papá, y, desde luego, las perezosas y sillones.

Allí había animado ruedo para jóvenes, maduros y viejos; personas de la casa, festejantes y desinteresadas visitas. El considerado transeúnte daba un rodeo por entre los baches de la calle, y aún saludaba ceremoniosamente, buscando el camino a tropezones, urgido por el par de simpáticos perros de la familia.

Don Cayetano salió del centro internándose por vías laterales más silenciosas, y entonces le fue fácil arrimarse a una pared a buscar un desahogo para no tener preocupaciones ni apremios durante la importante visita que iba a realizar.

Su amigo don Primo Estanislao estaba pacíficamente sentado frente a su casa en una silla de lona, en pantalón pijama y camisilla, gozando regaladamente del fresco del espacio y la belleza de la inmensidad, con un buen vaso de aliciente al alcance de la mano. La mujer le acompañaba en una chilladora silla de mimbre que crujía dolorosa cuando ella acomodaba sus pesadas grasitudes. Don Primo se levantó a recibirlo, y aunque apenas se le distinguía en la noche, era fácil advertir que su visita era recibida con agasajo y cordialidad. Era su proveedor de suelas, hombre raramente instruido, consciente, bueno y muy serio, en quien confiaba para pedirle un consejo. Cuando la pesada señora, discretamente los hubo dejado solos, y se puso una buena toma de caña con soda y limón al alcance del recién llegado, éste empezó por el floreo del encabezamiento:

– Ud. sabe, don Primo, la chica se me pone grande. Hasta ahora yo no me había ocupado mucho de ella, pero es sola, no tiene mamá y hay que sacarla adelante. Es mi responsabilidad.

– Seguro.

– Pues como le decía, las amistades de la chica no me gustan mucho. Pero qué culpa tiene ella si yo no la junto con las mejores familias.

– Claro, siempre hay que mirar cómo son las amigas de las mujeres. Un varón tiene menos delicadeza –. Corroboró don Primo con un sonoro trago.

– A mí no me gusta nada andar en eso, pero, ¡qué le voy a hacer!

– Seguro.

Este condenado don Primo lo consentía todo, pero no ayudaba a desembuchar. Se estaba empezando a sentir realmente molesto.

Le faltaba una buena pregunta que le diera pie para dar el paso y poder pedir.

– Si la chica no tiene madre, entonces hay que hacer de papá, mamá, hermano... de todo. "San Antonio, dáme una mano... te pongo veinte".

– Amigo, en este mundo hay que hacer de todo... ¡Salud! –. Y volvió a darle a su copa de espiritualidad.

– ¡Salud! – "San Antonio, veinte, pero ayudáme" – y se dio una vivificante dosis de alcohol. Eso le puso en buen camino, sin descartar la influencia del poderoso Santo. – Por eso, don Primo, yo le quería pedir un favor.

– ¡Claro, hombre, diga no más!

– Ud. que está bien relacionado, que es hijo del país, puede darme una mano.

– Cómo no, ¿qué quiere que haga?

– Vea – lo dijo de seguido –, yo quisiera hacerme socio del Club Social, por la chica, ¿no?... para llevarla a los bailes –. Y luego empezó a retirarse. – Claro, es difícil, un simple trabajador como yo, pero con algunas propiedades... Yo soy inmigrante, pero con todos estos años que tengo del país, soy más paraguayo que muchos.

– Pero si eso no tiene ninguna importancia... mañana mismo presentamos la solicitud.

– ¿Cree Ud. que no ha de haber alguno de esos engreídos que se oponga?

– No, hombre, de ninguna manera.

– Como yo no tengo aquí familia, Ud. sabe...

– No se preocupe, don Cayetano, aquí no existe libertad ni fraternidad, pero rige ampliamente la igualdad. Si Ud. no está en la cárcel, se viste con algún decoro y no choca a la gente, Ud. puede entrar donde quiera; nadie le pregunta de dónde ha salido...

– ¡Así es América!

– Con sus ventajas y desventajas.

Allí mismo, en la obscuridad, entre trago y trago, don Cayetano le contó a San Antonio sus veinte guaraníes, y ya desparramado, sin saco, con la camisa desabrochada y las mangas arriba, siguió la profunda plática sobre las bellezas de la igualdad.

Desde esa misma noche el pobre de Pedrito empezó a sufrir todas las torturas del amor desdichado. Se tendió en su cama a no dormir, al día siguiente inició el trabajo machucado y mustio como una ensalada amanecida y en consecuencia todo lo hizo mal: entregó la carne de cerdo en la cocina del rabino, leche en la destilería oficial de alcoholes, las zanahorias en varias reparticiones públicas, y metió hojas de lechuga en el buzón del correo central.

Llegó de vuelta balbuceando explicaciones enrevesadas, con los bolsillos sin el dinero correspondiente pero con las espaldas cargadas de insultos. A pesar de que su madre se alarmó por sus ojeras y general estado, recomendándole descanso, sueño y mucha alimentación, apenas puso en su sitio las cosas que tenía a su cargo, se largó hacia el pueblo dispuesto a arrastrarse como un gusano con tal que le extendieran de nuevo los beneficios de la tolerancia y del perdón.

¡Pero Estercita no salió con las otras niñas! No salió ese día, ni el otro, y cuando Pedrito ya la creía gravemente enferma y por su parte estaba en el colapso del abatimiento, una mañana en que regresaba de nuevo, frustrado de su espera inútil, repentinamente la vio surgir de la academia de canto, airosa y grácil como el beso de una ilusión. Hubiera querido correr a ponérsele enfrente para que pudiese constatar toda la humildad de su rendido sentimiento, pero como siempre, le fue imposible atreverse a tanto. La siguió

desde lejos, igual que antes, contento tan sólo con verla, compensado de toda su pena de amor.

Desgraciadamente aún los más humildes amores son ambiciosos, se mueven siempre, más despacio o más ligeros, hacia una posesión complicada y absoluta. Por eso, aún la dicha de Pedrito era imposible, no podía mantenerse en un estado de simple adoración pasiva, ¡y el pobre ni lograba hacerse perdonar! ¡No conseguía ni por limosna una mirada buena! Y la verdad, en algunas ocasiones, el desvío era tan intencionado, con tal fruncimiento de cejas y mohín de boca, que el cuitado verdulero sentía que el corazón se le ponía chico y mustio como un rabanito arrancado la semana anterior.

Para peor, ya ni podía verla a horario; de la famosa academia salía más tarde o más temprano según fuera el flujo del humor de Madame, o sus preocupaciones por el anexo de corte y confección. Muchas veces la esperaba inútilmente: ya había salido, y nunca en realidad podía saber si aún estaba o no. Pero había algo aún peor: los absurdos compañeros que ahora surgían con el maldito canto. Tipos raramente acicalados que adoptaban poses artísticas. Había uno mayorcito, de unos treinta años, de calvicie incipiente y colorados cachetes que siempre estaba haciendo sonar la boca entrecerrada como un sordo trombón. Este individuo le causó muchas ansiedades, hasta que descubrió que Ester le llamaba "el pelado". Entonces sintió que le corría la caricia de un tibio aceite perfumado alrededor de su pobre corazón convertido en rabanito.

Pero lo peor de lo peor sucedía porque ahora la fama de su buena voz se había extendido. La invitaban aquí y allá, a todas las fiestecitas de las relaciones; la hacían cantar en las tertulias de las tardes, y donde había un regocijo, allí estaba ella, haciéndose centro, punto de mira, atracción. ¿Y Pedrito? Pues el pobre, cuando lograba localizarla, sufría desde la vereda, desde la esquina, apoyado a un poste o lo que fuese, todas y cada una de las mordeduras de los celos, de las solapadas burlas, y en conjunto, el triste ocaso de sus cortas esperanzas.

Volvía a su casa a no poder dormir; se le hundían los ojos en la palidez de la mejilla, y aún contando con el metódico comportamiento de Atilano que normalmente no necesitaba de guía para hacer su camino, salvo las pocas veces que se paraba ante obstáculos difíciles, su trabajo se le embrollaba cada vez más: omitía encargos, confundía pedidos, con el grave resultado de que estaba disgustando a la clientela.

Entonces tomó la resolución heroica: renunciar. Y como todo ser tímido, era terminante, brusco en sus decisiones, radical para abandonar. Dejó de ir un día, y otro, y el siguiente. Sufrió el infierno; en la crisis tenía perdida la cabeza, pero demostró poseer carácter firme. La rutina del trabajo se salvó por Atilano, quien prácticamente hacía el reparto. Y cuando el mulo se paraba ante alguna cosa que no podía resolver, muchas veces pasaba largo tiempo antes de que el amo advirtiese que el sabio animal estaba aguardando que volviera a la realidad.

Pero el domingo correspondiente a la tercera semana, persistiendo en su propósito de no ir al pueblo por razón alguna y deseando por otra parte calmar las expresiones alarmadas de sus ancianos padres quienes, aun olfateándose lo que sucedía, no dejaban de temer por lo menos una tuberculosis como consecuencia; por la tarde, ensilló a su compañero el mulo y se largó hacia una cercana compañía donde un Comisario emprendedor organizaba una función de carreras, sortijas, palo enjabonado y otros lucrativos juegos de azar, con el objeto de sumarse a la obra del gobierno, ampliando el local de la policía.

A un costado de la gran plazoleta de la aldea, se destacaba una armadura de madera que hacía de torre y sostén a la pequeña campana de la capilla; y al frente, plaza de por medio, un mástil de tacuara sostenía la bandera de la comisaría, instalada en un ranchito pajizo blanqueado por los presos, notoriamente insuficiente para sustentar el poder de semejante autoridad. Formando un cuadrado irregular con estos edificios, el vecindario había plantado raleadas sus viviendas, unas casitas de paja y adobe, con aleros, y hasta

alguna de ladrillos y frente de azotea. Todo se desarrollaba en esta gran plaza cubierta de fino césped, entrecruzada de senderitos por donde trajinaban los comedidos pies descalzos de sus habitantes. Empezando en el mismo campo, allí terminaba la cancha de carreras, allí estaba instalado el arco de la sortija, y al otro costado, la *calesita*, el palo enjabonado, y varias tiendas donde marchaban los juegos de feria a porcentaje con la benemérita obra policial. Una banda de ocho o diez individuos, vestidos con sudados trajes desiguales, algunas prendas de uniformes militares, gangas de sus servicios en funciones como éstas, le daba a marchas y polcas, con aburrida inspiración, ritmo y seriedad. Un público bastante numeroso de campesinos extasiados se agrupaba alrededor, y para definitivo toque de entusiasmo, un cabo policial, con regularidad juiciosa, hacía estallar bombas y cohetes que eran muy apreciados por la concurrencia como principalísimo elemento decorativo de la atracción.

Comentaba la gente:

– Todos los caballo lindo son de lo arribeños.

– Seguro, de los troperos y los carreristos. Aquí los caballo son para el trabajo, no hay jaragán.

Porque efectivamente, los caballeros del pueblo y de las otras compañías más prósperas se estaban poniendo los pañuelos ganados en la sortija, ¡hasta en las gruperas! Pero esto era justamente lo querido por el señor Comisario, quien deseaba tener contento al turismo, pues sabía que de sus "valles" no se sacaba más contribuciones, ni en extrema necesidad.

– *Mi Comí*, aquí *lo mitá* dicen a ver si no se puede bajar un poco má el palo para saltar en la sortija.

El Comisario de botas, pantalón de montar, saquito civil sobre la camisa, era un individuo escuálido, de ojos desconfiados y un pequeño bigotito pretensioso y ralo. Presidía la función rodeado por los representantes de las fuerzas vivas: un turco tendero y

comprador de frutos, un paraguayo concesionario de la carnicería local, un camionero y acopiador de leña, y un dirigente político y acaparador de cupos. De todas maneras, la autoridad, acompañada de personas pudientes y *arribeños* importantes, no iba a condescender con "esa gente".

– ¿Para qué quieren que baje el palo? –. Preguntó endureciendo el labio bajo la sombra del bigotito.

– Para que puedan saltar también los parejero de los pobre y clavar la sortija.

El humilde pedido levantó una rechifla entre los beneficiarios de la dificultad y sus instintivos adherentes.

– ¡Denle de comer a sus caballo, si quieren después *chusquear* encima!

El sarcasmo rompió una carcajada.

– ¡Si no tiene pingo que juegue en la *calesita*!

– ¡Que se suba en el palo enjabonado!

– ¡Que corra en la carrera de bolsa!

– Decíle a eso arruinado que le meta espuela al matungo si quiere premio – sentenció el Comisario contoneándose al volverse alrededor, para recibir los agasajos de la risa aprobatoria.

En eso pasó por frente a la concurrencia un caballejo de pelo ceniciento, lleno de carachas y mataduras, flaco, de lomo curvado, cabeza caída y cara de viejo infeliz. Lo montaba en pelo un chico, pasándole una correa de cuero crudo del cuello al hocico, a modo de rienda.

– ¡Aquí va el parejero! –. Gritó uno montado en un alazán de sangre.

Todos rieron, pero el Comisario se acercó al chico, preguntándole en guaraní:

– ¿Para qué viniste?

– Para llevar el *güey* de don Polí, me mandó madrina.

– ¿Cómo anda Palomita? –. Preguntó, mirando cariñosamente el caballo viejo.

– Ya no oye más y apenas ve –. Dijo el *mitá'i*.

El Comisario fue a tomar un pañuelo de premio y lo ató al cuero crudo de la rienda. El público festejó la ocurrencia con una gran carcajada y rechiflas. El otro le dio unas palmaditas en el anca y lo hizo ir.

– ¡Pero esto sí que está gracioso! ¡Premio de regalo para el *má* viejo matungo!... ¡ja, ja, ja! Le dio premio por viejo y por feo, ¿verdá, mi Comí?

– No.

– ¿Por qué entonce?

– Porque en ese caballo me iba yo a la escuela.

– ¡Ja, ja, ja!... es un caballo *escuelero*, entonce –. Siguió riendo ruidosamente el carnicero y algunos del coro, pero el Comisario lo ojeó de costado, con dureza, y se prometió apresarlo por bruto e insensible, en la primera oportunidad.

Pedrito, triste, con su aburrido mulo, estaba entre el público de mirones pobres, de pelechados matungos de todo servicio, de hombres descalzos y de calzones en pelo, entre los que no probaban la suerte a la sortija y que podían regocijarse únicamente con los aires de la banda, la caña suelta, las mujeres de segunda y la carrera de bolsas. Los jinetes venían a tomar la cancha por ese lado. Los más diestros y mejor montados eran bien conocidos, no sólo por la asiduidad en la prueba, sino por los trofeos de todo color atados a sus monturas que flotaban con ellos en sus carreras.

De pronto, alguien dijo:

– ¡Eh! ¿Ahora también las mujeres van a jugar a la sortija?

Lo normal había sido siempre que se limitaran a recibir el obsequio

que les ganaban sus galanes. Pero ahora, desde el lado del sol, venían siete u ocho jinetes, bien montados, con un chusco galope corto de briosos caballos. Entre estos venían mujeres, no con el atuendo habitual, ni montadas como lo manda el dogma, sino con pantalones, a horcajadas, con la única nota peculiar de grandes sombreros de paja o pañuelos atados a la cabeza.

– ¡Qué escándalo!... no tiene gracia. – Comentó una matrona pobre, pero delicada.

Y Pedrito, antes, mucho antes de verla en detalle, supo que allí venía su ingrata Ester. Montaba un zaino, vestía blusa blanca, pantalones largos, sombrero de paja y un gran pañuelo de seda alrededor del cuello. Con el cutis sonrosado y fino, brillaba neta su belleza excepcional entre aquella gente ajada en la pobreza y el trabajo.

Quedó rígido, frío por dentro, con los puños crispados, las rodillas tiesas, pálido y descompuesto; era una aparición que le conmovía cada juntura del cuerpo y del alma. Vaciló con el golpe, pero no tenía a mano un árbol, un horcón al cual apoyarse. Atilano percibió alarmado la inquietud: levantó las orejas y volvió dos veces la cabeza para mirarle con sumo interés. ¡Conocía las consecuencias arrolladoras de las emociones y ensueños del amo!

Ella vino hacia él sin fijarse. Estaba arrebolada, excitada por el paseo. Aunque no hubiese hecho personales pruebas de habilidad en la sortija, las riendas de su caballo también se adornaban con pañuelos que le habían regalado. Al advertir que uno de sus compañeros volvía a emprender la carrera, exclamó comentándolo con otra muchacha que venía detrás:

– ¡Por Dios, cuándo se va a cansar ése!

Y en el mismo momento en que se iba a volver para formar grupo con sus amigos, lo vio. Lo vio lívido, con parches rojos que le caminaban como pintura que no se pega. Lo miró un momento logrando involuntariamente abatirlo aún más, y entonces, con un

movimiento sencillo y espontáneo, y brotándole una amistosa sonrisa en los labios que portaban una callada oferta de reconciliación, se acercó a él, lentamente se desató el pañuelo del cuello y se lo tendió:

– Para vos.

Él lo aceptó temblando, y fue entonces cuando se produjo el tremendo accidente. Después, él le echaba la culpa a Atilano, pero es muy probable que Atilano le echase la culpa a él. Sea como fuere, el caso es que sin decir agua va, mulo y jinete partieron de estampía, de entre la espantada concurrencia y *mujerío*.

Al correr el campo, Pedrito lanzó un grito descontrolado que debía venirle por vía de una estricta ascendencia salvaje; un grito que erizó todos los pelos del aterrorizado Atilano, quien sabía perfectamente que en casos como éstos, los desahogos, las fantasías y los sueños del amo, terminaban sobre sus lomos como una lluvia absurda de palos. Así pues, sin explicarse cómo, entre gritos de sorpresa, de festejo, medio burla, medio aliento de la alborozada concurrencia que inesperadamente veía competir un humilde mulo; allá se fueron por el carril de la sortija a todo correr, convertidos en un revoltijo de polvo, ardor, y... beatífica alegría.

Pero no hay que olvidar que Atilano era esencialmente un mulo de principios, y así como en las madrugadas cuando encontraba un obstáculo se detenía a esperar que su amo despertase, ahora, al darse con la barrera de saltar, se detuvo en seco. Hundió sus filosos remos en la tierra, y su jinete salió por las orejas como un bólido angelical manoteando el aire que no le prestaba su asidero. Pero al ir hacia los cielos, se encontró casualmente en el camino con el arco de la sortija. A él se abrazó con instintiva fuerza, y allá dio con todo en tierra, entre espantosos ruidos de descuajamientos, porrazos y rompeduras. Cuando la gente terminó su primer grito, el lugar del suceso estaba todo mezclado en una espesa columna de polvo que de allí se levantaba.

– ¡Se rompió todo!

– ¡Socorro Virgen Santísima!

– ¡Ya ve, por capricho, por poner el palo demasiado alto!

Y al mismo tiempo que se comentaba esto, desde los cuatro puntos cardinales, avanzaba un fluido frente, ansioso de llegar al lugar para contemplar los restos desparramados de Pedrito, o lo que fuese. Claro que los de a caballo tenían ventajas, y así, aún antes de que aclarase la nube del porrazo, un segundo torbellino vino a confundirlo nuevamente, y antes de que esto se empezara a sosegar, el tupido pataleo de los peatones, con sus gritos aportaba nueva variedad. La única que demostró una calma digna de su abolengo heroico, fue la banda: aunque todos se dieron la vuelta a mirar, e incluso algunos se adelantaron hasta unos treinta o cincuenta metros, o se subieron a los postes de un cercano alambrado, no por ello nadie dejó de tocar con el máximo rigor profesional.

Evidentemente, si Pedrito hubiese seguido sin obstáculos a tierra por el camino de las orejas, aquel era el momento en que estaba convertido en abono, mezclado y esparcido para fertilizar la plazoleta; pero como encontró en el camino el arco del juego de sortija, en el impacto de rotura y descuaje quedó gran parte del impulso primitivo, y con el resto, el porrazo se hizo harto razonable. Así, cuando llegaron a toda carrera los primeros jinetes en su auxilio, tuvo noción y manera de esquivar la rudeza de sus humanitarios impulsos, que de haber estado caído, con toda seguridad, lo aplastan y rematan.

En medio del tumulto de voces, gritos, galopes y chillidos de atropellados, la primera voz que logró abrirse camino a la inteligibilidad, fue la del enérgico señor Comisario:

– ¿Está herido – preguntó –, cómo se siente?

Pedrito se palpaba y por cierto se encontraba completo.

– No, no me pasó nada. Estoy bien... estoy bien.

Constatado el hecho de que no tuviera agujero importante, la atención de la autoridad se desvió hacia el estropicio causado y la perturbación del programa:

– Y dígame, ¿por qué arrancó Ud. el arco de la sortija? – Le preguntó haciéndole cargo con seriedad.

– Este... no sé, me atajé, señor Comisario – declaró Pedrito bastante amilanado.

– Y... – prosiguió la autoridad ante el expectante silencio, golpeándose la bota con el rebenque. – ¿no sabe Ud. que no hay que arrancar el arco de la sortija?

– Se le espantó la mula, mi Comisario – dijo uno que conocía a la víctima, para ayudarla.

Ester que se había abierto camino hasta el lugar de la audiencia, viendo entero al galán, empezó a sentir que se le derretía el susto, y que todo se le iba convirtiendo en risa, en gracia, en una profunda y tierna alegría, pues de sobra había entendido que hay estrepitosos ridículos y escándalos que son homenajes muy delicados cuando ellos nacen de una ingenua y pura substancia de amor.

– Disculpe, señor Comisario – intervino mirando a Pedrito con una mezcla de graciosa complicidad y agradecimiento, que lo puso a un tris de gritar de nuevo y de atropellar esta vez, a pie, los horcones y vigas del torreón de la capilla. – Yo, sin querer, le asusté la mula.

– ¿Ah sí, y por qué entonce gritaba tan juerte cuando venía corriendo... para atajar al animal?

– ¡Pero si venía pidiendo socorro, mi Comí! – Intervino de nuevo el que quería ayudarlo.

Una ruidosa carcajada acogió la salida y Pedrito sintió el golpe en su orgullo. Se irguió para negar el hecho, ¡pero Ester hasta le tomó del brazo para contenerlo! ¿Qué importaba la risa, si él flotaba en la beatitud?

– Güeno – sentenció al fin el Comisario –, ya que la dama dice que ella sin querer le asustó a la mula, y por ser ésta la primera y úrtima vez, le vamo a perdonar.

– ¡Muy bien, muy bien! – Se adhirió el corro.

– Pero – volvió a recalcar –, que sea la primera y úrtima vez.

– ¡Claro!

El arco nuevamente levantado resultó bajo, puesto que con el topetazo se le había roto una base, por cuya razón se hubo de poner un obstáculo que podía saltar cualquier petiso lechero. El pueblo de caballos barrigones, de pezuñas largas, patas peludas, de corvejones gruesos y lomos hundidos, se puso a hacer embestidas y saltitos, medio por risa, medio por broma, con alguna vergüenza, pero contento.

Pedrito quedaba convertido en una moteada mezcla de moretones, punzadas y rasguños, desde el jopo hasta el talón, y la ropita dominguera de mediana pretensión, tenía estropicios de mamarracho de carnaval. Hasta el sombrero "Panamá del país" que se había volado antes del porrazo revelaba la huella de varios pisotones. Por más de que aquí y allí le ardía, que le costaba moverse en alguna forma, y que el corazón le estuviese palpitando caliente en varios lugares de la misma superficie de la piel, allá por dentro sentía una corriente estremecedora que le hacía remolinos y cosquillas por la cavidad del pecho, que soltaba burbujas que corrían para abajo o para arriba, como si alguien estuviera haciendo un "cóctel" con la felicidad. Atilano caminaba a veces... y a veces trotaba por el aire. El andar daba la sensación de deslizarse por toboganes suaves, silenciosos, que empujaban la risa hacia la boca. Y otras veces el mulo daba una vuelta por sobre el techo de la comisaría, se corría hacia la *calesita*, se balanceaba sobre la banda, o pasaba galopando... galopando todo brisa y libertad, por sobre la torre de la capilla. La música parecía bajar de atrás de una clara nube, con esencia de sueño acariciado en la serenata, brillo de luna y primer beso de amor. El tiempo y la

materia escapaban hacia el fondo del infinito y él sentía ese deleite que inicia en el misterio de la eternidad... Un indiscreto se interesó por su salud:

– ¿No te lastimaste mucho, Pedrito?

Y él contestó:

– Sí, los huevos suben de precio en la Semana Santa.

– ¿No te golpeaste la cabeza?

– El *quinielero* me dijo que cayó el 07 a la cabeza.

El amigo lo miró con reserva, y se dijo: "Pobre Pedrito"; el simple creía en los beneficios del buen sentido sin excepción.

La fiesta seguía vulgar par los otros; él había logrado para sí una función particular. Nunca se hubiera atrevido a mezclarse en el grupo donde moraba el Hada hechicera de su ventura, pero entre la camisa averiada y la piel, apretaba el glorioso pañuelo del cual brotaba una dulce corriente de inspiración.

Se llevó a cabo una corrida de bandera con un tumulto salvaje de caballos y de gritos; las bombas y los cohetes seguían dando los destellos de la suprema excitación. Había una cantidad discreta de borrachos que no daban lugar a la intervención policial pues hacían constantes «hurras» y vivas al señor Comisario. La banda tocaba impertérrita, y hasta de vez en cuando, dedicado a los entendidos, emprendía algún vals de los trabajosos, muy apreciados por la gente seria. A ratos, alguno de sus componentes, bajaba simplemente el instrumento e iba a buscarse algún desahogo. De vuelta, pegaba un fuerte trago al vaso siempre dispuesto, común al ruedo, y ya reanimado, después de escupir por sí y hacer hacer lo propio al instrumento, se zambullía en la sonatina con máxima seriedad.

Cuando avanzó la tarde y los muchachos se disponían a regresar, Ester aún se puso al habla con su extático caballero:

– ¿Me esperás mañana, Pedrito, a la salida de la Academia?

– Sí, sí... ¡sí, señorita! – Respondió atorándose y tragando saliva.

Ellos y ellas se fueron, y a cierta distancia, conducido por el suave paso aéreo de Atilano, lleno de vaivenes y de curvas que le hacían rodar dulcemente de un lado a otro el rabanito, iba el verdulero ignorando a los peatones, hombres y mujeres que volvían a sus hogares, aún a aquellos que llenos de impertinente buena voluntad, se interesaban por los restos de su salud.

Cuando llegó a su casa, la anciana madre puso el grito al cielo:

– ¡Jesús! ¿Qué te pasó... te caíste?

– Se asustó la mula.

– ¡Por Dios! ¡Estás todo sangrado y rotoso, qué barbaridad! ¡A esta mula mañera hay que darle una tunda, por traicionera!

Y la buena señora, «quieras o no», le puso sebo de vela con sal en cada una de las desolladuras, moretones y sus alrededores. En realidad, a medida que pasaba el tiempo, la cosa se ponía más dolorosa, y Pedrito más rengo y retorcido, tanto que su padre le preguntó:

– ¿Vas a poder ir mañana al reparto?

– Sí, papá.

– ¿Estás seguro?

– Sí, papá.

– ¿Con esta misma maldita mula?

– Sí, papá.

– Bueno, aquí te pongo un mazo de zanahorias especiales que te pidieron en el Sanatorio "El Reumatismo".

– Está bien, papá.

Se fueron todos a dormir, pero Pedrito, ¡de dónde! Cerraba los ojos y se le abría la boca en una sonrisa que a veces se animaba tanto, que emitía unos incontenibles "¡ja, ja, ja!". Entonces, por

temor de que le oyeran, apretaba los labios y se ponía serio, miraba la luz de la luna y trataba de controlar sus recuerdos. Volvía a los hechos: el pañuelo que allí estaba doblado como una reliquia, dentro de otra sábana doblada, debajo de la almohada; estaban las sonrisas, las miradas simples, pero llenas de luz, el contacto de su mano... ¡la cita para mañana mismo!, y nada, ya estaban de nuevo comprimiendo en la garganta cosquilleantes "¡ja, ja, jas!".

Se le hizo imposible estarse quieto en una noche tal. Se levantó cojo de un lado, y con la pierna dura por el otro; con un brazo que no podía bajar y otro que no podía pegar al cuerpo, pero, aún así, se puso a pasear a la luz de la luna.

– ¡Ay, qué noche divina! – se oyó decir con una desconocida voz de tenor, redonda, dramática, vibrante.

Dando una vuelta se llegó al establo donde dormía Atilano, y no pudo evitar la tentación de despertarlo:

– ¿Qué tal compañero?

El mulo paró las orejas y se tiró hacia atrás viéndolo contra la luz en posición estrafalaria.

– No te asustes Atilano, soy yo. – Y se acercó a darle unas palmaditas en el cuello y a arrimarle la mejilla a la cara. – Qué tarde, compañero, qué suerte bárbara, ¿eh? – Y abrazándolo estrechamente se puso a reír de nuevo por lo bajo.

Pero luego se percató de que su alegría era bastante unilateral; la sentía hasta injusta, por cuanto no era compartida. ¡De ninguna manera podía ser así! Fue hasta el carrito, se trajo el mazo de zanahorias especiales, y se las fue pasando una a una con gran cariño y compañerismo:

– ¡Qué lástima que no tengas novia, Atilano... ni siquiera alguna que te guste! – Le decía pasándole una sucedánea zanahoria, compadeciéndolo hondamente. – ¡O si no, te juro que te llevaba esta misma noche a visitarla!

A pesar del poco sueño y del endurecimiento de sus cardenales, al día siguiente el reparto fue bueno, exacto y rápido. Ninguna queja, porque una amabilidad silbadora y risueña acompañaba cada pesaje y cuenta del afortunado vendedor. Cuando llegó la hora del regreso, la mañana de verano se había puesto una liviana ropita tejida con el viento del este; el aire brillaba pulido sobre la erguida gramilla, y los árboles levantaban las hojas para embeberlas de perfume de selva, en el rico torrente del aura.

Atilano iba, dale que dale con un trotecito alegre, ampliamente satisfecho con la cena de la noche anterior. ¡Esto era vida! La gente que salía a la ruta a tomar el ómnibus, también parecía muy amistosa y ufana. Viendo Pedrito a un par de mujeres jóvenes, aunque ya magulladas por cotidianos viajes en camiones repletos, afablemente se ofreció a llevarlas ya que seguían la misma dirección.

– Ya llegamos, joven – dijo la una, rehusando con amabilidad.

– No conviene forzarle a su burro, joven – dijo la otra con sarcástica sonrisa.

Pedrito creyó necesario rectificar.

– No es un burro, señorita. Atilano es un mulo inteligente.

– ¿Cierto? – volvió a decir la misma, mirando medio de lado, con idéntica malicia –, parece inteligente, ni más ni menos que su dueño.

– Gracias, es Ud. muy amable –. Contestó y siguió su viaje contento.

Los automóviles de lujo de los ricachones que se deslizaban con la agilidad y el silencio de grandes cucarachas de color, y hasta las cafeteras de los prósperos sub-jefes, demostraban impaciencia por la confianza y alegre desenfado de su andar. Si alguno desde el volante masticaba palabrotas insultándolo con la corneta, él lo

miraba sonriente silbando una canción. Y cuando una señora sacó la cabeza y le dijo:

– ¿Por qué se ríe, estúpido?

Él le contestó con una sonrisa mayor. Porque nadie esa mañana podía hacerle daño, ni herirlo, ni alcanzarlo, ni pasarlo; ese día él estaba más allá de toda relación social, y su metálica trama de tiempo.

Ya en casa, su madre le preguntó:

– ¿Cómo estás Pedrito, no te duele más la pierna, el brazo, las costillas, la espalda y la cabeza? ¿No querés que te frote con un poco más de sebo de vela?

– Ya no me duele, mamá.

– ¡Santo remedio lo que te puse! No hay como el sebo de vela con sal y yuyos. Remedio del tiempo de los Jesuitas. Esos de ahora, pura zoncera...

Después de un baño doloroso y difícil, fue a encerrarse en su pieza y hubo de ir descartando aún la más nueva ropita de diario en sucesivas valoraciones de la ocasión, hasta caer al fin en su traje de casimir azul marino, que se puso con un zapato combinado marrón y blanco, para acompañar. Sabía que el toque definitivo se lo había de dar con la corbata, y se regocijó pensando que justamente tenía una de fondo verde con un hermoso loro estampado al frente, lograda a trueque con un vendedor callejero, por un queso y una docena de huevos. Alto precio, pero la cosa lo valía, así, para una gran oportunidad.

Al fin, bastante conforme consigo, se rubricó a sí mismo con un chorro de perfume elegido en el mercado, y empezó a espiar a su madre para ver si podía salir sin que lo viera, evitándose explicaciones. Cuando al fin lo creyó oportuno, abrió la puerta, y se fue precedido por una nube de olor que invadió la casa como un insecticida.

Pero a medida que se acercaba al lugar de la cita, un miedo estremecedor le iba entumeciendo los más acalorados entusiasmos. Caminaba sudando bajo su pesado traje, por una absurda prisa automática acaso nacida del cuidado. ¿Qué le diría? ¿Cómo sería el saludo?

Sin embargo, advirtió que aún era muy temprano para la hora de salir y se animó a acercarse hasta un árbol próximo a la esquina. Allí se estaba con el cuello tendido hacia la puerta de la academia, cuando de atrás oyó una risita que le hizo brincar.

Y allí la vio, hermosa como un alba, con los ojos verdes profundos y próximos, llenos de sugestión de horizontes.

– ¡Qué temprano viniste, Pedrito... – aspiró con profundidad – y qué perfumado... ja, ja, ja, y qué paquete!

Pedrito se sacó el sombrero embarullándose la mitad de la cabeza y emitiendo sonidos ásperos y raros.

– ¿Te pusiste toda esa paquetería para venir aquí? – continuó Estercita con una ironía suave, que se parecía a una disimulada emoción.

– Je, je, no... sí, señorita.

– ¿A quién más tenías que ver entonces?

– No... y a Ud., señorita – Pedrito se balanceaba destrozando entre sus manos mantenidas a la espalda su otro sombrero "Panamá del país".

– ¿Y a nadie más?

– No, y a Ud. no más, señorita. Si tengo tiempo, ahora después le he de ver a ese gringo.

– ¿Qué gringo?

– A ese gringo doctor de caballos... Atilano me parece que anda un poco mal... tiene bichos, se asusta de balde.

Una alegre carcajada desorientó aún más al galán.

– Yo voy a pasar, señorita.

– ¿Adónde, no venías a verme?

– No, y como Ud. tiene que ir a su escuela.

– Me voy un poco más tarde. Tengo que ir a la casa de una amiga. ¿No querés venir conmigo?... Quería pedirte una cosa.

Y se fueron hacia una calle aún más sosegada, donde el tránsito volvía al senderito, los árboles se salían de los cercos y la tierra guardada por sombras y hojas secas mantenía fragante humedad.

Pedrito no se sostenía al lado de su amiga. Era un yuyito de azotea, en las garras de un temporal. Diez veces se hubiera corrido de nuevo, de no mediar la expresión concreta de algo que se le había de pedir. ¿Serían semillas de alguna flor rara, o de alguna sandía colosal? ¿Huevos de raza? ¿Tomates seleccionados? ¿Hongos para los ravioles de papá? Le preocupaba, y así, en el primer silencio en el que se atrevió a hablar, formuló su pregunta:

– ¿Qué cosa quería pedirme, señorita?

– Ah, sí, quería pedirte que fueras al baile del Club Social.

– ¿Al baile?... pero yo no sé...

– ¿No sos socio?... Lo de menos, yo te consigo una invitación.

Don Cayetano estaba decidido a jugarse su última carta con la máxima habilidad y en las mejores condiciones posibles. Era su lance postrero, mas con la suprema ventaja de que a él llegaba con la concepción clara de un deseo y con la experiencia de anteriores fracasos. Una o dos veces pensó si todavía no hubiera sido mejor buscar círculos más elevados en la misma capital, por intermedio

de algún paisano amigo que ya hubiera llegado a la prosperidad. Pero su análisis le puso frente a objeciones graves; en primer término podía ser que por apostar muy alto perdiese el control del juego. Nadie iría a garantizar que por allí la niña no encontrase algún extranjero atractivo y pobretón, venido al país favorecido por el cambio, que la llevase a cualquier infierno para su servicio, y que por Año Nuevo le enviase una tarjeta postal; ¡o podía ser también que el mismo amigo a quien pidiera el favor, administrase en provecho propio el beneficio!, o también que la carta fuese descuidada y pereciese, no lo permita San Antonio, en las manos de un fullero. ¡No!, elevar la puntería hasta donde diese la posición del tirador, pero no más... ni menos.

Estaba pues bien dado el paso de hacerse socio del Club Social, y justamente ahora se daba la ocasión de un gran baile de importancia local, y que por eso mismo tenía la virtud de atraer a mucha gente de la ciudad; hijos del pueblo que se habían trasladado al consolidar el progreso, pero que siempre guardaban una sentimental fidelidad al "valle" nativo; otras familias que venían especialmente invitadas, y en fin, los jóvenes de coche que querían divertirse, y que para el caso contaban con toda la buena voluntad de las chicas y ni qué hablar de las mamás.

Para asistir con vestimenta elegante, don Cayetano debió realizar varias sesiones y conferencias con Quispe, hasta que al fin, apretándose heroicamente el cinto, no prendiéndose el saco y dando hasta la última hebra a las costuras, quedó convertido en un burgués próspero, y si a esto se suma la prolija afeitada, la estratégica movilización de los cabellos y su cara de satisfacción conduciendo del brazo a su hija, cualquiera le calculaba una saneada cuenta bancaria de cinco cifras o seis.

El caso es que allá se iban caminando con cuidado por las aceras terrosas para no ensuciar los zapatos de Ester y para que su impoluto vestido blanco no sufriera alguna suerte de roce devastador. Don Cayetano aprovechaba todas las ocasiones para mirar a su hija, de

frente, de perfil, de atrás, y por todos lados la encontraba perfecta, con belleza distinguida, de calidad.

– San Antonio, ya ves todo el sacrificio que me cuesta... Si todo sale bien, cincuenta guaraníes para vos... ¡Eh!, no es poco, San Antonio, ¡con todos los gastos que he tenido! -- le decía palpándose el bolsillo con su carga de billetes dolorosamente destinados a aguantarse todavía la parada de la noche. El del otro lado, acaso para que la tentación del abogado fuera grande, permanecía chato y sin aliento, como un sobre vacío de avión.

Desde lejos se oía la orquesta, pues un vigoroso juego de altoparlantes extendía a toda la población los beneficios y la envidia ocasionada por la exclusividad de los conjuntos contratados en la capital. La típica de los hermanos Cardozo, alternaba con la jazz Californian Happy Boys de los hermanos Benítez. Frente al Club Social, iluminado con tal refuerzo que todo el resto de la luz pública parpadeaba en agonía, un fuerte cordón de mirones, esencialmente femenino, anticipaba los comentarios y hacía las conjeturas. Todas las personas que entraban eran conocidas, y muchos mozos y damas se detenían un rato para saludar a las amistades y recibir la comidilla previa sobre la gente que ya había venido, y la impresión del propio tocado.

Al llegar Estercita se levantó un murmullo de asentimiento: "¡Muy bien Estercita, estás preciosa!". "¡No hay ninguna de esa *paqueta* de la Asunción que puede salir por vos, mi hija!". La ponderaban, le deseaban bien, se enorgullecían de ella, porque era del pueblo y, sin embargo, podía competir con cualquier producto similar foráneo.

Entraron al gran patio donde se desarrollaría la parte más importante de la fiesta, donde las orquestas actuarían por turnos y se habían instalado mesas para el amable sustento y reposo de las familias; allí ya varias parejas aprovechaban danzando el vacío de los primeros momentos y otras personas se daban al holgorio espirituoso bebiendo con discreción los tragos preliminares.

Al verlos venir, el mismo Presidente, un hombre de cabellera canosa, seco de carnes y porte distinguido, vino a saludarles. Esto envaneció de veras a don Cayetano y le devolvió el aplomo que había perdido un rato al verse mirado por tanta gente.

– Por aquí, estimado consocio; si Ud. no tiene un compromiso anterior, yo lo invito a venir a la mesa donde estoy con mi señora.

"¡Oh, la fuerza de la belleza, un capital!", pensó don Cayetano oprimiendo instintivamente el brazo de Ester. ¡Se veía su efecto!, de todas maneras, le pareció muy bien sentarse en su primera fiesta social, nada menos que con el Presidente. Contestó con ceremonia:

– Será un honor para nosotros, doctor.

– Para mí el honor, don Cayetano, tener en mi mesa a un honesto industrial y a su distinguida hija.

– Muchas gracias, doctor – se inclinó profundamente a agradecer. Bueno, eso de "industrial", le pareció bastante exagerado, pero tal vez fuera en reciprocidad por aquello de "doctor", que evidentemente, también era excesivo.

Se bailaba en un salón, pero la gente prefería el patio, por el fresco. En las mesas reposaban las señoras, muchas de ellas abandonadas por sus maridos, quienes preferían los círculos más exclusivos donde hablaban de las mujeres que no tenían, de los puestos que quisieran y se consolaban de todo desengaño contando chistes picantes. Sus esposas, con una adecuada ración de pastelitos, croquetas, trozos de sopa "Paraguay", una presa de pollo y cerveza, corrían por su lado la suerte. Algunas también se reunían, otras hablaban de mesa a mesa, familiarmente, con una etiqueta de mentirijillas, como se podría esperar entre comadres que ese mismo día habían estado tomando mate en la humosa cocina. Aún faltaban los principales invitados de la capital, de esos que habían de llegar con automóvil propio. Los otros que habían venido en ómnibus o simple camión, no concitaban el interés social.

El señor Presidente al invitar a su amigo el "industrial", obraba con real inspiración, pues en su mesa radicaba solitaria su consorte a quien las damas hacían vacío por haber hecho publicar sólo las fotografías de sus hijas casadas y emigradas en representación de la sociedad local. ¡Un abuso del cargo! La verdad era que la combatida Presidenta apenas contaba con la voluntariosa adhesión del Secretario de la Comisión Directiva, quien era incondicional del matrimonio, y de vez en cuando, se sumaba el discutible apoyo del Tesorero, un contador recién recibido, por lo cual se creía con la obligación y el derecho de hacer constante cuenta de lo que se estaba consumiendo.

– ¡Estercita, estás divina! – Exclamó la señora del Presidente levantando las manos regordetas y empolvadas en un revoloteo hasta hacerlas posar sobre la profunda fisura de los pechos duramente comprimidos. La conocía de verla pasar, pero el concurso de circunstancias volcaba ahora sobre ella todo el énfasis de su instinto maternal. – Pero decíme, criatura, ¡de dónde sacaste esos ojos, esa boca, esa nariz, por Dios! ¡Tu vestido está precioso... pero también, con esa figura!

– Muchas gracias, Ña Faustina. ¡Qué lindo su collar de coral!

– Ah, mi hija, es un regalo de mi *agüela*, lo único que se salvó de la *Residenta*.

– Faustina – llamó ceremoniosamente el Sr. Presidente –, aquí voy a presentarte al papá de Estercita, don Cayetano, el dueño de la zapatería "La Suela".

– A los pies de Ud., señora – saludó el propietario de la zapatería, haciendo gemir los cuellos, el cinturón y los botines.

– Pero si lo conozco, ¡cómo no lo voy a conocer! ¡Los zapatos de "La Suela" son tan conocidos! – exclamó llena de condescendencia. En realidad no le gustaba gran cosa que un comerciante en zapatos compartiera con ella la mesa. ¡Pero qué se iba a hacer! No estaba en situación de andar con discriminaciones, los tiempos cambiaban,

¡las buenas familias se empobrecían y los gringos y turcos cada vez con más plata!

De todas maneras, Ña Faustina vio llegar la hora del desquite; con una mirada comunicó su aprobación a su marido y con otra paseada fríamente alrededor de la desviada concurrencia de señoras, le dijo: "tomá". El Secretario, sensible al cambio de temperatura, apenas contenía las ganas de labrar acta de tan brillante ocasión, y el Contador Público y Tesorero miraba a la recién llegada con instintiva enemistad porque se daba cuenta que esta mujercita transportaba en sí un algo peligroso que inesperadamente conturba el buen sentido, descalabra los balances y esfuma los tesoros. Los otros miembros de la comisión luego reclamaron su olvidado lugar al lado de la Presidencia; los de la Comisión de Fiestas abandonaban sus puestos; el Intendente Municipal solicitó el honor de bailar una polca porque le parecía más político y nativista, aún cuando su edad física y sentimental apenas daba para boleros; el Comisario miraba de lejos, descuidando la vigilancia de los opositores, y en fin, al cabo de un rato la mesa de Ña Faustina brillaba por su animación; el mozo iba y venía, las botellas de cerveza, rebasada la capacidad del lugar, se iban colocando en el suelo; había hasta dos botellas de sidra para las señoras que no eran más que dos; Ña Faustina rompía con todo su régimen para adelgazar y don Cayetano, que aún en sus momentos de mayor dispendio y felicidad, nunca perdía completamente la cabeza, hacía cuenta mental de este gasto estrepitoso, preguntándose si al momento de zafar la nave se presentarían a bogar los marineros... ¡y sobre todo el capitán!

Estercita, excitada, festejada, requerida para bailar, se sentía liviana, sensible a una dicha que pasaba a su través como una corriente polarizadora. A las nueve, al entrar, se acordó de su invitado, Pedrito; volvió a pensar en él a eso de las diez, de nuevo a las once; él no se le ponía adelante, ella no tenía tiempo de andarlo buscando, ¡y le estaban ocurriendo tan rápidamente las cosas, pero de todas ellas, una de indudable importancia mayor!

La fiesta estaba en su apogeo, la típica y la Californian alternaban a instrumentazos, los cantantes se enroscaban a los micrófonos para expresar las torturas del amor, la etiqueta había dado lugar al entusiasmo, los cuellos duros se ablandaban, el colorete era reforzado por el color natural de la excitación, las parejas, después de las fintas previas, encontraban su acomodo definitivo, cada cual con su cada cual, ya estaban los invitados importantes de la Capital... Estercita, toda arrebolada, había ido a reposar un momento, cuando Ña Faustina, tomándola confidencialmente de la mano, le dijo al oído:

– ¡Te quiero presentar un candidatazo!... ¡pero un candidatazo – recalcó con todo el énfasis del medio tono – que me dijo que estaba loco de ganas de conocerte!

– ¿Quién es? – Preguntó esperando que le mostraran una especie de príncipe azul, pero recibió una clase de respuesta que aún no estaba acostumbrada a oír.

– ¡Ay, mi hija, es un candidatazo! ¡Tiene por lo menos cuatro o cinco puestos del Estado, varias firmas comerciales, ha viajado por todas partes, tiene plata, coche, es un hombre joven... pero tan aprovechado!

– ¿Pero quién es?

– Es el doctor Próspero Madruga T..., portáte bien con él... – se interrumpió Ña Faustina para hacer una señal – aquí viene –. Se acomodó la dentadura con un gesto lleno de expectación, y después escogió su mejor sonrisa: – Doctor... ésta es la chica más linda del pueblo, y del Paraguay también... Ud. que habrá conocido tantas mujeres lindas, dígame si es o no cierto lo que le digo.

– Pero si es lo que estoy diciendo desde que llegué – afirmó enfáticamente el Dr. Madruga T. –. Era un mozo rellenadito, llegado a la media edad, de tez trigueña, bien tratada, con unas canas muy sentadoras por el lado de la sien, anteojos de montura invisible, cara redonda y vulgar, pero muy recompuesta por los

buenos aires, las tensiones suaves, el hábito del halago y el constante esfuerzo por agradar. El Dr. Madruga T. pasó su mano leve, satinada, de uñas varonilmente pulidas, y extendió sobre toda su persona una sonrisa completa de dientes blancos lustrados e iguales, el último grito de la industria U.S.A. – Señorita, no sólo es Ud. hermosa, sino que parece una artista de cine, una modelo de belleza, una "pick up girl" como dicen en "Níu Iork" – terminó con suprema elegancia, arrancando un suspiro a Ña Faustina y una mirada de respeto y envidia a los pueblerinos presentes.

– ¡Ay, pero qué gentil! – exclamó Ña Faustina sinceramente emocionada, antes que aún Ester pudiera agradecer la lisonja –, pero doctor, aquí está el padre de esta preciosura, don Cayetano, un comerciante...

– E industrial – agregó con diligencia y voluntad el Presidente, sumamente contento e interesado en este gancho magnífico en el que su mujer estaba jugando un papel estelar. ¡Éstos eran los servicios que no se olvidan, que suelen llevar hasta la intimidad y que tienen buena recompensa!

– Cuánto placer, estimado señor – saludó el doctor inclinándose con una cortesía que en el acto ganó el alma del pobre inmigrante, deslumbrado por esta desusada consideración.

– El honor es para mí, doctor – contestó don Cayetano incorporándose con apresuramiento y golpeando la endeble mesa con tal fuerza que el estrépito de botellas y de vasos levantó diecisiete gritos de "¡cuidado!" y el doctor hizo hasta un triple paso corto de torero para proteger su lustrado traje blanco. – ¡Ay, qué torpeza, disculpen! – decía abrumado don Cayetano. Pero el doctor acudió en su ayuda:

– ¡No es nada, amigo, si no ha pasado nada... ja, ja, ja! Es una broma tan común en las fiestas, con estas mesitas enclenques... Pero estoy interesado en saber cuál es la industria que el señor desarrolla.

– Produce calzado – informó acucioso el Presidente.

– ¡Qué interesante, qué interesante!... el gobierno está muy interesado en fomentar la industria nacional – expresó el doctor con la máxima seriedad oficial –, en esa forma se evita la salida de divisas. Si Ud. tiene alguna dificultad para conseguir materia prima, como ser clavos, cuero, hilo, cola o lo que sea, recurra a mí. Yo tengo mucha influencia en el Ministerio.

– Muchas gracias, doctor, pero mi zapatería es chica, y cuando falta alguna cosa, me arreglo con los muchachos de la bolsa negra.

– De eso vamos a hablar después – sonrió el Dr. Madruga T., condescendientemente.

– Eso es lo que yo digo – intervino Ña Faustina –, esta es una fiesta para divertirse, para bailar. ¿Qué espera la juventud? – Y señaló con ambas manos y gesto de exagerada estupefacción a Ester y al afortunado Dr. Próspero Madruga T.

Ambos salieron a la pista, y desde ese momento ningún otro candidato se atrevió a interferir porque, en primer lugar, el Presidente y la señora se encargaban activamente de apartar abrojos y en segundo término, ¡vaya uno a competir con el doctor! Inmediatamente hizo servir a la rueda costosos licores, whisky del bueno, champaña, desterrando la proletaria cerveza, con tal esplendidez y suficiencia que los pobres consumidores de caña, *salus* y *naranjín*, o se fueron a ventilar el rabo a otras partes o se acogieron a su generosidad entrando a defender sus intereses. Y hasta el mismo don Cayetano, que desde entonces ya ni tenía noción de los gastos, se encargaba de protegerle y conservarle, deslumbrado por esta abundancia que daba vértigo.

¿Y Pedrito?, pues Pedrito fue avistado por Ester a eso de media noche en el grupo tonto de los sin pareja, de los aburridos, de los aletargados, de los desbancados, de los desdichados, con medios cortos para animarse cuando menos con una buena consumición. Allí estaba sudando y temblando con su traje de casimir azul, mudo

con su corbata de loro parlante y zapato de doble color. Ella buscó varias veces su mirada, pero nada, ya ni podía levantar la vista de tanta infelicidad. No lo volvió a ver; se acordó de nuevo de su amigo humilde a las tres, y después, ya con el alba, justamente al empezar a dormir.

El pobre Pedrito no sabía luchar por aquello que quería. El simple sentimiento no le daba la habilidad para requerir con éxito. Para más, en este caso la pretensión se había de hacer con danzas, requiebros, con saludos y sonrisas cortesanas, con experiencia y una cierta sabiduría del modo en que fluye la vida social entre la apretada trama de intereses, costumbres y lazos afectivos. Él era un ser elemental cuyo amor podía manifestarse en adoración callada o en actos de fuerza, de valor, de aguante al sufrimiento, de ese primer tosco grado del impulso humano para satisfacer un deseo. Por ejemplo, si hubiera sido lícito arrimarse al "anteojo" de traje blanco y sacarlo a puntapiés por el balcón, ¡entonces qué lindo hubiera sido! Pero el terreno era otro, y el *"arruinado cajetillo"* que jamás hubiera podido competir con él ni en una pulseada, lo tenía paralizado en un rincón en tanto que por su parte gozaba con la dama.

Salió del baile sin mirar a nadie, sin ver a nadie. Era poco más de media noche. Mientras Ester cumplía aquí y allá con todos, le pareció posible que en un momento lo viese, que lo llamase y hasta se puso en una o dos ocasiones en su camino, pero ella parecía no ver, era una burbuja en la marejada rápida de emociones superficiales. Pero cuando irrumpió el "anteojo" con sus esplendideces y se apoderó de ella, entonces percibió el sabor definitivo de la derrota. Sintió la atmósfera de admiración y de respeto que rodeaba al personaje, el servilismo con que se le abría

camino, la ancha sonrisa con que se devolvían sus miradas. El otro aquí era un señor, ¡no sería el verdulerito confidente de Atilano quien se le atravesaría en el camino!

Se fue caminando por las calles obscuras por donde no transitaba un alma, ni había siquiera un trozo de luna que enfriara la pena con una perspectiva de eternidad. Los perros viéndole algo raro en el andar, le arremetían por grupos y se entregaban los unos a los otros la consigna de denunciar su paso. Por los cercados se advertían camas tendidas al aire, en espacios libres de ramazones, para entregarse al sueño mirando la suave apariencia del vertiginoso misterio estelar.

Al encontrarse en una de las últimas aceras, antes de entrar en las desigualdades del suburbio, quiso sentarse un rato a dolerse mejor de su tristeza, para tratar de comprenderse y para sosegar la persecución de los perros implacables. Instintivamente sacó un pañuelo y lo tendió sobre el cordón de la vereda para preservar de suciedades su sagrado traje de casimir azul. Se sacó el saco, le ardía la cara y sentía los recios dientes del escarnio mordiéndole su orgullo juvenil, cebándose en la ingenuidad del sentimiento.

– ¡Para qué me dijo que viniera, si me iba a hacer esto – exclamó a media voz haciendo silbar las palabras por entre los dientes rechinantes –, si yo ya vivía tranquilo, ni me acordaba más de ella... puf!... "Te voy a conseguir la invitación"... ¡Jha! ¿Y para qué, para que la vea bailar? ¡Maldita sea, así son las mujeres, la perdición! – Y quedó callado apretando la boca, negándose con la cabeza, mientras le asaltaban oleajes inexpresables de furia y despecho. Después pasó de la mujer y sus traiciones al beneficiario de las veleidades. Evidentemente nada se podía decir de él. No tenía la culpa... el "anteojo" con su sonrisa de queso nuevo, con sus cabellos engrasados, con su corbata moñito como suciedad de mosca, no tenía la culpa, no... pero un odio cavernario le hizo emitir un rugido que espantó a los perros, les hizo dar un tremendo salto a escape, para volver después con mayor alarma y brío.

Fue entonces cuando de atrás oyó una risita que le fue parando todos los pelos. No sólo sintió miedo de quién lo veía sin que él lo viese, sino que también vergüenza, se sintió descubierto en su intimidad.

Se volvió con moderada rapidez para no revelar excesivo sobresalto, y allí, a pocos pasos, tendido en el umbral de una puerta, pudo ver a un chiquilín que no se encogía para caber entre las jambas.

– ¡Mita'i, mita'i! – llamó por confirmar si había sido él.

– ¿Que querés? – le respondió una vocecita de niño, sin levantar la cabeza, ni incorporarse en lo mínimo.

– ¿Que estás haciendo allí?

– Estoy durmiendo.

– ¿Por qué no te vas a tu casa?

– Estoy esperando el camión de la madrugada.

– ¿Te vas a Asunción?

– Sí, a las tres.

– ¿Para qué tan temprano?

– Para vender diario.

Callaron ambos; de pronto fue el chico quien empezó a preguntar.

– ¿Te dejó tu mujer?

– ¡Qué vas a saber vos, mita'i!

– ¡Isch! ¿Por qué no voy a saber?

– ¿Qué es lo que sabés?

– Y eso... que las mujere son jodida.

– ¿Quién te dijo eso?

– Don Rosario, el compañero de mamá.

– Tomá, mita'i, cinco y dormí otra vez.

El otro se levantó vivamente a coger el billete. ¡Pero era chiquitísimo!, delgado, endeble; a la luz nocturna, un rubito de facciones agraciadas, vestido con un enorme saco que le llegaba hasta la rodilla, rotoso y descalzo.

– ¿Cuántos años tenés?

– Once.

– ¿Cómo te llamás?

– Sosa-í –. Se guardó el billete. – ¡Gracia!, me despertaste châ, con todo los perro que te seguía.

– ¿Y por qué no dormís en tu casa?

– No se puede cuando don Rosario viene pintón... Se quiere quedar solo en la pieza, con mamá y Pastora.

– ¿Quién es Pastora?

– Mi hermana mayora.

– ¿Cuántos años tiene?

– Doce.

– ¿Don Rosario duerme con las dos?

– Sí, algunas vece... algunas vece le hace salir también a mi mamá y se queda con Pastora.

– ¿Qué dice tu mamá?

– Nada... – se encogió de hombros –, dice que solamente así va a venir otra vez.

Sintió que le subía un violento impulso de náusea. Entre tanto Sosa-í sacó de la abultada faltriquera de su saco un cigarrillo, hurgó en otra parte por fósforos, escogió uno, lo encendió en la vereda, se dio lumbre y dio una chupada de fumador experto, torciendo la boca al exhalar el humo. Se sentó en el cordón a gozar de la

compañía y del vicio... Se hamacaban los aires de la orquesta en el silencio nocturnal.

– ¿Qué hace don Rosario?

– Vende lotería... Es mutilado de la guerra, no tiene un brazo.

– ¿Hace mucho que anda con tu mamá?

– Sí – dijo, dando a la voz un tonito de imprecisión –, desde que está enferma.

– ¿Qué tiene?

– Una enfermedá que se llama lepra, pero no le duele. Yo también tengo, no se siente nada – dijo tocándose la oreja – aquí.

– ¿No se va al doctor tu mamá?, ¿no te lleva a vos?

– No, porque entonce te llevan preso; no te dejan má venir a tu casa.

– Pero te dan remedio y comida, para curarte, che ra'y.

– Sí, da remedio y comida, pero se pierde la libertá... – sentenció Sosa-í confirmando con una profunda pitada su preferencia.

Pedrito miraba fumar a su pequeño compañero, olvidándose algo de sí mismo en su noche de punzante amargura. Lo veía salir de una profundidad mucho mayor, de una región de la miseria humana, donde la queja no existe, por inútil. Sosa-í era un inocente insensibilizado al dolor por inmunizaciones masivas de sufrimiento mismo. Pero parece que sus quejas también habían llamado la atención del chico, pues éste volvió a preguntar con desembarazo, de hombre a hombre.

– ¿Te dejó tu mujer?

– No era mi mujer.

– ¿Se jué con algún arriero?

– Un tipo de Asunción – se confió dolorosamente.

– ¿Un tipo de plata?

– Sí.

– ¿La llevó?

– No, allí está en el baile.

Siguió una pausa, hasta que de pronto propuso Sosa-í:

– ¡Vamo a joderle!

– ¿Qué le vas a hacer?

– Vamo a desinflarle la rueda de su auto.

– Cómo, si ni sabemos cuál auto es.

– ¡Qué importa!... le desinflamo a todo lo que tienen chapa de Asunción.

– ¡Qué bárbaro! – Lo pensó un momento y después se concedió a sí mismo que algo había que hacer a este "anteojo" miserable, que le vertía ácido y fuego en el corazón.

– Vamo...

– Vamos a mirar si se puede.

Volvieron juntos. Sólo el Club ahora mantenía las luces encendidas, el pueblo reposaba sosegadamente en el fresco de la madrugada. Fueron caminando por al lado de la fila de autos. Empezaron por descartar los ómnibus y los camiones en los que habían venido ciertos grupos de compañías cercanas, o simplemente los propietarios de los mismos, a falta de otro carruaje más protocolar. Se pasaron los su*lkis* y los pacíficos pingos que dormían ensillados esperando que se les acabara el entusiasmo a sus dueños; los otros vehículos de la gente del pueblo fueron reconocidos con facilidad. También quedaron eliminados algunos que solían venir con frecuencia y cuyos propietarios no tenían nada que ver con el "anteojo". Por fin, hacia una esquina, se encontraron con un automóvil oficial de espléndido aspecto, rebosante de salud y de

modelo muy reciente, que por el brillo y el lujo, se hacía sumamente parecido al elemento de servicio de un funcionario hábil, diligente y próspero. Pedrito y Sosa-í le dieron una vuelta pensativa con los ojos críticos y el juicio desapasionado.

– Éste ha de ser.

Miraron para todos lados. Nadie. Sin embargo, Sosa-í, como experto, pidió a su compañero que actuase de campana, después hurgó sus bolsillos omni - comprensivos, miró y tentó varias puntas, probándolas reciamente contra la reluciente pintura, optando al fin por un clavo de regular tamaño. Se alejó Pedrito a sus funciones, y Sosa-í entró a actuar con una risita extraña, traviesa y con notas de resentimiento. Al cabo de un rato se le oyó anunciar:

– ¡Listo!

Fue a ver. Las cuatro llantas tocando el suelo.

– Vamos.

– El tanque está con llave – informó Sosa-í.

– ¿Para qué?

– Para meterle suciedad.

– Ya está bien, vamos.

– Torcéle la antena.

– No, vamos.

Pero a Sosa-í se le había desatado un irracional deseo de destrucción; levantó la antena y la dobló empleando todo su peso y energía en el intento de romperla.

– Dejále, ya te dije.

– Esto por mi cuenta.

– ¿Por qué?

– Ello tienen plata –. Había una rara entonación maligna en la voz. Dolor sin remedio transformándose en odio, pero aún era niño el proceso, y siguió una pícara razón infantil: –Dice Pulga que alguna cosa hay que hacerle siempre – se encogió de hombros riendo –, así otro día te paga para que vos le cuides –. Tomó las tapillas de las válvulas y en lugar de guardárselas en los bolsillos, con profunda experiencia, las arrojó lejos, en la calle, por las dudas.

– Vamos.

Se fueron de nuevo al lugar donde se habían encontrado; por aquí daba la vuelta el primer ómnibus que debía tomar Sosa-í.

– Mirá – le dijo Pedrito cuando llegaron –, vos sos mi amigo. ¿Querés que te regale plata o alguna cosa?

– Plata – contestó en el acto – no... – rectificó después pensativamente – alguna cosa.

– ¿Querés alguna ropa?

– Sí quiero – se exaltó de nuevo. Después, sonriendo en la obscuridad con una secreta y tímida esperanza –, no, no quiero.

– ¿Pero querés o no querés? – se rió.

– Sí, pero no quiero ropa... hay una cosa que quiero – dijo, mirando allá en el fondo de la noche.

– ¿Qué es?

– Es un autito de cuerda... está descompuesto, por eso vale barato, pero el dueño es un *byro*, yo sé cómo se arregla. Hay que juntar no má una parte y eso ya le pregunté al latero que es mi amigo. Él me puede arreglar.

– ¿Cuánto cuesta?

– ¡Barato!, yo le dije al dueño para pagarle cinco por día, para que me fíe. Entonce yo le pagaba en vez de comer mi pastel. Como pan y un guaraní de aloja.

– ¿Cuánto cuesta?

– ¡Ah, barato te digo... treinta y dos, pero es lindo!

– Te doy la plata y andá a comprar.

– Allí está la macana... si me das la plata le tengo que dar a mi mamá o si no ella me saca todo del bolsillo. Si vos me comprá y me regalá solamente ella no se va a enojar.

– Mañana mismo te compro y te regalo.

– ¿Cierto?, ¡qué formidable!, mirá, la casa queda en la calle Estrella después de un surtidor, allí donde está una casa que se está haciendo. Allí mismo. Entrá no má y preguntá por un autito con cuerda descompuesta, arodinámico, a una señorita medio lindita, con anteojo, pero no le preguntes al dueño que es argel... ¿pero cierto que me va a regalar, don?

– Cierto, mañana mismo.

– ¿Me va a regalar gratis, yo no te voy a dar nada?

– Nada.

– ¡Piiipu! ¡Oh, mita'i! – gritó Sosa-í sin contenerse en su exceso de alegría y sin importarle un pito de la hora y del dormido vecindario. ¿Y dónde te voy a encontrar?

– Mañana en el mercado, a las siete y media, ocho por ahí.

– ¡Listo! – gritó riendo Sosa-í –, pero no me mienta, ¿eh?

– No te apures. Bueno, me voy, hasta mañana.

– Hasta mañana, don. No te apures por ese *cajetillo*, don... le vamo a poner clavo, vidrio, hasta fósforo en su auto... ¡piiipu!

Pedrito empezó a caminar hacia su casa con cierto apremio para reemplazar a su padre en el reparto que le había quedado confiado por un día, con la esperanza de que su baile fuese muy feliz.

– ¡Don... don... dooon! Le llamó Sosa-í desde una cuadra gritando.

– Qué querés – contestó fastidiado por los gritos.

– ¿Cómo te llamás?

– Pedrito.

– Pedrito, oh, ¡don Pedrito, châ!... No deje que te duela tu corazón, don Pedrito. Don Rosario dice que las mujere son jodida, pero hay que tomar un cuarto, y después darle palo no má... ¡No te olvide, don Pedrito! – Le gritó al fin, levantando el brazo mientras lo perdía de vista en la noche.

Y el pequeño leproso volvió a acostarse en su portal, a soñar con un juguete nunca tenido, casi imposible, largamente deseado, intensamente feliz. Pedrito iba a su casa con el amargo sabor de su fracaso, pero su sentimiento había perdido el filo único y mordiente de las primeras horas; se había embotado con un contacto casual. Irrefrenable compasión con su dosis de incomprendida culpa, le inducía a preocuparse por su pequeño amigo, le obligaba a pensar en él, a conjeturar una noción del abismo de fealdad, asco y muerte de donde emergía para darle su extraña ayuda. Le causaban asombro las entrevistas dimensiones del hombre y sus fronteras de vida, extendidas aún del otro lado de su propio principio como ser.

Por esa razón Ester no remató su noche como en un cuento de hadas. Debió volver a pie a su casa y no en la carroza triunfal. A ella la cosa ni le extrañó, ni le disgustó en lo mínimo, pero el Dr. Madruga T. perdió un gran golpe de efecto.

Cuando fueron a tomar el coche con el orondo Presidente y la excitada Ña Faustina, el deslumbrado don Cayetano y la dulcemente fatigada Estercita, el Dr. Próspero Madruga T. estaba lejos de sospechar el disgusto que le esperaba.

– Siéntese aquí... no, si aquí vamos bien... Cómo guste, caramba, bueno...

– Pero por qué se molesta, si aquí a la vuelta está nuestra casa...

– ¡Si es un placer!, ¡por qué va a caminar si aquí están 300 HP de luxe que pueden tirar el carro y evitar toda molestia... je, je!

– ¡Pero Dr. Madruga, qué amable! – se desinfló Ña Faustina hundiéndose la primera en el asiento y desatascándose del tenso zapato los hinchados pies que gemían por nostalgias de alpargatas.

– ¡Qué soberbia máquina! –. Exclamó don Cayetano calculando su precio en miles de calzados.

– Sí, este es un auto que el Poder Ejecutivo pone a mi disposición, ¡je, je!; ahora ya está viniendo otro nuevo para mí, ¡je, je! Es la mejor manera de evitarse las molestias de andar por los talleres... ¡Ud. sabe lo que son los talleres!

– ¡Claro!

– ¡Uf!

Apretó el acelerador y lo sintió pesado, muy pesado. El frío... ¡je, je!... Paró, bajó, miró una rueda y emitió una fuerte maldición; miró la otra y le agregó un sabroso adjetivo, y cuando hubo mirado las cuatro:

– ¡Esto está hecho a propósito por alguno de esos infelices, fracasados, vende patria! ¡Esos miserables que todo el día no hacen sino poner dificultades a la obra de reconstrucción del gobierno! – La voz le temblaba pálida, fría, epiléptica de indignación. – No se puede tener ninguna tolerancia con esos individuos, cobardes. ¡No son capaces de respetar la propiedad del Estado!

– ¿Que pasó?, ¿qué pasó? –. Exclamaba el Sr. Presidente atemorizado ante las iras de un personaje tan importante. Se bajó apresuradamente a sumar su activa indignación.

– ¡Ya ve, ya ve, me desinflaron las cuatro ruedas! ¡Pero este es un pueblo de salvajes, que lo único que merece es palo y mano de hierro!... ¿Y ésto? –, dijo de pronto viendo la antena retorcida – ¡miserables!..., causar daño por el gusto del daño, eso es lo que no entiendo, ¡es cosa de salvajes! ¡Después quieren democracia, dónde se ha visto!, ¡hacer oposición en esta forma!

– ¡Pero ya ve Ud. qué cosa, qué calamidad, qué barbaridad, qué cosa!...

La señora Presidenta percatándose que de entrada terminaba el dulce paseo, se puso a buscar sus zapatos, mandando en exploración las piernas para uno y otro lado, ya que con el firme corsé en el cual se había embutido, le era completamente imposible doblarse en posturas gimnásticas. "¡Cipriano... Cipriano!", gemía llamando a su marido con un tonito apremiante y avergonzado a la vez, no queriendo delatarse completamente.

– ¡Caramba, qué trastorno – creyó oportuno exclamar también don Cayetano –, con la escasez que hay de divisas, las dificultades para importar!

– ¡Pero fíjese, la insensatez de estos individuos! Porque yo me pregunto: ¿quién es el perjudicado?... ¡El Estado!, porque a mí, ¿qué perjuicio me hace? ¡Nada! Si se rompieron las cubiertas, ¿quién paga? ¡El Estado!, y si mañana no puedo concurrir a la oficina para atender los importantes asuntos pendientes, ¿quién se perjudica? ¡El Estado!

– Pero qué cosa, qué calamidad, qué barbaridad, qué cosa – repetía el Sr. Presidente reprobando cíclicamente el acto y en forma indirecta a la oposición. Por fin, parece que el método le condujo a un juicio profundo:

– ¡Así no puede progresar el país, una lástima!

En eso se acercó un Agente de policía despertado de su sueño por las luces del automóvil y el disonante coro de voces, pero al no ver ningún muerto ni descalabrado, no caía en la causa del alboroto.

Se apoyó meditativamente en la trompetilla de su fusil a conjeturar sobre la extraña discusión de los ricachones, cuyo significado, ni con mucho esfuerzo podía traducir con suficiente velocidad al guaraní. Al fin lo distinguió el Dr. Madruga T. y decidió obrar con la eficiencia de un funcionario, para que hubiera constancia documentada y con testigos, del delito de daño, atentado y depredación.

– Aquí, venga aquí, mi hijo... – llamó al Agente y mostrándole una credencial: – Yo soy el Dr. Próspero Madruga T., funcionario del Ministerio de Justicia, del Ministerio de Hacienda, del Ministerio de Relaciones, del Ministerio de Industria y Comercio y Miembro de la Cámara de Representantes. Mirá, mi hijo, tenés que hacer un parte...

Y entró en detalles con el anonadado conscripto que maldecía la hora en que se aproximó a curiosear. Entre tanto la Presidenta había logrado que el Presidente le encontrara los zapatos y que hasta se los pusiera con manifiesto enojo por el menoscabo de su dignidad masculina delante de tantas personas extrañas e importantes. Don Cayetano y Estercita también estaban en pie, y esperando una ocasión propicia para despedirse del atareado denunciante. Por fin ésta se dio mientras el Agente desenredaba sus conocimientos para escribir los datos del informe.

– Esperamos que pronto lo hemos de tener otra vez por aquí, doctor – expresó emocionado, don Cayetano –. Mi humilde casa, a su disposición, a su entera disposición – agregó estrechando con calor y fuerza su gran mano de obrero honrado y padre lleno de ilusiones.

– Muy pronto voy a venir a visitarlo... disculpe Ud. el inconveniente – dijo enseñando el obvio trastorno del automóvil –, la otra vez que venga vamos a salir a pasear, ¿verdad Estercita?... ¡je, je, je!

– ¿Por qué no, doctor? – prometió sin comprometerse.

El Presidente y su consorte debieron aguardar hasta que el doctor rindió su paciencia ante la sudorosa ineficacia del Agente, para

transigir al fin con que todo se hiciera al otro día y que entre tanto el hombre quedara de guardia para atender el auto del Estado, hasta que el fatigado usuario pudiera descansar. Y una vez logrado ésto, se fue a dormir a la casa de los Presidentes, donde le ofrecieron una cama para reposar, reponerse del disgusto y esperar que se corrijan los trastornos causados al país en su persona.

Aún cuando el verdulerito pensaba que Estercita había obrado con premeditación y alevosía, de que había querido humillarlo, burlarse, aniquilarlo y otras lindezas, la verdad era que el desarrollo de los acontecimientos la había sorprendido tanto como a él. Cuando se acordó de su invitado le extrañó que no se le hubiera puesto cuando menos adelante, pero pensándolo un poco, lo comprendió todo. Entonces, bajando los ojos, le dedicó una cariñosa sonrisa, de la misma clase que podría usar para un gatito, y colgó la preocupación para después.

Le había resultado agradable su contacto con el Dr. Madruga T.; una suerte de experiencia que hasta ahora no había tenido. Sentirse cortejada, rodeada de atenciones por un señor tan importante, cuya compañía daba una jerarquía especial a su propio encanto. Eso lo pudo percibir y gozar de inmediato. Si al principio todos se consideraban con derecho a pedirle un baile, ahora, de un modo misterioso, ese derecho se convertía en un codiciado privilegio, en un paso en la carrera. Hasta las orgullosas señoras que solían pasarla por alto, ahora buscaban su mirada y le hacían halagadoras monerías.

Pero también percibió lo objetable: a medida que las principales damas y caballeros trataban de obtener interesadamente sus sonrisas, los compañeros de charlas y de juegos de la misma edad, se sentían oprimidos y alejados. Apenas uno de los aspirantes a

tenores se atrevió a pedirle una pieza, y fueron escasos los guitarristas y otros amigos de las tertulias y la pura alegría que osaron irrumpir y estar en el círculo del privilegio y de intereses, que se formaba sutil y firmemente a su alrededor.

¿Y el Dr. Próspero Madruga T.? Pues el doctor le dio en las narices con un raro y nuevo sabor a comida enlatada. Un sabor igual lo suponía apenas por las descripciones de las revistas. Ni se imaginaba que había terceros muy interesados en que le sentara al paladar.

Entre estos, en primer término estaba don Cayetano, quién se sentía muy satisfecho. Apenas llegado a casa, lo primero que hizo fue arreglar cuentas con San Antonio:

– Está bien, San Antonio, está bien – dijo poniéndole en su bolsillo la suma prometida y dirigiéndole una mirada amistosa, llena de admirativo reconocimiento. En realidad, tuvo un breve impulso de agregarle algo más, pero se contuvo pues no tenía por buena política excitar la codicia del abogado.

Las renacidas aspiraciones, con estos vientos, le hacían crujir las velas. Tanto, que de acuerdo a sus resoluciones anteriores de arriesgarse lo menos y emplear en todo un minucioso cálculo, resolvió no perder un minuto, anticipándose a los acontecimientos para que nada lo encontrase desprevenido.

No pudo dormir ni a esa hora, ni con tales exaltaciones. Fue pues a la cocina por unos restauradores y meditativos mates, hasta que se hizo hora no tan indiscreta para una visita a su padrino social y proveedor don Primo Estanislao, a quien consideraba capacitado para un buen informe, y sagaz para un mejor consejo. El amigo lo recibió cordialmente, aunque por naturaleza era algo seco y duro, como su negocio de suelas.

– Don Primo, anoche en el baile, este Dr. Madruga T. demostró mucho interés por mi hija. Dice que va a venir de nuevo a visitarla... Ud. sabe, la gente dice que es muy inteligente, que está bien con el gobierno, que ya tiene dinero... pero yo quiero saber qué clase de hombre es.

Don Primo empezó con una risita, y terminó sin decir nada, aunque fuese visible que estuviera meditando.

– ¿No me dice nada, no le conoce Ud., don Primo?

– ¡Jum!, le conozco a él, y conozco la clase.

– Eso es lo que quiero saber, si de qué clase es.

– Bueno – dijo hamacándose en la silla y hablando serio –. Es uno de esos individuos que están decididos a sobresalir, a tener dinero y a vivir bien.

– ¡Bueno, eso queremos todos!

– Seguro, todos lo queremos, pero hay que ver si qué cosa de nosotros mismos estamos dispuestos a dar para conseguirlo.

– Mire, don Primo, conozco a varios honrados padres de familia que darían el alma sólo por ser ricos.

– Seguro, eso se dice, pero la gente cree que se entrega el alma así como se da un melón, entera, cerrada, de una vez... ¡Ju, ju, jui! – rió de una manera artificial y amarga, desviando los negros ojos congestionados –, no es tan fácil. Nadie se entrega de una vez, hay que irse entregando cada día, ¡y en ocasiones varias veces al día! Además, parece que el alma tiene compartimientos estancos para propia seguridad. Si hay avería por un lado, se producen pecados conexos, en familia; hay quien roba en toda forma, pero no mata o viceversa. Hay coim*eros* y delatores que se creen honestos.

– ¡No me diga que es uno de esos!

– Mire, ese ha entregado el alma por el lado de la ilusión porque la ha materializado. Cambió su facultad de soñar con una alta empresa

poniéndose un estricto límite físico. Ama tanto su barro de carne y hueso que ignora el aliento de Dios. Por eso no se respeta como hombre, ni aprecia el honor, la dignidad, la fe. Es de los que tienen amo; pero no uno, sino cualquiera. El que tenga poder es su amo. Estos son los individuos que hacen posibles las tiranías, y hasta créame, ¡las hacen justificables! – Terminó enardecido don Primo, tanto que su interlocutor se retrajo algo atemorizado.

Pero después de un rato de silencio, se atrevió de nuevo:

– ¿Entonces cree Ud. que no debo permitir que un hombre de esos frecuente a mi chica?

Don Primo se levantó a pasearse con pasos más largos de lo adecuado para su estatura. Hizo como si fuera a coger una botella, pero bruscamente se contuvo y fue a parársele enfrente:

– Tal vez hice mal en decirle todo esto, don Cayetano; puede que pronto me arrepienta... es que personalmente me dan asco – dijo con un acentuado gesto de desprecio –, pero admito que la variedad humana es rica e innumerable la circunstancia. Es imposible afirmar que quien no hace una cosa no hará tal otra al cambiar la ocasión. Yo le hago la caricatura de un hombre, pinto sus rasgos más acusados para simplificar. Ud. mira esos rasgos y ve hasta dónde se le aproxima ese original u otro. Estamos obligados a simplificar para entender la vida, pero la vida misma es compleja, complicada, no se deja definir. ¿Verdad? – Y se le quedó mirando.

– Sí... no. La verdad...

– Que no me entiende, bueno, lo que quiero decir es que la felicidad de una pareja no depende de las condiciones ideales que a nosotros se nos ocurran, sino que ambas partes se correspondan, y nada más. Si a ella le gusta y puede convivir con ese sujeto que a mí me choca, ¿qué pitos hago yo con la teoría?... Ahora sí, no deje que la engatuse con paseos y regalos. Haga que lo conozca de cuerpo entero, si lo acepta entonces, yo le daría la bendición.

– ¡Gran consejo, don Primo! – dijo levantándose al sentirse afirmado en un concepto –, ya decía yo que de aquí saldría con algo.

Y se fue pensando que lo único que valía de toda la charla era esto último: "si lo acepta, le daría la bendición", es decir, el requisito mínimo, pues sinceramente, como ya le corría mucha prisa por el éxito, instintivamente se estaba echando tierra a los ojos para no mirar ni ver.

Y ese mismo día, cuando aún estaba entregado el doctor a su importante reposo, el servicial Sr. Presidente urgido desde temprano por su consorte, se fue al puesto telefónico a procurar comunicación con la secretaria capitalina del huésped, para hacerle saber que un pequeño inconveniente demoraría la hora de llegada del jefe, con encargo de que igual aviso se corriera a toda la línea de secretarias que debían hacer los complicados arreglos de las citas. Un taller mecánico movilizó a los cuatro primeros operarios que llegaron para que con gatos, infladores y palancas fueran a reparar el estropicio causado por la oposición, y la abnegada Ña Faustina apenas durmió con un ojo para lograr que las primeras y mejores ch*ipas* del mercado, leche ordeñada a la vista, manteca importada y reluciente vajilla formaran adecuada mesa para el desayuno de tan ilustre personaje.

Pero aun cuando su descanso no interrumpiera la labor organizada a su servicio, y aun cuando el Estado fuese el único perjudicado con todos sus trastornos, por la mañana el doctor se levantó con mucha prisa. ¡Hombre! ¡Tantos directores, gerentes y asesores detenidos a esperarlo! Estos intereses, si no encuentran un camino, inmediatamente tientan otros. El doctor lo sabía muy bien, y en

verdad él era un hombre dinámico, siempre de cita con la oportunidad.

Tomó su desayuno medio a escape y sólo por no desairar a Ña Faustina, con cuya benevolencia completa deseaba contar por el momento, se despidió "hasta luego" del Presidente y de un acelerón arrojó diez kilos de piedra y polvo a los embobados que contemplaban su partida. Frenó chillando frente a la comisaría, habló diez minutos con el Comisario, seleccionaron rápidamente una lista de los posibles interesados en perturbar la paz pública desinflando sus neumáticos, y una hora después, mientras irrumpía agitadamente en el primer despacho de su cadena de despachos, otra cadena de presos incomunicados iba a purgar las amarguras que había soportado el doctor, por directa implicación en ellas o por presunción del íntimo gozo y regocijo que el hecho les habría producido.

El doctor, con un motivo u otro buscó la forma de tener una breve entrevista con los respectivos ministros de su cadena de ministros; saludó a varios generales y a otros de menor jerarquía, pero con mando efectivo de tropa, dijo una palabra alentadora a varios inversionistas que ponían el capital en negocios comunes, y averiguó si a qué fiesta, o si a inaugurar qué paredón iría esa tarde Su Excelencia el Sr. Presidente, para tener así la oportunidad de alabar su eminente obra de gobierno, exaltarle su rendido entusiasmo y reiterarle su adhesión sin condiciones.

Antes del medio día, desde uno de los Ministerios, salía una camioneta llevando un tremendo ramo de flores, con una tarjeta que decía:

"Encantadora Estercita: estas flores son portadoras de mi mensaje de admiración incondicional e inquebrantable.

S.S.S.

Dr. Madruga T."

Cuando llegó el vehículo, tras andar averiguando dónde *mismo* quedaba la casa, Estercita dormía de nuevo la siesta, mas a pesar de la llegada inoportuna, no dejó de lisonjearle la delicada atención del Ministerio.

– Muchas gracias, dígale que le estoy muy agradecida.

– ¡Qué flores más hermosas, qué flores más hermosas! – exclamaba don Cayetano en camiseta y zapatillas batiendo suelas tras el mostrador –, ¿qué vas a hacer con ellas, Ester?

– No sé... voy a ponerlas en agua.

– Está bien, pero no te olvides de arreglarle un buen florero a San Antonio.

Esa misma tarde Ña Faustina envió un recado avisando que allí estaba el doctor y que se disponía a ir a visitarlos. ¡Jesús, qué apuro... para don Cayetano!, pero se pusieron unas sillas en el corredor hacia la calle, ¡y paciencia!, si la cosa había de resultar, ella resultaría por la chica, no por las comodidades de "La Suela". El doctor irrumpió a su hora con unas botellas de rumboso buen licor como obsequio al padre, y Ña Faustina con hielo, vinos y hasta platos y vasos para hacer graciosamente confortable la reunión. Claro que el doctor no se quedaba corto, ¡y sabía cómo disponer las cosas!

– ¿No tuvo mucho trastorno para llegar esta mañana, doctor?

– Bueno, tuve un poco de retraso, Ud. se imagina... pero felizmente tengo bastante organizado el trabajo, y todo marcha... ¡je, je! Esta tarde me fue un poco más difícil salir de un compromiso. Tenía que ir a una reunión con asistencia presidencial... ya me parecía que no iba a poder visitarlos, pero después me informaron que el Presidente estaba indispuesto, ¡qué suerte... je, je!, y entonces rápidamente desaparecí y me vine.

– ¡Qué buena idea, qué buena idea! –. Lo comentó amablemente don Cayetano, pero allá en el fondo, ¡paf!, sintió el impacto físico de la advertencia de don Primo.

Poco después Ña Faustina maniobraba para lograr un aparte favorable al doctor, mientras ella y su esposo daban de beber, acompañando, a don Cayetano, que se sentía cada vez más eufórico, revelándose con creciente energía contra las torpes mezquindades del amargado vendedor de suelas.

A las siete y media propuso el doctor:

– ¿Por qué no vamos todos a cenar a la Asunción?

Se levantó un coro de enternecida protesta:

– ¡Cómo!

– ¡Tanta molestia!

– ¡Por qué no comemos aquí no más, en el Club!

– El cantinero siempre tiene milanesas y ensalada de papas...

– ¡Por Dios!

– Yo tendría que vestirme.

– Claro, así no podríamos ir...

– ¡Es una ocurrencia!...

– ¡Qué doctor Madruga T.!

El auto corría en la noche, ágil, suave y silencioso como un sueño con buena digestión. La radio era excelente, ellos iban alegres, y todo salía bien. Comieron, bebieron, bailaron un poquito y por cortesía también lo intentó don Cayetano con la esforzada Ña Faustina, pero la nota alta fue la verificación, corroboración, comprobación hasta la saciedad de la solidez, de la ascendencia y prestigio del doctor.

– ¡Una mesa para el doctor Madruga T.!

– Ya no queda ninguna.

– Déle la que está reservada para el Embajador.

Después:

– Para el doctor tenemos un vino especial.

– ¿Está bien servido, doctor?

Y llegado el momento de la adición:

– Traiga le firmo, y me la manda mañana de 9 a 9 y 30 allí, al Departamento de Comercio del Ministerio.

– ¡Oh, qué ocurrencia, doctor! Las cuentas suyas se pagan con el honor de la visita.

– ¡Je, je!

Entre tanto, después de meditar toda la noche y todo el día, Pedrito llegó a la conclusión de que tal vez Ester no fuera tan culpable de su olvido. Tal vez él tuviera una buena fracción de la culpa, por no haberse animado a saludarla. Si ella le había pedido que fuera, la cuestión hubiera sido decirle cuando menos: "aquí estoy". Resolvió pues hacerle una pasada como por casualidad, por si era visto, llamado y acaso consolado de las amarguras de la ingratitud. Fue, y vio que por la casa vacía, sólo trajinaba en la obscuridad la silenciosa Iluminada, y que por fuera quedaban a la vista, a medio recoger y abandonados a la honradez de todos, los restos del principesco aperitivo. Y en la calle de suaves pastos, las impresionantes huellas del carro de guerra del doctor, con su tropa de furiosos caballos voladores.

– Vino otra vez el "anteojo".

Y lo que era aún peor...

– ¡Se fue con el "anteojo"!

Los agasajos se sucedieron vertiginosamente: paseos a San Bernardino, a Caacupé, a todos los ríos y arroyos posibles; a los cerros y a los llanos, y cuando se acabó la novedad del agua y de la tierra, empezó a pensarse seriamente en algún pic-nic por avión. Una noche se vino de serenata con media orquesta sinfónica, y como del traqueteo y exposición al sereno resultaron algunos profesores con ataques reumáticos y constipados, prometió que otra vez vendría con alguna más aguerrida banda militar.

La que pretendía hacer de mamá en todas las salidas era naturalmente Ña Faustina, quien, de súbito se había adentrado en la familia con una intimidad enternecedora.

– No se moleste, don Cayetano, si yo la puedo acompañar.

– Sí, claro, ¡con Ud. puede ir a cualquier parte! – exclamaba sonriendo zalamero el viejo, pero, ¡maní, a él no se le iba a pegar esta *ligadora*!, y así, el esforzado padre, apenas sonaba la trompeta, daba un portazo a sus tareas de rutina y se iba de excursión a cumplir con sus deberes esenciales. Para este efecto, Quispe hubo de crear algunas prendas que mezclaban la economía con una sobria elegancia, y hasta se hizo de un pantalón de baño a la moda para chapotear por los arroyos en función de garantizadora policía.

Y aún cuando "La Suela" trabajase con fuertes mermas, el enjuto patrimonio, en verdad, no disminuía, pues los generosos regalos del doctor se iban atesorando necesariamente por imposibilidad de consumir. Cajas de vinos y licores, comestibles importados, cigarros embriagadores, colonias y perfumes, pañuelos y corbatas que revelaban un cariño delicado, íntimamente filial. Y esto, claro, sin contar los agasajos a la chica...

Y cuando las cosas menores ya perdían originalidad, un día se encontró con que unos camiones estaban descargando ladrillos, piedras, tirantes y tejas en el patio de la casa.

– ¿Qué es esto? – preguntó alarmado creyendo que deprisa tendría que enmendar algún error.

– Una zoncera, don Cayetano... un contratista amigo que me debe algunos servicios me ofreció algún material, y le dije que los trajera aquí... ¡je, je! Ud. sabe, hay que aprovechar. ¡Estos tipos ganan lo que quieren!

– ¡Pero ésto es demasiado, doctor! ¡Yo no puedo recibir ésto! – volvió a argüir intranquilo, y a la vez con un extraño cariño por estas piedras que removían en él un viejo sueño y constante vocación de levantar algo con las manos.

– ¡Si a mí no me cuesta nada, por qué se preocupa!...

Hasta le pareció que estuvo a punto de agregar "papá". Porque estaban llegando a un grado de confianza e intimidad que le ponía en las manos la realización de todos sus sueños. En ciertas oportunidades, cuando pensaba en ellos resplandecía de esperanza y felicidad. Aún pasando por alto aquello de la prosperidad económica, se veía a sí mismo como a un patriarca honrado, rodeado de nietos, con importancia social y considerado por los amigos como hombre útil a la colectividad, por sus consejos sanos, moderados y progresistas.

Con la ayuda del doctor – el hombre siempre necesita de alguna ayuda – podría conseguir amplios créditos para importar buena maquinaria, y entonces, producir calzado del mejor, ¡y más barato! Si en este país la materia prima era espléndida, la cuestión era organizar esas potencias dispersas, ¡dar orden a una ebullente y anárquica realidad!

¡Todo era tan lindo!... Todo hubiera sido diáfano y espléndido, si allá en un rincón del cerebro no estuviese un foco séptico, una pústula venenosa: ¡las condenadas palabras de don Primo! Pues si él no estaba en condiciones de verificar aquello del "servilismo", se le iban revelando otros caracteres que presentaban al doctor como a un hombre de pocos escrúpulos, "resuelto a triunfar", como lo había pintado su consejero y proveedor de suelas.

El primer indicio lo tuvo un día que fue a la sastrería "La Tijera" a

urgirle a Quispe una confección. También estaba el director de la escuela nocturna, un individuo famélico, de cutis pardo amarillento, de largos dientes separados, que discutía la forma de poner al derecho un saco que años antes, para asistir a un casamiento, lo había vuelto al revés. Cuando don Cayetano se refirió al doctor Madruga T., el otro dijo:

– Conozco al "se–ñor" Madruga, fue mi condiscípulo...

– El "doctor" Madruga T. – rectificó don Cayetano, para quien el título tenía importancia mística y capital.

– El "se–ñor" Madruga apenas recibió el título de bachiller por recomendación especial del Regimiento 4 de Artillería...

El dueño de casa queriendo evitar que se agriara la discusión, tosió discretamente expulsando de la boca agujas y alfileres, con cuyo asombroso efecto logró distraer la pugna.

Don Cayetano se tragó la amarga píldora, pero esa misma tarde resolvió poner en claro la manifiesta difamación:

– Dígame, doctor... ¿Ud. es doctor en leyes, verdad?

– No, mire – el doctor se olió el chisme con una sensibilidad de virtuoso para el acorde – en realidad no soy recibido... ¡je, je! Me faltan unas asignaturas – podían ser dos o treinta – pero la gente me llama "doctor" por simpatía, por respeto, y eso ayuda, para qué contradecir... ¡je, je!

– ¡Claro, claro! – se apresuró a manifestar su acuerdo el padre, lleno de comprensión y tolerancia, mandándose un buen trago del regalado whisky para acomodarse mejor con la idea. – ¡En este mundo no hay que perder ventaja!

– ¡Pero claro!

Don Cayetano se dio otro trago y ya que estaban en un terreno de francas revelaciones, le preguntó algo que también le tenía intrigado:

– Y dígame, doctor, ¿qué quiere decir la T. de su apellido? Unos me aseguraron que Ud. era Madruga Thompson, otros Texeira y algunos Madruga Tamandaré.

– ¡Je, je!... mire, en realidad suelo insinuar diferentes apellidos según la ocasión... así cuando voy al Brasil, me llamo Madruga Texeira, y digo que tengo ascendencia brasileña... ¡je, je!, eso conmueve a la gente, abre camino, ayuda... Cuando voy a los Estados Unidos, me llamo Thompson, entonces tengo ascendencia anglosajona, ¡que en estos momentos tiene tanta importancia!... y cuando voy a una reunión nacionalista, soy Madruga Tamandaré, descendiente de caciques... ¡ja, ja, ja! – se rió esta vez con una amplia carcajada, a la que se unió gozoso don Cayetano lleno de sincera admiración.

– Pero dígame – continuó don Cayetano cuando se hubo sosegado y después de festejar el ingenio con otro buen sorbo –, dígame, ¿cuál es su verdadero apellido?

– ¡Toscanelli, don Cayetano!

– Pero... ¡pero entonces Ud. tiene ascendencia italiana!

– Pero claro, don Cayetano, ¡de la bella Italia!

– ¡Entonces estamos todos en familia! ¡Venga un abrazo! – y se levantó medio tambaleante, con los brazos abiertos, para estrechar sobre su corazón a este lejano pariente consanguíneo, ¡el doctor Próspero Madruga Toscanelli!

El reconocimiento fue ampliamente celebrado, pero a la madrugada siguiente cuando meditaba con sus solitarios mates en la cocina, volvió a presentársele la objeción moral de la conducta: las amargas observaciones de don Primo. Sí, era un hombre sin escrúpulos, generoso, inteligente, educado, simpático, de ascendencia italiana... pero... y le taladró una idea. ¿Si el tal apellido Toscanelli fuera otra burla? "San Antonio, ¡si éste también puede ser de ascendencia etíope o japonesa!", y en el silencio del patio vacío rió fuerte, sin

alegría, con una mezcla de contento falso y resignación.

Había otra cosa que le preocupaba por una parte, y tampoco dejaba de satisfacerle, según cuál fuera la corriente de sus sentimientos: a Estercita parecía que el imponente personaje, a pesar de tantos despliegues de poder, no le causaba una impresión definitiva. Por una parte, todo el tenso velamen de sus sueños peligraba, pero por la otra sentía el orgullo de la personal calidad de su Ester. No se dejaba embaucar por el aparato exterior, por lo visto requería algo más profundo, tal vez un requisito de mayor intimidad. Hasta el momento no había dicho concretamente que no, porque todos se habían guardado bien de ponerla en situación de tener que hablar en forma definitiva. Pero tampoco demostraba tendencia a decir que sí. De haber tenido más conocimiento social, hubiera comprendido que de hecho se comprometía al aceptar abiertos y espectaculares festejos de una persona, pero quienes le hubieran podido advertir, justamente deseaban el compromiso.

Y el doctor Madruga también se dio cuenta de que no lograba impresionar el corazón de la niña. Ni los regalos, ni los paseos, ni el brillo de las promesas conseguían hacerle entrever una esperanza firme, cuando por su parte él ya tenía prendido el anzuelo en las entrañas. Después de unos días de desconcierto, de suspiros y de furiosos gritos a los pobres diablos que necesitaban de su buen humor, pensó que lo mejor sería insistir en asegurarse la cariñosa buena voluntad del padre cuyas tiernas emociones ya sabía cómo acariciar.

Madruga no llegaba a entender que lo que irritaba a Estercita era esa forma de aluvión con que descargaba sus beneficios. Por más que ellos tuviesen el santo propósito de agasajarla, arrasaban con su único y viejo privilegio de hacer lo que le daba la santísima gana. El doctor no proponía, no consultaba, aparecía de sorpresa:

«Vengo a buscarlos para ir a comer... ¡je, je!», ó «Estercita, le traje estos aros porque me parecieron muy lindos para Ud. ... ¡je, je!»

Decididamente el doctor no creía que nadie en el mundo pudiera no recibir con gusto una opípara cena, un paseo en su largo y brillante carro o un presente magnífico, aun cuando no trajera envoltura adecuada para una propia personalidad. ¡Pero es tan complejo el corazón!, y Estercita se revolvió en una suspirante búsqueda del tonto de Pedrito, como solía llamarlo, porque justamente se amoldaba mejor a los ángulos firmes de su carácter libre. Por esa razón, la puso muy contenta la singular visita de Sosa-í, a quien una siesta encontró jugando al bolero con un palo y un hueso, en la misma acera de su casa.

– ¿Vos sos la señorita Estercita?

– ¿Sí, qué querés?

– Nada.

– ¿Por qué querés saber mi nombre?

– Para saber, ¡isch!

– ¿No me querés decir para qué?

– Yo ya sabía luego tu nombre.

– ¿Ah, sí?, ¿quién te contó?

– Pedrito.

– ¿Le conocés a Pedrito?

– ¡Sí! – respondió con énfasis Sosa-í –, es mi amigo luego. Me regaló un autito con cuerda – y agregó pensando en el juguete: – ¡formidable! – La miró ahora un rato con cierta seria ansiedad y tomó la iniciativa para ofrecerse en su disposición recaderil: – ¿No le mandás decir nada?

Ester rió, pero no había trampa en la actitud, y sobre todo sabía que sin su iniciativa y aliento, no crecerían flores en aquel jardín.

– Decíle que me venga a ver mañana a la salida de la Academia.

Sosa-í salió corriendo, contento como un pájaro que vuela dichoso

a su cita de amor. Su tierno corazón ya experimentado en la sabiduría de la vida le hacía comprender que llevaba una noticia feliz a su amigo bueno y desgraciado.

A medida que se iban aproximando las situaciones decisivas y llegaba la oportunidad de jugar la carta final, don Cayetano sentía la grave responsabilidad de decidir sobre el porvenir de su hija, de emplear con acierto la bendición de belleza que le había dado Dios, y de rescatar de los abismos del olvido los postreros saldos de su propia felicidad.

El doctor Madruga Toscanelli, que ahora resultaba no ser doctor y que podía no ser Toscanelli, era un excelente candidato si se consideraba su condición actual, pero no se le veía un correspondiente pasado que la explicase, ni tampoco un porvenir independiente de su carrera política. Su patrimonio, o se ocultaba, o sólo tenía como soporte la habilidad del doctor de permanecer en la superficie, con unas buenas conexiones, cada vez que se producían algunos de los cíclicos naufragios de los salvadores de la patria. Evidentemente, la rumbosa vida del doctor no se solventaba con los escuálidos sueldos de la Administración, luego, habían otros recursos que no estaban manifiestos, alguna sabia colocación del capital en compañías anónimas o ingeniosamente disimuladas.

Estos y otros detalles preocupaban a don Cayetano. Y así, antes de dar su apoyo decidido al candidato, que él con los residuos de sus costumbres europeas aún creía final y decisivo, resolvió indagar un poco más, asegurarse de otros factores importantes que le estaban inquietando.

Por esa razón, una tarde acogió con mucho agrado la idea del doctor de esperar conversando un rato, en lugar de ir por Ester o hacerla

buscar a la casa de una familia amiga de la vecindad. Y después de allanar el camino con unas bromas amables, de servir unos vasos de buen whisky, del que ahora había permanente provisión y cuando ambos ya se sentían en plena intimidad, fue Madruga quien primero trajo a cuento el importante tema:

– Mi estimado don Cayetano, Ud. sabe que yo tengo las mejores intenciones para con su hija... ¡je, je! – dijo acomodándose los anteojos con las manos rellenitas, bien cuidadas.

– Sí, doctor, Ud. nos hace un gran honor.

– El honor es para mí, don Cayetano, ¡una chica como Estercita merece lo mejor!

– Ud. justamente es lo mejor, doctor... – y allí no más desabrochó sin vueltas el primer problema: – por eso tiene Ud. muchos enemigos, gente que le envidia.

– ¡Ah, eso es indudable! Ud. sabe cómo es aquí la envidia... – dijo torciendo la sonrosada boca con desprecio – pero no hay que hacerle caso. ¡Que se mueran fracasados, amargados!

– ¡Cierto, doctor, cierto! Ud. sabe cuál es su conducta, y si su conciencia no le reprocha...

Tocada la llaga, de inmediato el doctor Madruga asumió una actitud de marcado interés y enderezándose en la silla, se dispuso a dar satisfactoria explicación:

– Mire, don Cayetano, si Eisenhower, Eden, Adenauer, Kruschev y toda esa gente se pasa el tiempo rompiéndose el cráneo para arreglar el mundo y no pueden, ¿cómo diablos voy a arreglar el mundo yo?... ¿Quién me paga a mí por arreglar el mundo? ¡Pero! – exclamó levantando los brazos y saltando en el asiento –, ¡hágame el favor!... Hay que ser práctico, hay que tomar el mundo como es, don Cayetano, y acomodarse a vivir en él lo mejor que se pueda.

– Cierto, cierto... – admitió el pobre zapatero bastante amilanado por la repentina vehemencia del doctor.

– Por ejemplo, a la gente le choca que yo tenga un auto lindo... y para dar gusto a la gente, ¡tendría que andar en tranvía!

– ¡Bah! – Desechó don Cayetano no pudiéndose imaginar al doctor metido en tal artefacto.

– Mire, don Cayetano, hace dos años cuando estuve en Europa, nueve después del fin de la guerra mundial, ¡la gente ya ni hablaba de eso! Había trabajo, prosperidad. Por las calles los vehículos colectivos, ómnibus y tranvías iban y venían para todos lados. No había problemas de transporte, y nosotros, ¡noventa años después de la guerra no podemos tener ni camiones para amontonar adentro a la gente!

– Cierto... – corroboró afirmado en su reiterada experiencia el zapatero.

– ¿Qué hace Ud. entonces si no es un bodoque?... ¿Esperar noventa años más hasta que haya colectivos? ¡No! Conseguirse un colectivo para Ud. solo... esa es la solución práctica, y la única que tiene Ud. a mano. Si no está en su mano arreglar el mundo, Ud. se arregla el propio, ¿no? – argüía acaloradamente, y aunque la tesis tenía su cinismo, se veía que la había roído, y que esperaba comprensión. – Muchos dicen de mí que soy un hombre sin principios, que me enchufo con el primero que agarre por el mango la sartén...

– ¡Oh! – comentó don Cayetano, rehusando con un amplio gesto semejante cosa estrafalaria.

– Lo que pasa es que ellos, ellos... – recalcó refiriéndose evidentemente a los que cogen la sartén por el mango – son todos iguales, aunque por causa del odio se crean diferentes... ¡je, je! ¿Por qué voy a ensuciarme yo por sus pasiones? ¿Quién me paga para eso? Cada uno de ellos es fiel, no a principios, sino a sí mismo, a sus simpatías, a sus odios. No a un partido, apenas tal vez a un grupito, a personas, y entonces, ¿por qué regla de tres yo había de ser más papista que el Papa?

– Es una razón – sentenció después de una pausa don Cayetano.

– ¡Hay otras! Yo sé lo que quiero y hago lo necesario para conseguirlo. De vez en cuando el hueso está en el medio de la calle a la vista de todos. Unos esperan que se lo ofrezcan en su casa; otros quisieran correr a recogerlo, pero aguardan la obscuridad, en fin, disimulan el apetito. Yo apenas lo veo, me lanzo, lo alzo y hago lo que todos hubieran querido hacer, y por eso me odian.

– Es cierto.

– Si, señor, es cierto, ¿y qué pasa? Los que no consiguen agarrarlo nunca, empiezan a razonar para justificarse. Sólo ellos tienen principios, sólo ellos tienen moral... ¡ja, ja, ja! Se pasan diciendo esto por años, pero de pronto, ¡zas, cazan el hueso! Se olvidan de todo... una embajadita de segunda es una esponja perfumada y discreta, y un ministerio, ¡Dios me libre! ¡Por un ministerio se hierven de nuevo y se recocinan todos los guisos! ¿Quiere ejemplos? ... ¡Le puedo dar por docenas!

– Bueno, doctor, hay también hombres honrados...

– Y ha de haber también entre los dormidos; ¡pero que no me hablen a mí de principios! – volvió a exclamar levantando los brazos con un hinchado énfasis. Después rebajó la actitud hasta un nivel confidencial: –, pero no hay que descuidarse, don Cayetano, ¡entre los opositores hay demasiados comunistas!

– ¡Ah, sí, no me diga!

– ¡Claro!, ellos son los que todo el día están hablando de principios, democracia, libertad, elecciones y otras macanas... ¡Pero son unos tipos! Piden aquí libertad, pero en Rusia, ¡guay! ¡Ahí está Hungría! En Rusia los que piden libertad van de cabeza a la cárcel; las elecciones se hacen por lista única de un solo partido, nadie sino el gobierno hace propaganda, ¡los diarios dicen solamente lo que el gobierno quiere! Hace un tiempo, Stalin era un dios, después quedó convertido en un monstruo y ahora es un bárbaro pasable.

Porque había una radio de la oposición, le interferían con todas las estaciones del ejército, la marina y la policía. ¡Todas las fuerzas públicas para oponerse a una radio destartalada, ja!, ¡y después dicen que ellos tienen la verdadera libertad!

– ¿Pero se animan a decir todavía que hay libertad?

– ¡Claro!, y en sus novelas no hablan sino de la libertad y la felicidad del pueblo; igual en el cine, siempre el pueblo está cantando o bailando o recogiendo cosechas, ¡y los diarios solamente hablan de prosperidad, de abundancia, de reconstrucción, no hay miseria, progreso solamente, abundancia! ¡Ja!

– Pero dígame una cosa, doctor, aquí también los diarios hablan así. – Insinuó con timidez don Cayetano.

– ¡Ah, eso es diferente! – atajó terminante el otro.

– ¿Por qué?

– Porque nosotros somos del mundo libre.

– ¿Aunque no haya libertad?

– Claro.

– ¿Por qué?

– Porque estamos del lado de Norteamérica y allí dicen que hay una gran democracia y libertad.

– ¿Y por eso no más?

– No, y también porque en Norteamérica se fabrican las mejores y más refinadas bombas atómicas de los últimos modelos aerodinámicos, y Ud. sabe, esa es una gran garantía para nuestra civilización.

– Esa es una verdadera garantía – murmuró don Cayetano impresionado por el realismo del argumento. Evidentemente este mozo sabía donde pisaba, no se andaba con tonterías declamatorias. Le hubiera gustado seguir escuchando para confortar sus calladas

preocupaciones de eterna soledad, pero se vinieron Ña Faustina y su marido el Presidente que ahora se cobraba con voraces tragos el acierto de haberles invitado a su mesa la noche feliz del debut en sociedad de Estercita.

La conversación no había tenido su remate lógico, el que al principio parecía insinuarse, pero ello, lejos de afligir al zapatero, le llenó de júbilo. Así podría meditar un tiempo adicional, entregarse a su manía de analizar conjeturas sin verse obligado a comprometer una respuesta. Y se pasó la noche masticando su problema.

Claro, desde un punto de vista moral, el mozo podía ser objetado, pero era evidente que sabía vivir. No se engañaba ni se dejaba desorientar por palabrerías ni frases de relumbrón; era un hombre para triunfar en su medio. "Si en noventa años no se ha podido solucionar el problema del transporte colectivo, hacerse de un colectivo para uno solo". Principio sólido, y hasta moralmente aceptable. "Todos ellos... sólo son fieles a sí mismos, y entonces, ¿por qué regla de tres yo les habría de guardar fidelidad?". Otra declaración maciza, llena de reciprocidad y sabiduría: "Me adelanto a hacer lo que otros hubieran querido hacer, y por eso me odian". ¡Profundo conocimiento del corazón humano!... "Por un ministerio se hierven de nuevo y recocinan". Perspicacia, vuelo, gran visión... No había hablado sobre la posibilidad remota de algún cambio catastrófico que lo dejara fuera de la cofradía del poder, y evidentemente no se había dicho que hubiera tomado precauciones de esa naturaleza, pero no era un estúpido para dejar tales cosas a la vista. ¡Un político con tal sentido práctico era seguro que estaba en directa relación con algún banco suizo o americano! "¡Vaya, seguro pero seguro!"

Sobre estas bases le pareció legítimo y sabio influir sobre Ester, pues un porvenir brillante como este difícilmente se le volvería a presentar. Ni aun casándose con un doctor auténtico podría tal vez pretender la posición y la riqueza que lograría con este falsificado,

pero que tenía el conocimiento real y recóndito de la vida. Don Cayetano era un inmigrante que había venido a buscar y quería riqueza. Aquí había riqueza, poder, influencia. ¿Qué más podría pedir? Habría situación y brillo para sus nietos, consideración y respeto para él. Tal vez hasta alguna dignidad en la comuna o en esas comisiones oficiales que se entregan al uso y deleite de las fuerzas vivas.

Pero allá en el frío de la madrugada un pensamiento empezó a conturbarle. Una hipótesis que al ser desarrollada adquiría aspectos amenazadores en este mundo dividido en bandos. En efecto, la política internacional estaba siempre convulsionada y hacía pocos días que había leído una advertencia del presidente Eisenhower sobre los peligros del creciente poderío soviético. El Secretario de Estado Mr. Dulles también había hablado de "seria amenaza". "¡San Antonio, qué te parece!" Arreglamos todas las cosas en casa y si ellos empiezan a los bombazos, ¿qué hacemos nosotros? La cosa era seria, real, y lo peor, que según los entendidos, ello podía acontecer en cualquier momento, sorpresivamente, sin decir "agua va". El mozo, a los de aquí, se los tenía cocinados y metidos en un bolsillo, ¿pero qué pasaba si el cambio ocurría allá?. "¡Justamente ahora que todo marchaba sobre rieles!". Se levantó así como estaba de la cama, con el amable calzoncillo y la suave camiseta, y se fue a remover el fogón por unos iluminativos mates.

Había una luna menguante, sin mucho brillo, escapándose del cielo, y sólo las grandes estrellas mantenían su iluminación. "Esto debe aclararse", lo resolvió a las cuatro, y en efecto, estaba por salir el sol.

Y esa misma tarde, apenas apareció el Dr. Madruga T., lo cogió de un brazo y se lo llevó a un rincón propicio para una consulta seria:

– Dígame, doctor, Ud. me dijo ayer que nuestro Superior Gobierno estaba a favor de Norteamérica.

– Claro, como todo gobierno verdaderamente democrático.

– También me dijo que aquí había muchos comunistas.

– Sí, muy peligrosos, que están a favor de Rusia.

– Y dígame, doctor, es una suposición nada más... nada más que una suposición – susurró don Cayetano con todas las precauciones, para evitar ser mal interpretado: –, ¿qué nos pasa a nosotros si estalla la guerra y, ¡Dios nos libre!, Rusia gana?

– No, y en ese caso... nos adherimos rápidamente a la democracia soviética, que también tiene sus ventajas, y sobre todo es más radical con la oposición. – Afirmó el doctor con toda seriedad.

– ¿Y qué harán esos comunistas que todo el día están diciendo barbaridades de Ud. y del gobierno?

– ¿Esos perturbadores? Se los mete presos... y si colaboran, se les da un carguito. Así se hizo con los aliadófilos cuando ellos ganaron la guerra... ¿Se aflige Ud. por eso? ¡Ja, ja, ja! – rió alegremente. – Mire, don Cayetano, aquí lo que vale es quién manda, nada más.

Mentalmente le concedió a su hija en matrimonio. ¡En estas seguras manos podía depositar tranquilo el porvenir común!

La idea no tiene fuerza; tiene fuerza el hecho vital. Sobre este lema Madruga construía su carrera, y a la verdad, con éxito. Y don Cayetano demostraba estar ampliamente convencido... pero una cosa es aceptar una conclusión, y otra distinta llevarla a efecto.

Así, mientras por sólidas y cuidadosas consideraciones decidía que el hombre ideal para afirmar en América su solitaria raíz y recuerdo era el Dr. Próspero Madruga T., a quien desde luego concedía la mano de su hija para que la hiciese feliz, y para que extendiera esta felicidad sobre sus propios últimos años, por otra parte no sabía en firme si cómo aceptaría la interesada a su futuro bienhechor y marido.

Y el caso es que ésta, sin pensar ni considerar nada de nada, y sólo porque el candidato le era antipático, había seguido encontrándose con su simple adorador y escudero Pedrito, quien nunca le decía nada, ni le pedía nada, ni aun le regalaba nada, porque su amor en ese momento iba mucho más allá de todo miramiento terrenal y humano, para sublimarse en una suerte de pura contemplación.

Cuando Ester se había desprendido del turbulento y ejecutivo Madruga e iba a encontrarse con Pedrito, tenía la sensación de salir de un ómnibus con 150 pasajeros para ir a sentarse en la fresca terraza de una heladería, donde podía respirar y regalarse a gusto el paladar. Se daba perfecta cuenta de que su padre deseaba que se entendiese con Madruga, que Ña Faustina y su esposo el Presidente remaban sin pausa, y de que algún premio les esperaba en la meta. Se daba cuenta por el agasajo de los vecinos a cuyas casas concurría, que la cosa se daba como un hecho inminente y sumamente feliz. ¡Pero no le caía el doctorcito!... Por más que miraba con dulce complacencia las estupendas líneas de su automóvil oficial, no conseguía pasarlo, le era simplemente antipático... odioso, ¡ay! Cuando su padre, como más conocedor del mundo, le hablaba de las maravillas que uno podía ver y recorrer y gozar con un buen puñado de dinero del Estado; de los maravillosos hoteles y paquebotes cuyas alfombras y espejos estaban especialmente diseñados para mantener a la gente en una muelle nube de sonrisas, ella se quedaba fría, porque todo había de verse y gustarse a través de los estúpidos anteojos "¡je, je!" del Dr. Madruga T., y de su espléndida vanguardia de dientes tipo Hollywood, made in U.S.A.

Con otros pocos años tal vez se hubiese esforzado más, ya hubiera sentido mejor el requerimiento de seguridad como factor de equilibrio del puro instinto sentimental. Pero ella vivía la maravillosa aventura del principio de su primavera, de la fuerza que empuja desde adentro, de la vida que va buscando con urgencia formas. En ese momento el futuro es mañana o pasado, un corto plazo que se puede sustentar con pan y cebolla. Es un proyecto de juventud eterna, cuyos próximos diez años no tienen fin, o se

pierden allá en la bruma inconcebible, así como los diez que han pasado previamente. No le gustaba el doctor, porque era gordito, de cara vulgar, era bajo, tenía la mano blanda y porque nunca se había dignado comprar un solo par de zapatos de "La Suela".

¡Era tan fácil estar con el buen verdulerito! Era tan fácil dejar correr el gusto de vivir como una fuente de agua clara sobre piedras limpias, sobre piedras lavadas y enjuagadas con la buena fe, donde todo es diáfano y está a la vista, y en cuyas sombras perfumadas de esencia vegetal se enrosca a dormir algún fatigado rayo de sol. Tomarle de la mano, dejarle la mano tomada e irse caminando por las sendas confidenciales, sentirse ceñida por la brisa y envuelta por la maravilla de Dios llena de aroma de tierra húmeda y polen, y estar, darse sin cuidado, saberse querida, sin sentirse apremiada. Dejar correr la espera hasta el momento siguiente y el siguiente, convertir la vida en pura promesa de felicidad. Paz... En una mañana así se le había ocurrido que el cielo no era solamente aquel profundo horizonte azul, sino que todo era cielo; que la profundidad empezaba desde su mismo límite y que también estaba detrás. Infinito adelante, infinito atrás, y ella feliz, porque estaba saturada de promesa y porvenir.

Pero el único modo de ser feliz es arrimarse un instante a la llama inefable y después ser capaz de soñar dulcemente con ella. Porque no nos está permitido detenernos más de un breve momento. Existimos formando parte de un amplio frente de líneas quebradas, de espesor desigual y desiguales tiempos. Nos arrastran; nadie puede quedarse a esperar que terminemos de gozar la dicha o comprender la dicha que gozamos. Hay que vivir... ¡Pobre Estercita!, ella no se imaginaba que la gente a su lado estaba apurada, que tenía muchas cosas que hacer y que estaba muy interesada en que ella bajase del cielo de su adolescencia a pagar sus cuentas con la realidad.

En efecto, un día Ña Faustina, con mucho revoloteo de párpados y actitud de secreto, le dijo:

– ¡Tengo que contarte una cosa que te interesa muchísimo!

– ¿Qué es, qué es, Ña Faustina? ¡No me ponga Ud. curiosa!

– Te voy a contar, pero si no vas a decir una palabra a nadie, y sobre todo, no le digas nada a tu papá.

– Bueno, le prometo, ¿pero qué es?

– En estos días el doctor Madruga va a pedir tu mano.

– ¿A quién?

– ¿A quién va a ser?, a tu papá... pero a lo mejor yo te estoy diciendo cosas que ya sabés...

– Yo no sé nada.

– ¿Nada?

– Nada.

– Bueno. Te querrá dar una sorpresa. ¡Es un hombre tan "bien", el Dr. Madruga! ¡Sos la chica de más suerte de todo el pueblo! ¡Vaya, las que te estarán envidiando!... Porque vos sabés, mi hija, que festejo como festejo, eso lo encuentra cualquiera, pero uno dispuesto, decidido, ¡ay, eso no se encuentra así no más! Y después, él no va a andar con muebles por cuotas, ni comida de vianda, ni casa de pensión. Nada. ¡Aquí todo va en grande y en efectivo, tin, tin!... Bueno, también se lleva una alhaja, una joya que lo va a adornar en cualquier parte, ¡en cualquier parte! – repitió dando un amplio sentido extraterritorial, continental, a la afirmación –, porque vos, Estercita, no es porque estás presente, ¡pero sos una pre-cio-si-dad!

¡Caramba, y claro que era una sorpresa! Si ni se imaginaba que todo había de tener tan inmediato desenlace, si ella creía que la cosa podía seguir indefinidamente así, sin bruscas decisiones; como María que hacía tres años que estaba de novia; como Pituca que andaba con Miguelito desde el tiempo de la escuela, como Lolita que... ¡puf, ni sueños de casamiento!, y hasta Margarita Acevedo

que ahora no más se apuraba... ¡Pero qué trastorno! ¡Dios mío!, ya veía venir los arduos razonamientos, los ruegos, las presiones para forzar su resolución.

Hasta ese momento ni siquiera a ella misma le parecían objetables e irregulares sus encuentros con Pedrito, y entre la gente, solamente aquellos muy avispados los miraban sonriendo con malicia. Pues resultaba casi imposible considerar a este pobre muchacho un elemento peligroso, perturbador, en situación de hacer competencia al Dr. Próspero Madruga T., hombre de autos, camionetas y una importante cadena de despachos en el Poder Ejecutivo y sus otras dependencias.

Pero regular o irregular, ante el hecho, lo primero que ella pensó fue recurrir a Pedrito para participarle de la encrucijada en que se encontraba, aún cuando con cierta ansiedad no dejaba de suponer que en último caso sería ella quien tendría que resolver. La verdad es que la cosa se le iba poniendo dura. Eso de llamarlo, de tenerlo consigo, de pasear juntos, de dejarse querer sin decir nada, hasta tomar la iniciativa y dejar flotando una caricia en la alegría de una mañana radiante, era bastante natural y fácil, pero decirle al mismo Pedrito: "Huyamos juntos", aún considerando toda su limpieza de alma y el ascendiente que tenía sobre él, se le hacía pesado y difícil. Sin embargo, cuando lo encontró ese día a la vuelta de la Academia, mirándole fijamente, le dijo:

– El Dr. Madruga le va a pedir a papá para casarse conmigo... –. Y observó su reacción. Se puso lívido.

– ¡Pero eso no puede ser! – dijo al fin, entrecortadamente.

– ¿Pero por qué no va a poder ser?

– Porque no – arguyó con fuerza irracional.

– ¿Pero por qué no?

– Porque Ud. no se ha de casar – y se puso ahora colorado – con ese individuo.

– ¿Pero por qué, decíme por qué? – urgió a ver si algo sacaba en limpio.

– Y porque, no sé... me parece que Ud. no le ha de querer a un tipo petiso, así, gordo y con anteojos.

– ¡Pedrito – dijo Ester entre dientes, sintiéndose frustrada y furiosa –, sos un idiota!

Y apretó el paso hacia su casa sin atender más a los balbuceos, a las incoherencias de Pedrito que desde atrás, ahora con aflicción le decía:

– ¡Pero Estercita!, ¿qué es lo que hice de malo?... Perdóneme. Yo no sabía que la iba a ofender. Por favor Estercita, yo no quise decir nada malo contra el doctor Madruga – y seguía caminando deprisa a su lado –, si Ud. quiere casarse con él, ¿quién le va a atajar?

¡Esto era el colmo! Estercita se plantó en la calle, lo miró con odio, con verdadero odio.

– ¡Déjeme, no me acompañe, le prohíbo andar a mi lado... ni atrás de mí, ni por mi vereda! – Y siguió su camino temblando de indignación, en un estado de ánimo muy peligroso.

Pedrito quedó petrificado, puro frío, puro aturdimiento, puro vacío adentro, con el corazón latiendo fuerte y duro, dándole hachazos en las mismas vértebras.

Ester llegó a su casa completamente dispuesta a casarse con el Dr. Madruga, con el sastre boliviano o con el Cura párroco, y pasar y pasar tirando barro, piedra y polvo con su coche de 300 caballos contra el estúpido de Pedrito y su pariente Atilano.

Esa era su decisión irrevocable, definitiva, y en su casa encontró que había verdadera prisa por hacerle alcanzar sus propósitos. En efecto, le llamó la atención que su padre no estuviese trabajando como era habitual sobre el mostrador del salón de ventas sino que, de un modo completamente raro en la mañana, usara cierta compostura en el vestir. La camiseta era limpia y nueva, sin mancha

alguna, podría decirse, una camiseta de recibir; el pantalón, de esos recién entrados a ser de entre casa, y las zapatillas nada menos que una pieza comprada a la competencia, supremo homenaje a la ocasión.

– Qué suerte que venís temprano, Estercita, te estaba esperando.

– ¿Sí?

– Si, vení, sentáte aquí... quiero hablarte – declaró don Cayetano pasándose una pesada mano con los dedos teñidos por el afeitado rostro relleno, como prolongación de la brillante calva siempre progresiva. Los ojos se le salían a inquirir o le quedaban pensativos en un constante vaivén.

Estercita se sentó todavía arrebolada, agitada, con el labio superior punteado de graciosas gotitas de sudor, mirando la calle con terca insistencia.

– Mirá, mi hija, vos sabés que estás llegando a una edad en que tenés que pensar en el porvenir. Las mujeres, cuando son pobres, se tienen que casar pronto, mientras son jóvenes, porque entonces la pobreza se nota menos. Y si una chica es buena, aquí nadie le pregunta si cuánto tiene... Es una ventaja de América, todos esperamos que en algún momento nos llegue la fortuna... Tal vez, ese día ha llegado para vos, mi hija... vos sabés que el doctor Madruga pretende tu mano, me lo ha hecho saber. Tal vez hoy hable formalmente conmigo. ¿No te dijo nada?

– No.

– Bueno, antes de que él me diga nada yo quería conversar contigo. Vos sabés que él es un hombre inteligente, brillante, rico y lleno de posibilidades. Con él te espera una vida de satisfacciones, comodidades, viajes, y una situación social de primera categoría... – La miraba intensamente esperando descubrir el efecto de sus palabras, pero Ester parecía rumiar otra cosa. Entonces, hizo una pregunta de soslayo: – ¿No te gustaría una vida de esa clase?

– Sí – respondió categóricamente en tono seco e inerte.

– ¡Me alegro, me alegro! ¿Y si el doctor me preguntase esta noche si vos, digo, si estarías dispuesta, es decir, si te cae bien, si aceptarías sus pretensiones, qué podría contestarle? – prosiguió bastante embarazado en su función diplomática don Cayetano. – ¿Qué le digo... le digo que sí?

– Sí.

– ¡Muy bien, estoy contento, mi hija, pero muy contento! Te voy a confesar que esperaba alguna dificultad... pero sinceramente creo que es lo más acertado. – Y se acercó a darle un abrazo. Estaba enternecido el bueno de don Cayetano, le venían aguas a los ojos y corrientes estremecedoras le conmovían el gastado corazón. – "San Antonio, para vos..." – y se palpó el bolsillo, pero como no llevaba nada, con una seña de la mano le dijo al Santo que aguardara confiado. – ¡Iluminada... Iluminada!, traéme esa botella de vino que está en mi dormitorio, y vasos!... Es un vino de Italia que me regaló el doctor, y viene bien para este momento el jugo de la vieja cepa de Italia, la sangre de la tierra... ¡un vaso también para vos Iluminada! ¡Todos tenemos que festejar!... – sirvió con temblorosa prisa. – Oh, ¡si hubiera vivido tu madre, Estercita, qué emocionada hubiera estado, y Héctor... ¡Héctor... salud! – dijo, e iba a beber, pero el pobre gringo se puso a llorar.

Esto emocionó a Ester y también a Iluminada. La chica sentía la amarga ironía del momento, y la fámula se acordó de un tío borracho a quien días antes había aplastado un tren. Y así, los tres, aunque lloraban juntos, cada uno lo hacía por su propia pena, como ya lo había observado, hace muchos años, el buen viejito Homero.

Don Cayetano siguió los festejos y hasta hubo de dormir cuarenta minutos más de siesta porque corrió más vino que el de una botella. Sin embargo, se levantó alegre, anduvo rondando su mesa de trabajo

por puro hábito e hizo un par de inesperadas rebajas a dos clientes muy pobres, mientras esperaba la venida de su soñado yerno y de la dorada prosperidad.

Pero a medida que transcurría el tiempo, a Estercita se le iban precipitando nuevas transformaciones: su enojo sólido al principio, se iba moteando de tristeza y poco después, con ronchas de verdadera desesperación. No es que le afligiera mucho su pelea con Pedrito, eso ella lo arreglaba con dos palabras; lo tremendo eran las consecuencias que había ocasionado, la mala oportunidad, que le arrancó calentita la promesa de acceder a las pretensiones del doctor. Hasta eso podía volver atrás sin que le importase mucho el ruido de gritos y discusiones, pero el regocijo de papá, venido de tan hondo que le salía empapado en lágrimas, eso pesaba mucho más. No sabía qué hacer, se confundía en bruscos impulsos contradictorios.

Al irse poniendo el sol y hacerse inminente la llegada de Madruga T., la situación se le hizo tan seria y oprimente que sin decir a nadie para dónde iba, tomó la calle y se largó, más por evitar la visita que por hacer algo determinado. Pero al cruzar por los alrededores de la plaza, se acordó de Sosa-í, quien con su cajón de lustrar zapatos debía de andar por esos lugares completando su larga jornada de labor. En efecto, ahí estaba sentado en el cordón de la vereda, compartiendo una inquieta rueda de chacotas con otros mayores y más experimentados colegas que no dudaban en considerarlo su par. Viéndola venir, le sonreía desde lejos con sus grandes dientes blancos y nuevos, la carita sucia y el pelo rubio entre revuelto y mal cortado. Ella lo llamó con la mano y él se vino a la carrera inquietando a los compañeros que se levantaron a medias para disputarle el posible trabajo por si fuera cuestión de correr.

– ¿Que querés, señorita?

– ¿Lo podés ver ahora mismo a Pedrito?

– Sí.

– Andá a decirle a ese... que venga enseguida, que me espere en la calle del costado de casa, sin falta.

– Güeno – dijo Sosa-í, y de allí mismo partió deprisa a cumplir su comisión.

Cuando ella volvió después de demorarse intencionadamente con varias conocidas y amigas, encontró al doctor y a su padre en conversación sumamente seria. Se veía que estaban haciendo arreglos de importancia que tal vez después le serían comunicados. Sin embargo, se interrumpieron para recibirla; su padre entró, y ella quedó con Madruga, quien se comportó con su aplomo habitual, aunque esta vez con un leve acento de condescendencia, como dando a entender que guardaba una actitud ficticia para no forzar el rubor de la niña. ¡Era tan comprensivo con ella!... Pero evidentemente el acuerdo se había detenido en los prolegómenos. Tal vez el cauto papá estuviese haciendo preguntas adicionales. Mas cuando en un momento el pretendiente quiso tomar un pequeño anticipo de la mano, "permiso", dijo Ester, y con verdadero afán fue a buscar a Pedrito pasando por los fondos de la casa vecina. Allí estaba, sentado en una piedra, paciente y sufrido como los seres de poca imaginación. Al verla venir, se levantó con presteza:

– Pedrito – dijo ella tomándolo del brazo y recomenzando el diálogo anterior tan ásperamente interrumpido –, ¿qué vamos a hacer?

– Mande Ud. lo que quiera – dijo Pedrito algo duro, porque después de la reprimenda de la mañana con calificativos de "idiota" y bruscas plantadas, hasta el momento sentía los fuegos del infierno.

– Voy a casarme con el doctor, Pedrito.

– ¿Eso va a hacer?... ¿y eso quería decirme? – reprochó con rencor, orillando el límite de las lágrimas.

– No, quería decirte que no quiero casarme con él.

– Y bueno, ¿por qué se casa entonces?

– Porque quiere mi papá.

Después de una pausa, Pedrito dijo casi gritando:

– ¿Y qué vamos a hacer?

– Eso quiero que vos me digas.

En eso escucharon la voz de don Cayetano llamando: "¡Estercita... Estercita!..., ¿dónde te fuiste?»

– Ud. sabe que Atilano y yo y mi carro, y todo lo que tenemos, nos hemos de vender, de fundir; hemos de hacer cualquier cosa, ¡pero cualquier cosa por Ud.!

– ¿Sí?

– ¡Claro que sí!

De nuevo llamaron de la casa, y Ester disponiéndose a ir, le dijo:

– Vení esta noche a esperarme debajo de aquel árbol de mango... después que se haya ido el doctor, cuando duerman todos voy a salir a buscarte. – Y se metió en el cerco para regresar a casa.

Al volver ya estaba todo concertado. Don Cayetano le pidió que se sentara y habló del petitorio con la mayor solemnidad.

– Yo le contesté que me sentía muy honrado al conceder tu mano a un joven tan brillante y de sólido porvenir.

Ella se limitó a agachar la cabeza llena de pensamientos negros para el flamante prometido. Felizmente el doctor, que no podía tenerse quieto, propuso salir a festejarlo y allá se dejó llevar para aburrirse comiendo, mientras los concertadores del convenio discutían los planes y estatutos de las empresas que instalarían juntos, terminando por tomar más y más cervezas para defenderse del calor.

– La industria del calzado tiene un gran porvenir... Ud. sabe que la gente tiene que caminar.

– ¿Y qué le parece la industria del ladrillo?

– Hay mucha competencia. Esa industria está muy desarrollada en el país.

– ¿Y qué opinión tiene de la fabricación de jabón?

– No buena.

– ¿Por qué?

– La gente se limpia poco.

– ¿Y si importamos calzado de Italia?

– Muy peligroso. Se subleva la colonia italiana de aquí, con todas sus ramificaciones.

Cuando regresaron alrededor de la media noche, ellos habían progresado en sus planes comerciales, pero Ester estaba decidida a huir con Pedrito, porque el doctor Madruga tenía dinero, pero con la ma*nita* blanda, los dientes postizos, su cara rellenita y vulgar y sus maneras ejecutivas; sencillamente no lo pasaba para el amor. A la hora de sentarse a la mesa, le resultaba como una ensalada de tomates, preparada con aceite de ricino.

Así pues, apenas se hubieron acostado y don Cayetano empezó a roncar satisfecho, cuando Ester se levantó para su cita. Como aún a esa hora hacía calor, se echó un vestidito liviano y para no hacer ruido fue descalza. Allí le esperaba el galán espantando mosquitos, enamorado y simple como siempre.

– Aquí estoy – dijo por lo bajo cuando la vio venir.

– Veníte acá – le llamó Ester, y lo condujo detrás de un par de matas gruesas a cuya vera había unos tablones donde se podían sentar. En el silencio susurraban las hojas de los árboles y los pequeños ruidos de la noche taladraban la quietud de las sombras agazapadas bajo las ramazones.

– ¿Se fueron a la Asunción?

– Sí.

– Qué pronto se anda en auto, no es como en carro...

– Sentáte aquí... recostáte aquí.

– ¿Está durmiendo su papá?

– Si... ¿pero cuándo vas a empezar a tutearme?

– No puedo... ¡le tengo tanto respeto! No me animo a tocarle ni la punta del vestido.

– ¿Y si yo te digo que me tutees y me toques?

– Entonces...

– ¿Entonces qué?

– Entonces le voy a tutear.

– ¿Y por qué no empezás ahora?

– Claro, ahora, pero tengo que acostumbrarme... No puedo, así, de golpe, señorita.

– ¿Y cuándo me vas a tocar?

– ¿Así?, ¿le toco la mano?... ¡Aina! Tiemblo todo cuando le toco... Mi mano dura solamente sirve para tocarle a Atilano.

– ¡Sos un idiota!

– Por qué me dice ya otra vez eso, señorita Estercita... ¡yo pues soy así porque la quiero demasiado y la respeto demasiado! ¿No le gusta a Ud. eso?

– No... vos estás hablando ahí lleno de respeto y yo me voy a casar con el doctor. ¡Tonto!

– ¿Te vas a casar con ese "anteojo"?

– ¿Y qué vas a hacer vos para que no me case?

– ¿Qué quiere que haga?

– ¡Llevarme, escaparnos juntos... hacer alguna cosa!...

– ¿Quiere que la lleve a mi casa?

– No... allí nos van a encontrar muy pronto... Tiene que ser algo que no se pueda remediar... ¡más lejos! ¡Poné el brazo acá, acá hombre, no me tengas tanto respeto!

– Sí... ¡Sí! ¡Qué gusto da así, señorita Estercita!

– ¿Da gusto?... ¿y así?... ¿y así?

– ...

– ¿Por qué temblás así?

– ¡¡...!!

– ¡Dejáme, sos un idiota!

– Ya me dice otra vez eso.

– ¡Porque sos, porque sos! Y yo una tonta al creer en vos... ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonta!

– Pero Estercita, no hable tan fuerte que se va a despertar su papá, los vecinos.

– ¡Y que se despierten!... ¡Ja, ja, ja! Total, ¿qué estamos haciendo? ¿Hay algo malo en estar contigo en la obscuridad?

– ¡Estercita, por favor! Escúcheme... si quiere nos vamos esta noche mismo.

– ¿Cómo? ¡Ja, ja, ja!

– Vamos con mi carro, vendemos la carga con el carro y.. también a Atilano, el pobre... hay una carrería de un conocido donde no le han de tratar tan mal... – suspiró hondo – y nosotros nos vamos... a la Argentina, al Brasil, donde sea.

Y justamente cuando podía considerarse esta propuesta, cayó el ciclón...

Pues don Cayetano que se había tomado algo así como media docena de botellas de cerveza para ahogar el calor y acompañar

las emociones, podía haber dormido una noche total, pero el mundo es complicado y cada efecto tiene su contra efecto. Y si la bebida le embotaba los nervios poniéndoselos lisos y blandos para el sueño, por otra parte le apretaba en la vejiga obligándole a despertar cuando no querría.

Se levantó de la cama un poco aturdido, y en lugar de dirigirse a donde debía por decoro, higiene y buena educación, se fue con toda prepotencia hacia un árbol del patio, sabiendo que no podía protestar.

Mas apenas hubo terminado los suspiros preliminares y entrado en la calma que precede las ejecuciones, oyó voces allí cerquita y una risa que le era harto familiar. Escuchó un minuto amargo... y por palabras sueltas confirmó sospechas.

– ¡Maldita sea! – rugió el viejo, recogió un buen palo y fue a hacer efectiva la maldición. Cayó sobre ellos cargado de furia y rencor. – ¡Miserable! – Y como Pedrito quiso proteger a Ester cubriéndola con su cuerpo, recibió por lo menos un par de golpes de esos que se usan para matar una culebra agresiva.

Cuando venía el tercero, Estercita se había escurrido del lugar, y fue decoroso que él se partiera como un cohete para topar a pleno impulso con el alambrado, que rechazándolo como un arco, casi lo pone de nuevo en manos de su ajusticiador.

– ¡Quédese, no dispare, cobarde! – volvió a rugir don Cayetano con tal eficaz persuasión que Pedrito consiguió hacer algo que lo ocultó en la noche. – ¡Cobarde – volvió a gritar –, por qué no afronta!

Pero era injusto, pues en esos casos hasta los leones más bravos suelen huir, y lo más cuerdo es tratar entre las partes por lo menos dos días después. Sin embargo, no era precisamente el cuerpo el que tenía quebrantado Pedrito, sino que cuando huía oyó, y seguía aún oyendo una risita penetrante, incisiva, vibradora, quemante,

que era un escarnio interminable, como réplica por una ofensa que aún no llegaba a comprender.

El pobre viejo quedó jadeando, rodeado de tinieblas y oleajes de furia que ya no tenían un objeto en el cual saciarse. Se volvió poco a poco y dio unos pasos vacilantes hacia la casa. Había recibido un inesperado impacto aturdidor que además de la ofensa, hacía zozobrar toda su esperanza en el futuro. "¿Y ahora qué?". Sentóse en una banqueta que halló a su paso frente a la cocina, equilibrándose con dificultad. Aún conservaba firmemente apretado el palo con el cual se había hecho una justicia ciega. No se fijó en las luces que se encendieron en algunas casas, ni en las linternas eléctricas que vagaron un momento inquisitivas.

Cuando se levantó de allí estaba amaneciendo, pero en esas pocas horas diez obscuros años se le habían metido entre las fibras de la carne disolviendo en ellas su ácido contenido de tristeza, decadencia y muerte. Fue a vestirse y luego llamó a su hija. La sintió venir y no quiso mirarla.

– ¿Te das cuenta de lo que has hecho? – preguntó suavemente, en voz muy baja.

– Sí.

La respuesta le llegó redonda, sin pizca de humildad. Entonces volvió la cabeza extrañado, la miró y la encontró allí plantada, de frente, con una insolencia que estaba lejos de imaginar. Sintió vergüenza y miedo de la mirada de su hija, pero era juez, y con un esfuerzo logró asumir su papel:

– No me mire.

Ella desvió la vista. Se sintió de nuevo irritado.

– ¿Quién era el hombre con quien estabas?

– ¿Qué importa?

– ¡Cómo qué importa!, ¿pero has perdido el juicio?... ¡¿qué dirá el doctor cuando se entere?! – Le temblaba la voz.

– No me importa lo que él diga.

– ¿Cómo?... no entiendo. Te juro por San Antonio aquí presente, que no entiendo – dijo, encogiéndose de hombros en verdad perdido. – Vamos a ver... explíqueme por favor, ¿qué quiere decir?... ¿Por qué no le importa lo que diga el doctor?

– Porque no me importa – informó Ester con un tonito insolente sostenido adrede para mantenerse en la resolución, sin dar lugar a derrames de sentimiento.

– ¡Qué interesante!... ¿y eso le va a ayudar a casarse con él, y a que él la quiera más y la respete?

– No me pienso casar con él.

– Bueno, después de lo sucedido... eso es lo más razonable que oigo... ¿pero quiere decirme para qué "cuernos" me dijo ayer que sí? ¿Por qué? ¿Para qué?

– Porque sí.

– ¡Maldición!... se le aproximó con los brazos abiertos y los puños amenazadoramente contenidos sobre ella, haciendo esfuerzos para no triturarla: – Mirá Estercita, si no fuera porque sos lo único que me queda en el mundo, ahora mismo te daba una tunda de palos que te ponía el juicio en su lugar. ¡Decime!, ¿quién era el hombre con quien estabas?

– Pedrito.

– ¿Quién Pedrito?

– El hijo del verdulero.

– ¡...! ¡...! – dos veces hubo de decir algo don Cayetano, pero se le

atragantó, lo escupió en parte, lo soltó por los ojos y con las flameantes manos. Por fin, recomponiéndose luego de dar unos pasos, con amarga ironía, dijo: – ¿Y preferís casarte con ese pelagatos antes que con el doctor Próspero Madruga T.?

– No quiero saber nada de ninguno de los dos. Les tengo odio a los dos... Me voy al colegio, ¡voy a hacerme monja antes de volver a mirar la cara a ninguno de los dos!

– ¿Sí?, pues buena idea – aprobó don Cayetano, sin tomarla en serio.

– Me voy ahora mismo.

Él lo pensó rápidamente; tal vez después de todo fuera el mejor medio de tratar este feo asunto. Puede que hasta el mismo doctor se conformara con una explicación a medias, o con algún arrepentimiento, según lo que le dijeran los vecinos, y después de un tiempo las cosas se arreglaran en su forma deseable y natural. Puede que así se lograse alejar definitivamente al tal Pedrito, y en fin, pudiera ser que el vecindario no hubiese captado completamente el significado de los garrotazos y gritos en la noche. Bueno, era una idea constructiva. Al segundo paseo por el vestíbulo, estaba completamente conforme con esta solución provisoria y dispuesto a apoyarla.

– Muy bien, de acuerdo. ¿Querés que vaya a hablar con la Superiora?

– Si querés... pero yo me voy enseguida.

– Muy bien.

Ester puso cuatro cosas en una valijita vieja, y aun sin despedirse de su padre, se fue al colegio, completamente desilusionada del mundo, y con la firme resolución de hacerse monja, para siempre, ¡para siempre, para toda la vida!

Don Cayetano la estuvo viendo prepararse y al verla salir, se arrastró con pesados pasos hasta la calle. Una nube de tristeza enorme le envolvió con su peso opaco de silencio. Veía desvanecerse la figura de su última hija tras un velo de lágrimas, y ocultó su dolor sollozando hacia dentro, en el vacío de su viejo derrotado corazón.

PARTE III

Cuando sin preámbulo alguno Ester comunicó a la Hermana Superiora que venía con toda su ropa, decidida a ingresar en la comunidad, la anciana señora que había tratado generaciones de niñas con profunda generosidad misional, harto comprendió que algún conflicto le ponía en las manos una joven alma castigada en el trajín del mundo. Sabía que en estos casos la mejor palabra de curación venía suavemente acondicionada en la tela del tiempo, y por eso, después de breves preguntas, decidió otorgarle un reparo seguro hasta que volviese el equilibrio.

– C'est bien, ma petite – le dijo poniéndole una consoladora mano sobre el hombro –, vaya a ayudar a la hermana María, y después Nuestro Señor dirá.

Y así, de la noche a la mañana, la hermosa novia del Dr. Madruga T. entró a servir a Dios cosiendo y planchando ropas, barriendo y hasta fregando pisos, que todas las tareas son dignas cuando traen santificada intención. Amén.

Pero otro era el punto de vista del doctor, ¡vaya!, y cuando llegó a medio día, acudiendo a una diligente llamada de Ña Faustina, quien le anticipó buena parte de los chismes por teléfono, estaba incontrolable de nerviosidad. Al frenar delante de "La Suela" hizo chillar sus gomas oficiales al tono agudo de su agitación.

– ¿Qué pasó, don Cayetano? – dijo medio a gritos bajándose del auto con un portazo que retembló en todas las puertas, ventanas, botellas y estanterías del negocio.

– ¡Ya ve, doctor! – contestó el padre responsable, abriendo los brazos desoladamente. Comprendió de inmediato que estaba ente-

rado del afrentoso episodio de la noche y, que además, se había hecho las peores conjeturas.

– ¡Pero cómo es posible!

– ¡Nadie lo va a creer!

– ¿Pero entonces es verdad?

– Desgraciadamente.

– ¿Y quién es el infeliz?

– El hijo del verdulero.

– ¡Pero será posible!... ¡Si yo le he dado todo lo que podía pretender! ¡Si le he ofrecido todo lo que quería! ¡Auto, paseos, lujo, porvenir... todo, todo! ¡Y hacerme esa porquería con el verdulero! ¡Qué le podría dar el verdulero que yo no le pudiera dar multiplicado por cien!

– Es un capricho, doctor. Las mujeres tienen caprichos... Hay que buscarles la vuelta.

– ¡Sí, pero qué vueltas le va a buscar a esto!

– Ahora se fue al colegio. Después de unos días podríamos hablar con ella... – insinuó don Cayetano en un desesperado intento de reestructuración.

– No, hombre, esta es una puñalada por la espalda, una jugada asquerosa... ¡y después de todo lo que le he dado! – terminó Madruga manipulando sus arranques mecánicos con nerviosa prisa. – ¡Su hija me ha costado un dineral! ¡Quién me paga eso... toda la plata tirada! ...– Y de un brusco acelerón se mandó mudar sin despedirse del afligido padre que en ese mismo momento cerró la fosa con todas las sociedades y empresas proyectadas con el dinámico y resolutivo Madruga T., su yerno frustrado...

Tan nervioso había vuelto el doctor que hasta olvidó hablar al comisario para que apresara al verdulero que en esta forma indecorosa interfería la tranquilidad de tal hombre de gobierno, y kilómetros

más allá, se llevó por delante una pacífica vaca que no se retiró con presteza a darle paso. De todas maneras el brusco desvío, patinazo y el árbol que se le plantó en el camino, terminaron por inferirle un machucón con un saldo de dos costillas rotas, justamente aquellas que guardaban los valiosos latidos de su corazón.

Pero don Cayetano tuvo pruebas de que aun así su actividad no quedaba detenida, pues pocos días después un convoy de tres grandes camiones se arrimó a "La Suela" y sin notificación ni permiso previo se pusieron a cargar los ladrillos, tejas y piedras que anteriormente había recibido de regalo.

– ¿Qué hacen ustedes? – salió a preguntar alarmado por maneras tan ejecutivas.

– Orden del doctor – le informó el jefe, un chofer moreno lustroso, sin otorgarle más beligerancia.

Don Cayetano asentía con la cabeza, viendo llevar sus queridas piedras. "Irá lejos", se decía, "No tiene reparos... sabe lo que quiere", y otra voz le respondía en sí mismo: "Pero no llegará a ninguna parte nunca... porque es ordinario, no tiene calidad."

A los pocos días se enteró de que el gobierno le había encomendado una misión al exterior... y se fue volando a tratarse en otras tierras su trastorno en las costillas.

Y el buen Don Cayetano, en esos pocos días, cambió de compostura: se encorvó, los músculos se le relajaron, perdió elasticidad... Su gran mano de obrero honrado le temblaba, se le formaron bolsas arrugadas y obscuras por debajo de los ojos inyectados de insomnios, y la calva le avanzó talando islotes de cabellos.

Abría el negocio y allí se quedaba por si a alguno se le ocurría entrar. Prácticamente abandonó el trabajo y el alegre golpe de martillo que solía acompañar sus ilusiones dejó de resonar en la casa silenciosa. Recorría las habitaciones que en un tiempo habían reflejado una personalidad y que ahora gritaban las ausencias. Nadie cantando en el patio, nadie que pulsara una guitarra. Había tanto

vacío y silencio, que una subrepticia alarma, un incógnito miedo se iba entrando en ella. Un vaso caído, una silla golpeada era motivo de aprensión. Alguien, un animal, o tal vez el viento que pasaba corriendo de una pieza a otra, susurrando bajo y golpeando puertas que ya no se cerraban tras ninguna intimidad, todo lo sobrecogía.

"La Suela" decaía en forma estrepitosa al faltarle la vértebra metafísica que estructurase la voluntad de vivir. Los clientes de Estercita se habían disipado, y los otros tenían pocas ganas de tratar con un patrón taciturno y "mala güelta".

Ya había pasado más de un mes desde aquella noche. Don Cayetano no había ido a hablar con la Superiora, porque en secreto esperaba que de un momento a otro ya no hiciera falta ninguna intervención; que su hija volviera o que tal vez él fuera a buscarla, porque había que recomenzar la vida, y porque él ya no soportaba esta soledad. Hasta ese momento, noticias de ella tenía por la Iluminada, que había ido y venido varias veces, para acarrear los últimos plumones del nido abandonado.

– ¿Cómo está Ester?

– Ella dice que está muy contenta.

– ¿Te preguntó por mí?

– Sí.

– ¿No me hizo decir nada?

– No.

¿Por qué no le hacía decir nada? ¿Acaso él la había ofendido? ¿Acaso no era su padre? ¿Por qué esta actitud orgullosa si con que hubiese sugerido que lo quería ver, hubiese ido corriendo?... Pero no podía entender a su hija. Esa brutal falta de lógica con que actuaba la ponía lejos de su alcance; uno y otro obraban en función de valores distintos, de allí que no se pudieran comprender.

La que hubiera podido influir era Ña Faustina, quien se había aficionado a su compañía en los últimos tiempos, pero luego que el doctor salió de viaje no demostró interés en seguir cultivando una inútil relación. En cuanto al Sr. Presidente, desde un principio no pudo venir porque andaba muy ocupado en dominar un grupito rebelde que le hacía la contra en el Club, levantando el demagógico lema de "Saneamiento, purga y dignificación".

Pero al fin su cariño de padre le fue conduciendo de nuevo por el lado de la consideración de sus deberes. No podía ser que dejase a una chiquilina realizar su santa voluntad: era amoral, peligroso y sobre todo disparatado. Siempre que se pudiera asegurar que el pelandrún del verdulero no se volvería a interponer, se estaba muy a tiempo de lograr un glorioso replanteo. Podría no ser un hombre tan importante como el doctor Madruga, pero tal vez se diera con otro menos estridente, con menos enemigos, también sólido, aunque más discreto en su porvenir.

Con ese espíritu fue una mañana a la entrevista, decidido a perdonar a su hija y a comenzar de nuevo a soñar con la fugitiva esperanza.

– Ella se comporta muy bien, muy bien. Es una niña respetuosa, trabajadora, obediente y muy piadosa – informó la Hermana Superiora, tomadas las manos dentro de las bocamangas de su hábito, hablando con acento nasal –. Yo estoy muy contenta con ella – y agregó una frasecita que sólo después llegó a conturbarle: – si sigue así... "peut être, peut être".

Luego vino Ester metida en un duro delantal gris que hurtaba una buena fracción de su porte esbelto, con el cabello tirante, medias gruesas y negras, los ojos serios y una boca espléndida que no había convento capaz de desdibujar. Se paró en la puerta interrogando con la mirada, pero el viejo le contestó con los brazos abiertos y con una vehemencia llena de perdón, perdón.

– ¡Mi hija, mi hija! – no decía más, pero lo decía todo.

Ester despacito empezó a llorar.

– Vamos a casa.

No hubo respuesta. Entonces don Cayetano se apartó para tenerla frente a sus ojos mientras volvía a insistir.

– Vamos, Ester. No importa lo que pasó... ¡no puedo soportar la casa vacía!... Vamos Estercita, todos te esperan; cuando voy por la calle, la gente me dice: "¿Y Estercita?", preguntan si cuándo volvés. La calle de nuestra casa vacía; tu camino que se llenaba de alegría viéndote pasar... ¡Ester!, cada vez que miro tu pieza encuentro que no estás, cada mañana no está tu canto. Y la mesa es pura tristeza, puro silencio; la mesa donde se sentaba tu madre, Héctor y vós, chiquitita, con esas trencitas rubias y esos tus ojos limpios, como el azul del amanecer. Ester, vamos... ¡Ester!

– No puedo, papá.

– ¿Por qué?... ¿Todavía estás enojada?

– No – respondió con presteza.

– Entonces, ¿por qué?

– Papá – empezó Ester con solemnidad –, voy a hacerme monja.

– ¡Pero si ya se acabó el enojo!

– Claro, sin estar enojada.

– ¿Cómo, también sin estar enojada?

– Sí.

Don Cayetano quedó aturdido. Ni por un solo instante había tomado en serio aquello de "hacerme monja". Creía que se trataba de una forma de manifestar disgusto. "Vamos, que una chica tan vivaracha, ¡que se pasa dándole al baile y a la guitarra!... ¡Pero quién sabe qué cosas le habrán metido ahora en la cabeza!"

– ¿Dejás entonces a tu padre viejo que se vuelva solo?

– Ahora tengo que dedicarme a Dios.

– ¡Y a mí que me parta un rayo!... ¿No? ¡Pero qué suerte he tenido con la familia! Mi mujer que se me muere, mi hijo que me lo matan, y a mi última hija, la que iba a ser mi apoyo en la vejez, ¡se le da por la monjería! ¡Pero qué hombre afortunado!... San Antonio, ¡pero qué abogado tengo! – Y abría los brazos, mirando el techo de tijeras toscamente aserradas y material desnudo, como si por ahí hubiera de venirle algún rescate del destino.

Ester no dio respuesta, agachó la cabeza y recogió las manos sobre el pecho en una nueva actitud de oración que evidentemente había adquirido en estos pocos días de conventual convivencia. Él se paseaba por la pieza de mueblecitos débiles y tiesos, con un pequeño crucifijo en una de las paredes blanqueadas.

Después se detuvo para formular una propuesta de transacción:

– Vamos a casa, Ester, allí podés pensar tranquilamente lo que quieras. No hay que precipitarse, te vas a arrepentir. Una decisión de esta clase no se toma así, por capricho, sin pensar.

– Ya pensé, papá.

– ¿Cuándo?

– En todos estos días...

– ¡Ja, ja, no me hagas reír – exclamó don Cayetano con amargura –, eso es como tomar un baño en vista de que uno se cayó al agua! ¡No!..., por favor, esa no es manera de obrar con juicio. Uno decide bañarse porque tiene calor, o quiere cambiarse, porque está sano o enfermo, ¡pero no porque está en el agua! ¡San Antonio!...

Pero Ester no comprendió en absoluto el argumento; no vio referencia alguna a su manera de obrar, y por lo tanto no le hizo ninguna mella lo que argüía su padre. Consideró sus gritos y quejas como parte de la reacción natural que debía esperar en el caso. Permaneció callada con los ojos bajos, ofreciendo a Nuestro Señor los sufrimientos que le ocasionaba la incomprensión del mundo, así como los sufrimientos que su mismo padre padecía. Le

habían enseñado que ofrecer las penas de otro, era también muy viable y meritorio.

Cuando los gritos pasaban mucho del tono normal y decoroso, entró de nuevo la Hermana Superiora:

– Señor, ¿cree Ud. que es posible arreglar este asunto con gritos?

– Soy el padre, Hermana. Puedo hablar sobre la conducta de mi hija.

– Sí señor, pero no gritar aquí.

Don Cayetano quedó repentinamente confundido ante la inesperada energía de la monja.

– Disculpe – musitó.

– Estas cosas no se arreglan a gritos, señor.

Salió bruscamente, sin despedirse, pero si al venir arrastraba los pies con humildad y decaimiento, ahora al volver caminaba como un guerrero o cuando menos con algo de su ritmo marcial. "No, esto no va a quedar así". Era tan grande la indignación que le producía este nuevo capricho de su hija, manifestado en forma que no podía entender, que de aquí salía decidido a dar una batalla, aunque tuviera que fundir el último zapato de La Suela, con su último clavo de energía. "¡Bueno, sí, estúpido, no!; ¡comprensivo, sí señor, pero flojo, nunca, no!", y apretaba el puño amenazante sobre cada negación.

Mas a pesar de todo el sentimiento de rencor que le hervía en el pecho, no era hombre de precipitarse e ir bramando ciego por las calles como un toro enfurecido. Lo primero que hizo antes de comenzar su acción de rescate fue ir a casa a pensarlo cuidadosa-

mente, para no dar un paso del que tuviera que arrepentirse después.

De este modo llegó a la conclusión de que al principio debía agotar los procedimientos pacíficos, indirectos, persuasivos. Con tal propósito decidió ir esa misma tarde a ver al Cura párroco, hombre eminente en el pueblo, con decisiva influencia en el colegio, ya que si aceptaba su queja y se ponía de su lado, todo podría solucionarse con facilidad. Ahora le pesaba su poquísimo trato con tal personaje; había rehusado sus pedidos de contribuciones ya que él tenía otros arreglos, y como por mucho tiempo vivió en grave pecado con la Eleuteria – uno de los más fustigados desde el púlpito – no se encontraba ahora en postura cómoda para pedir un favor importante. Por ese motivo, a pesar de las quejas que tenía contra su patrocinador, aún le prometió cierta donación retributiva si salía con bien de la entrevista.

– Quisiera hablar con Ud., padre – le dijo acercándosele con recelo en un corredor de la Sacristía.

Lo miró desde arriba para estudiarlo a través de la montura negra de sus lentes gruesos con ojos de brillo profundo como aguas que corren en el fondo de un pozo. Era alto, moreno, pálido, medio echado para atrás, pero con una boca voluntariosamente dispuesta a la bienvenida.

– Un asunto de familia... – comentó don Cayetano.

– Muy bien, vamos a entrar... – le dijo invitándole al despacho y después a una pequeña habitación contigua con unas sillas y armarios vetustos.

– ¡Pedro – llamó sobresaltando al viejo que por un momento creyó ver aparecer al verdulero –, no estoy para nadie, si no es algo urgente! – dijo, cerrando la puerta después.

Le indicó una crujiente butaca para sentarse y él mismo puso otra a un costado para dar cierta libertad a la mirada de quien se iba a violentar en una confidencia.

– Vengo a hablarle sobre mi hija, padre.

– ¿Qué le pasa a su hija?

– ¡Padre – se exaltó levantando la voz –, la chica se me ha metido en el colegio de las Hermanas y dice que quiere ser monja! – Terminó de un tirón levantando dramáticamente los brazos como predicador de Semana Santa.

El sacerdote a duras penas contuvo una sonrisa inclinándose cortésmente para manifestar comprensión.

– Cálmese, señor, no creo que se trate de nada demasiado grave... ¿Cuándo se fue al colegio?

Y don Cayetano empezó su larga historia de cómo la chica había crecido huérfana haciendo mucho su voluntad, de cómo habían sucedido los últimos acontecimientos hasta su brusca e irrazonada decisión de ir al colegio. El cura lo había dejado hablar interrumpiendo pocas veces, alentándole a desahogarse con palabras significadoras de simpatía. Cuando pareció que había terminado, después de una pausa, preguntó:

– Dígame, señor, con franqueza, ¿Ud. viene a conversar conmigo por el problema suyo o por el de su hija?

La pregunta desconcertó a don Cayetano, pero después de un rato se repuso.

– Por el de mi hija, naturalmente.

– ¿Cree Ud. que está dando un paso en falso?

– Absolutamente, padre. ¡Se trata de un capricho, y más tarde se va a arrepentir!

– ¿Y si no se arrepiente?

– ¿Pero no ve Ud., padre, cómo se conduce, cambiando de la noche a la mañana?

– Tiene razón.

– ¿Se da cuenta, padre? Ud. es un hombre razonable, así uno se puede entender – afirmó sonriendo esperanzado el zapatero.

– Me alegro – dijo el Cura levantándose a mirar la calle a través de los vidrios sucios de la ventana. – En realidad, los dos pueden creer de buena fe, o para ser más precisos, los dos pueden ser fieles a una verdad distinta.

– Eso ya me parece embrollado – contestó el viejo empezando a desconfiar y a alarmarse. Después propuso con cautela: – ¡Hable Ud. con ella y va a ver que razona como una mula: "no puedo", "me quedo", "sí", "no"!

– No razona, que es distinto. Pero siempre que no mienta a sabiendas, esos duros y toscos "sí", "no", nacen, salen de su verdad. Mire, don Cayetano, hacia cualquier parte a donde miremos encontramos un muro infranqueable de misterio... ya miremos hacia nosotros mismos, ya hacia el mundo, encontramos misterio, misterio. Pero nosotros venimos de atrás de ese muro, no es que lleguemos hasta él, así como la silla llega a la pared, sino que nuestras raíces están muy atrás, se nutren de lo desconocido. No sabemos qué es la vida, pero la vivimos, no sabemos qué es la muerte, pero morimos; no sabemos qué es esa extraña fuerza que nos hace vivir y morir por una fe, pero todos los días encontramos hombres extrañamente empecinados en salvar a la humanidad, y hay que creerles porque están dispuestos hasta a morir... ¿por qué amamos la vida, si es tan dura?, ¿por qué tememos la muerte, si es paz?... – sonrió, pero su sonrisa no fue visible en el cuarto cerrado que se llenaba de creciente obscuridad. – No, don Cayetano, lo que vemos y sabemos de nosotros es una fracción, es tal vez como la parte del hielo que flota, las siete octavas partes están debajo, empujando. No sabemos si ese áspero "si" o ese "no" de qué parte del fondo salen...

– ¿Por eso me dice Ud. que puede tener su verdad?

– Oculta, desconocida, profunda. Algo que la impulse a obrar. Sí, señor.

– ¿Eso quiere decir que tenemos que aceptar sus caprichos?

– Hay caprichos que solemos respetar, por ejemplo el que nos hace elegir una mujer, un amigo, una afición, un hábito y otras cosas. "Me gusta", se dice, "quiero" o "creo", y se acabó.

– No quiero aceptar los antojos de nadie.

– Don Cayetano, si es cierto que estamos sumergidos en el misterio, si todo es incógnito en nosotros mismos, entonces la única respuesta es la libertad. Al misterio se puede responder únicamente con libertad. Si no hay respuesta segura, que cada uno corra su propio riesgo.

Esta vez no contestó don Cayetano, pero se sintió alarmado por la conclusión que amenazaba sus propósitos. El cuarto estaba prácticamente a obscuras y apenas era visible la silueta del sacerdote con su sotana negra.

– Bueno, padre. Yo había venido a pedirle que hablara con la chica. Yo, sinceramente, no creo en la seriedad de su resolución. Por eso había venido a rogarle que Ud. la saque del error... pero Ud. me dice que el error puede ser mío, ¡San Antonio Bendito! – dijo palpándose el bolsillo. – De todas maneras le ruego a Ud. que le hable de buena fe, y le diga que se deje de tonterías y que vuelva a casa. – Se levantó recogiendo su sombrero.

– Bien – sonrió de nuevo el párroco – Ud. me da la receta completa, pero descuide, le voy a hablar con toda seriedad.

– ¿Cuándo?

– Deme unos días.

– ¿Cuándo vengo a saber la contestación?

– La otra semana... o después. No le va a hacer mal venir unas cuantas veces a la iglesia – y rió amablemente.

No salió satisfecho de esta larga entrevista. Le parecía rara y sospechosa esta manera de razonar poniendo el punto de partida su-

mergido en una incógnita. ¡De esta suerte cualquier cosa se podría justificar!, cualquiera tendría razón, ya no sería posible entender a nadie. Meditaba todo esto con amargura al irse aproximando a su casa cerrada, silenciosa, y entonces habló con su abogado, pero reprobándolo reiteradamente con disgustado ademán.

– No, señor, esto no ha salido bien; ese cura tiene la cabeza llena de misterios, pero de lo otro, ¡nada! Si ahora se va y le cuenta a Estercita eso de debajo del agua, ¿entonces quién podría hablar con ella?... San Antonio, honestamente esta vez no puede haber honorarios. A mí me cuesta ganar el dinero. – y dando un extraño paso rectificador del anterior concepto que le merecía su frustrado yerno, agregó: – Yo no robo, como el Dr. Madruga. – Palpándose el bolsillo derecho sentenció después: – No los ganaste, aquí se quedan.

Sin apelación.

No durmió bien, ni amaneció tranquilo. Tenía la desagradable sensación de quien ha cometido un error. Fue a entrevistar al párroco, esperando encontrar una comprensión profunda de sus problemas, y el resultado no sólo era dudoso, sino que hasta traía implicado un peligro. Se reprochó no haber empezado por el principio natural: una conversación con don Primo. Cierto que últimamente se había relajado un poco su amistad; durante el apogeo de sus intimidades con Madruga, él había rehuido encontrarlo una o dos veces. Viéndolo venir, había buscado salirse del camino, y como una consecuencia de esta conducta, una vez le había parecido advertir un levísimo matiz de ironía en el fondo de las palabras de su amigo, algo así como la vibración de un acento, pero que lo había retraído aún más sobre sí mismo. De todas maneras era imposible desconocer que la penetración demostrada en cuanto a Madruga, había resultado acertadísima. ¡Sabía mucho para vendedor de suelas! Si no fuera por la caña... y la verdad, más de una vez lo encontró con librazos que a juzgar por su volumen, debían decir alguna cosa. Llano, dispuesto a una ayuda, pero no abierto a una confidencia sobre sí. Bueno, aún no estaba todo perdido, podía ir a ver-

lo y contarle sus penas, si no todas, al menos aquellas que dieran una idea de su triste situación actual.

Y se fue después de cavilar un par de días, cuando ya no aguantaba de impaciencia, pero tomó el camino dándose una vuelta previa por la Iglesia para hacer que el cura lo viese y le anticipara algo, si hubiera alguna novedad. Se paseaba por el corredor leyendo su breviario. Maniobró para ponérsele patente de manera que no dejara de llamarlo si lo deseaba. Pero el otro, ¡nada! Oraba y oraba en completa concentración, los ojos bajos sobre el libro, y los labios que se le movían con inexpresiva regularidad. Pero esa actitud no engañaba a don Cayetano, "¡vamos, si los curas pueden contar dinero leyendo en latín!", y concluyó enseguida: "me tiene mala voluntad... hace fuerza para meterla a monja". Se acomodó el sombrero con evidente nerviosidad y se fue al almacén de suelas. ¡Pero tampoco estaba el asesor! ¡Ni él ni su señora! Un cuñado que atendía provisoriamente el negocio le informó que habían internado a don Primo en un hospital capitalino por trastornos en la vejiga.

La noticia le sorprendió por completo; todos estos días había estado demorando la entrevista, sin considerar que otros problemas pudieran distraer a la otra parte.

Ya camino a su casa entró de paso en la farmacia de don Salustio Santero, hombre honrado que padecía mengua de negocio y prestigio por el avance de la industria química y los oleajes de los mediquillos y otros curanderos, que lo habían privado de lo más granado de su clientela.

En sus buenos tiempos ninguna persona importante se le moría en el pueblo sin que él tuviera que ver con el "Pase a la eternidad", pero ahora, lleno de amargura advertía marginada su sabiduría. En su despacho de altas vitrinas se alineaban como soldados de uniforme antiguo, escrupulosamente rotulados con elegantes letras góticas, los frascos de su cuasi – secreta farmacopea, por cuyas artes y conjuros, las esencias se convertían en bolos, píldoras, po-

madas y jarabes de mágica propiedad.

– Pase acá, don Cayetano – le llamó desde una rebotica encortinada mirándolo por una hendija de la puerta, entre las bravas y canosas cejas y la montura de sus anteojos. – Pase – prosiguió sin dejar su asiento.

– ¿Cómo está Ud. , don Salustio?, ¿cómo va la salud?

– Hombre, tirando – refunfuñó con voz ronca, la boca ajada y carnosa en un gesto despectivo.

Aun sin levantarse se le veían los huesos largos y una poca barriga para sus sesenta y tantos años de edad. Tenía la cabellera muy canosa y erguida alrededor de la frente arrugada, alta, de porte arrogante y retador, los ojos chicos, borrosos, sucios, mirando con insistencia de miope. Vestía un guardapolvo con manchas antiguas sobre pantalones de brin y los pies juanetudos en tradicionales botines de caña alta especialmente confeccionados previo croquis y levantamiento sobre cartón, tomando el contorno del mismo original, más minuciosas estipulaciones sobre espacios para uñas y callos que adquirían con el tiempo más enérgica personalidad.

– Siéntese – le dijo indicándole una silla al lado de la mesa de mármol con su equipo de retortas y probetas cuidadas como reliquias de una floreciente actividad pasada –, ¿qué anda haciendo a estas horas por aquí?

– Vine a ver a don Primo – informó suspirando y secándose la transpiración mientras se dejaba caer en la vieja silla de vaqueta.

– Ah, le dio un ataque – dijo, metiéndose en la amplia y carnosa nariz un dedo sucio de colorantes hasta profundidades abismales –, retención de orina – prosiguió mientras se rascaba el oído por el lado de adentro –; ahora se estará lamentando de sus purgaciones. Yo le dí corriales, pero qué va a hacer, si está podrido.

– ¿Tiene para rato, no?

– ¡Y...! – se interrumpió extrayendo al fin lo que perseguía por el fondo –, hay que ver si se le opera o no – observó con interés su logro –; por lo pronto ha de andar con unas sondas que arden como el infierno – de un papirotazo lanzó al aire la pelotilla y se limpió los dedos con el guardapolvo con cierto apresurado movimiento que tentaba al fin algún disimulo. – Dígame, dicen que su hija se quiere ir de monja, ¿cierto?

Don Cayetano levantó ambos brazos y miró el techo con telarañas poniéndolas como testigos de su aflicción.

– Todo el mundo lo comenta.

– ¿Sí?

– ¿Y Ud. qué?

– ¿Que qué?

– ¿Si qué hace?

– Fui a hablar con el Cura.

– ¡Pruaff... ja, ja, ja! – estalló en una ronca carcajada con interrupciones de tos catarral. Mirando luego a don Cayetano con sus ojos sucios y haciendo más intencionada y mordiente la risa, prosiguió: – ¡Qué cretino!... sin intención de ofender, ¡ja, ja, ja!

A pesar de la salvedad don Cayetano empezó a inquietarse. Este individuo a fuerza de decir impertinencias había conseguido que no se lo tomase en serio, ¿pero hasta qué punto?

– No le veo la gracia.

– ¿No? – se inclinó hacia él riendo torcido con su gran boca deformada –, ¿no es gracioso ir a pedir al Cura que espante a sus "ovejitas" y reviente su negocio? – Se le quedó mirando en una pausa insinuante con persistencia taladradora y diabólica. – ¿Se cree Ud. que el Curita le va a decir: andáte linda a tu casa a cuidar a tu papá viejo y dejáme a mí solito, tranquilito, no me limpies la ropa, no me mandes comiditas especiales, no me barras la casa, no

vengas por aquí a horas inconvenientes, y etc., etc., etc. y et-cé-te-ra?... – terminó prolongando la voz ronca y enviando la mano en un amplio ademán con todo un coro de sugestiones.

Don Cayetano empezó a acusar el impacto. La verdad que el hombre solía decir con crudeza su parecer honrado. Había tenido ruidosas cuestiones con un par de galenos por negarse a despachar recetas consideradas por él estúpidas e inadecuadas. Y cuando entregaba otras, no se guardaba su opinión fundada en un fervoroso naturalismo, cosa que por cierto no favorecía sus ventas.

– ¿Y qué le parece a Ud. que tengo que hacer?

– Ir al Comisario, decirle que su hija, menor, se ha fugado y que está en el colegio; que pide y reclama el concurso de la fuerza pública para rescatar a una menor secuestrada. Así se actúa amigo, así, ¡así! ¡Con energía, dejándose de pamplinas!

En ese momento un chico se aproximó al mostrador y se puso a llamar golpeándolo con el canto de una moneda.

– ¿Qué querés? – le preguntó don Salustio sin pasar a la otra pieza, limitándose a mirarlo por la hendija estratégica.

– Dice mi mamá que le mande diez guaraníes de lilimento para frotarle a mi hermanita que está resfriada.

– ¡Decíle que la frote con sebo de vela! – le gritó el boticario sin volver a ocuparse de él. Retomó la cuestión: – No se achique, ¡no se achique! – Y se levantó a pasearse alrededor de la mesa, pues sentado no se contenía a sí mismo. De pronto se plantó delante de don Cayetano y desde arriba, apuntándole con su dedo manchado a no más de una cuarta de la nariz, le preguntó con inflexible determinación: – ¿O es que Ud. está conforme con que su hija dedique su vida en flor a toda esa macana oscurantista, retardataria y anticientífica? ¿Sí o no? – Terminó avanzando varios centímetros el dedo hacia el vértice del dilema y mirándole con los ojos fijos y duros. – ¡Sí o no! – volvió a repetir en vista del atemorizado silencio de su interlocutor.

– No – respondió don Cayetano, que ya se echaba de espaldas sin poder resistir el apremio.

– Muy bien, entonces Ud. se va a la comisaría y hace la denuncia de la fuga de su hija y pide la restitución al hogar paterno, inmediatamente.

– Pero por qué no espero que antes me conteste...

– No hay nada que esperar. Si Ud. espera más lo único que va a conseguir es que la engañen más a su pobre hijita, que le remachen en la cabeza toda esa palabrería que da de comer al clero. ¡No hay minuto que perder!

– Muy bien... muy bien – consintió levantándose aturdido, y tomando el camino de la salida. Ya se iba cuando don Salustio Santero lo volvió a atajar.

– No me dijo qué necesitaba, don Cayetano, ¿quería algún remedio?

– ¡Ah, sí, casi me olvido!... Como ando tan preocupado no puedo dormir. ¿No tendría alguna cosa para hacerme descansar de noche?

– Le podría dar cualquiera de esas pastillas que ahora se usan, pero eso yo no aconsejo; tómese té de tilo tres o cuatro veces al día, lo mejor – y sin esperar que su cliente emitiese opinión, terminó la consulta. – Y téngame al tanto de lo otro: me interesa. – Sin más volvióse y se metió en la rebotica sobándose la nariz.

Pero ni aun con este estímulo don Cayetano estaba dispuesto a hacer las cosas a tontas y a locas, a pesar de que cada vez sintiese mayor inclinación a creer en la mala voluntad y artería del condenado Cura. Volvió a su casa provisto de una cantidad de tilo para té, y esperó aún cuatro días antes de ir por la contestación, pero cuando fue, ya tenía el espíritu sumamente predispuesto.

Había dado al Cura "unos días", arrancándoselos del hígado y los pulmones. No fue esta vez a la tarde, hora de la charla propicia a las confidencias y concesiones, sino a la mañana, bien temprano, hora de despacho, negocios y exactitud. El Cura lo recibió afablemente, pero advirtió en el acto que esta vez se presentaba otro clima espiritual.

– Conversé con su hija.

– ¿Y.. ?

– Nada por el momento – se encogió de hombros –, no he podido sacar nada en limpio.

– ¿Ya ve?, capricho, puro capricho.

– Hay que esperar un poco, estos asuntos no se pueden precipitar.

– ¿Quiere decir que hay que dejarla más tiempo en el colegio?

– Sí, dejarla hasta que ella misma se manifieste; no hay que apurar estas cosas, don Cayetano, el alma tiene recovecos obscuros...

– ¿Ya me va a salir otra vez Ud. con las cosas sumergidas, las murallas y misterios?... – dijo exaltándose el zapatero con los brazos y los ojos flameantes, la cara congestionada, descompuesta. – ¡No, señor!, aquí hay un hecho: ella es una menor y se fue de su casa.

– Sí, señor, ese es el hecho, pero en el mismo momento que Ud. pregunte "para qué, por qué" se fue de su casa, Ud. se encuentra en un terreno resbaladizo, lleno de conjeturas y palabras de significado ambiguo, hasta que va a dar otra vez de cabeza contra la muralla.

– Pero a mí no me preocupa ninguna muralla si voy a la comisaría y le digo al Comisario que mi hija menor ha abandonado su casa y que me la traiga de nuevo.

– Sí, pero Ud. no resuelve el problema. También puede ir al hospital, vestir bien paquete a un moribundo y mandarlo a la calle. ¿Estaría sano por eso?

– Puede que no esté sano, ¿pero sanaría quedándose en cama?

– Mire, don Cayetano, cuando Ud. vino a verme la primera vez, me dio la impresión de que era un hombre cuerdo, razonable, pero ahora me parece un hombre enfurecido.

– Soy un hombre a quien hay que tratar con razones... pero Ud. defiende las arbitrariedades y caprichos de la chica en una forma que tampoco entiendo. Mire, padre, ya soy viejo para que me entretengan con palmaditas en la espalda – se levantó pálido, conteniéndose a duras penas –. Disculpe la molestia. Buenos días – saludó rígido, se plantó el sombrero dentro de la habitación con deliberado intento ofensivo y salió haciendo sonar los tacos.

De allí, derechito a la comisaría. No había minuto que perder. Ya se estaba arrepintiendo del tiempo malgastado por no seguir de inmediato el saludable consejo de don Salustio Santero.

Se hizo anunciar y le señalaron un banco con aire de banquillo para esperar sentado. Gente de la más variada catadura, hombres y mujeres entraban y salían del atareado despacho. En la misma entrada, servía a la patria un conscripto abriendo y cerrando la puerta, y cuando ésta quedaba entornada, desde el otro lado se oían voces, arrastrones y crujidos de sillas, chillidos de botas y estridencias de espuelas. ¡El Comisario y sus detectives estaban en plena actividad!

A última hora, cuando ya no quedaban sino los semi-presos y más infelices en la sala de espera, lo hicieron pasar. En un despacho desnudo, completamente desproporcionado con la importancia de su poder; el Comisario atendía tras una mesa de escritorio bastan-

te raída y algo desvencijada. En las paredes colgaba, entre los calendarios más artísticos de la localidad, la iluminadora fotografía de Su Excelencia. Un viejo ventilador puesto debajo de la mesa, enviaba hacia arriba una corriente de aire que partía de las botas trepando por los accidentes corporales hasta llegar a la cabeza como una musa de inspiración.

Era un moreno corto y recio de cara redonda y chata, poca frente y el pelo duro dividido en bandos. Maduro, serio y de pocas pulgas. Sobre la mesa un gran jarro de tereré y una pistola.

– Mi hija menor se ha ido de mi casa.

– ¿Con quién? – preguntó sin mirarlo ni ofrecerle asiento.

– ¡Sola!... Se fue al colegio de las hermanas.

– ¿Por qué no vuelve? – volvió a preguntar con los ojos sobre los papeles que tenía adelante.

– Dice que quiere entrar de monja.

– ¡Jum! – contestó y lo miró rápido por debajo de las cejas –, ¿qué hizo Ud.?

– Fui a verle al padre para que le hablara, pero no me dijo nada... Ud. sabe cómo son los curas.

– Muy jodidos.

– Y por eso yo venía a verle a Ud. para que me ayude a traer de nuevo a mi hija a su casa.

– No, la policía no puede.

– Pero si una menor se va...

– Ya le dije, los *paí* son muy jodidos. Véale al Juez, necesitamos orden judicial. Nosotros no podemos proceder sin orden judicial. – Y volvió a mirarlo desde abajo por una fracción de segundo como si lo tocase con el ojo.

Don Cayetano regresó a su casa bajo el sol rajante del medio día caminando lentamente después del fracaso de sus entrevistas. Ni volvió a mencionar ningún presente para el Santo, pues además de su probada mala voluntad en el asunto, de sobra se daba cuenta de que desde ahora sus intereses estaban separados, divergentes, casi, casi en abierta contradicción. Lo siguió saludando, pero con una formalidad cortés, como es uso entre educados adversarios, pero ya no con la confianza de otros tiempos.

A la mañana siguiente fue a pedir audiencia al Dr. Cayo Justo Cañete, hábil Juez de Paz de la localidad, quién demostraba su competencia por haberse salvado de varias "reorganizaciones y saneamientos" del Poder Judicial, sin que a él le dieran con la purga.

Era don Cayo de no más de sesenta kilos, no muy alto, pero sí fino, llegando a los 55 de edad, los que habría pasado sin penas mayores, si una maldita sordera progresiva no le estuviese envenenando el carácter al hacerlo cada vez más notorio al mundo a fuerza de sonoros gritos. Sus enemigos decían que el creciente mal humor provenía de las dificultades que debía enfrentar para llegar a acuerdos en el *ñeé-mbegué*, o sea, al discreto entendimiento con la más generosa de las partes, mas sus partidarios rechazaban despectivos semejante imputación; alegaban que para un experto como el doctor, el ajuste y acuerdo por el servicio se hacía con una simple caída de ojos.

Pero en general había mucha calumnia porque ni su cuerpo ni su oficina revelaban prosperidad. Instalada en un trascuarto de piso de ladrillos y paredes de revoque gordo pintadas a la cal, exhibía quiebra y deterioro por todas partes. La mesa del Juez, que se balanceaba sobre el suelo desigual, había quedado retenida como cuerpo del delito en un aborto, los dos armarios eran recuperaciones de un saqueo sin restitución final, las sillas, confecciones de los presos, donación del Comisario, y los clavos metidos en la pared en los cuales se ensartaban los papeles del archivo, correspondían a las compras con las partidas presupuestadas para gastos

de escritorio. Pero quienes sopesaban la sabiduría de don Cayo por su capacidad para lograr una buena oficina, erraban del copete al talón, y si dentro de tal Juzgado no se conseguía justicia, cuando menos las partes la oían gritar.

– Que pase – ordenó el Juez cuando un Secretario transparente como cáscara vieja de cucaracha lo anunció por su nombre y categoría de dueño de "La Suela". – Adelante don... – volvió a decir cuando lo vio asomando a la puerta. – Entre, siéntese – indicó una silla delante de la mesa, mientras él ordenaba sus papeles. Tenía la cara seca, de arrugas que parecían tajos y la piel colgada sobre los huesos. Ágiles los ojos oscuros de córnea congestionada que bailoteaban alertas, la nariz afilada y la boca sumida como otra arruga transversal. Al hablar se le veían las ruinas de unos dientes podridos que trataba de ocultar con una mano en tanto que con la otra extendía la decadente capacidad de sus oídos. – ¿Qué le trae por acá, don?

– Mi hija – contestó levantando la voz más y más a medida que el doctor le aproximaba la oreja – ¡mi hija!... ¡mi hija!!!... sí, se fue de casa... ¡de mi casa!... ¡de mi casaaa!

– Ah, ¿sí?

– Sí – confirmó con una gran cabezada.

– ¿Es menor, verdad?, su hija Estercita, ¿no?, ¡qué linda chica! – dijo restregándose las manos y haciendo un gesto que podría ser mal interpretado, en tanto que don Cayetano asentía con todo el cuerpo –, ¡muy linda!, ¿sabe con quién se fue?

– Al colegio de las hermanas.

– ¡Ajá!, ¿y por qué no la hace traer?

– Dice que se quiere hacer monja.

– ¡Juhú! – exclamó el Juez echándose de espaldas y levantando admirativamente las esqueléticas manos. – ¡Mire por dónde le da!, ¡y una chica tan linda! ¿Pero no hay nadie que le caliente la pava?

¿No andaba por ahí ese "doctor"... je, je, Madruga – rió tapándose la boca – que la festejaba en grande?

– Eso se acabó.

– Lástima, ¿eh? – dijo guiñando un ojo –, ¡ese es un tipo viiivo!... – Y luego con actitud profesional. – ¿Se fue sin su consentimiento?

– Bueno... – empezó a farfullar confundido – yo no me opuse a que se fuera al colegio, pero me opongo a que sea monja porque es puro capricho.

– Muy bien, ¿y qué hizo Ud. para oponerse?

– Fui a verle al Cura...

– ¡Ajá!, y qué le dijo.

– ¡Me hizo un lío y dice que hay que esperar no sé qué!

– ¡Ajá!, ¿y qué otra cosa hizo?

– Le pedí al Comisario su ayuda para traerla a casa, es una menor.

– ¡Ajá!, ¿y qué le dijo?

– Me dijo que los Curas son muy jodidos.

– Cierto, ¿y qué más?

– Que Ud. tiene que ordenarle.

– ¿Que qué?

– Que Ud. tiene que ordenarle para que él actúe con orden judicial.

– ¿Eso dijo?

– Sí.

El Juez prorrumpió en una ruidosa carcajada de sordo, como para oírse a sí mismo y comunicarse su regocijo, aunque tapándose la averiada boca. Don Cayetano lo escuchaba sin entender.

– ¿Qué más le dijo? – preguntó anticipando de nuevo la risa con movimientos espasmódicos.

– Nada, que le pida a Ud. la orden judicial.

– ¡Ja, ja, ja!, ¿pero no se da cuenta de que se ha burlado de Ud.?

– No, ¿por qué?

– Porque él puede arrestar, confinar, deportar a cualquier ciudadano, hombre o mujer, sin más trámites, por el tiempo que quiera, sin dar cuenta a nada ni a nadie.

– ¿Puede sacarla del colegio y mandarla a casa?

– ¡Claro!, vivimos en Estado de Sitio, y en Estado de Sitio el Presidente dispone a su gusto y voluntad.

– ¡Pero él no es Presidente!

– ¡Jhujúu!, ¿qué más Presidente quiere que el Sr. Comisario?... ¡ja, ja, ja! ¡Se ve que Ud. es gringo y no conoce el país... ja, ja, ja! ¡Aquí, Comisario y Presidente, Presidente y Comisario son en el fondo la misma cosa, ja, ja, ja! – Se reía de buena gana convulsionado a veces por brotes de tos.

– ¿Y entonces qué cosa es Ud.?

La pregunta fue conteniendo lentamente la alegría del Juez hasta ponerlo extrañamente serio y grave.

– Esa pregunta me he hecho yo mismo muchas veces... vamos a decir que yo represento lo que debe ser, y el Comisario lo que es, el hecho. Ahora, si el Comisario no hace lo que debe ser, eso no significa que yo esté de más, sino que he sido puesto de lado... Pero eso ocurre cada día de la vida con todas las cosas. Fíjese: Ud. se va a la Ciudad y apunta en un papelito todo lo que quiere hacer, 1°, 2°, 3°, 4°, 5° en orden de importancia... bueno de vuelta Ud. se da cuenta de que hizo la mitad de lo que tenía apuntado y otras cosas que ni se le habían ocurrido antes... ¡Ja, ja, y eso pasa con Ud., con mis audiencias, con todo! – Se le quedó mirando con

ojos atentos para apreciar si su justificación era convincente.

– ¿También le pasa al Comisario?

– Bueno, la dificultad está en que él no escribe su papelito, no sabe qué dice, y si sabe, no entiende el por qué, ni el para qué.

– ¿Y qué pasa?

– Cree que el papelito es pura tontería y resuelve que es mejor y más agradable hacer lo que le da la gana.

– Y Ud., ¿no se opone?

– ¿Que dice?, ah, ¿que yo qué hago? Bueno, yo sé lo que dice el papel – empezó el doctor molesto ante este planteo estrecho de su misma necesidad como ser burocrático –. Mire, allí dice: no apresarás ni torturarás a tu prójimo porque no está de acuerdo contigo, pero el Comisario apresa y tortura. ¿Quiere decir eso que lo que está escrito no es cierto?

– Quiere decir que no vale.

– ¿Que no vale? – requirió adelantando palma y oreja en atenta inquisición. – Casi nada, pero algo vale. Mire, este despacho demuestra su valor – dijo enseñando objetivamente sus miserias –. Pero es un error creer que las cosas valen o no valen – se levantó como un palo torcido –, aquí en el juzgado aprendemos pronto que hay una constante transacción entre los extremos. El Comisario no hace caso, pero a veces hace caso y, además, están los casos en que le importa un pito, y deja que las cosas sigan su rutina. No hay seguridad, eso sí. Nunca sabe nadie dónde está; todos tratan de vivir como puedan, la ley del más fuerte. ¡Por eso es tan importante aquí tener autoridad!... Socialmente es primitivo, desastroso, pero ese es otro cantar... Allá en el fondo el Comisario quiere hacer lo bueno, lo favorable. No sabe, no puede, no entiende. Por eso siempre es bueno que alguien le recuerde.

– ¿Eso hace Ud.?

– Sí, justamente, mi modesto papel. Para desempeñarlo me hice Juez, así hablo oficialmente. Si hay cosa que odian los Comisarios es que un particular, que para ellos constituyen la raza de los réprobos, les esté diciendo: según la ley Ud. debe hacer esto, aquello dice la ley, eso no se puede, según la ley. Por eso odian a los abogados, los odian y solapadamente los prostituyen, los aniquilan... Ud. sabe, yo ejercía como procurador, y un buen procurador, ¿eh?... ¿eh, qué dice?

– ¡Nada, nada!

– Ah, ¿nada?... me pareció que decía algo – lo miró desconfiado – . Bueno, me iba a fundir un desgraciadito, un miserable – bajaba y afinaba la voz para expresar suprema insignificancia – ignorante que mandaba y me ponía la proa. Entonces me afilié y me hice Juez: ¡lo partí por el eje! Ahora sigo recordándoles sus obligaciones, ¡pero no pueden apresarme, ja, ja, ja!

– ¿Y el caso de mi hija, doctor?

– ¿Va a ver a un doctor?, vea... ¿Ud. cree que el doctor va a conseguir algo? A no ser que sea un doctor de mucha influencia, pero entonces lo que vale es la influencia y no la ciencia. Para eso lo ve a don Ramón de la Cruz, nuestro caudillo.

– Lo que yo le pregunto es su decisión en el caso de mi hija – gritó don Cayetano.

– Ya le oí, ¡por qué grita tanto, hombre!... ¡No se olvide que está Ud. ante el estrado de la justicia!... – Dijo dando un manotón a la mesa que la hizo quejarse y temblar como un ser vivo. Y cuando vio que había logrado suficiente efecto, prosiguió: – Bueno, en el caso de su hija, el papelito está a su favor, pero el Comisario ya le hizo entender que no piensa hacerle caso.

– ¿Y para qué entonces me mandó a verlo a Ud.?

– ¡Hombre, para sacárselo de encima y para que yo se lo haga entender de alguna manera, ja, ja, ja! – Después se fue poniendo

de nuevo serio. – Yo le digo todas esas cosas porque creo que Ud. me va a comprender y no va a repetirlas por ahí. Yo le cuento cómo son las cosas para que Ud. le busque el arreglo adecuado y no ande perdiendo el tiempo. – Se le quedó mirando con sus ojitos vivarachos, y viéndolo abrumado por lo que decía, se le aproximó por detrás a palmotearlo amistosamente. – ¡No se me desespere, don!... La verdad es que no somos ni el Comisario ni yo quienes vamos a arreglar este asunto. A estas cosas hay que buscarles la vuelta. Hágame caso, don, ¡se lo dice un hombre que se ha pasado la vida manipulando enredos!

Don Cayetano se levantó y salió lentamente. El pobre viejo empezaba a sentir su derrota. No había justicia, ¡no! ¿Acaso un padre puede ser impunemente abandonado por su hija sobre la cual el cielo le ha dado el dominio, garantizándose con un cariño profundo del cual manaba el natural deseo de lograr para ella lo mejor? Y en qué país vivía, a merced de influencias y circunstancias azarosas, donde la ley era letra muerta, ¡porque al Comisario no le interesaba hacerla cumplir contra un Cura a favor de un gringo pobre!... Pero no se fue a su casa, ella le daba un sabor demasiado amargo de soledad y en instintiva búsqueda de un estímulo que lo levantase de su abatimiento se desvió hacia la farmacia de don Salustio Santero, con el propósito de provocar su brava reacción ante el fracaso completo de sus consejos.

El otro lo vio venir por su hendija, desde la trastienda, donde él hervía con sus ácidos y maldiciones.

– ¿Es Ud.?, entre.

Don Cayetano pasó adelante saludando apenas, secándose el sudor con su pañuelo a cuadros y sin esperar a que se lo indicaran, se dejó caer pesadamente en la silla de las visitas. El farmacéutico lo veía hacer entre tensiones insostenibles, pues era evidente que traía consigo pésimas noticias.

– ¡Hable, hable!, ¿que pasó – le taladraba los nervios la morosidad

del zapatero y como reacción se dio una sobada de mano llena a la sufrida nariz –, vio al Comisario?

– Sí – asintió en voz baja don Cayetano con un suspiro que anticipaba el resultado.

– ¿Qué le dijo ese animal?

– Que traiga orden del Juez... voy y le pido al Juez, y me dice que si el Comisario quiere proceder no le hace falta ninguna orden.

– ¡Claro!, ¿y entonces?

– Nada. Aquí me tiene igual.

– ¿Por qué le dijo el bruto del Comisario que no quería proceder?

– Dijo que los curas son muy jodidos.

– ¿Ha visto?, ¿qué le decía yo? El pobre Comisario no se anima a enfrentarse con esa pandilla endemoniada, ¡esos cuervos que actúan en forma insidiosa y solapada!... Pero Ud. puede ver a un abogado.

– El Juez me dijo que con eso no voy a conseguir nada, que es preferible ver a don Ramón de la Cruz Domínguez.

– ¿Le dijo eso? – se levantó a meditar de pie la hipótesis tironeándose el pantalón corrido, desde encima del guardapolvo y acomodándose en él con enérgicos manotones y flexiones de piernas –, buena idea... mire – se volvió hacia él levantando un dedo para pronunciar su opinión: –, ¿cuál es el remedio contra el veneno de la víbora?... ¡pues el veneno de la víbora! Hay que actuar replicando esas tácticas tortuosas con las mismas tácticas, ¡pó*caré* con *pó-caré*!

– ¿Qué cree Ud. que hay que hacer?

– Pues hay que ir a ver a don Ramón. Si él quiere le va a traer un regimiento para rescatar a su hija, pero no va a hacer falta, los curas lo necesitan: permiso para hacer una rifa, recomendación para que el sacristán no vaya al cuartel, una partida en el presu-

puesto para la letrina de la casa parroquial y excétera, excétera y ex-cé-te-ra... – don Salustio tenía una forma de sazonar los excéteras, que cada uno de ellos venía cargado con varios pecados capitales. – Claro que también habrá que darle algo...

– Ud. sabe que todavía me quedan algunas lecheritas.

– Seguro, pero también le va a pedir otra cosa.

– ¿Ud. dice que me afilie a su partido?

– Sí, eso, ¿y a Ud. qué le importa? Se ensucia, pero salva a su hija de los cuervos. Lo que cuesta, vale. Vaya a verlo. – Y se hundió el índice en la nariz.

Cuando le parecía fácil y sencillo recuperarla, le fue soportable su ausencia, más aún teniendo en cuenta que era un modo de dar la palabra a la sabiduría del tiempo; pero ahora que una inesperada afirmación de propósitos lo ponía ante un hecho que iba adquiriendo cada vez mayor carácter definitivo, surgía la íntima sublevación de todo su ser. No admitía ni por un momento que la actitud de su hija emanase de una verdad profunda, y lo peor, recelaba que de ceder a lo que consideraba un capricho, corría el peligro de que se consolidara, de que encontrase modo de hacerse permanente pues la experiencia le decía que en este mundo la circunstancia es más decisiva que un propósito. Y entonces, el futuro de ella sería una inmensa frustración, y el suyo propio el principio de la temida soledad final.

Por eso su actitud no era serena ni conciliadora; consideraba tan enorme y definitivo el riesgo que sus apremios iban empujados por una suerte de terror. Su hija o su muerte anticipada y completa, por acabamiento de su postrer impulso concreto de inmortali-

dad. Y en última instancia, ¿había razón para este inmenso sacrificio? No, él creía sinceramente que no.

¿Pero tenía derecho o no lo tenía? Nadie se había atrevido a cuestionarlo. Todos se reconocían recíprocamente la sobrada facultad de gobernar el propio hogar, de luchar por él hasta el sacrificio, de buscar un destino común para los suyos, y velar por la felicidad de aquellas personas que forman parte de la propia vida. ¿Por qué pues esta insólita desconsideración, esta forma absurda e irresponsable de negarle ayuda cuando no hacía sino pedir algo incuestionado? No entendía cómo le podían decir: "sí, es suyo, Ud. tiene razón, pero arréglese como pueda", ¡y esas eran las palabras de las personas encargadas de mantener el orden social asegurando la justicia! Don Cayetano sentía la mordedura ardiente de la injuria, el atropello a lo que era constitutivo de su personalidad. Sentía el principio pisoteado con el dolor de la carne, el nervio y la sangre; su derecho vivo que formaba parte palpitante de su ser sufría una amputación salvaje, y la falta se iba llenando de negro rencor, odio y hasta deseo de venganza.

Hasta ese momento había sido un hombre más bueno que malo, un hombre que se hacía sus trampas y concesiones para justificarse, pero cuyos pecados no eran definitivos porque no se apoyaban en un sentimiento reprobable; había tenido una vida sencilla y honrada que sentía su fracaso y su tristeza, pero que no le causaba vergüenza; sus insomnios constituían una molestia, pero no un castigo, y sus angustias se ocasionaban en la certidumbre de la derrota y el olvido, mas no en el remordimiento de algo que lo acusara culpándolo. Respetaba a Dios, tanto que sus arreglos con él trataba de alcanzarlos mediante un abogado famoso y competente. Hacía una caridad interesada, pero no ostentosa ni humillante; pasaba por la vida con suavidad sin acosarse a sí mismo, ni a sus semejantes.

Pero ahora cuando iba llegando al fin de sus días y pudiera esperar que los caracteres de su personalidad fueran definitivos, todo el

equilibrio esencial que lo había mantenido durante sus últimos años fiel a sí mismo, se estaba destruyendo. Perdía la fe en la fuerza de su razón, su derecho no se sostenía solo, no encontraba el amparo social que creía seguro; se sentía vencido, humillado por tener que ir a solicitar ayuda a costa de su propia estima.

Por eso, cuando golpeaba la puerta de don Ramón de la Cruz Domínguez, el caudillo de gran influencia, compadre, suegro y pariente de medio Poder Ejecutivo y dependencias, él mismo había caído de su propio pedestal de respeto, caminaba con la cabeza baja, avergonzado, despreciándose en su intimidad.

Lo llevaron a un gran patio con piso de baldosas en parte, con su pozo y aljibe, y en cuyo fondo otros grandes galpones daban la idea de la patriarcal opulencia del caudillo. Muchas plantas, más que flores; exuberancia con poca forma.

Un gran corredor y parralera se adornaban con brillantes bolas de cristal; un par de loros que dialogaban desde aros distintos, un mono que también chillaba y saltaba pidiendo atención desde su cadena asegurada a la cintura y toda la población de pájaros enjaulados, gatos que los miraban y varios perros hacían del conjunto una sonora selva domesticada.

– Por acá, don Cayetano – le llamó desde el fondo el dueño de casa, vestido de pijama y sentado en una amplia silla de hamacar. Don Ramón conversaba en guaraní con un hombre de campo con aire de caudillo de menor importancia. Los pies blancos y sonrosados del voluminoso hombre reposaban en una banqueta, y una moza de su servicio le cortaba las uñas con un cortaplumas de esmerado filo.

– Siéntese, don Cayetano – dijo indicando una silla, a tiempo que proseguía su conferencia y tratamiento de pies que no se iría a interrumpir por la visita de un pobre gringo zapatero.

– Gracias... no se preocupe, cuando pueda... – Se sentó mansamente con el sombrero entre las piernas y el cuerpo caído con sumisión.

Se había hecho violencia, pero se estaba habituando a su vencimiento.

Por los galpones y hacia el lado de la cocina trajinaban hombres y mujeres atareados en hacer andar el abundante mundo del dirigente. Bajo los árboles había buenos montados comiendo su ración de alfalfa, un *sulky* con las varas levantadas, pavos, patos, gallinas en abundancia y notables polladas de riña que apenas salidos del huevo ya mostraban su disposición.

– Vengo a pedirle su ayuda, don Ramón – le dijo cuando el otro hubo terminado su audiencia previa –. Ud. me conoce, soy un hombre de trabajo, hace años que vivo en el pueblo, y siempre a su disposición.

– Sí, hombre, ¡quién no lo conoce a Ud.!... ¿Qué le pasa?

Don Cayetano empezó a contarle sus desdichas.

– Bueno, su asunto es un poco delicado... ¡pero lo vamos a arreglar! Mire, el domingo tenemos una reunión partidaria en la compañía Ysaú, allí podemos anunciar su afiliación para que los correligionarios lo conozcan; ¡eso es muy importante!...– y prosiguió después de una brevísima pausa – ahora el sábado, voy a hacer buscar de su casa una vaquillona bien gorda para el asado con cuero, y Ud. haga llegar tres o cuatro damajuanas de caña, mandioca y los elementos para un poco de ensalada. – Y con otro tono de voz más alto: – No se preocupe, don Cayetano, todo se va a arreglar... ¡pero qué don Cayetano! ¡Ja, ja, ja!...– rió comunicándole su optimismo de caudillo próspero con dientes de calcio y oro, y conexiones firmes en el poder.

Para animarlo con más fuerza, don Ramón, a quien una criada servía a intervalos su mate exclusivo, lo convidó con una cañita especial con gu*aviramí*, y después de pedirle su opinión y de apreciarla, metiéndose en sus chancletas se levantó a despedirse del nuevo correligionario... y para decir verdad, el viejo salió confortado. Lo habían escuchado sin contradecirle, le prometían ayuda y

lo trataban amistosamente desde la misma entraña social constitutiva e inspiradora de la autoridad.

Don Salustio Santero también manifestó aprobación:

– Y le va a ayudar, no le quepa duda. No digo que por Ud. se agarre a trompicones con los curas, ¡no!, es muy astuto para hacer eso, pero sabe tratarlos, y Ud. gana: ¡recupera a su hija de las garras de los cuervos!

El domingo bien temprano fue a disponer los preparativos para que todo saliera detalladamente perfecto. Por un momento olvidaba las duras circunstancias que lo habían llevado a ingresar en la política activa de su país de adopción, para poner todo su afán en la tarea asignada de hacer un suculento asado con una vaquillona de su cría, en cuyo sabor juzgaba comprometida su fama. Presenció el mismo acto del sacrificio, en el cual el querido animal gimió bajo el amargo cuchillo "propiamente como un cristiano", según su desgarrada expresión.

Don Cayetano había puesto empeño en conseguir la mejor y más tierna mandioca, pan de esponjosa y blanda miga, verdura con olor de manantial. Mientras bajo su ojo vigilante se hacía suficiente brasa e izaban los sangrantes asadores, él conseguía disponer unos tablones sobre caballetes y cajas bajo una umbría arboleda, y desde el principio, todo iba calculado para que un lugar con privilegios de trono correspondiera a su flamante amigo y padrino don Ramón.

Antes de mediar la mañana empezaron a llegar los primeros concurrentes en pequeños grupos que eran recibidos en una tranquera distante como a cincuenta metros de la casa. Allí una comisión de amables correligionarios les recordaba, que como no había ninguna cuestión especial en discusión, se había recomendado a los

amigos que no acudieran armados, pues, salvo caso de extrema necesidad, se consideraba deprimente para el prestigio político que dentro de la gran familia del partido las reuniones terminasen en velorios. Y para asegurar la comprensiva obediencia de los miembros del linaje, la comisión palpaba cuidadosamente a los varones reteniéndoles las armas de fuego y los cuchillos de más torva catadura. Lo malo y riesgoso era que muchos ya venían fogueando sus opiniones en todos los boliches del camino y llegaban a manos de la comisión bastante decididos. La cantidad de caballos iba en aumento, y sus dueños los amarraban bajo los árboles de un costado de la casa. Llegaban también mujeres, las más vistiendo el color partidario, o adornadas a propósito para la reunión.

– ¡Vía el gran Partío!

– ¡Vía!

– ¡Abajo los contrario!

– ¡Abajooo! – se gritaba con gran ardor, pues la suprema prueba de fidelidad, no era estar por los unos, sino contra los otros.

A medida que avanzaba la hora y los jarros circulaban con bizarría, aquello se fue animando. Bajo el amplio vestíbulo de la casa y contigua parralera, se congregaba cada vez más numerosa la reunión. Parados, en bancos, sillas y recostados a los horcones, estaban los paisanos inquietos por el bien común. Un individuo grandote, sebáceo y lleno de prosperidad, atrincherado detrás de una tosca mesa, emitía una maciza perorata sobre la necesidad de estrechar filas alrededor de los altos dirigentes para sostener mejor los principios eternos.

– Porque solamente así... – decía levantando una mano obscura, chata, enjoyada con un brillante – ¡vamos a conseguir la realización de nuestros ideale de mejoramientooo! – terminó dando gran énfasis a una vibrante "o" final que emocionó al auditorio.

Pero antes que terminaran los movimientos y carraspeos de aprobación, un morenito insignificante de voz ratonil, se adelantó con

el brazo en alto para recoger la palabra al vuelo.

– Yo estoy de acuerdo con todo lo que dijo el correligionario – empezó con su tono más chillón, trepándose a un banco vecino –, pero yo pregunto al correligionario si qué se hicieron de los cupo de tejidos del país, *cabo sinsal*, azúcar, sal, fósforo y otros implemento agrícola que tenían que venir para los correligionario...

– ¡Pero Yu-í ya otra vé! – exclamó levantándose un dirigente antes de que prendiera la cuestión planteada por el correligionario "Ranita" –, ¡él solamente ha de ser el que viene a incidentar ya otra ve! ¡Incidentisto!...– le increpó entre murmullos, meneos y opinión contradictoria. – ¡Aquí venimos para estar todos contento, para hablar de los principio eterno, del nacionalismo y de los héroe de la guerra del setenta, y no para andar con *macanada* de cupo!

Un miembro de la directiva arrancó a Yu-í de su tribuna de un manotazo, en tanto que el jefe ordenaba:

– ¡A ver eso músico!...venga una *polka*, ¡siga pue *la aña memby*!...

Y cuando estaba en pleno ascenso la emoción musical apoyada por la bebida, el calor y el propio fervor partidario, llegó don Ramón de la Cruz.

Entró triunfalmente saludando con la mano a los que más exaltadamente le daban la bienvenida. Dejó su caballo en manos del primer ahijado que le sostuvo el estribo y se apeó entregándose a los abrazos, los agasajos y las bendiciones.

– ¡Vía don Ramón de la Crú!

– ¡Vía!

– ¿Cómo está, compadre?

– ¿Bien, compadre, y la comadre?

– ¡De primera!, ¿y el ahijado?

– Por ahí anda con la *jondita*... pero vamo a afiliarle ya de una vé.

¡No conviene que ande orejano!

– ¡Oh, *mitaí*!, hijo de tigre, ¡*overo* ha de ser!

– ¡Ja, ja, ja!, ¡piiipu!

Los amigos íntimos y parientes de don Ramón hacían apretados círculos alrededor riendo y festejando alborozadamente sus ocurrencias. Pronto se sumaron también las mujeres y el caudillo las atendió a cada una en capítulo aparte, abrazándolas y acariciándolas paternalmente, con su dosis de malicia, con risitas de insinuación, gusto y grandes carcajadas. Sentado en la más cómoda silla para reponerse de la fatiga de su corto viaje, se secaba el sudor, y al pedir agua, le alcanzaron un refresco especial, anticipadamente preparado.

– ¡Vía don Ramón de la Crú!

– ¡Que hable!

– ¡Muy bien, que hable!

Pero él, con evidente habilidad y tacto, cortó rápidamente el pedido de los más fervorosos poniéndose del lado de la plebe amenazada.

– ¡Haga callar a ese tonto! – ordenó con simulada afectación –, ¡qué que hable!...vamos a *aperitar* y vamos a hablar de gallos y de mujeres... ¡Ja, ja, ja!

La ocurrencia fue ruidosamente festejada.

– Oh, don Ramón, ¡*châ*!

Le alcanzaron un jarro de los que andaban circulando y él se dio un buen trago con gran aparato, mímicas y carraspeos para que quedara constancia de que bebía en común con el pueblo. Y de inmediato la reunión política se llenó de vida; los aburridos principios se esfumaron, las carcajadas y cuentos se sucedían, las mujeres se contoneaban y las ráfagas del viento traían los olores del asado como una inspiración.

– ¡Oh, don Ramón, *châ*! No hay otro como él que entiende la política, y después si te va preso, ¡él te saca de un tiro! ¡Piiipu!

Hasta que llegó exacta la cita entre el hambre y el punto del ¡churrasco! Pasaron todos al lugar dispuesto y como por arte mágico, a pesar de los cacheos, aparecieron de todas las mangas y cinturas descomunales cuchillos que mordían a grandes tajos las jugosas carnes. Se comía gruñendo, a lo *«paraguay»*, pasándose el corte a ras de bigote y dándose un trozo de mandioca después. La verdura, mirada con desprecio por el paisanaje autóctono como gusto de caballos y vacas, quedaba para los que se iban agringando. Don Cayetano sudaba a mares mientras repartía atenciones entre sus nuevos amigos que le habían de apoyar para el rescate de su hija, teniendo principal cuidado, como era lógico, con don Ramón, el amado patriarca. Este demostró en varias ocasiones apreciar sus molestias, y hasta le confirmó un principio de intimidad, pidiéndole que le reservara algunos trozos especiales para llevarlos de regalo a ciertas comadres de la compañía. Por fin, cuando se hubo comido hasta la saciedad, las raciones empezaban a ser tiradas a los perros y el hartazgo hacía florecer eructos y palillos de dientes previsoramente llevados en algún bolsillo, o labrados de prisa en la misma oportunidad, entonces, don Ramón se levantó e hizo ademán de querer hablar, en tanto que se limpiaba la boca y las manos con una toalla bordada, traída para él en son de servilleta.

– ¡Correligionarios! – empezó con la cara grasienta y alterada por la comida, el calor del medio día y los tragos –, tengo el gran honor de comunicar a Uds. que un hombre de trabajo, un hombre de progreso, que ha venido hace muchos años a establecerse en nuestro pueblo, ahora, atraído por los principios eternos de nuestro gran Partido, ha resuelto voluntaria y espontáneamente pedir su afiliación.

"¡Este es un ejemplo para los malos paraguayos que no hacen sino calumniar a la Patria en la persona de sus dignísimos gobernantes!... Se quejan y dicen que no tienen libertad. ¡Mienten!... ¡Tiene

toda la libertad para vivir, trabajar y pensar... pero claro, la policía los vigila atentamente, y por precaución, los lleva presooo!... ¡Eso es lo que pasa, pero ellos no quieren entender! ¡Pero estos extranjeros imparciales están diciéndoles quién tiene razooon!"

– ¡Muy bien, muy bien!... tre hurra a don Cayetano... ¡ji, ji, ji, jip!... ¡rrrá! ¡ji, ji, ji, jip!... ¡rrrá! ¡Ji, ji, ji, jip!... ¡rrrá!

– Este asado – prosiguió el orador – le debemos a él. ¡Esta sabrosa vaquillona es de su marca, y también ha colaborado con la caña, la verdura, el pan, el aceite y la mandioca!

– ¡Muy bien!... ¡que hable!

Don Cayetano que se ponía todo colorado y que con las manos y todo el cuerpo hacía más y más expresivos ademanes indicando que todo era poca cosa, que no había para qué agradecerlo, en el mismo momento en que el entremetido pidió que hablara, sintió que una zarpa de hierro le cogía la garganta, el corazón, y se puso pálido, amarillo, como el sebo de la vaquilla que colgaba de una rama.

– ¡Que hable, que hable, muy bien!...

Don Cayetano retrocedió como ante la inminencia de un ataque abrumador, pero de nuevo alguien le empujó hacia la primera línea visible y tremendamente peligrosa.

– Los correligionarios le quieren oír... – afirmó don Ramón atrayéndolo también al ruedo, en espera tal vez de su solicitado testimonio relativo a las calumnias de la oposición.

El viejo miró a todas partes, pero como no había una sola grieta por donde escapar, su intención quedó segada sobre la misma raya del peligro. Los labios le temblaban, se sentía acosado, rodeado de miradas expectantes, acaso maliciosas, y sonrisas de dientes sucios o podridos. Si hubiese previsto semejante desenlace, hacía rato que hubiera escurrido el bulto, ¡y ni aún quién sabe si hubiera venido!

– Señores... – dijo el fin, no tartamudeando, sino temblando. – Señores, yo no sé hablar... yo no he podido estudiar porque siempre tuve que trabajar... apenas puedo hablar para saludar... a los amigos...

– ¡Muy bien, muy bien! – lo animó uno dándole una tregua y otros se unieron a la salva.

Pero ni así. No había tiempo para sus cálculos y meditaciones, ¡había que decir algo con toda urgencia! La pausa se hacía dolorosa y cuando ya se insinuaba algún movimiento para terminar la expectativa, el orador encontró de nuevo un hilo.

– Yo vengo aquí para ponerme a las órdenes de don Ramón, porque él es un hombre que entiende, un hombre comprensivo, un hombre que está al lado del derecho y contra la injusticia...

– ¡Muuuy bien! – aplausos.

– He recurrido al Sr. Comisario, y no me hizo caso; he recurrido al Juez, y no me hizo caso; he recurrido a don Ramón, ¡y él sí me hizo caso!

– ¡Vía don Ramón de la Crú! – gritó un ciudadano en un arranque incontenible de ardor.

– ¡Víía! – respondieron todos con gran entusiasmo. La frase le había salido redonda; el espíritu se remontaba.

– Recurrí al Cura Párroco, ¡y no me hizo caso!... Recurrí a don Ramón, ¡y me hizo caaaso!

– ¡Tre hurra don Ramón, jep, jep, jep... rrrá! ¡Jep, jep, jep... rrrá! ¡Jep, jep, jep... rrra!

– Porque... porque Uds. tienen que saber, correligionarios, que los curas tienen secuestrada a mi hija, una niña menor que se va de su casa para caer en las garras de esos cuervos, ¡esos individuos que viven sin trabajar, chupando la sangre del pueblooo!...– rugió don Cayetano, ahora ya flameante en la tribuna.

¡Mas, oh, sorpresa!, en lugar de producirse una correspondiente alta vibración en el alma de la concurrencia, un silencio extraño paralizó el fervor político hasta entonces en ascenso. Hasta los más borrachos y distraídos buscaron apoyo en la mesa o los árboles esperando entender con más equilibrio. Don Ramón se puso a hacer señas con la mano para que terminara el orador o cambiase el tono del discurso o rectificase lo que estaba diciendo, ¡pero vaya uno a meterse con tontos!, y la ocasión había transformado al humilde zapatero ¡en un tribuno de pasión rugiente!

– ¡El clero que vive de la ignorancia!... los curas les hablan a nuestras hijas inocentes en el confesionario y les meten en la cabeza una cantidad de macanas para que dejen su casa y se vayan con ellos...– el manso gringo había cambiado. Por arte de magia, de sorpresa, le habían abierto una peligrosa válvula que le permitía extenderse, borbotar poderosamente, ir a los otros, desahogarse, dar forma a la protesta contra un dolor que le machacaba el nervio que empuja el deseo de vivir. – Yooo... – gritó aún más alto avanzando un paso, pero en ese mismo momento algo caliente y macizo, pero no duro, le dio con fuerza en la nuca. Se volvió por instinto, y entonces un asador con restos de carne le pegó en la cara. Vaciló sorprendido, e iba a reclamar, pero como algo absurdo e inentendible, como una súbita imagen de locura, vio que la gente de su alrededor reía. Más cosas le arrojaban, huesos comidos, palos, bosta endurecida, lo que encontraban a mano.

– ¡Hereje! – gritó uno.

– ¡*Yablo* masón! – chilló una mujer.

Ahora empezaban a llegar algunos leños del fuego del asado y la concurrencia se dispersaba precipitadamente para no recibir un golpe gratuito.

– ¡Piiipu! *Paí aparte*... esto *bringo* son todo *comunisto*!

Don Cayetano retrocedió y retrocedió cada vez más asombrado sin atinar con el por qué de la agresión, ni cómo se había llegado a

este trueque completo del ambiente en cuyo solícito cultivo había puesto lo mejor de su voluntad. El desconcierto era completo, sus más ágiles premisas no podían corresponder a ninguna causa. Había contado que la tenían secuestrada a su hija, ¡y se ponían en su contra!... Ahora, después de muchos años, volvía a sentirse extranjero porque no podía entender el lenguaje de lo que sucedía alrededor. Todo era magia y asombro para sus ojos fascinados, aunque por cierto con el signo de la perdición. ¡Quedaba solo!

– ¡Déjenle, déjenle! – oyó un grito que podía ser de don Ramón. En efecto, comprendió que llamaba a los que estaban más ensañados con él y los llevaba hacia la casa. Burlas, risas despectivas, carcajadas llenas de provocación. Se oyó llamar *"bringo tepotî"*, *"gringo taby"*, *"añá memby"* y otras lindezas expresadas en lengua vernácula con profunda e indeclinable sinceridad.

Lo dejaron al fin; algunos seguían discutiéndolo a él, objetivamente, desde lejos, según se podía observar, pero los más, tomaban sus caballos o salían en grupos proponiéndose buscar lugares menos tumultuosos para organizar un truco que ayudase a digerir la novilla del hereje, que aún podía resultar envenenada, o cuando menos, indigesta. Unas cuantas mujeres y chicos flacos, desnudos, de cutis obscuro, terroso con sus secciones amarillentas, que por largo tiempo no alcanzaban un zoquete substantivo, primero se precipitaron sobre los restos de la carne y después con más parsimonia, siguieron comiendo la mandioca, el pan y la ensalada y a cargar todas las sobras en latitas traídas a propósito. Vagaban buscando detrás de los árboles, donde algunos correligionarios hartos habían abandonado los espetones aún apretados entre sabrosas tiras. Eran como una especial categoría de perros que invadía los lugares del festín. Una mujer desgreñada, sin preguntárselo a nadie, se apoderó de algunas menudencias que se habían reservado para bocaditos especiales; otra se fue con las patas y dos chicos se disputaron la cabeza. Ni lo miraban, se había sentado sobre una raíz saliente. Hacía largo rato que todo había vuelto a un silencio donde sonaban los moscardones, los lejanos vagidos de

recentales y los leves pasos de los infantiles rebuscadores de sobras. El sol poniente se metía por debajo de los árboles y las sombras corrían vanas y largas, caminando cada vez más rápido hacia el fondo del infinito.

Un hombre de edad se acercó haciendo ruido para llamar la atención, pero no hubo manera de atraer aquellos viejos ojos fijos y tristes. Entonces se le plantó delante:

– Don... don... ¿estás enfermo?... – y hubo de reiterar aún, después de una pausa –, ¿estás enfermo, don?

Don Cayetano pareció advertir que le hablaban, pero aún sin mirarlo directamente, y como pensando en voz alta en un tono dramático y resignado, dijo:

– Se acabó la farra...

– ¿Cómo dijiste?..., ah, ¿si se acabó la farra?, ya se jueron todo, hace rato.

– ¿Ya se fueron todos?

– Sí, hace rato. Parece que se formó un disgusto después de comer y se jueron todo.

– Está bien... entonces me voy yo también. – Se levantó y desde allí mismo se dirigió hacia la tranquera de salida sin buscar antes el camino de la casa para despedirse y disponer de sus cositas que quedaban libradas a la ratería.

– ¡Don!... ¡don! ¡Tomá tu sombrero, don! – Le alcanzó el hombre llamándolo.

– Gracias – le dijo y le pasó una mano flácida. Una mano de fabricante de pompas de jabón; ya no la mano de un fuerte obrero de filosa trincheta y martillo cantarín.

El pobre hombre había quedado débil y blando como una mojada figura de cartón; una hija, un Cura, un Comisario, un Juez y el caudillo don Ramón de la Cruz, le habían ido derrumbando poco a

poco hasta la última estructura de su ser. Se iba por un camino polvoriento hacia su casa, sin saber para qué. Al llegar había caído la noche; abrió la puerta que no le guardaba nada que quisiese; entró en su hogar lleno de tinieblas a sumirse en su absoluta e inentendible tristeza y soledad.

Reconoció su derrota, y ya no quiso luchar. Una vez más debía torcer radicalmente de rumbo y propósito en la vida, pero esta vez el cambio consistía en dejarse estar, abandonarse a merced de los sucesos, flotar en la corriente del sufrimiento como un cuerpo impregnado de fatalidad que ya no busca ni ve una orilla.

El día siguiente lo pasó sentado en el negocio, con las puertas cerradas y no abrió aún a Quispe, quien si venía debía de hacerlo por alguna razón muy especial. ¿Para qué?... Se entretenía ahora pensando en la enormidad de su fracaso, lamiéndose las heridas aún estremecidas de dolor. Mas por mismo contraste, su pensamiento se fue corriendo hacia aquella ilusionada y feliz juventud, cuando la familia estaba constituida alrededor de la mesa bien provista, presidida por la esperanza y amparada por la bendición de Dios. Entonces estaba seguro de que en algún momento próximo había de cumplirse la gran promesa de triunfo que América le debía como una necesidad. El destino, el Hado o quien quiera que fuese, tendría en cuenta la enormidad del sacrificio, el afán intenso que significaba cruzar el mar, remontar los ríos, picar la selva y deambular por los campos en busca de la ventura. Sus penurias tenían que recibir resarcimiento. Y allí estaba la posibilidad de una naturaleza maravillosa, túrgida de bienes, lista para ser transformada a favor de quien aplicase a sus leyes los procedimientos de la técnica. Era cuestión de dar con los medios para explotar algún resquicio. Desechar la forma primitiva de arreglarlo todo con guapeza, sufriendo o haciendo sufrir, tirando abajo cien ar-

bustos para sacar la mitad de un tronco; arrastrarlo por huellas horrendas con más y más yuntas de bueyes, a palanca, látigo y grito, o sufrir la lluvia que viniese, o no prevenir la *seca* y aceptar sin protesta el dictado de la potencia mayor. Y ese mismo orden llevado a la relación social: disposiciones caprichosas, sostenidas con la fuerza, inspiradas en ella, sin otra originalidad, aun cuando pudiera ser buena la intención.

Se acordó de aquel Sargento de compañía que encontró a un paisano entre unos indios *guayaquíes* cazados en la selva por un empresario con persistentes hábitos de encomienda colonial. La autoridad había visto que en la partida estaba uno de cutis tostado, pero blanco, de facciones afiladas y que hablaba guaraní, lenguaje que no comprendían los demás. Intrigado empezó a preguntar, y sin muchos rodeos el supuesto indio le informó que él era "cristiano", y que en trance de evitar un reclutamiento arbitrario, había mal herido a uno o dos de la comisión y escapado después al monte. Luego de muchas peripecias encontró a unos indios y se fue con ellos.

– ¿Desde cuándo anda así?

– Desde el tiempo de la guerra del Chaco.

– ¡Pero qué bruto – había exclamado el Sargento –, cómo un paraguayo, un hombre civilizado va a dejar su pueblo para volver con los indios!

– Entre ellos tengo a mi mujer, a mis hijos, vivo libre, tengo lo que quiero...

– ¡No, señor, no puede ser, cómo se atreve a decirme que tiene lo que quiere entre los animales, viviendo como un indio, cuando aquí puede tener su casa, su poncho, subir a caballo, en tren, en camión y hasta en aeroplano!... ¡No sea bárbaro, no me quiera mentir!

El otro era torpe para las razones, pero detrás de sus ojos obscuros había una constancia de seguridad que le permitía empecinarse y

repetir que sólo entre las sombras de la selva estaba su felicidad. Entonces, en vista de que nada se conseguía con palabras, el Sargento lo amarró a un árbol y le aplicó una feroz paliza para convencerlo de que la civilización era mucho mejor que la barbarie.

– Es inútil, no hay nada que hacer con esto individuo, ¡solamente mano de hierro!

¡Mas ni con ésa, pues apenas pudo el bruto se volvió a la selva!

Lo singular era que el sargento obraba de buena fe, creyendo sinceramente en la verdad de su receta, por más que una y otra vez le hubiese conducido a resultados desastrosos.

En aquellos tiempos tenía la energía de apostar una y otra vez hasta doblegar la probabilidad adversa, de buscarle la vuelta a las cosas, de un modo, de otro, obligándolas a entregarse, sabiendo por experiencia antigua, por sabiduría secular, que no buscaba nada que no se hubiese hecho, ni fuese imposible. "¡Otros tiempos!"... Entonces estaban las ilusiones, cada esfuerzo era un tránsito hacia el ideal, y a su mismo lado tenía un concreto y visible por qué luchar, un fin atractivo e indudable que daba a la aspereza de la pugna el justificativo de la generosidad. ¡Vencer para dar!; ¡ser feliz haciendo feliz! Héctor, aquel sano pedazo de amor, belleza y energía... Nunca se estaba quieto. Mareaba hasta tenerlo cerca, era un impulso constante.

– ¡Por Dios, sosegáte un minuto!

Pero no le era posible; aun en el momento en que le estuviera sometiendo a una reprimenda, encontraba forma de hamacarse, flexionar los brazos contra los bordes de la mesa, apoyarse saltando en uno u otro pie. "Un azogue, ¡qué chico! ¡Ja, ja, ja!..." ¡Todo había que ponerlo bajo doble llave porque lo había de revisar, palpar, destruir, desarmar, perder! Un día, ya no se acordaba con qué motivo, le había dicho que cuando muriese podría tocar todas sus herramientas. Pues esa noche cuando la madre le preguntó si por qué rezaba con tanto fervor a San Antonio, contestó:

– Rezo para que papá se muera.

– ¡Por qué, mi hijo! . ¿Cómo vas a pedir eso?

– Para tocar todas sus cosas.

Se rió. ¡De lo que le había librado San Antonio!

Bueno, ¡y comía ese bendito! ¡Era de una glotonería insaciable! Habían reído a carcajadas la vez que reparando en unos pimpollos de rosa, preguntó:

– Se comen, ¿mamá?

Tenía seis años.

Las imágenes de su pasado le acometían en grandes olas que le pasaban por los ojos fijos e inertes para la visión actual. No había advertido la hora, ni la comida puesta, ni que los mismos objetos de su alrededor ondulaban también y se deformaban en caprichosas curvas, como cuerpos sumergidos. El calor de la siesta y el medio día pasaba sobre su indiferencia y en un momento de la tarde cuando la silla recibió el sol, tampoco la movió de sitio. Sentía cierto frío, pero un cansancio infinito le impedía socorrerse, ni aún atinar qué cosa hacer. Ahora el derrumbe era completo, y la muerte, contra cuyo acabamiento una y otra vez había logrado reagrupar sus energías, le parecía una amiga próxima, la gran bendición de la paz para el hombre rendido.

Sólo ya de noche, cuando debía acostarse, se le ocurrió salir a la calle a caminar despacio por la silenciosa calzada llena de la melancolía de la luna. Se fue hacia la esquina y volvió, pero cuando fue por segunda vez, se dejó llevar por sus pasos. "Sí, esto se acaba". Una música cadenciosa de jazz salía blandamente de alguna casa obscurecida transportando por la comba del éter un cifrado mensaje de soledad. Venía de tan lejos y, sin embargo, traía consigo el mismo sello de pesar.

Una trompeta se retorcía vibrante o ronca en su afán afiebrado de expresión. El mismo grito traducido... ¿y entonces, qué? Si un sen-

timiento semejante estaba derramado de uno a otro confín del globo, ¿entonces, qué? ¿No sería acaso absurdo dolerse por una ventura imposible? Pero no, no es cuestión de calmarse con palabras, hay diferencias y grados en la desdicha; una cosa es sufrir por el mal metafísico, imponderable, fugitivo y cambiante, enfermedad de pura excelencia y afán de absoluto, y otra, muy otra, verse privado del mismo soporte de la existencia, de toda razón para vivir. "Esto se acabó". Una brisa suave pasaba fresca sobre él y se corría entre las ramas como una caricia liviana, fácil; iba alegre a brincar sobre el campo en una danza feliz, seguía corriendo viva y libre hasta el mar y más allá en el mar, a una distancia que sería una pura cifra sin sentido para él que había de quedar. Por aquí muy cerca, pasos mas aquí, pasos más allá le estaba esperando la pequeña y humilde cruz de su destino. "Don Cayetano", Q.E.P.D. Nació el tanto, y murió el cuanto. Palabras sin significado para nadie y, sin embargo, ¡cuánta peripecia detrás! Venir de tan lejos sobre el camino de las ondas que se abren hacia todos los puntos cardinales para encontrarse justamente aquí al momento de su fin. ¿Por qué? No hallaba una razón de conjunto, sino una multitud de pequeños y fraccionarios motivos, un impulso que se había ido corrigiendo. En ese momento le hubiera gustado morir en el mar, hundirse, perderse, lanzarse en busca de reposo a integrar de nuevo el infinito, y el mar era la imagen más próxima de esa inmensidad sin fin. Las palmeras se bañaban en los rayos de la luna y por sus hojas afiladas dejaban escurrir destellos de agua plateada. Un momento más de vida saciada, de ojos cansados, de pasos lerdos. Las casas blancas y aún más blanqueadas por el juego de la noche; los tejados obscuros con su toque lánguido de simulada escarcha, y los pasos vacilantes de un hombre solo, que va llegando al sitio preciso, que camina sin dirección alguna, pero que necesariamente llegará a su fin.

Sin embargo, esa noche un sufrimiento más aguardaba al pobre zapatero, uno que era el mismo, sólo que en tono diferente: pequeño cambio de clave, variación para sentir mejor el tema. Su deambular le había llevado hasta los muros del colegio donde se guar-

daba su hija olvidada de su anciano padre. No sería ella, su querida Ester, quien le cerraría los ojos. Allí estaban los muros firmes que detenían la mirada, que ponían un límite absoluto a su posibilidad de obrar y, sin embargo, algo suyo estaba más allá, algo que tenía el poder de aniquilarlo, de ser causa de su destrucción total. Él no podía ir, pero él estaba más allá. Era una forma de sentirse atrapado e impotente en la fatalidad. Se sentó en el cordón de la vereda mirando la fila rígida de celosías cerradas...

Las altas constelaciones transitaban con sus pequeños fuegos fríos, pero giraban, se dividía la luna, el enfermo cerraba los ojos para detener la afiebrada quimera.

Se acordó de aquella potranca negra de estupenda figura, orgullosa y fina cabeza de largas crines, como recuerdo de una indómita libertad. Se cuestionaba su marca, y a él como a persona neutral y honrada lo nombraron depositario mientras el Juez, el Comisario, los peritos y las otras influencias llegaban a una trabajosa conclusión. Pleito difícil: se la disputaban un sirio ladino e insinuante como la serpiente del Edén, y un español duro y absoluto como la justicia del Talión.

– ¡Leche!, ¡si nació en mi patio, bajo mi árbol, a mi sombra, con mi aire, con mis moscas y mis pulgas!

– El sañur está confundido... el animal se parece al animal que nació en su patio. Ud. sabe, sañur Juez, todos lo animales de belo negro se barecen a los animales de belo negro. ¡Balabra de honor!

Héctor que tenía sus catorce años quedó fascinado al verla. Le pidió que se la comprase, pero hubiera sido meterse en un enredo infernal. Obtuvo, sin embargo, permiso de las partes para que su hijo la amansara y la usase en sus paseos.

Después... ¡oh!, ese mareo y el perfume demasiado intenso de las flores nocturnas que bajaban de los árboles cubiertos de millares de ellas. Cuando visitaba a la tumultuosa Eleuteria... ella mantenía su casa, su lecho y su cuerpo caliente, emergiendo siempre de un baño de jazmín.

Ah, sí, ¡claro! ¡Se estaba acordando que con Héctor nunca hizo un solo bote la potranca! También, se había pasado días acariciándola suavemente y hablando con ella; la bañaba y le daba de comer. Cuando una mañana de gran expectación y alarma, el muchacho, hablándole suavemente se sentó sobre su montura, el animal se estremeció y pareció espantarse, pero sólo fue por un segundo. De allí partió con un trote elástico, de levedad, no de fuerza sino de pura gracia, como una bailarina lo haría tal vez.

Pero luego empezaron las complicaciones porque el chico dedicaba a su montado toda solicitud. Empezó a notar una rara regularidad en las salidas: a la madrugada, a la tarde. Poco después le contaron que había una carrera concertada y que Héctor estaba enredado en ella.

– ¡San Antonio! ¿Qué puede apostar el muchacho?

– Son otros los que ponen la plata. Es el otro domingo, en la compañía Ysó-po'í.

Quiso intervenir, quiso prohibirlo, "¡si mi muchacho ya empieza con el vicio!". Pero no tuvo coraje, era tan arrogante el animal, ¡había tanta armoniosa fuerza en el empeño! Juventud, ebriedad de energía, correr, correr, embate de viento, ¡crines alzadas y grito!

Había entrado la luna... ¿y las estrellas?... Calle obscura excesivamente embalsamada de perfumes.

Mas tampoco se atrevió a autorizar la travesura, aprobándola después de estar comprometida. Por algo se la habían ocultado. Pero el domingo, secretamente, yendo por atajos, se fue a la pista cuadrera donde un remolino de paisanos le decía que eso estaba en plena actividad. Lo vio venir; corría gritando aturdidoramente. Su Héctor pegado sobre el negro lomo lustroso, con los ojos brillantes de excitación, de alegría, viviendo con la belleza de un dios adolescente. Le había costado contenerse y no salir a beber la emoción. Cobró su apuesta; algo para San Antonio, y el saldo y

otro tanto a tirarse, jactándose del lance en todos los cafés y los boliches del pueblo. Pocos días adelante devolvió la potranca creyendo firmemente que ése era su deber. ¡Cómo le había dolido entonces, y tanto más después! Pero en ese momento creía que el hombre tenía en sus manos el destino.

No sintió que se fue cayendo, que yacía tendido en la calle. Aún se pudo mover para buscar acomodo a una mano que no encontraba su nivel.

Se iba, "¡Oh, Ester... Ester! ".

A la mañana siguiente, cuando las primeras luces del alba empezaban a bajar sobre la tierra, un almacenero que iba con urgencia a la ciudad para encontrar todavía en su casa al distribuidor de cupos, vio a su compañero de las "fuerzas vivas" tendido en la calle. ¡Caramba, cuánta aflicción! Pero como estaba muy apurado, corriendo detrás de su bienestar, resolvió no darlo por visto, y para justificarse le arrojó encima una calumnia: "¡Qué curda feroz!"

Poco después pasaba un pobre carretero que había mal vendido su mandioca a los acopiadores. Él no tenía ningún apremio puesto que viajaba en carretera a paso de buey, la desgracia le era familiar y la muerte con frecuencia daba zarpazos a su lado.

Vio al caído; sin detener sus animales bajó a cerciorarse, y como le pareció que el "cristiano" todavía no estaba muerto, lo cargó sobre el plan y se volvió hacia el mercado para que alguien le dijese cómo se lo podría socorrer.

Abrió los ojos con lentitud y se encontró extrañamente rodeado de gente que le era conocida, pero nadie le impresionó tanto como una: Ester. ¡Allí estaba Ester! No podía coordinar bien los hechos, ni explicarse el acontecimiento que lo había colocado en esta situación, pero la presencia de su hija le conmovía tanto que el entender las causas perdía su importancia. Iba recordando como en un sueño... De pronto ella misma se le puso muy cerca, con su rostro suave y la aureola de cabellos rubios evaporándose en hilos de luz.

– Ya estás mejor, ¿papá?

Sonrió suavemente; pero en realidad quería llorar.

– Qué le ha pasado, don Cayetano, ¡cómo salió de su casa así de noche!... ¿Tuvo alguna pesadilla?

Miró al que hablaba. Era un enfermero que se había «adoctorado» con el advenimiento de la penicilina. ¿Pesadilla?... sí, ciertamente, una gran pesadilla, pero con un desenlace maravillosamente feliz.

– ¿Venís a quedarte? – preguntó con temerosa timidez.

Ella lo miró sonriente y dijo que sí con la cabeza y con los ojos de cariñosa expresión. No quiso preguntar más: ¡se puso a soñar!

El sanitario le aplicó la penicilina; la Iluminada le puso delante un bife con huevos rodeado de otras concretas fantasías, y Estercita le dio en el ánimo el dulce deseo de vivir. Los tres factores juntos obraron un rápido milagro. Al día siguiente el buen viejo ya se impacientaba en cama, y sin consultarlo dos veces, se calzó las chancletas de trabajo y se levantó a recomenzar la vida. Estaba contento como el primer día después de un regreso deseado, como recibiendo el bálsamo de una dichosa reconciliación, todo le era nuevo y sabroso para su hambre de felicidad.

– Estercita, ¡cuánta falta hacías aquí! ¿Cómo fue para venir?

– Me avisaron que estabas enfermo.

– Viniste, y ya ves, ¡estoy bailando de contento!

Ella sonrió, pero como detrás de un velo, con un leve matiz de reserva que atrajo de inmediato las primeras sombras depresivas. Todo su ser estaba atento a las manifestaciones del sentimiento de su hija, puesto que de sobra sabía que el hecho de tenerla en casa no sería bastante si ella no lo aceptaba con regocijo y paz en el corazón.

Sus actitudes en los días subsiguientes no le contentaron. En primer término, no la veía traer todas sus ropas ni reordenar su habitación con el ánimo de quien se queda, ni tampoco retomaba su anterior forma de vida. No hacía visitas, ni aún a las casas vecinas; se había olvidado de la guitarra, ¡y por Dios!, ahora le daba por rosarios y rosarios, qué abuso, qué locura, ¡cuánta exageración!

De nuevo fue poniéndose triste, con el agravante de que ahora su decadencia tenía muchas menos resistencias que vencer; ya lo encontraba quebrado ante el dolor, fácilmente dispuesto a capitular con la derrota. Había mucho trabajo por hacer y se esforzaba en ello, pero aún la vieja habilidad de sus manos no rendía su eficacia. Ya no podía repicar con el martillo y pensar alegremente porque cometía constantes equivocaciones. Además... había una cosa que le seguía mordiendo, algo que a toda hora le hacía sentir su sordo latido de pesar enturbiándolo con remordimiento y culpa. Aún en sus momentos de lograda alegría quedaba un sabor ácido y quemante en el fondo de la copa: había perdido su apoyo ultraterreno, su nexo con el más allá.

No se podía negar que en el curso de la vida había tenido disgustos con su abogado; discutió con él más de una vez, pero ahora, empujado por el vehemente deseo de recuperar a su hija, llegó a pasarse al otro campo, y en forma abierta, agresiva, hasta recurrir al insulto grosero y al agravio soez. ¡Y qué pésimas consecuencias! Prácticamente se había puesto al borde de un accidente fatal, sin lograr nada, absolutamente nada más que escarnio y vergüenza, pues no era necesario tener excesivo entendimiento para advertir

que la estrategia de la fuerza, sin contar con ella, resultaba de una estupidez definitiva.

Mas al cabo comprendió que era tonto seguir mostrándose orgulloso, en tanto que se pasaba lamentándose en sus soliloquios íntimos, y así una noche en que el silencio era completo y Ester dormía, actuando de un modo subrepticio, con timidez y vergüenza, encendió una vela y la puso sobre la cómoda de modo que iluminase la repisa donde estaba la imagen de su abogado. Y con la cabeza gacha, sin mirarlo directamente, inició vacilando su conferencia de reconciliación.

– San Antonio – dijo en voz baja –, yo reconozco que hice mal, ¿pero qué iba a hacer? Esa chica tenía un capricho. No podía uno explicarse una resolución tan repentina, no podía ser que pasase de una cosa a otra con tanta rapidez, no podía ser cierto... ¿Y qué había que hacer? El Cura... digo, el Reverendo Padre me aconsejaba que no hiciera nada... y don Salustio decía que la ley estaba a mi favor... ¡no me vas a decir San Antonio que vos estás en contra de la ley! ¡Cómo! ¡Un abogado! – Dejó transcurrir una pausa de manera que el interlocutor pudiera percibir el argumento. Pero al percatarse de que lo estaba atacando de nuevo, se rectificó: – Bueno, reconozco que me dejé llevar y dije algunas cosas por rabia, ¡y también por culpa de don Salustio! Todos se ponían en mi contra, San Antonio, ¡todos se ponían en mi contra! Ya estoy viejo, ¡me voy quedando tan solo! Eso de que le saquen a uno todas las personas a quienes querer. Que uno encuentre alrededor sólo cosas que no le importan; no querer a nadie, no sufrir por nadie, un hombre necesita usar su cariño. ¿Podría un hombre vivir con las manos sanas y fuertes atadas para que no las use? ¡No! Un hombre necesita usar sus manos, usar el corazón. ¿Levantarse a trabajar para comer, curarse cuando duele, esperar a que llegue el otro día únicamente por temor de morir? ¡No!, ¡un hombre necesita creer que sirve para algo!... Perdoname, San Antonio. Mirá, vos sabés que ahora estoy pobre... que dejé el trabajo mucho tiempo, pero

cuando entregue estos pares que estoy haciendo, cien guaraníes para vos, para tus pobres. ¡Cien guaraníes! San Antonio... ¿me perdonás, verdad?...– Y se le quedó mirando y escuchando en su interior la respuesta.

Algo debió calmarlo en la quietud completa, pues no siguió con sus razones sobre el punto. Se sentó respetuosamente en el borde mismo de la cama como un postulante tímido, con los ojos fijos en la imagen y comunicándose con ella sin palabras. Pero al cabo de un rato de hesitaciones, después de pasarse reiteradamente la mano por la atormentada frente y la cabeza, con la mirada llena de afán, se resolvió a formular en voz muy baja la gran pregunta: – ¿Creés que no ha de volver?

El Santo no respondió, pero mirándolo fijamente don Cayetano se puso a hacerle el recuento de los indicios. Ella no había dicho de modo satisfactorio que se quedaba de nuevo, ni se había mudado con sus ropas, ni readquiría sus anteriores hábitos, y para más, había en ella un santularismo harto sospechoso.

– ¿Vos creés que ha de volver? – Preguntó de nuevo. Y después de un rato de espera escuchando en lo profundo la respuesta, sin desviar sus ojos de la imagen aún insistió: – ¿Qué es lo que habría que hacer para sacarle eso de la cabeza?... ¿Buscarle un novio? Sí, ya sé, ¿pero tendremos tiempo? Me dejará que la lleve de nuevo a alguno de los bailes del Club Social, ¿ahora que ni va a casa de las amigas? Muy difícil, San Antonio, muy difícil. Tal vez después... pero lo que sea después no me preocupa, ahora hay que salvar el momento, mañana, el otro día... – rió amargamente por lo bajo – ¡no me vas a decir que el verdulerito ese es quien podría sacarnos del paso! ¿No? ¡El verdulerito!... – se inclinó de pronto con atención hacia el abogado: – qué dijiste, ¿San Antonio? ¿Dijiste que sí?... ¿Que el verdulerito sirve? ¡Dios mío, tener que buscar la salvación en semejante pelagatos! No, San Antonio; no quiero, pensálo un poco, tal vez mañana se te ocurra una idea mejor. – Apagó la vela, y al acostarse recalcó una vez más: – Lo dicho, San

Antonio, del primer cobro para vos, ¡cien! – Y después de un rato en la obscuridad volvió a decir con acento amargo: – ¡Un verdulero!

A la mañana siguiente se encontró con una noticia alarmante: Estercita había ido temprano al colegio, avisando que regresaría solamente a la tarde. Este era un hecho revelador de peligro inmediato. Ya no era cuestión de demorarse con expectativas, ¡había que obrar!

Se afligía urgido por esta necesidad, cuando alguien entró en la casa anunciándose con un cantado "Buenos días".

– Buenos días... adelante – invitó don Cayetano, al tiempo que se incorporaba trabajosamente –. Adelante... ¡eh!, pero don Primo, ¡qué grata sorpresa!, ¿ya está Ud. sano?

– ¿Sano?... bueno, andando, ¿y Ud.? Me contaron lo de su accidente.

– Ya me ve, don Primo, ya me ve, de pie, pero lleno de pesares. – Le pasó la mano afectuosamente. – ¿Lo operaron? ¿Cómo salió de su ataque?

– No hubo necesidad... ¡pero muchas molestias! – Y era evidente. Don Primo estaba demacrado, flaco, la piel le colgaba en las mejillas, se le arrugaba trasparente y ajada de un color de pergamino viejo. Las manos le temblaban y se las contenía refregándoselas con nerviosidad. Había una visible angustia en su porte, los ojos descoloridos, acuosos y un párpado que mantenía una constante vibración y hasta hacía su propio guiño cuando levantaba la voz. – Pero ya pasó, ¿y Ud.?

– Yo, amigo, tengo una espera, pero no la solución, don Primo, no la solución... ¡Ud. viene ahora como un enviado del cielo! He ido a su casa y me contaron lo de su ataque. En estos días Ud. me ha hecho falta como el pan. ¡Su palabra serena, su consejo experimentado, sabio, amistoso, don Primo!... – se le llenaban los ojos de lágrimas y la voz se le iba cargando de más y mayor emoción.

– Cálmese, don Cayetano – le dijo levantando una mano y tomándose también su tiempo para sosegar –, me parece que no es su caso para tanto.

– ¿Qué?... ¿le contaron todo?

– ¡Seguro!... pero ahora su hija está en su casa.

– Sí, pero siéntese, don Primo, siéntese... esta silla le será más cómoda... como quiera. La chica está acá porque me encontraron desmayado, medio muerto en la calle. Ella no vino por convicción, ni por ayuda de las autoridades... Ud. sabe, don Primo, ¡he recurrido a todas las autoridades!

– ¿Qué le dijeron?

– Me dijeron que tenía razón, pero que no podían hacer nada, por esto o por aquello.

– ¿Tenían algo contra Ud.? – Preguntó mirándose las manos apretadas y pálidas.

– ¿Contra mí?, ¡por favor don Primo! Ud. sabe que soy un hombre pacífico; ¡que todos son mis amigos!

– ¿Entonces?

– No sé... – aquí vaciló don Cayetano en exhibir la causa aducida después de su reconciliación con San Antonio –, me dijeron que no querían meterse con los Reverendos Sacerdotes... ¿pero acaso es ir contra nadie dar a cada uno lo suyo? ¿Acaso yo les pedía lo ajeno?... ¡sencillamente que hicieran valer la razón!

– Pero eso es muy difícil, amigo – exclamó don Primo guiñando

reiteradamente –, aquí apenas tiene valor un argumento. Nosotros actuamos en función de glándulas, por emoción, la lógica no nos da frío ni calor.

– ¿Qué quiere decir Ud.?

– Que aquí la gente procede por simpatía y al antojo y no por ideas y razones objetivas. El punto de vista de cada uno es demasiado fuerte y lo tiñe todo. No sabemos prescindir de nosotros mismos para juzgar. Por eso aquí tenemos caudillos, no dirigentes.

– Y qué significa eso para mí, ¿don Primo?

– ¿Para Ud.?, pues que con todas las razones y los derechos Ud. no consiguió nada, pero se desmayó diez minutos y aquí tiene a su hija – concluyó restregándose las inquietas manos y hurgando maquinalmente en los bolsillos.

– Pero se me va otra vez, don Primo. ¡Se me va otra vez!

– ¿Por qué dice eso?

– Le voy a contar... pero dígame, ¿ya tomó Ud. mate?

– Sí, unos pocos.

– ¿No quiere un traguito para asentar? – dijo, levantándose como para ir en busca de la botella.

– ¡No, no, no! ¡Completamente prohibido! – contestó agitadamente –, ni alcohol ni cigarro, ni ningún excitante, ¡carajo! ¡Y la verdad que uno busca el maldito vicio! Me pone brutalmente nervioso. Pero voy a aguantar unos días más. Unos días, ¡y después que vaya el médico al infierno!

– Bueno, si le está prohibido, hay que dejar para otro día – don Cayetano abandonó su aire solícito de huésped y volvió a su preocupación –. Siento que se vuelve al colegio... en realidad nunca vino del todo. No como antes.

– ¿Qué piensa hacer? ¿Desmayarse otra vez?

Don Cayetano levantó los brazos y miró hacia todos lados expresando su profundo desconcierto.

– Sí, me parece que me dejé curar demasiado rápido. ¡Es que estaba tan contento!

– Búsquele un novio – aconsejó en seco don Primo.

– ¿Ud. también cree eso?

– Seguro. Oí decir que por aquí rondaba uno que le escupió el asado al doctor.

– Sí, un tal Pedrito, ¡un verdulero!

– ¿No sirve?

– ¡Pero don Primo! ¡Mi hija se podría casar con un doctor! – arguyó amargamente don Cayetano.

– Bueno – contestó guiñando activamente y haciendo sonar los nudillos en su titánica lucha contra el aguardiente que le pedía cada célula de su cuerpo; contra la bocanada de humo del alquitranado cigarro que no cesaba de gustar e imaginar en los pulmones –, la clase de doctor que Ud. quiere, parece que no le impresiona a ella, cuando menos por ahora. Y la de los otros, muchas veces tiene poca diferencia con el verdulero. Yo he estudiado años para enseñar, y vendo suelas. Para conservar la dignidad, el orgullo, mi propio respeto. Ese es un lujo que aquí cuesta mucho. Podría tener plata haciendo de lacayo y despreciarme, o no tener y despreciar a los otros... ¿Qué opina ella de ese Pedrito?

– No sé... la última vez me dijo que no le importaba nada.

– ¡Ja!, ¿y entonces para qué discutir? ¿Le cree Ud.?

– Bueno, a lo mejor dijo porque estaba enojada – apuntó don Cayetano no queriendo referirse directamente a la ocasión de los palos.

– Pregúntele Ud. con alguna maña. Hágale saber que está conforme con el Pedrito. Dígale que le va a permitir que la visite en casa,

en fin... ¿quién le dice a Ud. que entre tanto no aparezca otro brillante Dr. Madruga T? Abundan, es el modelo de una época corrompida que no ama la virtud. ¡Abundan!, pelo de más, pelo de menos. ¡Ja, ja! – rió corto y forzado.

– Voy a hacer eso – convino resignadamente don Cayetano.

– Hágalo, amigo. – Se levantó de golpe, dando un paso hacia la puerta.

– ¿Tan pronto?

– Sí, me voy... bueno, hoy es el 1° – dijo con voz estremecida –, vaya a visitarme el 10 a la tarde. Vamos a tomar un buen aperitivo, y voy a volver a fumar el primer cigarro. El 10 ¡que sea el 10! Vamos a ver: hoy es lunes – y contó los días con los dedos de una mano apretándose las puntas con la otra, como quien retuerce una baraja –, el miércoles 10 a las seis de la tarde. ¡Ni un minuto más! – Terminó jadeando con el ojo y la mejilla en estremecimientos. – Qué me importa estar muerto diez años antes, ¡si voy a estar muerto toda la eternidad! – Fue hacia la salida. – Hasta pronto, y me alegro de encontrarlo bien.

– Igualmente. Muchas gracias, don Primo. Voy a ir a su casa el 10, o antes – respondió siguiéndolo apresuradamente.

Caminaba don Primo, tieso, pero con pasos evidentemente inseguros. Iba luchando como un gladiador contra la sed vibrante en cuyo fondo aún vivía la amargura de su definitiva frustración. Se volvió al llegar al medio de la calle, y le gritó como un insulto:

– ¡Deje de andar requiriendo al Juez, al Comisario y a todos!... recuerde: aquí todavía no vale una razón.

PARTE IV

A la tarde siguiente iba el pobre don Cayetano a buscar a Pedrito, arrastrando por las calles polvorientas los últimos andrajos de su orgullo. Ya otras veces un golpe de la vida lo había revolcado por el lodo a costa de su propia estimación, pero ahora el contraste no venía por imperio de una fuerza exterior, sino que él mismo iba por un pedido desusado y humillante, iba a rogar que la cortejaran a su hija, a su hija que era una joya rutilante y única; ¿y a quién? "¡San Antonio, a quién!": a un pelagatos de última categoría, sin título de ninguna clase; un individuo dedicado a trabajos pedestres, sin ningún porvenir, y a quien para peor hasta había apaleado.

Cuando esa misma mañana tras muchos preámbulos, vueltas y dolorosos retorcijones, había extendido a Estercita su "autorización y conformidad" para que la visitara "ese muchacho Pedrito", pues ella, sin tener muy en cuenta el recato monjil que últimamente iba adquiriendo soltó una carcajada a toda válvula.

– ¿Qué – preguntó corriéndose don Cayetano –, acaso no hablabas con él?

¿Entonces, no te gusta?

– ¿Ese idiota? – volvió a reír Estercita, desviando la mirada –, bueno... si me rapta.

– ¿Qué decís, cómo va a decir eso una niña decente?

Pero ella tenía razones y siguió con su risa burlona sin explicarse mejor. En ese primer momento se sintió decepcionado, pero luego, pensando y analizándolo le pareció que podía ser que esa actitud obedeciera al recelo que todos los antecedentes y la misma situación del momento lo mandaba. Había que probar; era legítimo probar

de todo para destruir el capricho, ¡ese loco capricho!... La verdad que la respuesta lo había alarmado al hacerle entrever de nuevo un fracaso, pero allá en el fondo también le reconfortaba su pico, puesto que alejaba la posibilidad de que su hermosa Ester cayera en los brazos del señor patán.

Ahora marchaba a buscarlo con el ánimo abatido y en conflicto, puesto que iba a pedir ayuda al "idiota" que se le había atravesado en el camino y al que había vapuleado, pero también se consolaba de ello pensando que el sujeto tenía pocas probabilidades de éxito y que su intervención tal vez se redujese a otro vapuleo moral. Mas cualquiera fuese el caso no podía acallar un sentimiento de vergüenza que reiteradamente le hacía proferir amargos reproches: "¡Lo que me hacés hacer San Antonio! Esto se parece más a una venganza que a un consejo. Si todo sale mal, ¡vos sos responsable!".

Desde lejos lo vio trabajando en unos almácigos y dada su condición potencial de suegro y su misma mayoridad, se creyó autorizado a llamarlo para tener la entrevista sin necesidad de dar otras embarazosas explicaciones. Fue a guardarse del sol bajo una rala mata de guayaba que crecía en la costa del alambrado, y desde allí llamó.

– ¡Eh!... ¡eh!, ¿es Ud. Pedrito?... una palabra, por favor.

Pero en todas las cavilaciones de don Cayetano con respecto a Pedrito había un error fundamental: no se tenía en cuenta las opiniones del mismo Pedrito, su propia y profunda persona. Se suponía que Pedrito por ser un pobre verdulero, por ser un muchacho, por ser bueno, vendría a postrarse lleno de agradecimiento y humildad, así se lo llamase con un dedo; pero la verdad era que desde aquella noche infernal, aún después de curarse de los negros y morados cardenales, el sonido de una risita le había seguido royendo el alma, al levantarse, al estar despierto y al dormir otra vez. Así rápidamente le fue comiendo toda su inocencia, su ingenuidad, su timidez y al fin vio claro que en las relaciones entre los hombres y las mujeres nada hay peor que el exceso de respeto.

Comprendió por fin, aunque tarde, por qué Estercita lo llamaba "idiota", pero se juró que ni ella, ni ninguna otra, jamás tendría ocasión de volver a llamarlo así, aunque le dijeran: "atrevido", "impertinente" y hasta "¡burro cara dura!" Se reconocía pues culpable, pero eso no impedía en lo mínimo que también adjudicase toda la responsabilidad a ese *gringo añá-memby* ¡capaz de vender a su hija por unos cupos asquerosos y unos viajes en auto a la Asunción! Y luego por su maldita culpa toda la comedia del convento, eso estaba claro, y lo entendía muy bien.

Por eso al verse así llamado sin respeto, antes que curiosidad o intriga sintió el renacer de un brote de la sofrenada cólera, de la no satisfecha venganza que se le seguía pudriendo en un rincón obscuro del corazón. El rencor irrumpió en él como una súbita arcada.

– ¡Repollo!... ¡Coliflor!, chúmbale... ¡jha! – gritó a los perros señalando con la mano al enemigo.

Tres o cuatro canes de diferente condición se lanzaron como centellas a la voz del amo, acaudillados por el tal Repollo, un perrazo negro y feo como tiempo de ciclón, atravesando a salto los canteros de verdura y corriendo hacia el asombrado suegro que no podía sospecharse semejante ímpetu en ese tímido muchacho tan sufrido para los palos.

– ¡Qué hacés insensato! – iba a empezar a discutir, pero se percató que no había tiempo para intercambiar razones.

Pisando pues los hilos del tenso alambrado logró alcanzar la más próxima horqueta del guayabo frontero y apresuradamente allí se consiguió afirmar con un impresionante retorcimiento de ramas y estremecimientos de follaje, con el corazón reventando, al tiempo que la jauría furiosa atropellaba la mata. "¡Hasta esto había de llegar!", gimió conmovido y sofocado, consciente de la degradación ridícula y absurda que significaba verse tratado de ese modo. Si hubiera tenido un arma en la mano, tal vez los arranques de indignación y rebeldía que le subían por el cuello hubiesen

encontrado expresión definitiva. La impotencia le hizo desear hasta su fin. Repentinamente quiso sentir en sus carnes los dientes de los perros, si podía venir la muerte por allí. Pero su orgullo estaba roto: ya lo había arrastrado por todas las calles del pueblo, primero aviniéndolo a venderse y después haciéndolo implorar; sus arrebatos eran residuos de una energía que se extingue. Los perros saltaban tratando de morder una pantorrilla, o cuando menos algún borde del gastado pantalón.

Después se vino acercando lentamente Pedrito, con la ropa sucia de tierra, tirado hacia atrás con cierto desplante y grosería el sombrero de paja, y en la mano un machete empuñado con más firmeza que la requerida.

– ¿Qué quiere Ud.? – preguntó a gritos sin saludo previo.

– Quería hablar contigo – dijo ya doblegado –, sujeta los perros para que pueda bajar... – suspiró y prosiguió después con la voz cargada de emoción –; ya soy viejo para otra cosa, hijo, ya sirvo solamente para hablar.

– ¡Qué viejo ni que nada! – replicó el otro gritando entre la barahúnda de ladridos con la cara descompuesta –, ¡ni qué va a hablar después de todo lo que hizo!

– Bueno, lo de aquella noche... deberías tratar de comprender.

– No es solamente por eso, sino porque Ud. quería entregar a su hija al "anteojo", porque Ud. la mandó al colegio, porque Ud. vino a atropellarme cuando estaba hablando tranquilamente con ella.

– Bueno, hijo – respondió con fatigada resignación –, por lo visto te hice mucho daño, y yo soy el único culpable, lo reconozco; ¿te remedia eso en algo?... , sólo quisiera decirte que recibiría con gusto sobre mí todas esas penas tuyas, y otras más, sólo a cambio de un poco de tu juventud.

– ¿Y qué me dice Ud. con eso?

– Nada, hijo... nada por lo visto. Sos demasiado joven para comprender las penas de mis años... Quería decirte que Ester está de nuevo en casa.

– ¿Y a mí qué me importa?

– ¿No te importa?

– No.

– Entonces perdonáme que te haya interrumpido. Sujeta por favor tus perros para que me pueda ir.

– ¡Repollo!, ¡Coliflor!... ¡sálai!

Don Cayetano bajó trabajosamente y hasta terminó por hacerse un gran desgarrón en el saco y por dejar caer su sombrero. Luego de afirmarse en tierra y llevarse un rato la mano a los ojos para desvanecer un mareo atajándose a los alambres, se agachó a recogerlo.

– Bueno, perdonáme, hijo, si fui injusto contigo. Perdonáme, ahora de viejo ya sé que es inútil el orgullo, y puedo pedirte perdón. Perdonáme... y adiós – lo saludó con la mano y se volvió pesadamente para regresar caminando por la huella arenosa y polvorienta, sin buscar los senderos suaves de la sombra y el césped.

Pedrito lo dejaba ir manteniéndose agresivamente inmóvil, como esperando tan sólo una palabra, el solo principio de una actitud para volver al insulto. Pero cuando fue advirtiendo que no se haría ningún otro pedido, que lo dicho marcaba el término, el fin de la última oportunidad, un apremio cada vez más fuerte le empujaba a preguntar más detalles, a querer saber de qué se trataba y a poco ya corría tras su contendor.

– Don Cayetano, ¡espere un momento!

Él se detuvo simplemente. Después de lo sucedido, ¿había alguna otra forma de humillación que probar? En tanto, Pedrito, al aproximarse, volvió a sentir un embate de encono contra sí mismo y contra el hombre a quien había detenido. Dominándose, pero

aún con dureza preguntó:

– ¿Qué quería decirme?

Don Cayetano suspiró cansado:

– Quería decirte que Estercita está otra vez en casa y que quisiera que vayas a visitarla.

– ¿Ella dijo eso?

– No, yo.

Siguió una agobiada pausa por un lado y por el otro, preñada de nuevo temor y timidez.

– ¿Y ella? – preguntó al fin.

Don Cayetano se encogió de hombros y guardó silencio.

– ¿Qué dice ella? – volvió a preguntar el joven con más enfático resentimiento.

– Vos sabés que ella está enojada y encaprichada... Dice que solamente si la raptás. Pero muchas veces oí decir a las mujeres lo contrario de lo que quieren... ¡y también a los hombres! – Lo miró con cierto aire de entendimiento mezclado de resignación. – ¿Por qué no la visitás de nuevo? Hay que alegrarla, hay que animarla otra vez.

Mas Pedrito se había hecho ahora muy sensible al sentido oculto de las palabras de Ester y ya comenzaba a oír la martirizante risita, esa, la de aquella noche.

– ¿Para que siga burlándose de mí? – respondió con los labios apretados.

– No digas eso. Las mujeres quieren que uno les ruegue, que uno les ande detrás... muchas veces se burlan para defenderse – arguyó con humildad.

– Pero ella dice eso porque cree que nunca me voy a animar.

– ¿Animar a qué?

– A raptarla.

– Y qué falta hace, si yo te digo que vayas a casa.

Pedrito volvía a su violencia, se le achicaban los ojos, se le afinaban lívidos los labios y apretaba los puños, con inconsciente rigidez.

– ¡La voy a raptar, don Cayetano! – gritó de pronto con súbita resolución.

– ¿Qué? – se sorprendió el viejo ante la inesperada variante –, ¿qué decís?

– Que la voy a raptar.

– ¿Estás loco?

– No estoy loco. Es la única forma.

– ¡Te prohíbo que hagas eso! – contestó animándose de veras.

– ¡Mañana mismo!, mañana de madrugada. Si Ud. no quiere, prepare la escopeta, ¡a tiros me van a tener que atajar!

– ¡No seas bárbaro! ¿Dónde la vas a llevar?

– A la Asunción, o a donde sea – y agregó después cogiéndole amenazadoramente de la solapa del saco –, y no me llame "bárbaro", ni "idiota", ¡porque le rompo la cabeza! – Le dio un resuelto empujón mirándolo con ojos furiosos y le volvió la espalda. Caminó unos pasos con firmeza y resolución, para volverse después: – ¡Yo le voy a enseñar a ésa a burlarse de mí! – Después, con un ágil salto pasó el alambrado de su propia finca y se perdió tras unas matas seguido de los perros verduleros.

Don Cayetano quedó demudado y atónito. No se hubiera imaginado jamás la serie de explosiones de violencia. Creyó notar hasta indicios de una peligrosa locura en esta reacción inexplicable pero con todos los caracteres de una completa determinación. No conocía al muchacho, pero en todo caso esperaba de él esa

avergonzada timidez que suele envolver a los jóvenes al enfrentar la escudriñadora mirada de los suegros, a pesar de que por su parte se hallaba en la invertida posición del padre que va a pedir, no a otorgar.

¡Y él estaba tan cansado! Llegaba a una crisis suprema con las fuerzas agotadas. Impresionado por la amenaza, se vio abocado a la necesidad de hacerle frente en la forma que pudiera. No lograba persuadirse que se tratase de un simple fanfarrón. Sentía que este rústico atolondrado iría a llevar a efecto alguna cosa, aunque se saliera con unas cuantas costillas quebradas, más que la vez anterior.

¡En mal momento venía esta precipitación de acontecimientos! Y sobre todo lleno de sorprendentes derivaciones. De hecho estaba ante un peligro cierto, inmediato y concretísimo. Le hubiera gustado tanto que Pedrito acudiese a conversar, que lograse un éxito moderado, justo el preciso para desviar a Ester de su falsa manía monjil, hasta el mismo momento en que apareciese un verdadero candidato, suficientemente bueno, que extirpase de raíz las pretensiones del verdulero. Pero las cosas se presentaban diferentes, ¡y de qué modo!

El problema era si dejar que la amenaza tuviese su ejecución, o impedirla firmemente. En el primer caso, abandonaba a su hija al destino incierto de las mujeres que siguen a un hombre sin buscarse el amparo de la ley, y en el segundo, oponiéndose con la fuerza, conseguía mantener la situación en el estado peligroso en que estaba, con la del nuevo escándalo, el cual por cierto, no le iba a favorecer.

Don Cayetano llegó a su casa y se fue derecho a buscar a su abogado. Él era quien primero le había inducido a buscar a Pedrito, y para más había una promesa de cien guaraníes que si bien al principio era gratuita ofrenda y donación, por cambio de las circunstancias se iba convirtiendo en honorarios. Tenía que darle un buen consejo, ¡se lo debía!; ¿para qué demonios sirve un abogado si no es para asesorar justamente en un caso de rapto?

Ya era la noche cuando salió de nuevo a tomar las disposiciones necesarias para prevenir los hechos, de acuerdo a sus mejores posibilidades e intereses. Decididamente, a estos brotes irracionales de pasión, había que oponer los recursos de la madurez y del ingenio.

Así, a la madrugada siguiente, cuando oyó aproximarse a Pedrito con su carro de verduras, él tenía a su lado guardia suficiente para intervenir con eficacia en el mismo momento que lo considerase necesario. Desde un rincón de la casa vigilaría los acontecimientos.

Pedrito paró su mula frente a "La Suela", bajó y llamó con el mango de su látigo. Como no obtuviera respuesta inmediata, tentó la puerta empujándola suavemente, y esta se le abrió sin esfuerzo. Se animó su resolución, pues ello le daba la constancia de que el "gringo" no se opondría a sus proyectos. Entró, y se puso a temblar como un condenado. Por temor de seguir adelante, llamó:

– ¡Ester!... ¿Estercita? – la voz le salió trémula y en falsete. Hizo por reponerse durante una agitada pausa. – ¡Estercita!... ¿Ester?

– ¿Quién es? – preguntó ella desde su contigua habitación.

– Yo... Pedrito. – Encendió un fósforo y dio con la llave de la luz. Temblaba, pero aún persistía en su propósito.

– ¡¿Qué estás haciendo aquí?! – preguntó asombrada.

– Vengo a buscarte.

– ¿A mí?... ¿para qué? – volvió a preguntar con admiración desde su pieza, pero evidentemente se estaba preparando para venir.

– Para llevarte.

– ¿A dónde?

– Ya vas a saber.

Entró ordenándose el cabello vestida con un floreado delantal de entre casa, y calzada con unas sandalias sin prender. Miró a Pedrito con sus grandes ojos claros, con tal seguridad y tranquilidad que de nuevo puso al caballero en un tris de perder la cabeza.

– ¿Dónde está papá?

– No sé.

– ¿Le pasó algo? – preguntó en súbita alarma.

– No, él está completamente bien.

Suspiró aliviada después de escudriñar su fisonomía.

– ¿A dónde me querés llevar? – dijo otra vez, sintiéndose ahora más intrigada.

Evidentemente estaba lejos de suponer lo que se proponía su tímido y vapuleado admirador.

– A la Asunción.

– ¿A la Asunción?... ¿para qué?

– Para raptarte – declaró Pedrito tragando saliva y sobreponiéndose con enorme esfuerzo.

– ¿Para qué dijiste? – preguntó de nuevo como si no hubiera oído bien, pero ya con un diablillo de los viejos tiempos saltándole traviesamente por debajo de los párpados y por la comisura de los labios.

– Para que seas mi mujer. – Lo dijo rápidamente, con forzada firmeza, anticipándose a la carcajada que veía venir.

Primero abrió los ojos llenos de asombro y después volcó la risa cayendo en interminables cascadas, en grandes ondas que subían y bajaban de tono animándose a sí mismas con alegre y diferente fuerza.

– ¡Ja, ja, ja!... Pe... pero, ¿qué decías? ¡Ja, ja, ja!... No, ¡no me hagas reír más!... ¡ja, ja, ja!... ¡Pero qué gracioso, qué ocurrencia!, "para que seas mi mujer" ¡ja, ja, ja! – No terminaba de reírse, se le llenaban de lágrimas los ojos, se le alborotaba el cabello.

Buscó algo para limpiarse la nariz y terminó por pedirle por señas un pañuelo. No podía mirarlo, encorvado y retorcido, cómo recibía el chaparrón de sus carcajadas, porque volvía a reír. Después, cuando se sintió agotada y con todo el cuerpo dolorido, suspiró profundo tratando de contenerse, lo miró de soslayo, y rompió a reír de nuevo de todo corazón.

El pobre Pedrito sentía avanzar el desastre con el ímpetu de una división acorazada. No sabía cómo soportar esta risa, cómo sobrepujarla, vencerla; se veía acorralado, perdido, con el ardor de la vergüenza caminándole hasta la *mata* del último cabello. Quedarse, correr, todo lo deseaba junto, con la misma mortal urgencia, pero lo mejor, que se abriese y lo tragara la tierra para que todo acabase de una sola vez.

Mas advirtió de pronto que la risa iba cambiando de tono; no continuaba en la clave de un derrame de alegría espontáneo, lentamente iba teniendo otra intención, ¡se estaba convirtiendo en aquella risita!, la odiosa risita de la noche de los palos, de las ridículas fricciones con sebo de vela, de la huida, de la humillación que persiste, que arde, quema, horada y destruye la propia estimación y el respeto.

Nunca supo cómo lo hizo, ya fue después cuando se dio cuenta que había aplicado un tremendo bofetón a su soñada Estercita y que ella, trastabillando fue a dar contra la pared. En realidad, no le pegó a ella, era a la risita a la que había pegado, ahogado, extinguido, con el violento impulso de un acumulado odio. Actuó como un resorte excesivamente comprimido, que escapa. Era esa risita, filosa, veloz y biforme como la lengua de una serpiente la que había querido instintivamente matar, y parecía que lo hubiese logrado, pues ella lo miraba ahora seria, asombrada, aturdida:

nunca, ¡nadie se había atrevido a tanto! Ni su hermano, ni su padre, ni nadie, ¡jamás!

Pedrito sintió el retorno de su vitalidad abatida, y el dominio de la situación que volvía a sus manos. "Pedrito, quién lo hubiera dicho, ¡Pedrito!". Se acercó a ella sin pensarlo dos veces, se agachó y la cargó al hombro con la cabeza colgada atrás como una bolsa de mandioca. Creyó un momento que debería taparle la boca por si se le ocurría gritar; pero ella, si bien la seguía abriendo más y más, así como los maravillados ojos, ya no tenía grito, ni palabra, ni mucho menos risa. Salió a la calle con su carga portada con toda desconsideración y arrimándose a la parte trasera de su carrito, la levantó con sus firmes brazos de honrado y juvenil granjero y la arrojó entre las cestas, tarros y bolsas de frutas, con gran estrépito de latas, chirridos, quejidos de canastos, gran pérdida y estropicio de bananas, huevos, amén de la explicable alarma de Atilano, quien empezó un nervioso trotecito con todos los pelos erizados.

– ¡Quieto Atilano! – De un salto se trepó a su asiento y allí sí, con un recio golpe de látigo le dio la contraorden a su confundido amigo el mulo que partió a escape haciendo brincar el carro y la carga por el nuevo camino que así, a impulso de locura y corazón, se abría su amo ante el futuro.

Estercita, después de los primeros sobresaltos, poco a poco lograba orientarse en la gran ensalada en la cual se hallaba sumergida. Recostó la cabeza sobre una carga de repollos para estarse más cómoda, y mirando las fuertes espaldas de su conductor, una sonrisa cada vez más enternecida le salió por entre los labios y los ojos. De sus caprichos monjiles apenas quedaban vestigios y ellos se manifestaron cuando al pasar por frente a una crucecita que indicaba el lugar donde solía rondar el *"pora"*, ella se persignó con media devoción por miedo a la mala suerte, después de limpiarse con la falda las manos sucias que chorreaban huevos.

Pero don Cayetano, aconsejado por San Antonio, había actuado con elementos suficientes para poner límite, en caso necesario, a

los actos de fuerza, y para inclinar los sucesos hacia sus sabios propósitos, según como estos se presentaran. Uno de los guardias que tenía consigo, claramente instruido y animado con buena propina, había salido a escape, atravesando patios por atajos previstos, a prevenir que el hecho se había consumado y que los palomos se iban hacia la ciudad. Por su parte él, acallando sus angustias para aguardar el día, fue a despertar a su Señoría el Juez, al Secretario y al Conscripto de servicio en la oficina, a reunirlos a todos, para que no hubiese perniciosas demoras en el cumplimiento de la obligación legal.

En efecto, apenas abierto el juzgado, la pareja, con su carro y su mulo como instrumentos del delito, eran conducidos al despacho judicial fuertemente custodiados por media docena de lánguidos y soñolientos vigilantes. Nadie había opuesto ningún reparo para aplicar la ley, y aún para reforzarla según el caso, puesto que el paciente era un pobre verdulero; no se hacía sino confirmar los hechos, y ninguna persona que pudiera oponerse, se vendría a oponer.

Llegaban los dos, él lleno de contenida excitación y ella más sucia que magullada, pero ambos con un brillo intenso de amanecer en la mirada. No se hablaban ni se decían nada, tal vez porque aún no se habían reconciliado después del trance del bofetón, pero la mansedumbre de la voluntariosa Estercita y la firmeza de su tímido raptor, lentamente establecían las bases de un pacto no definido con palabras.

El doctor Cayo Justo Cañete los recibió con su cara seca, sin afeitar, y de no muy buen humor por no haberse mateado con adecuada tranquilidad. Los ojos obscuros se le achicaban para concentrar la energía correspondiente a su función. Tenía firmemente cerrado el tajo de la boca y hacía con fuertes ademanes y gestos todo el aparato de intimidación que creía necesario.

– ¿Ud. sabe lo que ha hecho? – empezó a los gritos –, raptar así a una niña de familia, decente, menor, ¿y que para más estaba por

profesar de monja?... Sabe lo que ha hecho, individuo, ¡ciudadano!, salvaje, ¿hereje? – Preguntó mirando al joven verdulero de arriba abajo y después a la inversa como para restregarle con toda la majestad de la ley.

– Yo, señor Juez, soy responsable...

– ¿Qué dice?, ¿que es responsable? – trataba de abrir su oído sordo arrugando toda la cara –, ¡claro que sí!, ¿qué duda cabe?... Qué prefiere: o se casa con ella o se va a podrir a la cárcel, ¿qué elige?

– Casarme con ella – declaró sofocado Pedrito –. Yo quería luego casarme con ella.

– Ah, bueno, ¡menos mal!... Seguidamente procederemos al acto. ¡Secretario!... traiga esas actas que le mandé hacer. ¿Están listas?

Y en un santiamén todos los últimos requisitos estaban llenados, los contrayentes firmando ante testigos que se encontrarían después, e ingresando de cabeza en el estado matrimonial.

– El marido es menor; no tenemos venia del padre – advirtió por lo bajo el Secretario, hablando a gritos en el oído del sordo Juez.

– ¡Bah!, le otorgamos la supletoria – resolvió don Justo, quien una vez lanzado no se detenía por menudencias.

Terminado el acto, Estercita se volvió a ofrecer un abrazo a su padre quien apenas podía con la emoción. Al estrecharla el viejo ya no atajó sus lágrimas, pero a poco, sin dejar de oprimir contra su pecho a su dulce hija restituida, con una mano hurgaba en el bolsillo para sacar un billete y cumplirle aún antes del plazo a San Antonio. Encontró uno, y cuando ya lo pasaba de mano para metérselo en el lado izquierdo perteneciente al Santo, miró su valor... ¡era nada menos que quinientos guaraníes!

– ¡Eh!, San Antonio, ¡ya sos muy interesado! – dijo hipando sus sollozos – ,¡la promesa era de cien!... – Iba a volver el billete a su lugar, pero de pronto se encogió de hombros: – ¡Bah!, te lo regalo,

San Antonio: yo te doy apenas dinero, pero te pido en cambio felicidad. – Y se metió el billete en el bolsillo de los pobres.

– ¡Eh!, ¿por qué llora, hombre? – gritó el Juez acercándose a inquirir con la mano en la oreja. – ¿No tiene aquí a su hija? ¿No ha conseguido acaso lo que quería?...

Ester se desprendió de los brazos de su padre y ahora iba a unirse a su largo, desgarbado y rural verdulerito, metiéndosele por los ojos con una mirada que ya lo estaba haciendo caminar de nuevo por el techo, aunque esta vez con un paso mucho más seguro.

– Sí, doctor... – respondió don Cayetano mirando a su hija con sus cansados ojos llenos de lágrimas –, he conseguido... lo que quería.

FIN

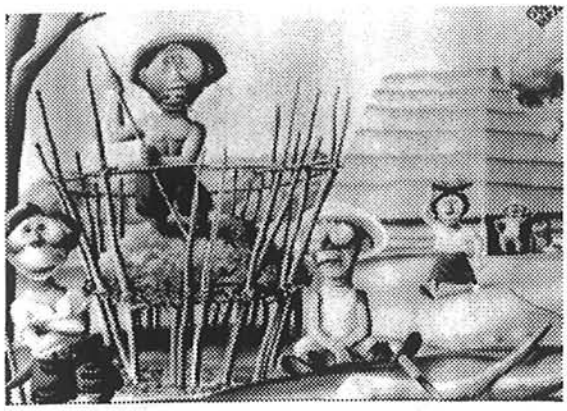
José María Rivarola Matto

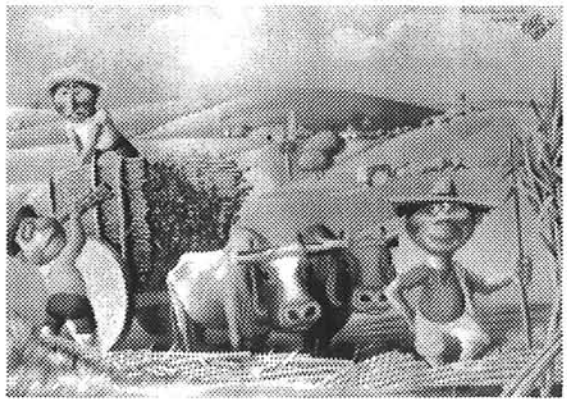
Localismos y palabras de origen guaraní utilizados en la novela

a lo paraguay	Expresión que significa "sin muchas complicaciones", "así nomás"
agringado/a	adjetivación de "gringo"
ambo	Puntaje del juego del bingo
aña memby	hijo/a del diablo; ndé añá memby Tú, hijo/a del diablo.
aperitar	Tomar un aperitivo
arribeño	Forastero. Persona procedente de otro lugar (pueblo, país)
así co es	*Así son las cosas.*
bringo tepotí	Gringo de mierda
bringo, gringo	Extranjero de origen centro-europeo, (no así los "curepi": argentinos; "cambá": brasileros; "bolí": bolivianos)
byro	Sonso
cachiái	Cosas hechas o dichas sin seriedad o en broma.
cajetillo	Hombre de aspecto y vicios urbanos.
calesita	Carrusel
caranda'y	Palmera chaqueña.
caraya	Mono o monos; especie americana de hasta 80 cm. de alto.
châ	Diminutivo de "chamigo", ó amigo. La "â" es nasal.
che memby	Mi hijo/a
chipa	Torta hecha con almidón y harina de maíz
chopí	Baile popular rápido.
coimero	El que solicita un soborno o lo acepta
compai	Compadre
compí	compinche
comunisto	Comunista
cortón	Bastante corto
cubicaje	Medida en volumen
despertadora	Mujer que "despierta" a la Virgen para las festividades.
e'esa	Es esa
escuelero	Que va a la escuela
gringo taby	Gringo idiota
guaicurú	Antigua tribu indígena ya desaparecida del Chaco paraguayo

guaviramí	Fruta silvestre de sabor agradable de origen sudamericano.
guayaquí	Etnia indígena oriunda del Alto Paraná.
güey	Buey
hij'una gran	Hijo de una gran
jondita	honda
lembú	Marcante que significa literalmente: "Escarabajo"
ligador	Instigador, provocador.
lo mitá	los muchachos, los tipos.
locro	Granos de maíz hervidos y descascarados. Sopa de estos granos.
macanada	Macanas, tonterías.
malacara	adj.[caballo] De cuerpo colorado y frente blanca.
marcante	Los marcantes son apodos con los que se nombra a personas según su semejanza con algún animal.
mata	Cuello del tronco de un árbol, donde comienza la raíz.
mazo	Eje de carreta
mbatará	Ave con plumaje de varios colores en mezcla desordenada.
mi Comí	Mi comisario.
mimí	Expresión guaraní que significa: llenos de; puros, muchos.
mita'i	niño
monguetá	Hablar, en tono de conquista amorosa.
mujerío	Las mujeres
na hombréna	Expresión que significa "qué va"
ñeé - mbegué	Lit: conversar despacio o en tono bajo; negociar sin atenerse a normas.
overo	Animal (caballo) de color parecido al del melocotón, en cuyo aspecto resalta lo blanco.
pa	Expresión interrogativa en guaraní.
paí aparte	"No toquemos a los sacerdotes o padres"
paino	Padrino
paqueta	Bien vestida
pará	de varios colores
po-caré	El que utiliza artimañas.
poderle	Poder vencerlo
poguazú	Lit: "mano grande". Cigarro
pombero	Personaje de la mitología guaraní
pora	Fantasma
puesta	Pelea "puesta": A comenzar o declarada empate.
quinielero	Vendedor de apuestas para el juego de la quiniela
requechos	Objetos "tomados" por descuido del dueño.
Residenta	Mujer que acompañó al Mcal. López en su retirada hacia el interior del país.
rezadora	Mujer que ora o dirige el rezo.

riña jycueva	Sopa de riña; pura riña.
sálai	Expresión que significaría: ¡Sal de ahí!
salus y naranjín	Marca de soda; marca de bebida gaseosa.
seca	Sequía
sombrero pirí	Sombrero de paja.
sulkis	Carro tirado por caballos.
tacurú	Termitero.
taguató	Una especie de pequeño halcón
tereré	Infusión de yerba mate fría absorbida con bombilla.
tobá-taby	Cara de idiota.
Yablo	Diablo





Andres Guevara (1904-1963)

Nació en Pilar. Abandona el país en 1921, y sólo vuelve un par de veces por breve tiempo. Vivió principalmente en Argentina y Brasil y en pocos años se convirtió en un dibujante cotizado. Su obra fue ampliamente difundida por importantes periódicos bonaerenses primero, luego los de Brasil, Perú y Chile. Fue considerado el mejor diagramador continental. Su obra artística, poco conocida en Paraguay, lleva sin embargo una marcada presencia de la patria en imágenes, formas y contenidos. Fuertemente expresionista e influenciada por el cubismo, el indigenismo y subrealismo, la obra de Guevara abre las puertas a la modernidad en el arte Paraguayo y se inscribe dentro de las corrientes latinoamericanas contemporaneas. Falleció en Buenos Aires.

Fuente: "El arte actual en el Paraguay", Josefina Plá, Olga Blinder. Editorial Don Bosco (1997). Ticio Escobar. Siglo XX. Una interpretación de los artistas Paraguayos. Miguel Angel Fernández, Ticio Escobar y Luly Codas (1999).

José María Rivarola (1917-1998)

Muy joven antes de terminar su educación secundaria le tocó ir a la guerra del Chaco. Luego de terminada la contienda se gradúa de abogado en 1944. Su orientación cultural no sigue una constante.

En1952 publica "Follaje en los ojos", Se volvió luego hacia el teatro y publica en 1954 "El fin de Chipí González", obra en que ya expresa la preocupación por los conceptos de libertad y tiempo. Está considerada por el Sodre de Montevideo como una clásica latinoamericana. Siguió a ésta "La cabra y la flor" y "Encrucijada del espíritu santo", obras premiadas en concursos locales. En "Su Señoría tiene miedo" hace una crítica del Poder Judicial. Sólo un elenco estudiantil se animó a presentarla una vez.

En la facultad de Filosofía, como alumno libre publicó "Notas de aula" sobre filosofía actual.

Ya en 1980 en una compilación de artículos publicados en la prensa, apareció "La bélle Epoque y otras hodas", con fuerte acento humorístico. "Reflexión sobre la violencia" tiene una edición en 1983 y otra corregida y aumentada, auspiciada por la UNESCO, en 1993. "Hipótesis física del tiempo", apareció en 1987, tratando de fundar la teoría del tiempo sobre leyes físicas muy generales. En 1990 publicó "Qué es la libertad", una investigación sobre la entidad de esta energía.

Innumerables artículos y solicitadas jalonan su constante presencia cultural.

Se terminó de imprimir en
QR Producciones Gráficas,
en agosto de 2001.
Tte. Fariña 1074.
Telefax: 214 295.
Asunción-Paraguay

"José María Rivarola Matto es el dramaturgo paraguayo de más repercusión internacional y uno de los intelectuales más completos que ha dado el país, pues ha incursionado con absoluta maestría y profundidad en los más variados géneros de la creación estética y de pensamiento. Se le reconoce también a José María Rivarola Matto como escritor comprometido a favor de las clases perseguidas durante la larga dictadura stronista donde él se constituyó en francotirador popular publicando obras sarcásticas y, descalificantes al régimen autoritario."

Roque Vallejos.

LA SUELA O LA FUERZA DE PENSAR

La obra de José María Rivarola Matto bien merece una atención mayor y sobresaliente entre los estudiosos de la cultura paraguaya. No solamente la literaria, sino sus meditaciones maravillosas como Reflexión sobre la violencia. Además de su excelsa calidad prosística, llama la atención su capacidad analítica. Su amor hacia la cultura le condujo a expresar sus ideas y sus argumentos en distintos géneros, literarios y filosóficos. Destacó en el teatro. Su obra El fin de Chipi González ha obtenido reconocimientos, pero no debemos olvidar esa joya titulada Su señoría tiene miedo, verdadera reflexión sobre el mundo de las dictaduras. Sus ensayos, entre los que destaca el susodicho, son interesantes y perviven el paso de los años porque sus conclusiones son universales.

Su obra narrativa ha sido valorada por la crítica en su justa medida, aunque no lo suficiente. Follaje en los ojos es la mejor muestra del mundo de los obrajes en los yerbales del Alto Paraná. Su colección de cuentos Mi pariente el cocotero es susceptible de una buena reedición, y si es crítica, mejor. Pero era obvio que estas obras no eran las únicas que escribió, aunque sí el conjunto de su narrativa publicada a lo largo de su vida, junto a esa fenomenal crónica de la Asunción añeja titulada La Belle Époque. Alrededor de 1975 escribió La suela, novela que ahora se publica por primera vez y se presenta al duro juicio de los lectores, y que no sabemos si por miedo a la dictadura, por razones personales o, simplemente, por la falta de editoriales en el Paraguay de aquella época, al revés de lo que ocurre en este principio de siglo, afortunadamente, guardó en el cajón del olvido. Su hijo, Manuel, la rescató de ese cajón donde el túnel del tiempo se engulle al olvido perenne, y me la ofreció para su lectura aproximadamente en octubre del año 2000.

Leí La suela y me pareció una magnífica novela, quizá más interesante que Follaje en los ojos, aunque "para gustos no hay nada escrito", como dice el refrán, y cada uno tenemos nuestra propia biblioteca personal en la memoria individual. Era, además, un descubrimiento. De hecho, la seleccionamos para integrarse en el portal de literatura paraguaya de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, por su interés, rompiendo, así, con una norma establecida en esta Institución de incluir solamente obras publicadas. Pero el interés socioliterario y estético de la novela lo exigía. Y créanme que merece el esfuerzo de leerla, razón por la que voy a omitir cualquier referencia al argumento o a la inteligente resolución de la trama que les anticipo. Que sea el lector quien se interese, de motu propio y sin interferencias del crítico avizor, por el trabajo literario de uno de los grandes intelectuales de la cultura paraguaya.

José Vicente Peiró

Muro del Alcoi (Alicante), a 26 de julio de 2001